DISEÑADO

para el desastre



LESLIE NORTH

JEFES MULTIMILLONARIOS DE MANHATTAN

Una pareja (im)perfecta

Hasta la Última Gota

Diseñado para el desastre

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos aquí descriptos son producto de la imaginación y se usan de forma ficcional. Cualquier semejanza con personas, vivas o muertas, hechos o lugares reales es pura coincidencia.

RELAY PUBLISHING EDITION, AGOSTO 2025
Copyright © 2025 Relay Publishing Ltd.

Todos los derechos reservados. Publicado en el Reino Unido por Relay Publishing. Queda prohibida la reproducción o utilización de este libro y de cualquiera de sus partes sin previa autorización escrita por parte de la editorial, excepto en el caso de citas breves dentro de una reseña literaria.

Leslie North es un seudónimo creado por Relay Publishing para proyectos de novelas románticas escritas en colaboración por varios autores. Relay Publishing trabaja con equipos increíbles de escritores y editores para crear las mejores historias para sus lectores.

Traducción de: María Elena Gil Alegría

www.relaypub.com



DISEÑADO
para el desastre

LESLIE NORTH

SINOPSIS

Para empezar, aquel monstruo cafetero acabó con mi carrera de camarera.
Y, a continuación, me ofreció el trabajo de mis sueños como compensación.
No tuve más opción que aceptar hacer un trato con el diablo.

No me fío de nadie. Es algo que he aprendido a las malas, y por eso acabé sirviendo cafés con leche.
Hasta que Trent Saunders, es decir, Satanás, apareció en mi cafetería.

El señor Don Importante estaba demasiado ocupado gritando por teléfono para detenerse a leer.
¿Es culpa mía que no viera el enorme cartel situado sobre la mesa, que decía **NO USAR**?
Bueno, tal vez no tendría que haberme echado a reír cuando se tiró el café por encima, pero se lo tenía bien merecido.

Pero, por esa razón, ¡el muy tirano hizo que me despidieran!
Al menos, fui yo quien tuvo la última palabra. O eso pensé entonces… Porque aquel hombre, tan antipático como atractivo, resultó ser la respuesta a mis plegarias profesionales: me pidió que

diseñara un conjunto de muebles exclusivos para su abuela, una señora mayor encantadora que me tomó por la novia de su nieto.

Y, ¿acaso se molestó aquel pedazo de capullo en contarle la verdad? *¡No!* En lugar de eso, me pidió que le siguiera el juego, así que acabé fingiendo salir con un hombre al que odio.

Lo que es aún peor, puede que no sea del todo desagradable.
De hecho, a veces hasta es amable. De vez en cuando.
Pero no estoy dispuesta a dejarme engañar por su actitud de «chico bueno».

Porque, ¿qué clase de mujer sería si me enamorase del capullo de mi jefe?

Diseñado para el desastre *es una divertida comedia romántica, cargada de tensión de enemigos a amantes, las complicaciones de una relación fingida y el contraste entre un gruñón y una chica encantadora. Con una buena dosis de química innegable, diálogos ingeniosos y mucho corazón, esta historia te resultará tan adictiva como tu café favorito: ¡ardiente, atrevida e imposible de olvidar!*

LISTA DE ENVÍO

Gracias por leer "Diseñado para el desastre"
(Jefes multimillonarios de Manhattan Libro 3)

Suscríbete a mi boletín informativo para enterarte de los nuevos lanzamientos.
www.leslienorthbooks.com/espanola

ÍNDICE

1. Natasha
2. Trent
3. Natasha
4. Trent
5. Natasha
6. Trent
7. Natasha
8. Trent
9. Natasha
10. Trent
11. Natasha
12. Trent
13. Natasha
14. Natasha
15. Trent
16. Natasha
17. Natasha
18. Trent
19. Natasha
20. Trent
21. Natasha
22. Trent
23. Natasha
24. Trent
25. Natasha
26. Trent
27. Natasha
28. Trent
29. Natasha
30. Natasha
31. Natasha

32. Trent
33. Trent

Fin de Diseñado para el desastre
¡Gracias!
Cómo alegrarle el día a una autora
Acerca de Leslie
Otros títulos de Leslie

1

NATASHA

Como una sola persona más me pidiera un cruasán de galleta, me iba a dar algo. En cuanto una comida se ponía de moda en TikTok, todo el mundo empezaba a pedirla al día siguiente. ¿Qué tenía de malo el clásico desayuno de café con magdalena? Además, tampoco es que la idea fuera tan original: se coge un cruasán, se rellena de masa de galleta, y al horno. Vaya novedad. Además, ¿no se daba cuenta la gente de que The Blend era una cafetería, no una pastelería?

—Vale, de acuerdo —dijo aquella chica, de mal humor—. Entonces, ponme un cruasán de chocolate.

—Buena elección.

Tecleé su pedido en el ordenador con rapidez. Estábamos hasta arriba de gente, y aquella clienta ya me había hecho perder bastante tiempo con sus preguntas tontas.

—Ya puedes pagar con la tarjeta —añadí, señalando el datáfono.

—¡Espera! —dijo—. ¿Son del día?

—Eh…

Miré la bollería situada en el expositor bajo el mostrador. Lo cierto era que no lo sabía. Solo trabajaba en The Blend unas cuantas horas a la semana, así que no tenía ni idea de si los cruasanes eran de esa misma mañana, o del día anterior.

—Creo que sí… —aventuré.

—¿Pero, son de esta mañana?

—Yo… ¿Craig? —Hice un gesto para pedir al gerente que se encargara de la clienta del cruasán, ya que nada le gustaba más que apaciguar a los clientes—. Esta señorita quiere saber si los cruasanes son de esta mañana.

Tras dejarla con él, me dirigí al fregadero a lavarme las manos, me sequé y volví a dedicarme a preparar bebidas.

The Blend solía estar a tope entre las once y la una, sin descanso entre un cliente y otro, y debíamos trabajar a toda velocidad para satisfacer las ansias de café de los estresados habitantes de Nueva York. Por ese motivo, no podía perder el tiempo informando sobre otras pastelerías a todas aquellas aprendizas de *influencer*. Mi trabajo era hacer cafés, no hacer de guía turística, aunque, a la vista de todas las preguntas que me habían hecho ese día, estaba empezando a pensar que debía llevar las palabras *Google Maps* tatuadas en la frente.

—¿Disculpa?

Miré por encima del hombro desde mi puesto frente a la máquina de café, y vi a una mujer que se había saltado la cola de clientes y se había situado en el extremo del mostrador.

—Se ha acabado la canela en la zona de autoservicio —dijo.

—Un segundo —pedí, mientras vertía leche caliente en una taza de té.

Terminé de añadir la espuma de la leche y cerré el vaso con una tapa para llevar. No tenía tiempo de hacer dibujitos monos en la

espuma. Me di la vuelta y entregué el vaso a un hombre de pelo ralo que extendió la mano más o menos en mi dirección, sin molestarse en alzar la vista de su teléfono.

—Que vaya bien —murmuré, demasiado cansada para fingir ningún tipo de entusiasmo, y bostecé por lo que pareció ser la milésima vez desde que había empezado mi turno.

—¿Te acostaste tarde anoche, Tash? —preguntó Eddie al pasar a mi lado, con los *piercings* de sus cejas centellearon bajo la brillante luz del techo.

—Las dos últimas noches —admití, y dejé un vaso para llevar sobre el mostrador—. Té Earl Grey pequeño con leche —llamé.

—Ah, ¿sí? —preguntó Eddie, subiendo y bajando las cejas muy rápido.

—No es por lo que tú crees —expliqué.

Ojalá esa fuera la razón, pero lo cierto era que apenas tenía tiempo para mis muchos trabajos a tiempo parcial, de modo que las relaciones románticas no cabían en mi agenda.

—Estoy trabajando en un mueble que me han encargado, y me está llevando muchísimo tiempo. —Y, además, estaba esperando unos materiales agotados que me iban a retrasar la entrega.

—Ah, qué bien. Lo de que tengas un encargo, quiero decir.

—Sí, está bien. O lo estará, cuando lo termine y pueda entregarlo.

—Y cuando te paguen una barbaridad, ¿no?

—Sabes que no lo hago por el dinero, ¿verdad? —reí—. El diseño de muebles es mi pasión.

—Guapa, todos lo hacemos por dinero.

—Bueno, vale, eso es cierto.

Sería fantástico ganar lo bastante con los muebles como para no necesitar los otros trabajos a tiempo parcial, pero aún me faltaba mucho para cumplir aquel sueño. Por ahora, apenas llegaba a fin de mes incluso con los otros trabajos. Necesitaba cobrar el precio de aquel mueble para pagar el alquiler, y eso significaba que tenía que entregarlo en el plazo establecido.

—¿Y la canela? —oí decir a una voz con fastidio.

—¡Claro! —Saqué un dispensador nuevo de debajo del mostrador y se lo di a la mujer, que seguía al final del mostrador—. Disculpa el retraso.

Ella lo cogió y se dirigió con él a una mesa alta en la que había un letrero enorme que ponía NO UTILIZAR.

—No, ¡ahí no! —grité, inclinándome sobre el mostrador.

Señalé el letrero, que estaba escrito con letras negras enormes. ¿Cómo podía ser que la gente no lo viera?

Un tornillo de los que sujetaban el tablero de la mesa se había caído, y aún no lo habíamos reemplazado, así que la mesa se vencía a un lado en cuanto se ponía cualquier cosa encima. Las patas estaban atornilladas al suelo, y por eso no habíamos podido retirarla.

—De verdad, parece que nadie sabe leer hoy en día —dije.

—Yo sugiero que les dejemos aprender de su propia estupidez —sonrió Eddie.

—Eso supondría volver a hacerles las bebidas cuando acaben en el suelo y, además, tener que fregar el suelo.

—Y Craig seguramente nos haría pedir perdón de rodillas —suspiró Eddie.

Asentí con un murmullo. Craig llevaba lo de que «el cliente siempre tiene la razón» a sus últimas consecuencias, y nunca respaldaba a sus empleados.

—Hay que limpiar las mesas —dijo el aludido, que apareció en ese momento como si fuera un diablillo invocado con la mera mención de su nombre—. Nos estamos quedando sin sitios libres.

—Yo me encargo —dije, mirando a Eddie por encima del hombro mientras cogía un trapo—. ¿Te apañas tú aquí solo?

Eddie asintió y corrió a atender a otro cliente.

Me dirigí hacia la parte delantera del local, a medida que limpiaba migas y manchas de café de las mesas y recogía platos y tazas sucios. La vajilla que llevaba en las manos tintineó mientras recorría la cafetería, esquivando clientes y tratando de no tropezar con mis propios pies por el cansancio.

—No entiendo por qué no puedes hablar con ella —dijo cerca de mí una voz grave, en tono muy seco.

Alcé la vista de la mesa que estaba limpiando y vi a un hombre muy atractivo que se acercaba a mí desde el mostrador con una taza de café humeando en la mano. Era alto, de hombros anchos y se abría paso entre los clientes con facilidad mientras hablaba por teléfono. A juzgar por la expresión de desagrado en su cara, lo que estaba escuchando no le hacía ninguna gracia.

—¿Quieres dejar de preguntar por el negocio? No te he llamado por eso —resopló, sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro para apretarse el puente de la nariz, lo que dejó a la vista un Rolex muy llamativo que llevaba en la muñeca—. Escucha, tú solo habla con…. No, ahora no vamos a discutir eso. ¿Por qué sacas ese tema?

Aparté la vista cuando el hombre estuvo más cerca, para que no notara que estaba escuchando su conversación.

—Ya vale, papá —espetó él—. Esto no tiene nada que ver con la empresa. ¿Quieres hacer el favor de hablar con ella?

Su forma de hablar con quien parecía ser su padre me llamó la atención.

—Eres un maldito cabrón, ¿lo sabías?

Mejor dicho, la forma en que estaba *gritando* a su padre me despertó un antiguo dolor en el pecho, y me froté el hueco entre las costillas. Yo habría dado lo que fuera por tener todavía a mi padre y, mientras tanto, aquel imbécil podía permitirse ser muy desagradable con el suyo. Una parte de mí habría querido darle una bofetada en aquella cara tan engreída y exigirle que se disculpara.

El hombre pasó por mi lado y fue directo a la mesa prohibida. *Otra vez, no*, pensé, corriendo hacia él.

—¿Oiga? ¡El cartel! Por favor, no utilice esta mesa —dije, agitando los brazos para llamar su atención.

Cuando comprendí que no me iba a hacer caso, me acerqué y alargué una mano para detenerle. Mis dedos se cerraron sobre un brazo muy musculoso.

—¡Oiga!

Él se dio la vuelta y me miró con los ojos más intensos que había visto nunca.

—Perdona —dijo en tono ácido—. ¿No ves que estoy hablando por teléfono? ¿Es que no tienes modales?

¿En serio? Si hubiera sido una escena de dibujos animados, le estaría saliendo humo por las orejas. Pero, claro, si estuviéramos en unos dibujos animados, le habría podido atizar en toda la cabeza con un martillo de goma gigante. Por desgracia, en la vida real, tuve que tragarme mi impulso agresor y contestar con amabilidad.

—Esta mesa no se puede utilizar, porque…

—Sigo al teléfono —gruñó él, señalándolo con un dedo e ignorando por completo lo que intentaba decirle.

Era alto, y tuve que estirarme todo lo que pude para que su altura no resultara tan imponente. Tenía los ojos tan oscuros que casi

parecían negros, de un color similar a la barba incipiente que cubría sus mejillas y su mandíbula. Y menuda mandíbula, como para dar envidia a una estatua de Adonis. Pero lo que más me llamó la atención fueron sus cejas, muy expresivas.

—¿Qué parte de lo que te he dicho no has entendido? —insistió él.

De acuerdo. Le solté el brazo y él se apartó de mí. ¿Por qué iba a preocuparme por ayudar a alguien tan desagradable y que trataba tan mal a la gente?

Aquel hombre colgó el teléfono con brusquedad, se sentó en uno de los taburetes y dejó la taza de café sobre la mesa. Como era de esperar, el tablero se inclinó al instante y el café se derramó por la mesa y cayó sobre su regazo como una cascada reforzada con cafeína.

Fue glorioso, al menos para mí. Él, en cambio, no pareció muy contento.

—¡Maldita sea! —gritó, poniéndose en pie de un salto para intentar apartarse de la oleada de café que goteaba sobre sus vaqueros.

Suspiré, aunque no había podido contener una pequeña carcajada al verlo. Por suerte, no parecía que se hubiera quemado, solo parecía tremendamente enfadado por lo ocurrido.

—¿Te estás riendo? —preguntó, lanzándome una mirada asesina.

No pude evitarlo. Había conseguido evitar durante toda la mañana que la mesa se viniera abajo, y el hecho de que aquel engreído hubiera acabado con mi racha era bastante gracioso. Además, no podía haberle pasado a alguien más desagradable.

—¿Por qué no me has avisado? —continuó.

—¿Y qué crees que estaba intentando hacer? Ya sabes, cuando me has acusado de no tener modales —pregunté—. Al parecer, estabas demasiado ocupado gritando a tu padre y siendo grosero para escucharme.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo —dijo él—. Eres la peor camarera del mundo. ¿No se supone que lo mínimo que tienes que hacer es asegurarte de que el café se quede en la taza?

Comprendí que mi comentario sobre su padre le había dolido, porque había pasado de ser desagradable a arrogante en menos de tres segundos.

—Desde el momento en que tienes el café en la mano, es tu responsabilidad. *Yo* no he sido quien te lo ha tirado encima. Lo has derramado tú solito, porque eres demasiado importante para leer el cartel de aviso que hemos puesto ahí. Tal vez, si no estuvieras tan ocupado tratando de ganar el premio al Ricachón Enfadado del año, habrías prestado atención a lo que te rodea.

—No entiendo cómo puede seguir funcionando esta cafetería, contigo trabajando aquí.

—Pues parece que, con mucho encanto, y un montón de café derramado.

Miré su estúpida cara de cabreo, y aquellos ojos tan arrebatadores me distrajeron durante un instante. ¿Por qué los tíos más buenorros eran siempre unos pedazos de gilipollas? Le di la espalda.

—¿A dónde vas? —exigió saber.

—A seguir trabajando —dije—. ¿Qué esperas? ¿Que me quede aquí escuchando tu rabieta?

—¿Rabieta?

—Sí, eso es lo que estás teniendo. Aunque, en realidad es más bien un *rabietío*.

—¿*Rabietío*?

—Una rabieta, pero de un tío, un adulto.

—Te he entendido a la primera —gruñó entre dientes.

—Bien. Y, francamente, no sé de qué te quejas, cuando eres tú quien ha causado el problema. No has hecho caso del cartel, y no me has hecho caso a mí cuando he intentado avisarte. Estas son las consecuencias de tus decisiones, así que lo mejor que puedes hacer es alegrarte de haber estado al teléfono el tiempo suficiente para que se te enfriara el café, porque así no te has quemado.

—¿Quieres decir que serías más agradable si me hubiera quemado de verdad?

—¿Yo? No. Por mí, puedes irte con esa cara de guaperas a la guardería que hay un poco más abajo. A lo mejor, ellos sí se apiadan de ti y te ponen el café en un vaso a prueba de niños.

—¡Natasha! —Me di la vuelta y vi a Craig detrás de mí, con los ojos tan abiertos que parecían a punto de salirse de las órbitas—. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy… —Miré por encima de mi hombro—. Estoy limpiando las mesas.

—Estás montando un numerito, y tratando mal a los clientes de The Blend.

Un solo cliente, quise señalar, además del hecho de que él también me había tratado mal a mí. Pero a Craig no le importaría nada de eso.

—Ve a por tus cosas, creo que ya ha terminado tu turno.

Me quedé helada y el estómago se me cayó a los pies. Pensaba que me iba a gritar por no haber tratado a los santos clientes con el respeto que Craig creía que merecían, pero ¿esto? ¿Lo de obligarme a irme antes del fin de mi turno era un castigo para que perdiera medio día de sueldo? ¿O acaso estaba…? No, él no…

—¿Craig?

—No lo empeores aún más —murmuró por lo bajo para que solo le oyera yo.

Me sentí como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago, y el corazón me latió fuerte en el pecho. ¿Me acababa de despedir?

—Recibirás tu finiquito cuando acabe la semana —dijo Craig, despejando cualquier duda que me quedara todavía.

¡Joder!

Podía sentir la sonrisa arrogante del monstruo cafetero a mis espaldas, pero en lo único que podía pensar era en cómo diablos iba a pagar el alquiler a fin de mes.

2

TRENT

Mi trabajo como director ejecutivo de Muebles Saunders me permitía disponer de gente que se encargara de contratar y despedir a los empleados por mí. No es que yo no pudiera hacerlo por mí mismo, sino que así evitaba perder el tiempo con gente que no merecía la pena. Pero, a pesar de eso, conocía bien el proceso, y era capaz de reconocer el momento en que alguien se daba cuenta de que le iban a despedir. A juzgar por lo mucho que aquella camarera mandona había abierto los ojos, estaba claro que no había visto venir el golpe. Tenía tal cara de sorpresa que pensé que se le quedaría la expresión grabada para siempre.

Sin embargo, al mirarla, casi me sentí mal. Bueno, de acuerdo, me sentí mal y punto.

Tampoco es que debiera sentir lástima; sobre todo, después de que se hubiera reído de mí por derramarme el café encima, por no hablar de cómo me había reprendido por la forma en que le había hablado a mi padre, y acusado de tener una pataleta.

No, un momento. Un *rabietío*.

Fruncí el ceño al pensarlo, y cualquier resquicio de culpa que me quedara se secó y murió al momento. Siendo sincero, si esa era la

forma en que trataba a los clientes, la decisión del gerente resultaba comprensible. Para empezar, no debieron haberla contratado, con aquella actitud. El sarcasmo, la grosería… *Aquellos ojos verdes tan bonitos, con esas pestañas espesas. Esa boca de labios perfectos, y esas curvas tan apetecibles…*

—Señor, lo siento muchísimo —empezó a decir el gerente, devolviéndome a la realidad, después de que mis pensamientos se hubieran ido por otros derroteros—. Permítame que le invite a otro café.

—Eso sería un detalle. Gracias —dije.

La pequeña diva me miró furiosa, así que le dediqué mi sonrisa más arrogante. ¿*Ves*? Hubiera querido decir*. Así es como hay que tratar a los clientes*.

Ella resopló y se alejó enfadada. Yo me volví a mirar aquellas curvas que, realmente, no debería apreciar tanto. La forma en que las cintas del delantal se ceñían a su cintura y le destacaban el culo en aquellos vaqueros tan ajustados suponía una especie de tortura deliciosa. Me aclaré la garganta. Las más guapas eran siempre las más complicadas y, a esas alturas, yo ya debería saberlo.

Ella se dirigió a la zona tras el mostrador y, cuando desapareció por una puerta batiente, mis ideas se aclararon lo suficiente como para recordar por qué estaba allí. Había quedado con uno de mis mejores amigos, Aiden, para que me devolviera las llaves del Aston Martin que le había prestado la semana anterior para unas fotos publicitarias. No había podido encontrar un hueco hasta ese momento y, aun así, llegaba tarde. Mientras estaba en la cola, esperando para pedir, había recibido un mensaje suyo, avisando de que llegaría en quince minutos, pero yo le había dicho que no había prisa, porque tenía que hablar con mi padre.

—¡Trent!

Me volví al oír mi nombre y vi a Aiden entrar por la puerta. Él hizo un gesto para indicar que se dirigía a pedir un café, y yo asentí y busqué una mesa que funcionara como era debido. Cuando Aiden había propuesto que quedáramos en The Blend, no se me había ocurrido que estaría tan lleno, pero conseguí encontrar una mesa que quedó libre cuando un grupo de estudiantes de la universidad de Nueva York recogieron sus cosas y se marcharon. El hecho de vivir en Greenwich Village, cerca del campus, me había enseñado a sortear las idas y venidas de los universitarios. Hice una señal a Aiden y él se apresuró a acercarse con una taza de café en cada mano.

—Me han dicho que te diera esto —dijo al poner una de las dos tazas delante de mí—, «con las sinceras disculpas del gerente». Aunque el tío que la ha preparado parecía estar deseando escupir dentro.

Miré al otro camarero situado tras el mostrador, que me devolvió una mirada enfurecida mientras preparaba otro café. Probablemente sería amigo de la gata salvaje.

—No me sorprendería nada.

—¿Qué diablos has hecho antes de que yo llegara?

—Si te lo contara, no me creerías. —No tenía ganas de hablar de camareras cabreadas, por muy espectaculares que fueran sus culos —. ¿Cómo van las cosas en Elixir?

Su empresa de bebidas estaba yendo muy bien en los últimos tiempos, sobre todo después de lanzar una nueva línea de productos sin alcohol; además, las cosas le iban aún mejor en su vida personal desde que se había prometido con Cora, la mujer que le había ayudado a diseñar y lanzar esos productos nuevos.

—Fenomenal —dijo Aiden—. Todo va muy bien, salvo que… —Me miró con simpatía.

—Sí —suspiré—. Por eso quería hablar con mi padre.

—Ya me lo he imaginado —contestó Aiden—. Dios sabe que no te molestarías en localizarle si no fuera por ella.

Ella era mi abuela Dee, una de mis personas favoritas en el mundo, cuyo reciente diagnóstico de insuficiencia cardiaca congestiva me había estresado muchísimo. Claro, que a mi padre no parecía importarle un comino.

—No le interesa lo más mínimo hablar con ella. Yo solo… —Contuve mi desesperación, porque compartir el estrés con Aiden solo serviría para agobiarle—. Él sabe que hay que tomar una decisión rápida, porque la abuela Dee no tiene mucho tiempo. —Me ponía nervioso pensar que, tal vez, ya era demasiado tarde—. Tiene que operarse cuanto antes, pero se niega en redondo, y no consigo hacerle cambiar de opinión.

Aiden sacudió la cabeza, y pareció tan preocupado como yo.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó—. Ya sabes que ella lo es todo para sus chicos perdidos.

Conseguí esbozar media sonrisa al oír el apodo que mi abuela nos había puesto durante las vacaciones de Navidad de mi primer año en la Universidad Cornell, cuando unos amigos y yo aparecimos en su puerta porque no teníamos otro sitio al que ir. Desde aquel momento, ella básicamente había adoptado a Aiden, junto a nuestros otros amigos: Vincent, Paul y Dominic.

Para mí, tanto ella como el abuelo Davis, hasta su fallecimiento, habían sido los únicos adultos de la familia con los que había podido contar en la vida, y no estaba preparado para perder a mi abuela.

—Lo sé —aseguré a Aiden—. Si pudieras hacer algo, ya te lo habría pedido. No dejo de intentar razonar con ella, pero no me escucha. Dice que ya ha aceptado la enfermedad, pero me da la sensación de que, en realidad, se ha rendido.

—Cuando la llamé el otro día, parecía muy desanimada —dijo Aiden con un suspiro—. No me gusta oírla así, no reconocí a la mujer

alegre, dinámica y fuerte que es.

—Me siento muy… frustrado.

Si pudiera resolver el problema con dinero, lo gastaría a manos llenas, pero no podía comprar a la abuela Dee el deseo de seguir viviendo. Era ella quien debía encontrarlo por su cuenta, y odiaba aquella sensación de impotencia.

—No soy capaz de hacerme a la idea de que podría tener que despedirme de ella —continué, frotándome la frente—. Y no quiero ni pensar en cómo afectaría eso a Jimmy.

—Al chaval le costará asimilarlo —dijo Aiden con una mueca.

Eso era quedarse corto. A mi hermano pequeño le estaba empezando a ir mal en Princeton, y lo último que necesitaba era perder la única figura materna estable con la que contaba.

—Y supongo que tu padre no se ha apresurado a ponerse en contacto con él tampoco.

—¿Conrad, preocupado por algo que no sea él mismo? —resoplé—. Ni en broma.

Aiden bebió un trago de café.

—Deduzco que cuando has hablado con él, tu padre se ha comportado como siempre, ¿no?

—Si esa es tu forma de preguntar si sigue siendo un capullo desalmado, así es.

Sacudí la cabeza y bebí un poco de café también. Nunca entendería cómo alguien podía ser egoísta hasta aquel punto.

—Mira quién fue a hablar de capullos desalmados —murmuró una voz cerca de nosotros.

Volví la cabeza y vi que la camarera descarada había vuelto a aparecer, cargando con lo que asumí que serían todas las

pertenencias que tenía en el local.

—¿Vamos a seguir con esto? ¿No tienes bastante con el despido?

—Sí, muchas gracias por eso —masculló ella—. Has sido de gran ayuda.

—Ah, ¿sí? ¿No has sido tú quien ha tomado la decisión de ser la peor camarera del mundo? —repliqué.

Ella me miró con desdén y no pude contener una sonrisa ante la oportunidad de devolverle sus propias palabras.

—¿Eso es todo? ¿No se te ocurre otra grosería que decir? —me desafió ella.

—Es que me he dado cuenta de que no tiene sentido discutir con alguien que se comporta como una cría.

Ella se inclinó hacia mí, lo bastante cerca como para permitirme oler su perfume y apreciar las diminutas motas doradas en sus ojos.

—Al menos yo no doy la impresión de haberme meado en público.

La sonrisa se me heló en la cara y los dos bajamos la vista al mismo tiempo, como en cámara lenta, hasta la gran mancha de humedad que se extendía por mi regazo. Había estado tan distraído hablando con ella, y luego con Aiden, que no me había dado cuenta hasta entonces de lo mojados que tenía los pantalones.

Al levantar la vista, vi que ella seguía con los ojos clavados en mi entrepierna, y había levantado una ceja perfectamente depilada. Al cabo de un momento, me miró a los ojos.

—No te preocupes, seguro que nadie se da cuenta. Después de todo, tampoco hay mucho que ver ahí abajo.

Se enderezó con la sonrisa de superioridad más grande que había visto en mi vida, y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no apretar la taza de café hasta romperla.

—Que tengas un día maravilloso —añadió, destilando sarcasmo.

Y, con esas palabras, se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta con un contoneo triunfante. No me di cuenta de que me había quedado mirándola hasta que Aiden resopló y me hizo espabilar. Me volví hacia él.

—¿Qué?

—Conque *eso* es lo que ha pasado antes de que yo llegara —dijo él, sonriendo hacia su taza de café—. Parece que has encontrado a alguien a tu altura. Y ya era hora, la verdad.

¿*A mi altura*?

—¿Qué dices?

—Esa chica tan guapa que parecía que quería matarte. O follarte. O las dos cosas, tal vez.

—Solo es una camarera a la que espero no volver a ver en mi vida —dije, sin darle importancia.

—Para ser alguien que dice que no quiere volver a verla, te has pasado un buen rato mirándole el culo —observó él.

Sacudí la cabeza. No podía negarlo, pero, en mi defensa, era un culo bastante espectacular. Era una lástima que perteneciera a una mujer lamentable.

—Es una pena que se vayan, pero da gusto ver cómo lo hacen, ¿no? —bromeó Aiden.

—Créeme, me alegro muchísimo de perder a ésta de vista.

Lo último que quería hacer en mi vida era tener otro encontronazo con aquella gata salvaje.

3

NATASHA

Solo había una persona en el mundo que llamara así a la puerta de mi estudio cuando llegaba, aunque referirse a eso como «llamar» era quedarse bastante corto.

Stacy aporreó la puerta con las dos manos y canturreó mi nombre con su vocecilla aguda, que casi sonaba como un chillido. Si los perros del barrio no habían empezado a ladrar todavía, seguro que lo harían enseguida.

—¡Tasha! ¡Natashaaaaaa!

—¡Pasa! —grité para hacerme oír por encima del estruendo, porque me encontraba en el otro extremo del sótano donde trabajaba, sierra en mano, y no me apetecía levantarme para abrir la puerta.

Stacy entró ataviada con un llamativo poncho de flores. Solía vestir con una extravagante mezcla de ropa de segunda mano, colores brillantes y estampados geométricos, que solo le podía sentar bien a ella; en parte porque tenía muy buen ojo para combinar tonos y colores poco habituales, y en parte porque era tan guapa que estaría imponente hasta con una bolsa de plástico.

—¡Hola, amiga del alma! —dijo al acercarse.

Me detuve y solté la sierra, con cuidado de situar la hoja alejada de mí.

—Ay, madre. ¿Qué has roto esta vez?

—¡Nada! —exclamó ella, fingiendo ofenderse—. ¿Por qué siempre das por hecho que he roto algo?

—Porque la última vez que me saludaste así, habías roto la mesa de la cocina y viniste a pedirme que la arreglara.

Stacy se puso las manos en las caderas.

—Te dije que estaba haciendo pruebas para un espectáculo.

—Pues no entiendo por qué necesitabas las patas de la mesa para el vestuario.

—Te juro que hoy no he roto nada. ¿En qué estás trabajando? —preguntó, acercándose un poco más.

—La mesa de centro de la que te hablé. ¿Te acuerdas? Es un encargo de un directivo de la tele.

—Ah, ¿la que tendrá esos detalles de cristal tan bonitos?

—Sí.

—Ya veo. Ahora entiendo esos agujeros. Creí que te habías emocionado con la sierra.

—Aún estoy esperando el cristal —expliqué.

Los materiales agotados eran mi cruz. Me puse las gafas protectoras en lo alto de la cabeza, de forma que me retirasen el flequillo de los ojos, y Stacy sacó el teléfono.

—No te muevas —indicó, y me hizo una foto. O, mejor dicho, varias fotos.

Yo arrugué la nariz y me tapé la cara con la mano.

—Para. ¿Qué haces?

—Inspiración para mi próximo espectáculo.

—Creía que tu próximo espectáculo sería esa versión tan deprimente de *Guerra y paz.*

—Ese será el siguiente —me corrigió ella—. El próximo está basado en una combinación de tecnología futurista y *steampunk*.

—Ajá.

Stacy tenía un trabajo regular en una agencia de trabajo temporal, pero su sueño era ser diseñadora de vestuario en Broadway, y siempre estaba buscando la forma de complementar sus ingresos y mejorar su currículum a base de hacer diseños para cualquier producción teatral que encontrara, por muy poco relevante que fuera.

Miró las fotos que acababa de hacer y luego me mostró el teléfono para que las viera yo.

—Siempre estas muy sexi con esas gafas de seguridad. A ver cuándo me dejas que te haga un perfil en Tinder. Seguro que podría encontrarte algún carpintero guapo, alguien que sea hábil con las manos en más de un sentido. Ya sabes, uno de esos tíos que saben usar la «herramienta» como es debido.

Me eché a reír a carcajadas.

—Eso ha sonado fatal.

Stacy ignoró mi comentario con un gesto de la mano.

—Estoy intentando describir al carpintero sexi que querría para ti.

—Mejor te lo quedas tú. Ahora no tengo tiempo para los hombres. —Sobre todo porque lo que necesitaba era buscar otro trabajo—. Además, no sé si me llevaría bien con alguien tan similar.

Eso ya lo había intentado una vez, y no había acabado nada bien. Había perdido un trabajo fantástico, a mi novio y mi vivienda, todo a la vez.

—Ya sabes, los opuestos se atraen, y todo eso —añadí.

—Creo que tienes razón —suspiró Stacy—. Mejor me quedo yo al carpintero sexi y te busco a otra clase de tío. Podría ser alguien a quien le encante el café, para que no le importe esperarte en la cafetería mientras trabajas.

—A partir de hoy, ya no será en The Blend —murmuré—. Me han despedido.

—¿En serio? ¿Por qué? Me encantaba ese sitio. Y todo ese café gratis...

—Digamos que hay un hombre en esta ciudad al que me encantaría atizar con mi herramienta —le informé—, y no por diversión.

Me pregunté si aquel capullo saldría bien parado en un enfrentamiento con mi sierra. Me encantaría hacerle un par de agujeros en algunas zonas vitales del cuerpo.

—Oh, no —dijo Stacy, sentándose en el taburete junto a mi pequeño escritorio—. ¿Un cliente infernal?

—Ni te lo imaginas. Había oído historias sobre clientes horribles, pero nunca imaginé que me encontraría a uno de ellos en carne y hueso.

—¿Qué ha pasado?

—Para empezar, estaba al teléfono con su padre y le hablaba de un modo muy desagradable. Desde ahí, todo ha ido a peor. —Stacy se quedó con la boca cada vez más abierta a medida que le contaba la historia.

—¡Qué horror!

—*Él* era un horror. En serio, nunca he conocido a una persona tan horrible en toda mi vida.

Debería haberme imaginado que un hombre tan guapo no podría tener una personalidad agradable, porque el mundo no funcionaba así. Y me fastidiaba no haber podido evitar fijarme en lo atractivo que era.

—Lo siento mucho, Tash, qué rabia. ¿Se ha disculpado al menos cuando se ha enterado de que te han despedido?

—No, como era de esperar —dije—. Pero al menos soy yo quien ha tenido la última palabra, así que algo es algo. —Sonreí al recordar la expresión de su cara cuando me había ido.

—¿Y crees que vale la pena intentar negociar con Craig?

—Tal vez si le suplico…

Pero eso solo le daría una razón para portarse aún peor conmigo. No, no merecía la pena.

—Bueno, estaré atenta en la agencia y te avisaré si veo alguna oportunidad interesante.

—Gracias, Stace.

Ella me abrazó y yo gruñí un poco cuando me apretó con todas sus fuerzas, mientras yo me quedaba ahí parada, con los brazos caídos a los lados.

—Todo irá bien —prometió.

—Tú siempre tan optimista.

Eso era lo mejor y lo peor de mi amiga. Su optimismo la convertía en una compañera muy divertida, pero también la hacía tremendamente vulnerable a los capullos, y por esa razón la habían engañado y se habían aprovechado de ella más de una vez. De hecho, esa era una buena razón para no permitirle buscar un hombre para mí. Su historial era lamentable.

—Oye, ¿por qué no vamos a hacer algo que te permita olvidar al señor Imbécil y las consecuencias de tu despido?

Negué con la cabeza, pero ella insistió.

—No digas que no. Aquí al lado están celebrando las fiestas del barrio, así que podríamos ir a comer barbacoa y beber algo. Podríamos tontear con desconocidos.

—No puedo —dije—. En serio. No es que vaya a quedarme dándole vueltas a la cabeza, es que tengo que terminar este proyecto cuanto antes. —Necesitaba el dinero.

—Vale, lo entiendo. ¿Puedo hacer algo para ayudar?

—Mmmm —murmuré, al tiempo que cogía una lija y empezaba a repasar los bordes de la mesa—. Podrías leer mis correos para ver si he recibido algún otro encargo. Ahí está mi portátil.

—Oh, sí, seré tu asistente personal. «Taller de Natasha Dryer. ¿Cómo podemos ayudarle a transformar su casa?».

—¿Es así como contestarías las llamadas? —pregunté, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada, es gracioso —reí.

—Muy bien, señorita Dryer, veamos qué tal va el negocio. —Stacy puso mi portátil sobre el escritorio, lo abrió y buscó mi bandeja de entrada—. Oh, aquí hay alguien que te ofrece comprar unos terrenos en India. Jagmeet te promete una nueva vida de lujo —canturreó.

—Dile que me lo pensaré —contesté—. ¿Qué más ha llegado?

—Basura, basura, dos por uno en pizzas. ¡Oh!

—¿Qué?

—Hay rebajas en Fabletics.

Puse los ojos en blanco. A Stacy le obsesionaba la ropa de deporte.

—Además, ¿por qué das tu dirección de correo electrónico a todas estas empresas? Solo mandan basura —preguntó.

—Lo sé. Tengo que empezar a cancelar suscripciones.

—Estoy segura de que eso es un trabajo. Se podría ofrecer un servicio por suscripción para cancelar suscripciones.

Soplé para limpiar las virutas de la mesa.

—Todo un mercado por descubrir. Deberías mirarlo.

—Lo pondré en mi currículum, justo debajo de asistente personal. Oye, aquí hay alguien que pregunta por un encargo.

Miré a Stacy, que leía el mensaje con cara de concentración.

—¿Qué dice?

—Que quiere hablar contigo antes de encargar nada. Dice: «Estoy buscando a alguien que pueda crear una pieza interesante y única…».

Al oír aquello, sentí un destello de irritación.

—«Me pregunto si te interesaría diseñar bla, bla, bla…». —Terminé la frase por Stacy—. ¿A que dice algo así?

—Eso mismo.

—Dios, ¿otra vez? Te juro que esa persona me manda mensajes como ese al menos una vez al mes.

—¿Y eso es malo? —preguntó.

—Lo es, si se trata de una pérdida de tiempo. Cuando contesto para pedir detalles, siempre responde de una forma muy vaga, así que soy yo quien tiene que proponer las ideas, y cuando envío un boceto, lo rechaza diciendo que no es lo que buscaba. ¡Si ni siquiera me ha dicho lo que busca, para empezar!

—¿Y no deja de enviar mensajes? —preguntó Stacy.

—Como un reloj. Este es el tercero o el cuarto. —La paciencia se me había acabado—. Es muy raro, ¿no crees?

—Sí, parece bastante sospechoso —confirmó Stacy.

Que le dieran a esa persona.

—¿Puedes contestar diciendo que estoy demasiado ocupada ahora mismo y no puedo aceptar más encargos? —Era mentira; precisamente, ahora, necesitaba todos los encargos que pudiera conseguir, pero no de aquella persona.

—De acuerdo —dijo Stacy, que empezó a teclear con sus largas uñas —. Ya está hecho.

—Mira a ver si tengo algún mensaje en 1stDibs.com. —Era una página web en la que hacía la mayor parte de mis ventas por internet, tanto de muebles restaurados como originales, además de recibir encargos de gente que había oído hablar de mí.

—Dame un segundo… No, no hay nada. Espera, sí. Tienes un mensaje.

—¿En serio?

—Sí, y parece prometedor. Ha incluido una foto de uno de tus muebles y dice que lo compró su abuela en una venta de mobiliario de segunda mano. Ay, esto es muy bonito. Cuenta que a su abuela le encanta el escritorio y que lo usa para escribir cartas a sus amigos.

Me apresuré a acercarme a ella y leí el mensaje.

—Quiere encargar más muebles para ella —dije, dando a Stacy un codazo tan fuerte, que casi la tiré del taburete—. ¡Muebles! ¡En plural! Este sí es un proyecto que me interesa.

—Genial, Tash. ¿Ves como las cosas van a ir mejor?

—Da gusto ver a un hombre que se preocupa por su familia, para variar —dije, recordando al monstruo cafetero.

—Quién sabe, podría ser el hombre perfecto para ti —bromeó Stacy —. Si está dispuesto a encargar varios muebles con tus precios, debe tener dinero, y está claro que tiene buen gusto. Además, aprecia el trabajo artesanal, quiere a su familia y, oye, puestos a fantasear, seguro que también es guapísimo.

Solté un murmullo de fastidio. ¿Por qué no dejaba de pensar en aquel tío bueno tan imbécil al que debía mi despido? A mi lado, Stacy empezó a teclear.

—¿Qué escribes?

—Claro que sí, señor Forrado, aceptaré su encargo encantada, dado su interés en mis cualidades. Emoticono guiñando un ojo.

—Por Dios, no vayas a enviar eso.

—Es broma, no… Oh, mierda.

Los ojos casi se me salieron de las órbitas cuando vi que su mensaje aparecía debajo del que había enviado aquel hombre.

—¿Le has dado al botón de enviar?

—¡Cancélalo! —exclamó Stacy, empujando el portátil hacia mí—. ¡Tienes que borrarlo!

—No se puede borrar después de enviar. ¡Ay, la leche!

—¿Acabo de hacer que pierdas el encargo? Natasha, ¡lo siento muchísimo!

El corazón me latía en las sienes.

—No, no, *no*… —Tenía que haber un modo de arreglarlo, debía de haber algo que…—. Espera, ¡está contestando!

—¿Qué?

—Está conectado, o hay alguien conectado en su cuenta. Está escribiendo una respuesta.

Clavé la vista en los tres puntitos que parpadeaban en la pantalla, conteniendo la respiración. Tenía la sensación de que iba a vomitar.

—¡A ver! —Stacy se acercó el portátil para mirar la pantalla—. Ya ha contestado. Vaya, qué… Formal —añadió, mientras yo caminaba de un lado a otro con las manos en las sienes—. ¡Pero no está enfadado! —añadió.

Me apresuré a acercarme y leí el mensaje por encima de su hombro.

Muchas gracias por su rápida respuesta. Intentaré ignorar su falta de profesionalidad, dado que mi abuela es una gran admiradora de su trabajo.

—Está claro que no le ha hecho ninguna gracia —observó Stacy—, pero podría haber sido peor.

Estaba muerta de vergüenza y el corazón aún me latía a toda velocidad. Pero ella tenía razón, al menos no había retirado el encargo. De hecho, había añadido otro mensaje proponiendo que fuera a la casa de su abuela en Long Island para decidir qué muebles combinarían mejor con los que ya tenía.

—¿Le propongo un día y hora? —preguntó Stacy.

Le arranqué el portátil de las manos.

—No. Quedas despedida oficialmente del puesto de asistente personal.

4

TRENT

Sofía García, la cuidadora de la abuela Dee, me abrió la puerta de la amplia casa en Jamesport donde mi abuela había vivido durante más años de los que yo tenía.

—Llegas tarde —observó, cerrando detrás de mí la bonita puerta de caoba tallada.

—No llego tarde.

—Según Dee, sí.

Miré el reloj y comprobé que había llegado puntual, pero los dos sabíamos que, en opinión de la abuela Dee, si uno no llegaba con cinco minutos de adelanto, eso ya era llegar tarde.

—¿Qué tal está?

—Lo cierto es que no hemos empezado el día demasiado bien.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Sofía me indicó que la siguiera a un rincón de la entrada, ocultos a la vista desde el pasillo. Cuando no me moví tan rápido como ella esperaba, me agarró del brazo y tiró de mí.

—Le ha costado mucho levantarse de la cama —dijo Sofía, mirando por encima del hombro para asegurarse de que estábamos solos.

La abuela Dee se estaría haciendo mayor, pero aún tenía un oído muy agudo, y una especie de sexto sentido para saber cuándo hablábamos de ella. Si nos veía allí, nos regañaría por cotillear y se pasaría el día enfadada con nosotros.

—Se le ha enganchado el bastón en el tubo del oxígeno cuando la estaba ayudando a vestirse —continuó.

—¿Se ha hecho daño? —pregunté preocupado.

—No, pero se ha puesto de mal humor, y hoy no parece tener mucha energía. Me ha costado mucho conseguir que aceptara ir a descansar al salón, y no creo que vayamos a poder animarla para que dé un paseo después del desayuno.

Me pasé una mano por la cara, y miré la luz que se filtraba por una de las vidrieras de colores situadas a ambos lados de la puerta, decorando la pared de enfrente con fractales azules y verdes. Agradecía en el alma la paciencia de Sofía, pues parecía que la abuela necesitaba cada vez más asistencia para llevar a cabo sus actividades diarias.

—Te agradezco mucho la ayuda. No te preocupes ahora de si sale o no, yo intentaré animarla a dar un paseo conmigo un poco más tarde.

Tenía la esperanza de que la reunión con la diseñadora de muebles la animara un poco. Esa era la única razón por la que estaba dispuesto a aguantar a aquella impresentable después de su respuesta a mi mensaje inicial. *¿Señor Forrado?* ¡Y, encima, un emoticono! Arrugué la nariz al recordarlo. Además de no ser ni remotamente profesional, era casi una grosería. Cuando recibí aquel mensaje, había estado a punto de mandarla al infierno y olvidar la idea, pero maldita sea, sus muebles eran preciosos. Por muy insoportable que fuera la artesana, sabía bien lo que hacía. Tendría

que comprobar si era capaz de comportarse como era debido, al menos durante el tiempo suficiente como para hacer un mueble o dos para mi abuela.

Estaba dispuesto a hacer lo que fuera para animar a Dee. Desde que la diagnosticaron, había perdido todo su entusiasmo, y era muy difícil conseguir que se interesara por nada. Esa era la razón por la que se me había ocurrido la idea de encargar unos muebles, por si era posible hacer que se implicara en un proyecto que pudiera devolverle el ánimo. Así que, tanto si me gustaba como si no, necesitaba hacer una prueba con aquella diseñadora de mobiliario.

—Estate atento al tubo del oxígeno cuando se ponga de pie —estaba diciendo Sofía—, porque ha tropezado más de una vez.

—De acuerdo —dije.

Todavía nos estábamos adaptando a que la abuela Dee necesitara oxígeno suplementario, que le ayudaba a respirar mejor cuando estaba en movimiento. Lamentablemente, con los mareos que había estado sufriendo, el tubo también representaba un obstáculo con el que tropezar.

Sonó el timbre de la puerta; la diseñadora de muebles llegaba pronto. Tal vez intentaba compensar así el comentario tan poco profesional del día anterior. Había esperado poder pasar algo de tiempo con mi abuela antes de contarle lo que había preparado para ella, pero parecía que el plan acababa de cambiar.

—¿Esperamos compañía? —preguntó Sofía, con preocupación.

—Yo me encargo de abrir —dije—. ¿Puedes avisar a Dee de que tengo una sorpresa para ella?

—No estoy segura de que ahora esté de humor para eso —contestó, con aire de desaprobación.

—Esta le va a gustar, estoy seguro.

Sofía asintió y se apresuró a dirigirse al salón, mientras yo fui a la puerta. Abrí justo cuando la diseñadora de muebles se disponía a llamar con los nudillos; solo que, en lugar de encontrar a una desconocida al otro lado de la puerta, vi a una mujer que me resultó familiar.

—¡Tú! —exclamé al ver a la gata salvaje en persona.

La reconocí al momento: larga melena oscura, cintura esbelta, boca bien dibujada, ojos brillantes y, en cuanto me vio, una mueca de desdén que habría asustado a un demonio. Llevaba una bolsa de *bagels* en la mano.

Por todos los demonios, ¿qué estaba haciendo la peor camarera del mundo en el porche de la casa de mi abuela? Me quedé allí de pie, preguntándome si aquella pesadilla desaparecería si cerraba la puerta y volvía a abrir. ¿Habría venido a tirarme más café encima y reírse como una hiena? ¿Qué había hecho yo para merecer aquello?

—¡Tiene que ser una broma! —dijo ella, sorprendida y asustada a partes iguales—. ¿Qué es esto?

—¿Qué cojones estás haciendo aquí? —gruñí—. ¿Ahora me estás acosando?

Su expresión cambió de sorprendida a ofendida en un instante.

—¿Cómo diablos iba a acosarte si ni siquiera sé quién eres? Aunque no lo creas, el mundo no gira a tu alrededor.

¿Por qué insistía el universo en poner a aquella mujer en mi camino?

—Aún sigo esperando a que me digas qué estás haciendo aquí.

—He venido a una reunión. Me han invitado. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

Oh no. No podía ser.

—¿Eres la diseñadora de muebles?

—¿Y tú eres el cliente? —preguntó ella, asqueada—. ¿El hombre que quería muebles nuevos para su abuela? No es posible…

Vaya, ¿era ahora cuando iba a reñirme otra vez por la forma en que había hablado a mi propio padre? Notaba cómo la sangre me latía en los oídos.

—Después de la forma en que le hablaste a tu…

—Eso no es asunto tuyo —advertí, frunciendo el ceño.

—Ah, ¿sí? —Ella se cruzó de brazos—. Bueno, si es así como tratas a tu padre, ahora me preocupa esta abuela que parece importarte tanto.

—Te has pasado tanto de la raya que ya ni siquiera la puedes ver.

—Eso no tiene sentido.

Uno de los vecinos pasó por la calle en su descapotable en ese momento, y me saludó con la mano. Le devolví el saludo con una sonrisa forzada.

—¿Puedes dejar de montar otro numerito en el porche? Los vecinos van a pensar que pasa algo raro.

—Es que pasa algo raro.

—Haz el favor de entrar de una vez —ordené, haciéndome a un lado.

Ella levantó las cejas al oír eso, y observé con atención la forma en que entreabrió un poco los labios. Parecía estar considerando la posibilidad de dar media vuelta y largarse corriendo, pero entonces, enderezó los hombros y pasó por mi lado para entrar en la casa.

Intenté no mirarle el culo, y me armé de la misma paciencia a la que solía recurrir cuando las circunstancias me obligaban a tratar con mis padres. Cerré la puerta y, al volverme, la encontré mirando a su alrededor, recogiendo información o, tal vez, apreciando el buen gusto de mi abuela en cuestión de muebles.

Se repuso y me miró a los ojos con suspicacia.

—Bien, ya he entrado. ¿Estás contento?

—Encantado —le dije—. Casi tanto como cuando recibí ese mensaje tan grosero que enviaste.

No pude evitar sonreír al ver que, evidentemente, aquello la había molestado. Sí, era mejor hablar de eso, en lugar de mis relaciones con mi familia.

—Eso… fue un error —dijo ella, muy azorada por su metedura de pata, aunque era obvio que intentaba seguir enfadada conmigo.

Sacudió la cabeza, de modo que algunos mechones de la melena le cubrieron la cara, pero era demasiado tarde. Ya había visto lo mucho que le había afectado mi comentario. Bajé la vista a la bolsa que llevaba en la mano.

—¿Esos *bagels* son una disculpa?

—Lo eran —murmuró ella, con aspecto de desear hacerme tragar la bolsa entera, a ver si me ahogaba.

—No tienes que disculparte por sentirte atraída por mí.

Ella arrugó la bolsa en la mano, y yo contuve una risa. Debía admitir que no me importaba el cambio de tema. Desde luego, era preferible a que me acusara de tratar mal a mi abuela. Pero, además, estaba guapísima cuando se enfadaba y empezaba a respirar con rapidez. Estaba empezando a divertirme más de lo previsto.

—Debes saber que el mensaje lo envió mi amiga Stacy —murmuró ella—. Y no sabíamos que eras tú, así que puedes dejar de sentirte halagado.

—Stacy, claro. Y esta amiga tuya, ¿contesta tus correos muy a menudo?

—No —contestó—. Me estaba haciendo un favor.

—Ya —dije de forma que notara la ironía en mi tono.

—Me da igual lo que pienses.

—Pues yo creo que sí te importa.

La miré a los ojos y estuve a punto de perderme en aquel color verde, de modo que no me fijé en que mi abuela se acercaba por el pasillo.

—¿*Esta* es mi sorpresa? —preguntó, encantada.

La miré por encima del hombro de la diseñadora, lo que no era demasiado difícil, porque yo le sacaba más de un palmo de altura. La abuela sonreía mucho más de lo que la había visto hacer en varias semanas. Me resultaba muy difícil verla depender de su bastón para moverse y arrastrar tras de sí el pequeño carrito en el que llevaba la bombona de oxígeno que necesitaba para respirar. Y, sin embargo, a pesar de su enfermedad, seguía teniendo el mismo aspecto de siempre: su jersey de cachemira no mostraba ni una arruga, su melena, gris y corta, estaba perfectamente peinada y llevaba puestos sus eternos pendientes de perlas.

Me sorprendió lo rápido que caminaba hacia nosotros para presentarse a la diseñadora, que se había quedado sin habla al verla.

—No me habías dicho que tu abuela era *Deana Saunders*, de Muebles Saunders —me susurró indignada.

—No pensé que fuera importante.

—La he admirado desde que estudié sus diseños en la carrera. Ahora reconozco la decoración de la casa, con todas esas maderas oscuras y los toques de color aquí y allá. Ese siempre ha sido su estilo, ¿verdad?

La abuela llegó a donde estábamos y, al momento, cogió una de las manos de la diseñadora.

—Me alegro muchísimo de conocerla, señora Saunders. Soy Natasha Dryer. Es un honor, en serio —dijo ella.

—Oh, llámame Dee, por favor. Así es como me llama todo el mundo. Estoy encantada de conocerte.

—¿Sí? —preguntó Natasha, sorprendida.

—Trent nunca trae chicas a casa.

Oh, mierda, pensé, al tiempo que Natasha abría mucho los ojos. Los dos parecimos comprender a la vez que mi abuela creía que Natasha era mi *novia*. ¡Ja! Qué gracioso, como si yo estuviera dispuesto a pasar un minuto más de lo necesario con la gata salvaje. Preferiría encerrarme en una jaula con un tigre. Pero, joder, la abuela parecía encantada. Llevaba semanas sin sonreír de ese modo. ¿Cómo iba a sacarla de su engaño, después de la mañana tan mala que había tenido?

—Oh, no estamos… —empezó Natasha, pero yo la interrumpí al momento.

—… yendo en serio todavía. —Le pasé un brazo por los hombros y apreté al notar que intentaba escaparse—. Aún nos estamos conociendo. Y mira, Natasha ha traído *bagels*. Deberíamos comérnoslos antes de que se pongan duros, ¿no?

—Por supuesto. La cocina está por aquí —dijo la abuela, indicándonos que la siguiéramos.

—Tú ve poniendo el café —dije, sin moverme—. Yo voy a enseñarle la casa a Natasha rápidamente.

—No me hagáis esperar —dijo la abuela—. Quiero que me contéis cómo os habéis conocido.

—Sí, ahora mismo vamos.

En cuanto estuvimos solos, Natasha me quitó el brazo del hombro con un empujón.

—¿Qué demonios crees que haces?

—Escúchame solo un momento.

—¿Que te escuche? —Su voz se iba haciendo más aguda, a medida que se indignaba más y más—. Pero cómo vamos a estar saliendo. ¿Por qué has querido darle la impresión de que sí?

—Ya has visto lo contenta que se ha puesto.

—¿Y qué? —Natasha me miraba como si tuviera dos cabezas.

—¿Cómo que, y qué? —repetí—. ¿En serio? Acabas de decir que la admiras, y lo único que se te ocurre ante la idea de hacerla feliz es «¿y qué?».

Ella enrojeció, pero levantó un poco la barbilla, dejando claro que iba a seguir en sus trece.

—Pues se va a llevar una decepción enorme cuando se entere de que no te aguanto y no saldría contigo ni en un millón de años —me espetó.

—Pues vaya cambio respecto del otro día —dije para provocarla—. ¿Qué fue eso que dijiste de tus «cualidades»?

—¡Ya te he dicho que ese mensaje lo escribió mi amiga! —protestó ella—. No tenía que haberlo enviado.

—Eso es lo que dices ahora…

—Ya vale —exclamó—. Está claro que venir hasta aquí ha sido un error.

Se dio la vuelta para dirigirse a la puerta. *Maldita sea.* No podía dejarla marchar así, y menos con la abuela esperando en la cocina con un entusiasmo que hacía mucho que no mostraba. Iba a tener que contarle la verdad; podría ser la única forma de convencerla para que me ayudara. Tenía que saber lo que estaba en juego.

—A mi abuela le diagnosticaron una insuficiencia cardiaca congestiva hace un par de meses —expliqué. Natasha se detuvo al momento y se volvió a mirarme, despacio.

—¿Y se puede curar? —preguntó.

—Sí, con una operación, pero ha decidido no hacérsela. —Al ver que ella abría mucho los ojos, decidí cargar un poco las tintas—. Ha perdido por completo las ganas de vivir, pero estoy dispuesto a hacer lo que sea para que cambie de opinión. Haría cualquier cosa para conseguir que vuelva a interesarse por algo, desde localizar a su diseñadora de muebles favorita para encargarle unas cuantas piezas, hasta…

—¿Hasta fingir una relación con alguien que no es tu novia? —replicó ella, aunque ahora ya no parecía tan enfadada.

—O fingir una relación con alguien a quien puedo convencer de que finja ser mi novia.

—Estás mal de la cabeza.

Puede, pensé, mirando cómo sus ojos se desviaban para observar la biblioteca. Me aparté para que pudiera ver la enorme vitrina que albergaba la colección de porcelana fina de Dee.

—Antes de que lo preguntes, es una pieza única…

—Es preciosa —dijo ella.

Ella me siguió al interior de la habitación, cuya pared del fondo estaba cubierta por una gran estantería llena de libros. En el centro había varios sillones orejeros y, a un lado, un piano de cola. Natasha fue derecha al escritorio al que yo me había referido cuando le envié el mensaje, el que había diseñado ella y que tanto le gustaba a Dee. Acarició el borde de la mesa con la mano, como si se tratara de una mascota.

—¿Le gustan las piezas antiguas?

—Sí, y también las piezas a medida, sobre todo si tienen detalles de cristal o marquetería.

—Me he fijado en las vidrieras de colores —indicó Natasha—. Tu abuela tiene un gusto increíble.

—Y seguramente le encantará hablar de todo eso contigo —observé —. Estoy seguro de que la harás feliz si le cuentas que aprendiste algo sobre ella en la escuela de diseño. Tendríais muchísimo de lo que hablar. Ya sabes, si estuvieras dispuesta a hacerme este pequeño favor…

—No es un favor pequeño, que digamos —murmuró, aunque parecía indecisa, a juzgar por la forma tan atractiva en la que se mordía el labio inferior.

Era obvio que le tentaba la idea de seguir hablando con Dee y charlar de muebles, diseños y las piezas de encargo por las que había venido hasta aquí.

—De acuerdo —accedió a desgana—. Fingiré ser tu novia, pero solo delante de tu abuela. Y más vale que dejes las manos en los bolsillos.

—Hecho —acepté, aliviado de que se mostrara más razonable de lo que lo había sido aquel día en la cafetería—. Vamos a desayunar.

Acompañé a Natasha a la cocina, y le cogí la mano para representar el papel. La abuela nos sonrió al entrar y ella le devolvió la sonrisa, aunque me soltó la mano enseguida y fue a sentarse en una silla que dejaba una buena distancia entre nosotros.

—No te he contado lo mejor —dije a mi abuela cuando estuvimos todos sentados ante los *bagels* y un plato de fruta—. Natasha es la persona que hizo tu escritorio.

—¿El que tiene forma de L? —preguntó ella, impresionada e ilusionada a partes iguales.

—Ese mismo —confirmé.

—Disfruté mucho haciendo ese escritorio —dijo Natasha con una gran sonrisa—. Me alegro de que te guste.

—Natasha y yo estábamos hablando de otros muebles que podría hacer para ti.

—Oh, ¡eso sería fantástico! —dijo mi abuela—. Me gustaría redecorar la biblioteca.

—Yo sugeriría una estantería tipo *art nouveau* y, tal vez, alguna pieza a juego con el escritorio —propuso Natasha.

—Eso me encantaría —contestó Dee, ilusionada—. ¿Utilizas materiales locales?

—Siempre que puedo. Intento que todos mis muebles sean sostenibles, así que trato de usar materiales reciclados en la medida de lo posible, sobre todo, madera. El cristal será probablemente lo más difícil de encontrar.

—Cada vez hay más interés por la producción sostenible —señaló mi abuela.

—La culpa es de ese actor de Hollywood que hace vídeos para enseñar los muebles que fabrica —dije con un gruñido, incapaz de ocultar mi irritación. Miré a Natasha—. Ya sabes quién.

—Kyle Landing —asintió ella.

—Sí, el de los pelos, que saca a sus perros en todos sus vídeos.

—No se puede negar que sabe cómo vender sus productos —observó mi abuela—, y cómo captar la atención de los interesados en la sostenibilidad.

El número de interesados había aumentado de forma considerable gracias a que aquel actor había puesto de moda el concepto de mobiliario sostenible. Como consecuencia, las grandes empresas de muebles, incluyendo Muebles Saunders, estábamos apresurándonos a ponernos al día. En los últimos meses, habíamos tenido más

reuniones sobre el tema de las que podía recordar. No estaba dispuesto a desaprovechar la oportunidad de ganar dinero con un nuevo mercado sin explotar, pero aún no tenía en mi equipo a la gente adecuada para sacar adelante un plan de negocio.

—Creo que es fantástico —comentó Natasha—. Al menos, está consiguiendo que el asunto reciba mucho interés.

—Y está poniendo mucha presión en el mercado —señalé—. Presumir de sostenibilidad es muy fácil cuando haces los muebles de uno en uno, como tú o él; pero, para una empresa como la nuestra, es muy complicado, porque tenemos que producir muchísima más cantidad.

—No sé si estoy de acuerdo con eso —observó Natasha.

—¿Tienes idea de cuántos muebles hacemos cada año? ¿Crees que tenemos el tiempo, o los medios, de encontrar madera reciclada para cada uno de ellos?

—Pues claro que no. —Natasha puso los ojos en blanco—. Pero que seas una empresa grande no significa que no puedas hacer cambios importantes en tus diseños y procesos de producción para reducir el material de desecho.

—Como director ejecutivo, creo que sé… —empecé, levantando una ceja.

—Ah, ¿sí? —me retó ella—. ¿Has considerado utilizar fibras naturales en las tapicerías? ¿U obtener la madera de productores específicos, en lugar de bosques naturales?

—Los productores de madera son mucho más caros.

—Te dedicas a los muebles de lujo —dijo ella, despreocupada—. La gente no va a Muebles Saunders en busca de gangas. Lo que buscan es calidad, y ya pagan un precio más alto por eso. Estoy segura de que pagarían aún más por un producto que les permitiera tener la

conciencia tranquila, del que puedan hablar a sus amigos o presumir en las redes.

—Como *Kyle* —dije, con una mueca.

—¿Por qué no? —replicó Natasha—. Si a él le funciona, ¿por qué no intentas que te funcione a ti también?

Mi abuela se echó a reír, encantada, y tuve que hacer un esfuerzo por no dar un salto de sorpresa. Había estado tan absorto en la discusión con Natasha, que se me había olvidado que estaba ahí. —Ay, cielo, eres perfecta —dijo Dee, dando unos golpecitos al dorso de la mano de Natasha—. Eres justo lo que necesitaba Trent. Y me atrevería a decir que también eres lo que necesita Muebles Saunders.

—Có… ¿Cómo? —preguntó Natasha, con aspecto confundido.

—Lo que quiero decir es que Trent debería contratarte —continuó mi abuela, guiñándome el ojo—. Eres justo la persona que ha estado buscando para dirigir su nueva colección de mobiliario.

Qué idea más espantosa. Intenté no estremecerme. ¿Trabajar con Natasha?

—¡Oh! —dijo Natasha—. No, eso no sería bueno para ninguno de…

—¿Trent? —interrumpió mi abuela, mirándome con interés.

Quise decirle que había perdido la cabeza, que contratar a Natasha en Muebles Saunders no tenía ningún sentido… Pero, cuanto más lo pensaba, más comprendía que tenía razón. Natasha *tenía* los conocimientos que yo necesitaba. Aunque solo la idea de tenerla cerca todo el día me daba ganas de romper algo, creía que sería capaz de controlar mis sentimientos, si eso era necesario para asegurar el futuro de la empresa.

—Lo nuestro no es el diseño sostenible. No se trata solo de los materiales, sino de todo nuestro planteamiento.

Cuando mis padres estuvieron a cargo de la empresa, después de que la abuela Dee se jubilara, habían reorientado la producción hacia los diseños minimalistas, limpios y muy modernos, y esa seguía siendo la base de nuestra oferta, que yo había continuado. Sin embargo, poner el enfoque en la sostenibilidad suponía una dirección completamente nueva, y aún no había encontrado a nadie con la visión adecuada para hacerse cargo. Todas las personas a las que había entrevistado hasta el momento habían intentado adularme presentando diseños muy similares a los que ya ofrecía nuestra empresa. O no comprendían que buscaba nuevas ideas, o yo les intimidaba y no se atrevían a llevar las cosas demasiado lejos. Por muchos defectos que Natasha tuviera, estaba claro que no se dejaba intimidar por mí.

—¿Puedo ver otras piezas que hayas hecho? —pregunté con los dientes apretados.

—Uh… —empezó, con cara de preocupación.

Cuando mi abuela la miró esperanzada, Natasha sacó su tableta para mostrarnos algunos bocetos que había hecho después de concertar la reunión conmigo, con ideas para piezas que pudieran combinar bien con el escritorio.

Maldita sea, eran preciosas.

Terminamos de desayunar poco después, cuando mi abuela dijo que estaba cansada, y acompañé a Natasha a la puerta.

—Puedes empezar el lunes.

—¿Empezar, el qué? —Me miró sin comprender.

—Te estoy ofreciendo un trabajo en Muebles Saunders.

—Ah, ¿sí? —observó ella—. Más bien parece que me estás diciendo que tengo un trabajo.

—¿Qué más da? Los dos sabemos que necesitas uno.

Ella salió al porche, y se volvió a mirarme de frente para poder dedicarme toda la intensidad de su mirada de furia.

—De nuevo, gracias a ti.

—Y ahora, gracias a mí, ya no estás en el paro.

—Aún no lo he aceptado.

—Por favor, no intentes fingir que tienes otras opciones.

—Se me ocurren muchas opciones que no implican trabajar para ti —dijo ella con rigidez—. Si quisiera ganar ochenta mil dólares aguantando tonterías, volvería a tener tres trabajos a tiempo parcial.

Se dio la vuelta para bajar los escalones, pero yo la sujeté por el brazo.

—De acuerdo, ¿qué quieres?

Ella se soltó y se apartó con actitud enfadada.

—¿De ti? Nada en absoluto.

—Lo digo en serio. Pon un precio.

—De acuerdo. —Me dirigió una mirada de superioridad—. Un salario base de ciento cincuenta mil al año. —Frunció los labios—. Y un incentivo anual en función del éxito de la nueva línea de muebles.

¿Nada más? ¿Esos eran sus términos?

—Hecho. El contrato estará listo cuando llegues a la oficina.

Ella se quedó mirándome.

—Un momento… ¿qué?

—Creo que las palabras que estás buscando son «gracias, jefe». Nos vemos el lunes.

Cerré la puerta en su cara de sorpresa. Me encantaba tener la última palabra.

5

NATASHA

El lunes debía de ser el peor día posible para empezar un trabajo nuevo.

Por lo general, era el peor día de la semana, pero en aquel lunes tan importante, me había equivocado con la alarma del despertador, y la había puesto para las seis de la tarde, en lugar de las seis de la mañana. Me había despertado por pura casualidad media hora más tarde de lo previsto. Después, me había derramado el café en la blusa mientras corría desde el metro hasta el tren que iba a Long Island, donde estaba la oficina de Muebles Saunders y, además, se me había olvidado coger el cargador del teléfono, lo que significaba que me quedaría sin batería hacia la hora de comer.

Odiaba los lunes.

Odiaba empezar un trabajo nuevo.

Y, en especial, odiaba haber aceptado aquel trabajo del hombre responsable de que me despidieran del anterior. Pero ¿cómo iba a rechazar un trabajo que me pagaría alrededor de tres veces lo que había estado ganando con varios trabajos a tiempo parcial?

A Stacy casi se le habían salido los ojos de las órbitas cuando le conté que el señor Forrado que había preguntado por los muebles de encargo para su abuela era el mismísimo monstruo cafetero, y que me había dado un trabajo, pero había estado de acuerdo en que había tomado la decisión correcta.

Volví a consultar el mapa en mi teléfono, y lo metí de nuevo en el bolsillo de mis pantalones de vestir cuando tuve a la vista el edificio de oficinas. La sede central de Muebles Saunders estaba situada en un edificio rectangular de cristal de seis plantas. Los nervios me atenazaron cuando atravesé el patio delantero, decorado con setos bien recortados, bancos de madera y una fuente muy ornamentada. Me apreté el estómago con una mano, tratando de calmar la ansiedad.

Mantén la calma. Solo acabas de vender tu alma por trabajar para un multimillonario gruñón, propietario de un imperio de mobiliario y monstruo cafetero. No es para tanto.

Tampoco sabía por qué estaba tan nerviosa. Ni que hubiera mentido para conseguir aquel trabajo. Trent y su abuela habían visto mis diseños y sabían lo que podía ofrecer. Eran ellos los que me querían a *mí* para aquel puesto, yo no les había pedido nada. La cuestión era que, ahora que tenía el trabajo, no quería perderlo de ninguna manera, aunque significara trabajar para aquel hombre tan exasperante.

Al menos, su abuela era un encanto.

Inspiré hondo antes de entrar por la puerta, me estiré la chaqueta y me sujeté los rizos tras las orejas. Tiré de la pesada puerta de cristal y entré en el vestíbulo.

Me quedé boquiabierta nada más entrar. Lo primero que vi fue un enorme mostrador de recepción de madera de nogal con detalles de bronce. Los grandes ventanales iluminaban el espacio de un modo que destacaba el mobiliario exhibido. Todo el vestíbulo estaba estructurado como una exposición de las mejores piezas de Muebles

Saunders, situadas sobre pedestales. Me acerqué a una de ellas, para descubrir que aquella mesa de centro tallada a mano era una de las primeras piezas que había fabricado la empresa. Según el pequeño letrero situado en el pedestal, la había hecho Davis Saunders, el abuelo de Trent. Yo había visto fotos de esa mesa en mi libro de texto, pero era increíble verla en persona.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó una voz.

Me volví hacia la chica situada tras el mostrador de recepción. El logo de Muebles Saunders decoraba la pared a sus espaldas, en color oro cepillado y dispuesto sobre un fondo de tejido violeta. Violeta y oro, los colores de la realeza. Me encontraba en presencia de la familia real del mobiliario. La emoción me ayudó a controlar un poco los nervios.

—Esto, sí —dije—. Hoy es mi primer día aquí.

La mujer cogió una tablilla sujetapapeles.

—Eso significa que eres… ¿Natasha Dryer?

Asentí con una sonrisa.

—Perfecto —dijo mientras salía de detrás del mostrador—. Si me acompañas, te llevaré a Recursos Humanos.

La seguí hasta una sala pequeña, donde un hombre llamado Hunter me dio la información inicial y me hizo completar un montón de papeleo. Para cuando terminamos, había recibido el acceso a los sistemas informáticos, una tarjeta identificativa con mi foto y una copia firmada de mi contrato.

—Conmigo ya has terminado —dijo Hunter, que me había acompañado a otro despacho—. Te dejo con Carin.

Una mujer muy guapa, con melena corta, salió a recibirme.

—Gracias, Hunter. —Me dio la mano—. Encantada de conocerte, Natasha.

Miré la placa con su nombre en la puerta, que incluía la forma correcta de pronunciar su nombre. *Cár-in*. Sonreí al verlo.

—No te puedes imaginar la cantidad de gente que ve mi nombre y me llama Karen —explicó—. Y no soy una de esas.

Su sentido del humor hizo que me relajara al momento.

—Bueno, voy a hacerte la visita guiada oficial —dijo, empezando a caminar.

Cogimos el ascensor y me enseñó los departamentos de marketing, ventas, experiencia del cliente, proveedores, logística, tiendas y legal.

—Y aquí es donde trabajarás tú —añadió, avanzando por el pasillo de la planta identificada como Diseño y Desarrollo de Producto. En los despachos abiertos a ambos lados, pude ver a la gente inclinada sobre sus escritorios, o utilizando programas de diseño en sus ordenadores. Vi un par de pantallas que mostraban especificaciones para muebles y me emocioné aún más. Se me había olvidado lo que era trabajar con un equipo de diseño.

Mi sueño principal siempre sería tener libertad creativa total para construir mis propios diseños y poder vivir de ello, pero me parecía muy emocionante trabajar en equipo con gente de mentalidad similar y ver cómo un proyecto dejaba de ser una simple idea para convertirse en un producto final.

Carin entró por una puerta que daba a una especie de sala de reuniones, donde había una mesa grande en el centro, y hacia la que se abrían otras puertas.

—¡Buenos días! —saludó.

Varias cabezas asomaron por las distintas puertas y, en cuestión de segundos, un grupo de gente se había reunido en la sala. El estómago me dio un vuelco.

—Hola a todos —continuó Carin—. Esta es Natasha Dryer. Me gustaría que le dierais la bienvenida al equipo.

—Hola —dije, pero solo me respondió un silencio incómodo.

A ver, era lunes, y tampoco esperaba que nadie mostrara demasiado entusiasmo a esas horas de la mañana, pero el silencio me ponía nerviosa, y me daba ganas de saltar de un pie a otro con mis botas de imitación. Sin embargo, Carin siguió hablando como si nada.

—Natasha, este será tu equipo. Aquí tienes a Talia Rhzanova, que dirige el diseño de tapicerías.

—Hola —dijo la mujer, que se subió las gafas rectangulares por la nariz y me miró de arriba abajo con rapidez.

Me pregunté qué vería, aunque, pensándolo bien, podía imaginarlo por la forma en que había apretado los labios. *Joven, demasiado joven. ¿Voy a tener que aceptar órdenes de esta cría?*

—Me alegro de conocerte —contesté, haciendo uso de cada átomo de energía amable y competente que pude reunir, y sonriendo hasta que me dolieron las mejillas.

—Y este es Brian Wilcox —continuó Carin—, que está a cargo de los muebles de almacenamiento.

Le estreché la mano y Carin continuó avanzando y presentando a los demás.

—Esta es Bronwen, una de las diseñadoras de CAD.

—No, llámame Bonnie —dijo ella—. Mi madre es la única que me llama Bronwen.

Un par de personas más se acercaron a nosotras.

—Y estos son Erik y Shay, también diseñadores de CAD —dijo Carin.

—Lo siento —se disculpó Erik, con un pequeño gesto de la mano—. Es que estábamos terminando una reunión cuando has llegado.

—Y el último, pero no menos importante —dijo Carin— es Javi García, que se encarga de las exposiciones.

—Sobre todo para comercialización y muestrarios —añadió Javi.

—¿Exponéis en los centros de diseño en Estados Unidos? —pregunté.

—En Pacific Design Center y Laguna Nigel, en California —dijo Javi, asintiendo—, y también en el Centro de Diseño de las Américas, en Miami. Fuera del país, exponemos en Hong Kong, Tailandia y Singapur, en Asia, y Dubái y Jeddah, en Oriente Medio.

—¿Y en Europa? —pregunté.

Él frunció el ceño y lanzó una mirada rápida a Talia.

—Allí apenas tenemos presencia —explicó—, porque el diseño americano no es muy popular en Europa.

Obviamente, pensé. *Pregunta tonta*. Javi volvió a mirar a Talia de un modo que, sin duda, quería decir: *¿Ella es quien va a estar a cargo ahora?* La culpa era de los malditos nervios, que no había conseguido controlar. Si no dejaba de hacer comentarios, les parecería aún más tonta.

A pesar de la presencia de Carin en la sala, el ambiente desde que había empezado a presentarme al equipo había sido muy frío. Sí, todos ellos habían sonreído y hecho gestos de asentimiento mientras me presentaba, pero era evidente, por la forma en que algunos de ellos me miraban, que me habían recibido con suspicacia. No diría que su actitud fuera hostil del todo, pero habían trazado una especie de línea imaginaria entre ellos y yo. Me veían como a una intrusa, y querían saber qué demonios estaba haciendo allí.

Veréis, vuestro jefe no es más que un pedazo de capullo gruñón, que primero ha hecho que me despidan y, después, me ha ofrecido este trabajo.

Pero, claro, mencionar eso no les haría mucha gracia y, en cualquier caso, creía entender su actitud. Yo nunca había trabajado para una empresa tan prestigiosa como Muebles Saunders; ninguno de ellos conocía mi trabajo y, de repente, era yo quien estaba a cargo. Si estuviera en su lugar, era muy probable que yo también hubiera recibido a la nueva con mala cara.

Pero nada de eso me hacía sentir mejor. Como primera impresión, la que estaba causando era lamentable, eso estaba claro. Miré a la puerta, pensando en escapar de allí y olvidar que había conocido a Trent Saunders. Si me marchaba en ese instante, nunca volvería ver a ninguna de aquellas personas en mi vida.

Por desgracia, Trent eligió aquel momento para hacer su aparición.

—Disculpad el retraso —dijo. Parecía recién salido de una sesión de fotos, gracias a un traje oscuro que le sentaba como un guante—. Ha habido un accidente en la autopista y se ha formado un atasco enorme —explicó en tono irritado.

Sus ojos encontraron los míos al otro lado de la sala y se me cortó la respiración. Ese hombre era la definición andante del atractivo masculino, y su mirada oscura parecía ocultar una deliciosa promesa de peligro a la que era difícil resistirse. ¿Por qué tenía que ser tan guapo? ¿Por qué tenía que sentirme atraída por él? Además, me recordaba que hacía siglos que no me acostaba con nadie, y eso me daba mucha rabia.

—No pasa nada —dijo Carin, rompiendo la tensión que reinaba en la sala. Inspiré hondo y traté de relajarme un poco—. Estaba presentando a Natasha al equipo.

—Excelente —dijo Trent—. ¿Estáis todos aquí?

—Estamos todos —contestó Talia—. Incluyendo la nueva responsable. —Me dedicó una sonrisa tensa.

—Muy bien. Coged un café, o un té, o lo que sea, y vamos a empezar.

El grupo se disolvió cuando todos se dirigieron a sus despachos a por sus bebidas. Yo me fijé en que había una cafetera y tazas en un rincón de la sala, y me dirigí hacia allí para servirme un café. No necesitaba más cafeína aquella mañana, pero, al menos, me daría algo que hacer con las manos. Cuando noté una presencia a mi lado, levanté la vista y vi que Trent también se estaba poniendo un café.

—¿Sabes? Te contraté para que pudieras dejar de servir cafés y hacer otras cosas.

—Supongo que quiero conservar mis habilidades, por si consigues que me despidan de otro trabajo —dije.

—En este tengo más influencia.

—Cuando uno es el monstruo cafetero, lo es para siempre.

—¿Monstruo cafetero? —preguntó con desagrado—. En absoluto, que no se te ocurra.

Sacudí la cabeza, con un murmullo provocador.

—Esa es la gracia de los apodos, que suelen resultar muy pegadizos. —Sabía que el nombre no le había hecho gracia, por la forma en que apretaba el vaso de cartón. Qué antipático era.

—¿Sabes? Creo que la responsable de tu despido fue la gata salvaje que llevas dentro —replicó—. Yo de ti, trataría de controlarla mejor.

Me entregó una tapa para mi café y yo lo miré ofendida.

—Ten cuidado —siguió diciendo, en voz baja—, o empezaré a pensar que quieres atizarme en la cabeza con una bolsa de *bagels*.

—Es una pena que no los ofrezcas para desayunar —murmuré.

—Y ahora, no lo haré jamás.

Se dio la vuelta y fue a sentarse a la cabecera de la mesa ovalada. Yo elegí una de las sillas y me senté, sintiéndome incómoda. Intenté

no hacer contacto visual con nadie de mi nuevo equipo, pero eso solo me dejaba una persona a la que mirar. Trent.

La luz del sol entraba por las ventanas, y no pude evitar fijarme en la forma en que lo iluminaba, acariciando las líneas de su mandíbula, destacando la barba incipiente en sus mejillas y llamando la atención sobre sus largas pestañas y sus cejas expresivas.

Maldita sea, tenía que dejar de admirar a ese hombre.

Él se levantó para correr las cortinas de forma que la habitación quedó en penumbra, y puso en marcha una presentación en la pantalla.

—Quiero agradeceros que hayáis hecho un hueco en vuestras agendas esta mañana —comenzó—. Como es el primer día de Natasha, he pensado que sería un buen momento para repasar las expectativas para la nueva colección. Creo que todos sabéis que el objetivo es crear una línea de mobiliario sostenible, sin dejar de ofrecer el nivel de calidad que se espera de Saunders.

Los reunidos asintieron.

—Natasha trae consigo los conocimientos que necesitamos en materia de sostenibilidad.

Tuve la sensación de que todos me miraban con suspicacia, y no me hizo falta mirar a Talia para saber que estaba haciendo un esfuerzo para no poner los ojos en blanco.

—Esa es la razón por la que se va a encargar de esta colección —continuó Trent—. Tiene buenas ideas acerca de cómo puede evolucionar Muebles Saunders, sin dejar de ser competitivos en un mercado que se ha subido al carro de la sostenibilidad.

Yo sonreí con cortesía, pero se me hacía muy raro oír a Trent cantar mis alabanzas después de haberme tratado de forma tan despectiva hasta ese momento.

Me fijé en que Talia estaba mirando a Javi con las cejas levantadas, y Trent debió darse cuenta también, porque les observaba con el ceño fruncido.

—Pero, sobre todo, nos aportará su considerable talento —siguió diciendo, mientras pasaba a la siguiente diapositiva.

Hice una mueca al reconocer algunos de los diseños que había ideado para él y le había enviado por correo electrónico. No podía creer que los hubiera incluido en su presentación. Eran bocetos muy básicos y, si hubiera sabido que se los iba a enseñar al equipo, los habría terminado mejor.

Los diseñadores se animaron y empezaron a conversar entre ellos en voz baja. Desde donde estaba, no podía escuchar lo que decían, pero noté que me ruborizaba. ¿Había subido la temperatura allí dentro? Me quité la chaqueta.

—Y esto es solo una pequeña parte de la promesa que Dee ha visto en sus diseños —estaba diciendo Trent—. Tiene muchas ganas de ver lo que seréis capaces de hacer bajo la dirección de Natasha.

Bonnie me dirigió una sonrisa enorme, y Erik y Shay me miraron con algo más de interés. Eran los más jóvenes del grupo, más o menos de mi edad, y era posible que fueran más receptivos que los demás a las palabras de Trent. Por la forma en que todos parecían haberse animado un poco al oír el nombre de Dee, era evidente que ella aún contaba con el afecto y el respeto del personal, lo que suponía un alivio y me resultaba encantador.

Javi y Talia parecieron relajarse también un poco y dejar de juzgarme con tanta severidad. O, al menos, habían dejado de lanzarse miradas preocupadas de un lado a otro de la mesa.

—¿Qué tal está Dee? —preguntó Talia a Trent—. Echamos de menos verla por aquí.

—Resistiendo —dijo él con diplomacia.

Me pregunté si conocerían los detalles de su diagnóstico y el hecho de que le estuviera costando aceptarlo. La Dee Saunders a la que yo había conocido la semana anterior me había parecido amable y cordial, y más que ansiosa por conocer a la nueva «novia» de Trent. Pero también había sido evidente que estaba agotada y que sentía el peso de la enfermedad. No olvidaba su imagen, caminando por el pasillo con el carrito con la bombona de oxígeno tras de sí.

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó Javi.

—No —dijo Trent—, pero gracias de todos modos. A Dee le gustará saber que os acordáis de ella. Vamos a seguir —añadió, pasando a la siguiente diapositiva.

—Ay, ¡este me encanta! —exclamó Bonnie, en un tono que me devolvió a la realidad. Se refería a una versión más moderna de un escritorio de pedestal—. Podía ser perfectamente la pieza central de la nueva colección.

—¿Y este otro? —dijo Erik cuando Trent pasó a la siguiente diapositiva.

Erik tendió la mano para pedir a Trent el mando de la presentación, y los tres diseñadores se dedicaron a pasar de una diapositiva a otra y analizar en detalle las diferentes piezas, hablando en voz baja entre sí.

Al cabo de un momento, Trent me miró con una ceja arqueada, como diciendo: «*Es hora de que demuestres tu talento*», y carraspeó un poco para llamar la atención de los presentes.

—Me alegro de que os gusten estos bocetos preliminares —dijo, dirigiéndose al equipo—, porque a mí también me ha gustado lo que he visto hasta ahora, y quiero que nos pongamos en marcha cuanto antes. Natasha, ¿crees que podrías utilizar todo esto como idea general e ir concretando los conceptos?

—Yo… Esto, sí. Por supuesto.

—Estupendo. Como verás, el equipo está organizado de forma que tú realizarás los bocetos iniciales y ellos se encargarán de la logística necesaria para convertirlos en realidad. Sé que estás acostumbrada a trabajar sola, pero aquí no llevamos los proyectos así.

¿Estaba dando a entender que, como yo hacía mis propios muebles, no sería capaz de trabajar en equipo? Me crucé de brazos.

—Sí, ya sé cómo funciona un equipo.

—Eso no es lo que estaba diciendo —dijo él, mirándome irritado.

—¿Y qué estabas diciendo? —pregunté.

Él abrió la boca con la evidente intención de enfrentarse conmigo, pero enseguida pareció recordar que teníamos público y la cerró, con aspecto fastidiado.

—Creo que ya sabes a qué me refería.

—Ah, ¿sí?

Bonnie soltó una risilla y se tapó la boca con la mano. En ese momento, se me ocurrió que quizá era yo quien debía ser un poco más consciente de que teníamos público, uno al que yo quería causar una impresión favorable, pero estaba harta de que me sacara de mis casillas. Si íbamos a tener que trabajar juntos, necesitaba hacerle saber que, aunque él fuera el jefe, no pensaba permitirle que me hablara de esa forma tan condescendiente.

Trent volvió a carraspear y cambió de tema. Yo sonreí un poco, con la sensación de que había hecho progresos con el monstruo cafetero. A pesar de la fría acogida inicial de mi nuevo equipo, empezaba a tener la esperanza de que, a pesar de todo, me iría bien en aquel trabajo.

6

TRENT

—¡Dee! ¡Cuánto me alegro de verte!

Levanté la vista del ordenador al oír la voz de Pam, mi asistente. Era una mujer de mediana edad, con tres niños, que trabajaba con la eficacia despiadada de un sargento militar, y me trataba como a uno de sus hijos al que hubiera pillado en una travesura. Eso sí, al igual que todos los demás, adoraba a Dee, a quien conocía desde que yo había asumido el puesto de director ejecutivo tras reemplazar a mis padres.

Me puse en pie con una mirada rápida a mi teléfono. No había recibido ningún mensaje de mi abuela para avisar de que vendría. Al principio, me preocupó que hubiera pasado algo, pero, si fuera así, ¿por qué iba a venir ella hasta allí? Seguro que Sofía me habría llamado para contármelo.

La puerta de mi despacho se abrió un momento después para dar paso a mi abuela, muy arreglada y con buen aspecto. Llevaba sus perlas de siempre, el pelo bien peinado y hasta una fina capa de colorete en las mejillas. La única indicación de que no se encontraba bien del todo era el carrito con el oxígeno que arrastraba detrás de sí.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, al tiempo que rodeaba mi escritorio para darle un beso en la mejilla—. ¿Va todo bien?

—Sí, claro que va bien. —Me miró extrañada—. He venido para comer contigo, por supuesto.

Teníamos la costumbre de comer juntos una vez a la semana, pero en los últimos tiempos, ella no se había sentido con fuerzas para venir a la oficina. El último acontecimiento para el que había conseguido sacarla de casa había sido la inauguración del León Rojo, el bar que había abierto el padre de Aiden en asociación con Cora, la prometida de Aiden, y su mejor amiga, Jenn. Desde aquel día y, sobre todo, desde que necesitaba el oxígeno suplementario, apenas había salido de casa.

—¡Es estupendo! —dije, emocionado por el tono animado de su voz y el paso firme con el que andaba—. ¿Vamos a Gallery 45? —Era un restaurante español muy agradable, cuyas tapas le encantaban, y que estaba muy cerca de la oficina—. ¿Te apetece andar? ¿Te encuentras bien?

Ella ignoró mis preguntas con un gesto, mientras miraba a su alrededor.

—¿Qué estás buscando?

—Nada —dijo ella, dando media vuelta para dirigirse de nuevo a la puerta.

Cogí mi cartera y mi teléfono y corrí tras ella. Pam me miró y se encogió de hombros, en respuesta a mi pregunta implícita: «*¿Qué le pasa?*». No sabía qué mosca había picado a mi abuela aquel día, pero si era la razón que la había sacado de casa, a mí me parecía bien.

Ella se dirigió al ascensor y, cuando entramos, pulsé el botón del bajo, pero ella se apresuró a apretar también el del quinto piso.

La miré confuso.

—Quiero pasar a visitar al equipo de diseño —dije.

Cuando llegamos, mi abuela fue derecha a la sala de reuniones y saludó en voz alta.

—¡Hola a todos!

Talia y Javi acudieron a saludarla al momento, la abrazaron y admiraron su ropa y sus zapatos. Yo miré hacia el despacho de Natasha, que tenía la puerta entreabierta, y desde donde llegaba el sonido de un teclado.

Mientras mi abuela se ponía al día con los diseñadores, aproveché para leer un par de correos electrónicos en el teléfono y, cuando levanté la vista, la encontré llamando a la puerta de Natasha.

—Soy yo —canturreó.

—¡Dee! —exclamó Natasha y, aunque no podía verla, su voz sonaba alegre—. Perdona, estaba acabando algunas cosas que tenía pendientes para completar mi orientación.

—Deja eso ahora —dijo mi abuela con gesto desdeñoso—. Vas a venir a comer con nosotros, quiero que me cuentes qué tal te va el primer día.

Ah, pensé, esa era la razón por la que había insistido en ir hasta allí. Quería ver cómo nos iba a Natasha y a mí.

—Oh, no —dijo Natasha—. No quiero molestaros.

—¿Molestar? —preguntó mi abuela—. ¿Cómo ibas a molestarnos?

Me acerqué, y mis ojos encontraron los de Natasha por encima de mi abuela, lanzándome una mirada que pedía ayuda abiertamente. No pude evitar una sonrisa al ver cómo su expresión pasaba de la esperanza a la preocupación cuando comprendió que no tenía intención de hacer nada por impedirlo.

—No pensarás decir que no a una pobre anciana que va cargando con una botella de oxígeno —advirtió Dee.

Caray, qué forma de presionar, pensé.

—Esto… no, yo… —Natasha no terminó la frase.

—Es broma —explicó mi abuela—, aunque lo de que vengas a comer no lo es.

Sabía que Natasha esperaba que yo pusiera alguna excusa que le permitiera no venir con nosotros, pero no quise hacerlo. Ella había aceptado fingir que estábamos saliendo por mi abuela, y no pensaba dejar que se escabullera. Si le resultaba incómodo, lo sentía mucho, pero lo único que me importaba era seguir haciendo sonreír a mi abuela, aunque eso significara tener cien comidas incómodas con Natasha.

Ella cerró el portátil, admitiendo que no era imposible rechazar la invitación con cortesía.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Aquí al lado, a Gallery 45 —contestó Dee, dando un par de palmadas.

Cogió a Natasha del brazo y se dirigieron hacia el ascensor. Yo caminé detrás de ellas hasta el restaurante, mientras ellas charlaban. Eso me permitió estar atento por si mi abuela parecía inestable en algún momento… Y también admirar la vista de la parte posterior de Natasha.

Cuando llegamos al restaurante, saludé con la mano a la camarera que nos había estado atendiendo durante años, y nos dirigimos a nuestra mesa habitual, junto a la ventana. El restaurante funcionaba también como galería de arte, y los cuadros colgados en las paredes cambiaban con frecuencia. Mi abuela había comprado más de un cuadro allí a lo largo de los años.

—Este lugar es increíble —comentó Natasha, mirando a su alrededor.

—He estado pensando en comprar ese —dijo Dee, haciendo un gesto hacia una pieza combinada en tonos grises y dorados.

—Me encantaría hacer algunos diseños basados en ese concepto —dijo Natasha—. Avísame si al final lo compras.

La camarera vino a dejarnos las cartas y una jarra de agua. Mi abuela y yo siempre compartíamos algunos platos, así que pedí lo de siempre y alguna cosa más, ya que éramos tres con Natasha. Casi había esperado que se molestara por haber pedido por ella, pero me sorprendió que pareciera no importarle. Tal vez estaba dispuesta a admitir que yo sabía más que ella, al menos en lo que se refería a la comida de aquel restaurante. Mi abuela pidió un té Earl Grey, y Natasha y yo pedimos otro café.

—Bueno, cuéntame —empezó mi abuela—. ¿Qué tal va tu primer día? ¿Te gusta la oficina?

—Bien —contestó Natasha—. Por ahora, todo ha ido fenomenal.

—No lo dirás solo por alguno de los presentes —sugirió mi abuela, con un gesto hacia mí.

Yo solté un bufido y mi abuela me dio un par de palmaditas en el brazo. Natasha rio cortésmente.

—No, lo digo en serio. Las cosas van bien, todo el mundo ha sido muy amable y no ha habido problemas con recursos humanos. No me podía haber ido mejor, para ser el primer día.

—Me alegro de oír eso —dijo mi abuela, apretándole la mano—. Trent ha tenido suerte al encontrar a alguien tan capaz y con tanto talento.

Natasha se sonrojó hasta que sus mejillas estuvieron tan coloradas como el mantel y, cuando sacudió la cabeza, sus rizos oscuros acariciaron sus mejillas. No pude evitar notar lo bien que le sentaba aquel color; mis dedos ansiaban tocar su piel.

—Dee, ¿eres tú? —Una mujer con el pelo gris recogido en un moño y brazaletes tintineando en sus brazos se acercó a nosotros.

—¡Sheila! —saludó Dee—. No te he visto cuando he estado en la oficina.

Sheila era la jefa de marketing y una vieja amiga de Dee, al igual que la mitad de los trabajadores de la empresa. Se había incorporado como una joven promesa durante los últimos años en los que mi abuela se había hecho cargo del negocio y, desde entonces, las dos habían tenido una relación muy estrecha en la que mi abuela había sido su mentora. Sheila se inclinó para dar un abrazo rápido a Dee.

—¿Conoces ya a Natasha? —preguntó mi abuela—. ¿Nuestra nueva diseñadora?

—La he visto esta mañana cuando ha pasado por marketing, pero yo estaba en una llamada —explicó Sheila—. Creo que te he saludado con la mano, pero me alegro de conocerte de forma oficial —añadió, tendiendo la mano hacia Natasha.

—Yo también —sonrió Natasha.

—Es la novia de Trent —explicó mi abuela.

Estuve a punto de escupir el agua que acababa de beber. Había previsto fingir delante de mi abuela, pero no se me había ocurrido que fuera a presentar a Natasha como mi novia a otras personas y extender la mentira. Natasha me miró con furia, molesta conmigo por permitir aquella situación, y yo le devolví una mirada similar. ¿Creía que a mí me gustaba aquella situación?

—Es un hombre con suerte —dijo Sheila con una sonrisa, mientras sacudía la cabeza—. Tendremos que ocuparnos especialmente bien de ella.

—Oh, no, no hace falta, para nada… —empezó Natasha, aunque mi abuela estaba asintiendo.

—De hecho… —Sheila se interrumpió y se llevó las puntas de los dedos a los labios, pensativa—. Resulta una circunstancia bastante

interesante.

¿Qué tenía de interesante? *No, no preguntes*, me advertí a mí mismo, con los dientes apretados. No quería saber qué idea horrible se le habría ocurrido a Sheila, pero mi abuela lo preguntó por mí.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, en toda nuestra historia, siempre nos ha ido mejor cuando hemos tenido a una pareja unida al mando, para dirigir el negocio de forma conjunta.

Eso había sido cierto cuando mis abuelos fundaron la empresa y la llevaron juntos. Y suponía que también se podía aplicar a mis padres durante un tiempo, hasta que su relación se vino abajo. Pero ahora era yo quien estaba a cargo. ¿Estaba Sheila diciendo lo que creía que estaba diciendo?

Natasha me miró aún más enfurecida y con las mejillas sonrojadas de nuevo, y no tuve que preguntarme qué estaría pensando.

Joder.



—Oye —dijo mi amigo Vincent mientras yo terminaba de atarme las zapatillas—. He hablado con la abuela Dee hace un rato.

Me puse en pie e hice girar la raqueta de *squash* en una mano. Después levanté y bajé los hombros un par de veces, para asegurarme de estar listo para el ejercicio.

—Ah, ¿sí? Hoy se ha pasado por la oficina para comer conmigo —dije—. Ha sido toda una sorpresa, pero me he alegrado de verla salir de nuevo.

Vincent dio un par de saltos para calentar mientras esperábamos a Aiden y Dominic. Desde hacía poco tiempo, nos reuníamos cada dos semanas en un club en el East Village para jugar al *squash*.

Habíamos empezado a hacerlo porque Aiden tenía que dar tiempo a Cora para grabar los vídeos de la Mixóloga Misteriosa que la habían convertido en una estrella en las redes sociales. Por su parte, Vincent necesitaba un descanso de sus tareas como padre, cosa que Piper y él habían acordado que era aconsejable, tanto para su relación como para la salud mental de los dos. Los demás solo necesitábamos desconectar del trabajo de vez en cuando, aunque no siempre era posible. Por lo general, siempre fallaba alguno de nosotros, y esa noche le había tocado a Paul estar ocupado, pero al menos éramos cuatro para jugar dobles.

—Me ha llamado después de comer —estaba diciendo Vincent cuando Aiden y Dominic se reunieron con nosotros.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Aiden.

—De que Dee tenía mucho que decir sobre la nueva novia de alguien —dijo Vincent mientras Aiden se dirigía a su lado de la pista.

—Natasha *no* es mi novia —gruñí—. Tú limítate a sacar de una vez.

—¡Natasha! —dijeron Vincent y Aiden a coro—. ¡Oooh!

Vincent golpeó la bola y yo la devolví tan fuerte como pude.

—Callaos la boca los dos —les reprendí.

Aiden corrió para alcanzar la pelota, y fue capaz de soltar una risa sarcástica a la vez.

—Vale, pero ¿quién es Natasha? —preguntó Dominic.

—Nadie. —Me lancé a por la pelota—. La contraté para que fabricara un par de muebles de encargo para Dee, y hubo una pequeña confusión cuando se presentó en su casa. Dee creyó que le quería presentar a mi novia y ahora estamos fingiendo salir para hacerla feliz. Eso es todo.

—Claro, eso es todo —resopló Dominic—. Suenas igual que Aiden cuando insistía en que no había nada con Cora. ¿Os acordáis?

—Pero ellos dos ya tenían una historia anterior —le recordé, mientras Vincent le pegaba tal revés a la pelota que nadie fue capaz de devolverla, de forma que ganó el punto.

—¿Te está distrayendo lo de Natasha? —me provocó Aiden—. Porque me parece que este partido va a ser muy fácil de ganar.

Resoplé y miré al techo.

—Escuchad —dije, antes de que Dominic volviera a sacar—. Aiden y Cora eran novios en el instituto. Natasha y yo no hemos hecho nada más que discutir desde que nos conocimos. Creedme, no le intereso lo más mínimo. Si hasta me llama monstruo cafetero.

—¿Monstruo cafetero? ¡Un momento! —exclamó Aiden—. ¿No será aquella camarera tan guapa?

—¿Qué? —protesté.

—Es ella, ¿a que sí? La chica con la que discutiste en la cafetería, a la que despidieron por tu culpa. ¡Ja! Sabía que te gustaba. No podías dejar de mirarle el culo.

Vincent corrió detrás de la pelota para devolver el servicio de Dominic.

—Es una simple relación de trabajo —expliqué con una mueca, después de golpear la pelota—. Se está encargando de una nueva línea sostenible para la empresa porque, aunque como camarera es lamentable, lo cierto es que los muebles se le dan bien. Quién lo hubiera dicho. Pero lo de fingir que estamos saliendo es solo para hacer feliz a la abuela Dee. Fin de la historia.

—¿Y seguro que no estás interesado en *trabajártela*? —bromeó Vincent.

—Ahora que eres padre, esperaba más de ti —gruñí.

—Pues por esa razón deberías esperar más bromas de padre. Desde que lo soy, cada día se me ocurren más dobles sentidos. —Se echó a

reír al ver mi expresión—. Bueno, espero que seas capaz de ver que lo que cuentas es prácticamente igual a lo que nos pasó a Piper y a mí cuando comenzamos nuestra relación, incluyendo lo de fingir que estábamos saliendo. Y míranos ahora.

Sí, casados y con un bebé. Pero lo mío era distinto. Yo no era Vincent ni Aiden, y esta relación no se basaba en nada que fuera real. La única razón por la que Natasha fingía salir conmigo era porque admiraba a la abuela Dee y no quería disgustarla. Y no había nada más.

Dominic corrió hacia la pelota, pero no consiguió que su raqueta conectara con ella.

—¡Y partido! —anunció Aiden—. Parece que os hemos destrozado. —Chocó los cinco con Vincent—. Punto para los casados.

—Si tú aún no estás casado —observó Dominic.

—Pero pronto lo estaré —corrigió Aiden—. Y eso significa que vosotros dos, los solteros tristes y novios falsos, pagáis la cena.

—Eh, a mí no me metas en los dramas de Trent —protestó Dominic.

—De acuerdo —resoplé—. *Yo* pago la cena.

Lo que fuera para callarles la boca.

Recogimos nuestras cosas y nos dirigimos a la salida. Ya en la calle, me fijé enseguida en una figura que caminaba hacia nosotros por la acera y me pareció conocida. Me detuve en seco. Cómo no. Estaba claro que el universo aún no había acabado de tomarme el pelo.

Ella me miró con ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Natasha —dije, sin saber si sonreír o fruncir el ceño. ¿Qué probabilidades había?—. Hola…

—Hola —dijo ella, también con cara de pocos amigos.

Cinco barrios enormes en la maldita ciudad, ¿y tenía que aparecer en este? Por el rabillo del ojo, vi que Aiden daba un codazo a Vincent.

—No me hubiera imaginado que jugabas al *squash* —comentó ella.

—Es una afición reciente —dije, resistiendo el impulso de hacer una mueca.

¿Qué se suponía que quería decir con eso? ¿Era otro de sus comentarios peyorativos?

—¿Qué haces por aquí? —pregunté, contando los segundos hasta que acabara esa conversación. No me resultaba completamente desagradable, pero encontrarla allí me había dado la sensación de haber caído en una emboscada.

—Hemos salido huyendo de una obra de teatro espantosa —dijo ella —. Lo único decente era el vestuario que, por cierto, era de mi amiga Stacy. —Natasha hizo un gesto hacia su acompañante, una chica rubia alta, que llevaba un vestido rosa de flores—. Stacy, este es mi nuevo jefe, Trent Saunders. Trent, esta es mi mejor amiga, Stacy Rosen.

—Encantado de conocerte. —Señalé a mis amigos—. Esos son Aiden, Dominic y Vincent. Tíos, esta es Natasha, la nueva diseñadora de Saunders.

—Pues qué casualidad —intervino Aiden, que había dado otro codazo a Vincent.

Le lancé una mirada de advertencia para decirle: *Que no se te ocurra ni de puta coña*, que fue recibida con una sonrisa malévola de superioridad.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Natasha.

—Es que acabamos de terminar un partido y parece que vosotras estáis libres. Íbamos a cenar algo. ¿Os apetece acompañarnos?

Natasha abrió mucho los ojos, evidentemente tan sorprendida por la propuesta como yo mismo. ¿Qué cojones creía Aiden que estaba haciendo?

—No, lo siento —empezó Natasha—. En realidad, íbamos…

—A cenar también —intervino Stacy—. ¿No es así?

—No —dijo Natasha—. Justo ahora estábamos hablando de que aún estamos llenas, hemos comido tarde.

—A mí no me importaría comer algo —dijo Stacy, encogiéndose de hombros.

Natasha miró a Aiden y sacudió la cabeza.

—No queremos fastidiaros el plan.

—No estáis fastidiando nada —insistió Vincent—. En absoluto.

—Y no queremos ser descorteses y rechazar una invitación tan amable —dijo Stacy.

—Exacto. —Dominic sonrió a Stacy.

Aquello estaba yendo de mal en peor.

Stacy cogió a Natasha del brazo, con un gesto que pareció dirigido a evitar que saliera corriendo.

—Decidido, entonces. ¿A dónde vamos?

7

NATASHA

Pensaba matar a Stacy en cuanto termináramos de cenar. De hecho, estaba planeando arrastrarla al baño del restaurante y acabar con ella antes de que sirvieran los aperitivos. Ya había tenido que aguantar aquella obra espantosa. ¿En serio era necesario que insistiera en que fuéramos a cenar con el gruñón de mi jefe y todos sus amigos?

Ya era bastante malo tener que fingir ser su novia delante de Dee, por mucho que la admirase y me cayera bien. ¡Lo último que me faltaba era ir a comer con él en mi tiempo libre!

—Oh, me encanta este sitio —dijo Stacy cuando entramos en Temple Gardens, un bar y restaurante muy caro con una gran terraza, que estaba justo al lado del club de tenis.

Yo había comido allí en una ocasión anterior y, aunque la comida era deliciosa, los precios lo hacían adecuado solo para ocasiones especiales. Pero bueno, acababa de empezar un trabajo en el que ganaría mucho más que antes, así que, tal vez, esa noche podía considerarse una ocasión especial, aunque fuera a pasarla con mi mayor enemigo.

—¿Habéis probado los palitos de mozzarella picantes? —preguntó Dominic.

Era un hombre de sonrisa cálida, que no restaba nada a su aire de autoridad y seguridad en sí mismo. Llevaba el pelo rubio, que empezaba a mostrar canas en las sienes, peinado hacia atrás, dejando despejada una cara muy atractiva. Lo cierto era que todos los amigos de Trent eran increíblemente guapos. Vincent parecía una estrella del rock, y Aiden, con su pelo rubio ondulado, y tan alto y fuerte, parecía salido de la mitología nórdica. De hecho, creía haberle visto en la portada de alguna revista. ¿Qué había hecho Trent, buscar a sus amigos en modelos.com?

—¡Sí! Están tan ricos que vendería mi alma por ellos —dijo Stacy.

—Yo también —sonrió Dominic.

—¿Comemos dentro o fuera? —preguntó Trent en un tono que sonó un poco molesto, al acercarse a la recepcionista.

Bueno, yo habría podido asegurarle una cosa: yo me sentía aún más molesta que él.

—Fuera —dijo Vincent—. Hace una noche muy agradable.

Tenía razón. La temperatura era cálida, aunque estábamos a mitades de septiembre, y todos ellos iban en camiseta y pantalón corto después de su partido de *squash*. Me estaba esforzando por no admirar la forma en que la camiseta de Trent se ceñía a su amplio pecho y las mangas destacaban sus bíceps bien definidos. Los jefes de una no deberían tener ese aspecto. Sobre todo, si no eran más que unos capullos gruñones.

—Por aquí, por favor —dijo la recepcionista.

Nos condujo a través del restaurante y más allá del bar, decorado con tanta vegetación que parecía haber aparecido en medio de una selva tropical.

—A Cora le encantaría este sitio —dijo Dominic a Aiden.

—Sí, tendré que traerla un día de estos —confirmó él.

La recepcionista nos indicó una mesa grande, y yo me senté con Stacy a la derecha y Dominic a su lado. Los demás se distribuyeron alrededor de la mesa, y Trent terminó sentado enfrente de mí. Cogí una carta para no tener que mirar aquella cara tan guapa, aunque la tentación era demasiado fuerte, y acabé por lanzarle un par de miradas furtivas cuando la camarera vino a tomar nota de las bebidas. Dominic fue el único de los chicos que pidió un cóctel sin alcohol, mientras todos los demás pedían bebidas alcohólicas. A medida que íbamos pidiendo, Aiden y Dominic no dejaban de preguntar a la camarera acerca de los diferentes tipos de alcohol de las bebidas, y no supe si estaban tratando de alardear, o si su interés era genuino, así que me contuve para no poner los ojos en blanco.

Estaba segura de que una cena con cuatro tíos, a tres de los cuales acababa de conocer, y el cuarto me caía de pena, iba a ser una tortura absoluta. Lancé a Stacy una mirada que trataba de comunicar: *La próxima vez, hazme caso*, pero ella apenas me dedicó una sonrisa rápida, antes de pedir un cóctel que Dominic le había recomendado y que, por el nombre, supuse que estaría hecho con flores.

Uf. Aquella iba a ser la cena más larga de mi vida. Pensé comerme mi plato tan rápido como fuera posible para marcharme cuanto antes, pero sabía que no serviría de nada. Stacy no había comido rápido en toda su vida, porque le gustaba demasiado hablar. Con un suspiro, decidí que, si iba tenía que pasar allí toda la velada, lo mejor sería sacarle partido.

—Un *Whiskey Sour* para mí, por favor.

—Buena elección —observó Aiden—. ¿Eres aficionada al whiskey?

—No diría tanto —respondí—. Es que la cerveza no me gusta. Empecé a beber whiskey cuando hacía la carrera y me acostumbré, pero no puedo decir que sea particularmente selectiva con las marcas.

—No dejes que este se ponga a hablar de bebidas —dijo Vincent con una sonrisa—, o Dominic y él te darán una conferencia.

—Ah, ¿sí? —¿Serían de esa clase de capullos que se veían impulsados a ofrecer largas explicaciones a los demás sobre el asunto que fuera, tanto si sabían algo del tema como si no?

—Soy el cofundador y presidente de Elixir —explicó Aiden entonces.

—Te refieres a… ¿la marca de licor? —preguntó Stacy—. ¿La que tiene ese edificio enorme en el centro? ¿Ese Elixir?

—Sí —rio Aiden—. Dom es el otro cofundador, y también es el jefe de marketing.

Me sonrojé, avergonzada por mis asunciones anteriores. De acuerdo, parecía que, en ese caso concreto, sí sabían de lo que hablaban. Al menos, el interrogatorio a la camarera tenía ahora más sentido.

—Así que sois expertos en bebidas, ¿no?

—La que es una auténtica experta es mi novia, Cora… Publica vídeos en las redes sociales preparando cócteles, y tiene un montón de seguidores.

—Sí, es toda una experta, sin ninguna duda —corroboró Dominic.

—¿De verdad? —dijo Stacy, emocionada—. Yo sigo a un par de mixólogos en Instagram. Tal vez la siga a ella.

—¿Has oído hablar de la Mixóloga Misteriosa?

—¡Venga ya! ¿En serio?

Aiden sonrió y me miró.

—En uno de sus vídeos prepara su propia versión del *Whiskey Sour*. Si te gusta experimentar un poco con las combinaciones, podrías echarle un vistazo.

No pude evitar sonreír al escuchar la forma en que hablaba de ella.

—Bien, veo que está a punto de soltarnos un rollo —murmuró Trent —. Ya sabemos que crees que no hay nadie más que Cora en el mundo.

—¡Y tanto! —sonrió Aiden, al tiempo que le daba un codazo juguetón.

La camarera apareció para tomar nota de la cena y, cuando se marchó, Aiden tocó mi copa con la de su Old Fashioned.

—Además, ¿quién quiere hablar de alcohol? —dijo Vincent, mirando a Aiden—. ¡Es un rollo! A las chicas les gusta hablar de perfumes.

—Ya empezamos —dijo Aiden, poniendo los ojos en blanco.

—Supongo que sabes mucho de perfumes, entonces —dije riendo.

—Soy el director ejecutivo de Perfumes Summit, la empresa de mi familia. Mi situación es parecida a la de Trent, aunque nuestra empresa es algo más antigua —explicó—. Estamos a punto de lanzar nuestra última fragancia, y la voy a llamar *Violet*, como nuestra hija.

—¿Cuántos hijos tienes? —preguntó Stacy, a quien le encantaban los niños.

—Solo una, por ahora, pero es maravillosa.

Vincent sacó su teléfono para mostrarnos una serie de fotos en las que se veía a una bebé preciosa, y su expresión cariñosa al mirarla me pareció encantadora.

—Es monísima —dijo Stacy con entusiasmo.

—¿Qué tiempo tiene? —pregunté.

—Casi seis meses. Creemos que está a punto de empezar a gatear. —Sonrió al tiempo que mostraba otra foto—. Ah, esta es Violet con Hailey, la hija de Dominic. —La niña parecía tener unos cinco años.

—Parece que ya tienes canguro asegurada —observé.

—Hailey está convencida de que Violet es su muñeca —contestó Dominic—. Me cuesta muchísimo que la deje tranquila cuando vamos a verla.

—Son adorables —dijo Stacy.

Se volvió para hablar con Dominic y yo aproveché para lanzar una mirada discreta a Trent, que no estaba participando mucho en la conversación y había parecido exasperado con sus amigos en un par de ocasiones. Sin embargo, esa noche parecía estar más relajado y accesible de lo habitual, cuando yo lo había creído incapaz de relajarse, y le sentaba bien porque, maldita sea, a él le sentaba bien todo. La forma en que el pelo oscuro le caía sobre la frente me estaba haciendo desear extender la mano para apartarlo y poder ver mejor sus ojos. Incluso sin traje, resultaba la leche de sexi.

Me pilló mirándole y levantó una ceja, casi como un desafío, al tiempo que esbozaba una sonrisa ladeada. Quise apartar la mirada, pero no lo hice. Eso solo haría que me sonrojara todavía más.

—¿Qué? —dijo con un gruñido.

—Nada.

—¿Por qué me estás mirando?

—No lo hago, eres tú quien me está mirando a mí.

Él resopló y entrecerró un poco los ojos, de un modo un tanto divertido. El corazón me dio un salto, necesitaba controlar mi imaginación. Aquel hombre era mi jefe, además de ser el capullo malhumorado y desagradable que había hecho que me despidieran.

Pero, al mismo tiempo, era un nieto muy entregado, me había dado el trabajo de mis sueños y tenía unos amigos que parecían realmente agradables. Todo aquello me resultaba muy confuso. ¿Por qué no podía volver a odiarle como antes? Eso habría sido mucho más sencillo.

La camarera volvió entonces con nuestra comida, gracias a Dios.

—Sándwich de pollo a la parmesana.

—Ese soy yo —dijo Dominic, levantando una mano.

Ella repartió los platos y todos comenzamos a comer. Yo me dediqué a mi hamburguesa de pollo, al darme cuenta de que tenía más hambre de lo que pensaba. Comer me resultaba más sencillo que seguir pensando en Trent.

—Entonces, ¿os habéis conocido por los negocios? —preguntó Stacy —. ¿Sois miembros de un club de directivos, o algo así?

—Hay un par de clubs, sí —contestó Dominic con una risa—, pero no es así como nos conocimos. Estudiamos juntos en Cornell. Nosotros cuatro asistíamos a la misma clase de gestión de marcas.

—Y yo incluí en el grupo a Paul, mi compañero de habitación —añadió Vincent—. Él también es parte del grupo, pero no ha podido venir hoy.

—Es estupendo que hayáis seguido siendo amigos desde la universidad —dije—. La mayor parte de los grupos de amigos se deshacen al terminar y cada uno se va por su lado.

—Bueno, nosotros hemos tenido muchas oportunidades de seguir viéndonos, porque siempre pasamos las vacaciones y fiestas con Trent y su abuela —explicó Aiden.

A continuación, se puso a contar cómo, durante las vacaciones de Navidad de su primer curso en la universidad, una huelga en los aeropuertos y varios dramas familiares habían dejado a Aiden y Vincent sin un sitio donde pasar las fiestas, así que habían acompañado a Trent a la casa de Dee en Jamesport.

—La abuela Dee no tardó mucho en conocer también a Paul y Dominic —añadió Vincent— y, desde ese momento, nos adoptó a todos. Nos llama sus «chicos perdidos».

—Es una bonita historia —dijo Stacy.

—Lo hemos pasado muy bien juntos —confirmó Aiden.

Noté una presión extraña en el pecho. Por la forma en que aquellos hombres hablaban de Dee, resultaba evidente que a todos les importaba mucho, y supuse que su enfermedad les habría afectado a todos.

La conversación fue muy fluida durante el resto de la cena. Los chicos me preguntaron qué tal me iba en Muebles Saunders, y se interesaron por mis diseños. Fui consciente de las miradas que lanzaron a Trent cuando me referí a la empresa, pero, en cuanto pude, desvié la conversación para hablar de Stacy, quien se alegró de poder explicar sus diseños de vestuario y la obra de teatro tan mala que acabábamos de ver.

Cuando dejé de ser el centro de atención, pude relajarme un poco, y no dejó de sorprenderme que la cena me estuviera resultando mucho más agradable de lo que esperaba. Aquel grupo no se comportaba de la forma machista y avasalladora que hubiera esperado de unos hombres que acababan de salir de jugar al *squash*, por no mencionar lo agradable que resultaba ver aquel otro lado de Trent. Por supuesto, yo ya lo había visto con su abuela, y sabía que era mucho más que el monstruo cafetero, pero era evidente que Dee lo adoraba y haría cualquier cosa por él, y no creía que él fuera capaz de enfadarse con ella. Además, su grupo de amigos parecía disfrutar mucho tomándole el pelo y bromeando a su costa y, en lugar de enfadarse con ellos, Trent se dedicaba a devolverles todas las pullas.

Por un momento, recordé a mi exnovio, un hombre tan inseguro que habría reaccionado fatal ante ese tipo de bromas. Siempre había perdido los nervios ante cualquier clase de crítica, y eso me había obligado a pensarme mucho todo lo que decía, para evitar ofenderle sin querer. Había tenido muy pocas citas desde que rompí con él, pero había vivido de cerca los problemas que había tenido Stacy en sus relaciones, sobre todo con actores a los que conocía en las producciones teatrales en las que trabajaba. Muchos de aquellos

hombres habían sido tan sensibles, que había llegado a creer que todos eran igual.

Sin embargo, ahora veía que Trent no era de ese modo. De hecho, parecía ser un buen hombre, al menos, en ciertos aspectos. Qué confuso era todo…

—¡Eso sería estupendo! —dijo entonces Dominic.

Levanté la cabeza y, al volver a la realidad, me di cuenta de que Dominic y Stacy apenas habían dejado de hablar durante toda la cena, para mi sorpresa.

—¿Estás segura de que no es una molestia? —preguntó Dominic.

—Un traje de princesa supondrá un cambio muy agradable respecto de mi último encargo de vestuario —le aseguró Stacy.

—¿Y crees que podrás tenerlo antes de la fiesta de cumpleaños de Hailey?

—¡Por supuesto!



—Bueno… Tengo que decirte algo —dijo Stacy cuando cogimos el metro en dirección a Queens y nos sentamos en un par de asientos libres, aprovechando que, a esas horas, no había mucha gente—. Intenta no enfadarte conmigo, ¿vale?

—¿Qué?

—Trent… No está tan mal.

—Le has pillado en un buen momento —dije, poniendo los ojos en blanco—. Creo que estaba siendo más agradable porque estaba con sus amigos. Créeme, puede ser un auténtico capullo.

—Pero ¿no es así todo el mundo? —observó Stacy con diplomacia—. Tal vez sea un hombre decente de verdad, y cuando lo conociste,

estaba teniendo un mal día.

—No cuentes con ello —dije, con un gesto de desdén al recordar la forma en que le había gritado a su padre por teléfono.

¿Qué clase de hombre hablaría así a su padre? Seguramente, uno no muy bueno.

—Lo que está claro es que no es el ogro que me describiste. Hiciste que pareciera super creído e insoportable.

—¡Y lo es!

—No, en realidad, no lo es. Venga ya, te lo has pasado bien, admítelo. He visto cómo lo mirabas.

—No lo estaba mirando de ninguna forma especial —me apresuré a mentir entre dientes—. Pero, si te hace feliz, admitiré que quizá no sea tan malo como pensé al principio.

—¿Y?

—Y nada —insistí—. Eso es todo. No es solo el monstruo cafetero que hizo que me despidieran, pero aún no tengo claro si es más Jekyll o Hyde.

—Al menos, ahora entiendo por qué te altera tanto —observó Stacy.

Me volví a mirarla y vi su sonrisa burlona.

—¿De qué estás hablando?

—Ahora vas a decirme que no te has dado cuenta de que hay algo entre vosotros dos.

—No me interesa tener una relación —dije, con un gesto de desdén —, y mucho menos, con él. Pero si vamos a hablar de atracción, ¿qué hay entre Dominic y tú? Parece que os habéis caído muy bien.

—Sí ¿verdad? —rio ella—. Me resulta un poco raro hablar con un hombre al que no le gusta el teatro. Ni siquiera ha pillado la

referencia a *El sueño de una noche de verano* que he dejado caer en la conversación.

—Bueno, eso no tiene por qué ser algo malo —señalé—. Al menos, no usará a Shakespeare para intentar justificar por qué te ha engañado, como hizo aquel tío.

—Uf —gruñó Stacy—. Tienes razón. «Sé fiel a ti mismo». En serio, ese desgraciado puede irse a la mierda.

Solté una carcajada al ver la expresión de su cara, pero, cuando me serené, consideré lo que había dicho sobre Trent. Stacy podía tener un gusto horrible en hombres, pero tenía razón en una cosa: la atracción entre Trent y yo iba en aumento. Pero, aunque la idea de fingir una relación con él me resultaba algo menos repelente, lo último que quería era estropear la oportunidad de trabajo que me había dado. Las relaciones y el trabajo no combinaban bien.

Yo lo sabía bien, ya me había quemado antes.

8

TRENT

—Vas a llegar tarde —dijo Pam.

Me miraba desde la puerta de mi despacho, con una mano en la cadera y dando golpecitos en el suelo con un pie, como si yo fuera un alumno de instituto que llegaba tarde a un examen.

—Soy el director ejecutivo —le recordé—. Creo que me esperarán.

—Ajá —dijo ella, dedicándome su mirada especial.

Aunque era probable que aquella mirada hiciera estremecer a sus hijos, a mí solo me recordaba cuando mi hermano Jimmy y yo hacíamos fuertes en el despacho del abuelo Davis, y la abuela Dee nos miraba del mismo modo, porque le estropeábamos los muebles buenos después de habernos dicho que tuviéramos cuidado.

—Sheila ya ha llamado para asegurarse de que estás en camino.

—¿Desde cuándo tengo una reunión con marketing? —pregunté, mirando mi agenda—. Ayer no la tenía programada.

Lo sabía, porque me había reservado unas cuantas horas para ponerme al día sobre los aspectos administrativos de nuestras operaciones internacionales.

—Desde que lo han pedido con mucha amabilidad —dijo ella.

—¿Y eso es lo único que hace falta para que te pongas de su parte?

—Bueno y, además, Sheila me ha traído bizcocho de plátano —sonrió Pam con suficiencia.

—¿Así que ahora aceptas sobornos? ¿Cuánto pides por librarme de esa reunión?

Pam volvió a su escritorio.

—Ya sé que eres un negado para la cocina. No me comería algo hecho por ti.

—¿Quién te ha dicho eso? —protesté.

Pam rio desde su mesa.

—Dee.

Gruñí algo sobre los empleados que faltaban al respeto, y las abuelas aficionadas a cotillear sobre la historia antigua. Llevaba por lo menos cinco años sin que se me quemara nada en la cocina.

—¿Quieres que llame para avisar de que vas con retraso? —preguntó Pam.

Me puse en pie, tomando nota mental de lo que debía contestar por correo electrónico a uno de nuestros contactos en Singapur.

—No, ya bajo. —Me dirigí al pasillo—. ¿Han dicho de qué se trata?

—No —dijo Pam, sin apartar la mirada del ordenador.

—Seguramente, de la colección sostenible —dije, dirigiéndome al ascensor.

Ahora que había contratado a Natasha, mi equipo se había puesto las pilas con los diseños, así que era lógico que los de marketing estuvieran listos para empezar a preparar el proceso de venta. Había

previsto hablar con ellos en un par de semanas, pero suponía que ese momento era tan bueno como cualquier otro.

El ascensor se detuvo en el siguiente piso y, al abrirse la puerta, vi a Natasha charlando con dos de los diseñadores.

—Ya te digo, chica —decía Shay—. Es lo mejor que me he metido nunca en la boca. —Levantó una mano y la puso delante de la cara de Erik—. Ni se te ocurra decir lo que sea que estás pensando.

Erik sonrió con burla.

—Tenemos que ir alguna vez —dijo Bonnie a Natasha—. ¿A principios de mes, por ejemplo? Las cenas siempre saben mejor después de cobrar.

—Me apunto —dijo Natasha—. Os dejo, ya hablaremos.

Entró en el ascensor y se situó delante de mí. Los pantalones negros de vestir que llevaba se adaptaban a su cuerpo de un modo que atrajo mi mirada hacia sus curvas, sin poder evitarlo.

—Hola —dijo ella.

—Señorita Dryer.

—Uf, el apellido no, por favor.

—¿Qué tiene de malo?

—Suena pretencioso.

—¿Pretencioso? —La miré, ceñudo—. ¿Prefieres que te llame gata salvaje?

—Natasha es suficiente. Pero si vas a llamarme gata salvaje, yo te llamaré monstruo cafetero.

Me sonrió con desdén y se dio la vuelta. ¿Por qué iba tan despacio el ascensor?

—¿Vas a comer? —pregunté.

No había hablado mucho con ella desde que cenamos juntos. Bueno, con mis amigos.

—No, voy a marketing —dijo ella—. Una reunión urgente.

Aquello tenía sentido. Si la reunión tenía que ver con la nueva colección, era lógico que asistiera Natasha.

—Yo también voy a esa reunión.

—Ah, claro —dijo ella, que pareció sorprendida por un instante—. Me aseguraré de que los de marketing y tú estéis al tanto de nuestros progresos.

—Muy bien. ¿Qué tal con el equipo de diseño? —pregunté—. Aparte de los planes que estáis haciendo para ir a cenar, claro.

—Bien.

—¿Eso es todo? —insistí.

—¿Qué más quieres? —Pareció incómoda, y eso me puso en alerta.

Los diseñadores parecían haberla acogido de buen grado, pero lo que me interesaba era cómo la estaba tratando el resto del equipo. Había notado la tensión en el ambiente en la reunión del primer día y, aunque comprendía que algunos de los empleados más veteranos podrían no estar muy convencidos, en Muebles Saunders no contratábamos a cualquiera. Deberían de haber sabido que no debían cuestionar una decisión que no solo era mía, sino que estaba respaldada por Dee.

—Quiero saber cómo te sientes trabajando con el equipo. ¿Te están tratando con respeto?

Natasha esbozó una sonrisa irónica.

—Todo el mundo es estupendo. Ya lo has oído, vamos a quedar para cenar.

La puerta del ascensor se abrió y salimos a la planta de marketing. Tendí una mano para indicar a Natasha la dirección en la que debíamos dirigirnos y, cuando llegamos a la sala de reuniones, abrí la puerta para dejarla pasar.

El equipo al completo estaba ya sentado alrededor de la mesa de reuniones, y en el centro había un plato con bizcocho de plátano. Sheila, sentada a la cabecera de la mesa, nos dedicó una amplia sonrisa al vernos, aunque nos miró de un modo que me puso nervioso.

—Gracias por venir —dijo—. Sé que estáis todos muy ocupados.

—Pam no me ha dejado otra alternativa —dije, solo medio en broma. Me senté junto a Sheila y Natasha ocupó la silla a mi otro lado—. Supongo que esperas que te pongamos al día de la nueva colección.

—Sí, eso estará bien —confirmó ella—. Podemos hablar de eso más tarde.

—¿Más tarde? —preguntó Natasha, mirando a su alrededor sin comprender—. ¿No estamos aquí para eso? ¿Tenía que haber ido a otra sala? —Empezó a levantarse de la silla, pero Sheila le hizo un gesto para que volviera a sentarse.

—Para nada. Estás justo donde debes estar. Junto a Trent. —Levantó las manos y formó con ellas una especie de rectángulo, para enmarcarnos a los dos—. Perfectos para la foto.

—¿De qué va todo esto? —pregunté, empezando a sentirme muy molesto.

No me gustaba nada su sonrisa, se parecía demasiado a la del malo en una película de James Bond.

Sheila hizo un gesto y uno de sus asistentes puso en marcha una presentación. En la pantalla apareció una imagen de mis abuelos, Dee y Davis, muy jóvenes. Debían tener unos treinta años, más o

menos en la época en la que pusieron la empresa en marcha. La foto era muy bonita y, aunque me trajo muchos recuerdos, no era el momento de dejarse llevar por la nostalgia.

—Sheila, tengo muchas cosas pendientes con los mercados internacionales. ¿Hay alguna razón por la que me necesites aquí? —pregunté, yendo directo al grano.

—Sí, tengo una idea que consultarte —explicó ella—. El equipo y yo hemos estado hablando…

—Ya —murmuré, seguro de que lo que dijera, no iba a gustarme nada.

—Y queremos organizar una campaña para anunciar al público tu relación con Natasha.

Natasha me pegó un pisotón por debajo de la mesa, y prácticamente pude escuchar su grito silencioso: ¡*Es mentira*! ¡*Pero si estamos fingiendo*!

La miré, tratando de ordenarle con la mirada que no me pusiera en evidencia delante de todo el equipo de marketing. La historia correría como la pólvora por toda la oficina, y no tardaría nada en llegar a mi abuela. Podía imaginarme la decepción de Dee cuando se enterase, y no soportaba la idea de ser yo el causante. Había estado mucho más animada desde que Natasha se había convertido en mi «novia».

—Creo que no lo entiendo —dijo Natasha—. ¿Por qué iba a importarle a nadie nuestra relación?

—El hecho de que haya una pareja estable al frente de la empresa es una parte muy importante de la historia de Muebles Saunders —explicó Sheila—. Se trata de la percepción pública de la empresa. Queremos generar una sensación de confianza en los compradores antes de lanzar la colección sostenible. Queremos que piensen: «Sí, me fío de esa pareja, creo que saben lo que hacen, y compraré sus

productos, aunque vayan en una dirección distinta». Los clientes no solo compran muebles, Trent. Os compran a vosotros.

Me froté el puente de la nariz. Pero ¿qué cojones…? Juré por lo más sagrado que, como me enterase de que Pam me había puesto la reunión en la agenda sabiendo de qué se trataba, no se lo iba a perdonar en la vida.

—¿Qué te parece? —preguntó Sheila.

Me puse en pie. No iba a consentir aquello, de ningún modo, y estaba a punto de dejarlo lo bastante claro como para que nadie volviera a sacar el tema nunca más.

—No vamos a hacer una campaña de relaciones públicas —dije despacio, mirando a cada uno de los asistentes a los ojos para asegurarme de que comprendieran el mensaje—. Centraos en lo que importa: los muebles.

La mayor parte de los reunidos parecieron debidamente amedrentados, pero Sheila era más dura. Maldita sea.

—Trent, no se trata solo de los muebles.

—¡Pues debería serlo! —exclamé.

—Dee se fía de mí —dijo Sheila—. Tú deberías hacerlo también.

Meter a mi abuela en la conversación no iba a hacerme cambiar de opinión. Yo era ahora el responsable de la empresa.

—Para empezar, nosotros vendemos muebles, no relaciones. En segundo lugar, a Natasha no le haría ninguna gracia, y no le gusta la atención del público.

Cuando mis amigos le habían hecho preguntas durante la cena, Natasha había parecido muy incómoda, y se había apresurado a desviar la atención hacia su amiga Stacy en cuanto tuvo la oportunidad. Si eso había sido suficiente para que se sintiera a disgusto, no quería hacerla pasar por un circo de relaciones públicas.

Sería horrible que la acribillaran los de marketing; la idea me parecía infernal incluso a mí, sobre todo, teniendo en cuenta que nuestra relación era una farsa.

—La promoción resulta más fácil cuando se tiene práctica —señaló Sheila con rapidez, y se inclinó para mirar a Natasha, que estaba a mi otro lado—. Lo prometo.

—¿No recuerdas cómo acabaron las cosas para la última pareja que dirigió Saunders? —pregunté, sacudiendo la cabeza.

En la sala se hizo un silencio incómodo. Sí, era muy fácil poner a mis abuelos en la pantalla como ejemplo de los viejos tiempos, y hasta mis padres habían tenido unos cuantos años buenos al principio; pero, para cuando su matrimonio se fue al traste, casi habían conseguido acabar con la empresa, y por eso tuve que hacerme cargo yo.

—De acuerdo —dijo Sheila, tamborileando en la mesa con los dedos, y supe que, por fin, había aceptado mi punto de vista.

—Muy bien —dije con decisión, mirando a los asistentes—. ¿Hemos terminado ya?

—Hemos terminado —dijo Sheila.

Sin decir una palabra, todos se pusieron en pie y se dirigieron a sus puestos a toda prisa. Alcancé a Natasha antes de que llegara a la puerta y le cogí un codo, para llevarla hacia un rincón de la sala.

—Quiero hablar contigo un momento.

—Supongo que no tengo otra opción —dijo ella, con los ojos clavados en el punto donde mi mano le sujetaba el brazo.

La solté y, al momento, ella cruzó los brazos y me miró con una desconfianza glacial. ¿Qué diablos le pasaba? ¿Tan mal le había parecido que me opusiera a la campaña de marketing? Creí que se habría alegrado de que le quitara el problema de encima. Bueno, si

quería cabrearse por eso, era su problema. *Mi* problema era que debía informarle de mis planes.

—Quiero llevarte a un sitio después del trabajo.

—Oh, vaya. Suena muy divertido y nada ambiguo, qué va —dijo ella con ironía.

—Tiene que ver con el trabajo —resoplé.

—¿En qué sentido?

—Lo sabrás cuando lleguemos.

—Suena a que me estás dando órdenes.

Yo levanté una ceja.

—Así es —dije sin más, esperando que insistiera.

No me importaba que dijera lo que pensaba; de hecho, esa era una de las razones por las que la había contratado. Pero yo seguía siendo su jefe, a fin de cuentas. Podía aceptarlo… O podía marcharse.

—De acuerdo.



—¿Debería preocuparme? Acabamos de pasar por un descampado, y ahora estamos junto a una iglesia abandonada —dijo Natasha—. Me vas a matar y abandonarás mi cadáver aquí, ¿no?

—Sería demasiado evidente —razoné.

Ella me miró furiosa desde el asiento del pasajero. Había llevado a bastante gente en mi Lambo, pero Natasha quedaba muy bien en él. Sus curvas estaban hechas para encajar en un coche tan lujoso, llamativo y potente como el mío.

¡*Jesús*! Tenía que dejar de pensar en esas cosas.

—Estoy segura de que así es como empiezan los documentales sobre crímenes sin resolver —murmuró.

—El documental viene después del crimen, así que no tienes que preocuparte —señalé.

—Lo que tú digas —resopló ella—. ¿Qué estamos haciendo aquí, Trent?

—Entra, y te lo enseñaré —dije, levantando una ceja.

Sin esperar a que contestara, abrí la puerta y salí del coche.

—Vamos, antes de que se vaya la luz —la insté, mirando hacia el interior.

Natasha salió por fin, y subió tras de mí los estropeados escalones de cemento, en cuyas grietas crecían toda clase de malas hierbas. Cuando empujé la puerta, se abrió con un chirrido digno de una película de horror, y el eco resonó por la iglesia abandonada. Me sorprendió no ver una bandada de pájaros asustados salir volando entre las vigas.

—Vaya —dijo Natasha, que había entrado detrás de mí.

Su tono dejaba muy claro que el lugar no le impresionaba en absoluto. Recorrió con el dedo el respaldo de uno de los bancos, y sopló el polvo que había recogido.

—Esto es… bueno, desde luego que es una iglesia —continuó.

—Sé que no tiene buena pinta, pero lo cierto es que hace más de un año que no se usa.

A pesar de todo, las decoraciones aún conservaban parte de su belleza original. Alcé la mirada a los rayos de luz que atravesaban las vidrieras para dibujar arcoíris de colores en la pared. La mayoría de los cristales aún estaban en su sitio, y también quedaban numerosos detalles de madera tallada en los bancos, además de algunas

decoraciones en las paredes, todo ello realizado con materiales de buena calidad.

—Muy bien —dijo Natasha—. Ya hemos venido hasta aquí. ¿Vas a decirme de una vez para qué?

—Iban a derribar el edificio, así que lo he comprado —expliqué.

Ella se limitó a fruncir los labios y apoyar una cadera en el respaldo de uno de los bancos. A juzgar por su actitud, aún no lo entendía.

—No he comprado el terreno —añadí—, solo el edificio, para recuperar todos los materiales que pueda antes de que entren las excavadoras. Se me ha ocurrido que podrías utilizarlos para hacer los muebles de Dee y, lo que no utilices, te lo puedes quedar para tus propios proyectos.

Natasha parpadeó un par de veces, sin decir nada, y después giró despacio sobre sí misma, observando la nave con interés renovado.

—Ya sé que no llegamos a hablar del precio de tus muebles el día que viniste a casa de Dee. —Nos habíamos distraído con todo eso de fingir ser una pareja y la oferta de trabajo en la empresa—. Pero espero que te parezca que todo este material representa un precio justo.

—Es mucho más que un precio justo —dijo, en una exhalación atónita—. La leche, es mucho más de lo que podría pedir. ¿Estás…? ¿Estás seguro? Todo esto debe de valer una fortuna y, desde luego, mucho más de lo que te habría cobrado.

No pude contener un resoplido, porque me hacía gracia que le preocupara lo que costaría todo aquello.

—Ah, es verdad —añadió, con una pequeña sonrisa—. Se me olvidaba que estoy hablando con el monstruo cafetero multimillonario.

—En cualquier caso —dije con seriedad, optando por ignorar aquel apodo estúpido—. He contratado a una empresa que demolerá la

iglesia y almacenará todo lo que valga la pena. Cuando hayan terminado, podrás ir al almacén y elegir lo que quieras. Solo quería que lo vieras en su sitio antes, en caso de que eso te ayude con el proceso creativo.

—No sé qué decir. —Había levantado una mano para que la iluminara uno de los rayos de luz de colores, y sus mejillas estaban cubiertas de un bonito rubor.

—No hace falta decir nada.

—Sí hace falta.

En lugar de responder, se lanzó hacia mí y me rodeó el cuello con los brazos. Mis manos encontraron su cintura al instante, y después se movieron a la parte inferior de su espalda, mientras ella me abrazaba con fuerza.

—Gracias —susurró y, aunque se separó para mirarme, permaneció entre mis brazos—. Todo esto… Ya estoy deseando empezar a construir algo —terminó, con voz ronca.

La miré a los ojos y, después, a los labios, un poco entreabiertos. Por un instante, me pareció que estaba a punto de ponerse de puntillas y besarme. Para mi sorpresa, deseé que lo hiciera. O ¿por qué no lo hacía yo mismo?

Pero, antes de que pudiera reaccionar, ella se desprendió de mis brazos y se apartó.

—Hay una vibración.

—Yo…

Era el teléfono en mi bolsillo, que acababa de recibir la llamada más inoportuna de la historia, y no podía ignorarla, en caso de que fuera mi abuela. Al sacar el aparato, la pantalla quedó orientada hacia Natasha y, cuando le di la vuelta, vi que era mi madre quien llamaba. Cancelé la llamada para que fuera directa al buzón de voz, como solía hacer siempre que llamaba.

—Podías haber contestado.

—No era nada.

Cuando volví a mirar a Natasha, vi que la mirada cálida de hacía un instante había desaparecido, reemplazada por una actitud fría y distante. ¿Qué diablos había pasado?

—Deberíamos irnos —dijo con brusquedad—. Se tarda mucho en llegar a Queens desde aquí. ¿Podrías dejarme en la estación de tren?

Se dirigió hacia la puerta y la abrió de un tirón. Yo me quedé helado un momento, sin comprender aquel cambio de actitud tan rápido, pero me repuse y la seguí, hasta alcanzarla en las escaleras del exterior.

—No.

—¿No? —preguntó ella, girándose hacia mí.

—Quiero decir que no hace falta que cojas el tren. —Me detuve para no chocar con ella—. Te llevo a casa, voy a la ciudad de todos modos.

—No necesito que me lleves —dijo ella, volviendo a darme la espalda para seguir bajando—. Puedo coger el tren sin ningún problema.

—No he dicho que fueras a tener un problema, pero insisto.

—De acuerdo —aceptó, no sin poner los ojos en blanco.

Volvimos a meternos en el coche y tuve que contener una mueca ante la tensión desagradable que se había creado entre nosotros. Carraspeé un poco, tratando de comprender cuál habría sido el problema. Tal vez había sentido vergüenza después de abrazarme y quería poner algo de distancia entre nosotros. Fingir una relación delante de mi abuela era una cosa, pero debíamos evitar confundirnos nosotros mismos. Nuestra relación era de trabajo, y

nada más. Claro, que tampoco había razón para que no nos lleváramos bien; como compañeros de trabajo, por supuesto.

—Gracias por acompañarme —empecé, con la esperanza de que unas palabras amables pudieran suavizar las cosas—. Sé que llegarás tarde a casa, pero esperaba que esto te diera alguna idea para los muebles de Dee, o para otros proyectos.

Natasha suspiró y se volvió a mirarme.

—Me estaba preguntando cuánto cristal de colores es demasiado para una sola pieza.

—Dee diría que nunca es demasiado —reí.

Natasha trató de contener una sonrisa y, aunque lo consiguió, aquello me pareció un progreso. Su actitud fría fue desapareciendo durante el viaje, pero no mostró ninguna intención de volver a acercarse a mí.

Me dije a mí mismo que eso era lo mejor, e intenté creérmelo.

9

NATASHA

—Oye, ¿tienes un minuto?

Miré al lugar del que venía la voz y giré un poco mi silla. Trent estaba apoyado en la puerta de mi oficina, con los brazos cruzados, el pelo peinado hacia atrás y… Joder, es que era irresistiblemente guapo. Cuando lo miré, levantó un poco una ceja, y casi esperé que apareciera tras él alguien con una cámara, dispuesto a hacerle fotos para la portada de *GQ* del mes siguiente. Su traje a medida le sentaba como un guante, y tuve que obligarme a apartar la mirada; si me quedaba admirándole, sería demasiado raro. Eso sí, su sastre merecía un aumento de sueldo.

—Sí, tengo un rato, antes de ir a explicarles esta idea a Bonnie y Shay —dije, dejando el lápiz sobre la mesa.

—Seré breve, no quiero estar en la lista negra de los diseñadores. Sé que son un grupo con el que hay que llevarse bien.

Sonreí y él ladeó la cabeza.

—¿Vienes conmigo un momento?

Me puse en pie y le seguí al pasillo.

—¿A dónde vamos?

—Quiero enseñarte el muestrario que estamos probando para las instalaciones en nuestras tiendas internacionales —explicó con una sonrisa, de camino al ascensor.

—El mobiliario de prueba… ¿Ya está listo?

Mientras bajábamos en el ascensor, me pareció que Trent estaba muy cerca de mí, más de lo habitual. Podía admirar la sombra de su barba en las mejillas y oler su aroma a jabón de menta. El corazón me latió con fuerza. ¿Por qué estaba tan cerca?

—Todo el mundo ha trabajado mucho en esta prueba —dijo él, sin apartar la vista de los números que aparecían en la pequeña pantalla del ascensor—. Creo que te va a impresionar.

Lo miré extrañada, porque eso no tenía sentido. ¿Cómo iban a haber trabajado tanto en los muebles de prueba, si ni siquiera habíamos aprobado los diseños para la nueva colección? Por lo que yo sabía, aún no habíamos empezado a producir ninguna de las piezas.

Mi mirada recorrió las líneas de su mandíbula y apreté los puños a los lados. No había nada que deseara tanto como deslizar mis manos por sus mejillas, y no solo para que me mirara y poder preguntarle de qué diablos estaba hablando.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, Trent salió y se dirigió con decisión hacia una zona que no reconocí. ¿Dónde había estado ese piso el día en que me enseñaron la oficina?

—¿Dónde estamos?

—Es por aquí —dijo él, indicándome una puerta.

Cuando la abrí, me encontré en la exposición de mobiliario más lujosa que había visto en mi vida. En el centro de la sala había un pedestal bañado en una cálida luz amarilla y, sobre él, el sofá que había estado dibujando en mi mesa hacía un momento. Me di la vuelta y miré a Trent boquiabierta. ¿Cómo era posible? Aún no había

escaneado el dibujo en el ordenador, ni se lo había enviado a los diseñadores.

—¿Qué te parece? —preguntó Trent, dedicándome una sonrisilla de superioridad muy sexi, como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

Me subí al pedestal sobre el que el sofá giraba con lentitud, y recorrí con la mano la brillante madera oscura y la tapicería de terciopelo. Yo no solía perder demasiado tiempo con las tapicerías, porque, por lo general, en las piezas de encargo, era el cliente quien las elegía, pero el rojo oscuro de aquel sofá era muy bonito.

—Es perfecto.

—Me alegro de que te guste.

Me giré para mirarle y, al verlo a mi lado en el pedestal, me pareció que el resto de la habitación desaparecía a mi alrededor. Él se quitó la chaqueta del traje y la dejó sobre el sofá. Quise preguntarle cómo había conseguido fabricar tan rápido el sofá que había estado dibujando hacía un momento, pero él se quitó la corbata de un tirón y el estómago me dio un vuelco cuando desabrochó el primer botón de su camisa.

—¿Qué estás…? —Miré alrededor. En cualquier momento, podría entrar alguien y ¿no habría cámaras de seguridad en aquella sala?—. ¿Qué diablos estás haciendo?

Él sonrió y siguió desabrochando un botón tras otro. Sin poder evitarlo, mis ojos se clavaron en su piel, a medida que aparecía, y en los apetecibles músculos que había debajo. Una fina línea de pelo desaparecía en la cintura de sus pantalones, y sentí el impulso de recorrerla hasta el final.

—Voy a follarte sobre este sofá —dijo, en una voz baja y grave que me erizó la piel de todo el cuerpo—. Lo llamaremos «control de calidad».

Me humedecí los labios, pensando que no podía decirlo en serio. Ay, mi madre, no podía estar considerando aceptar su oferta. Lo que tenía que hacer era marcharme, ya, en ese mismo momento. Tenía que… Caray, sus abdominales eran espectaculares.

Trent se quitó la camisa, dejando a la vista su amplio pecho y sus hombros musculosos, iluminados por aquella luz tan favorecedora. Desde luego, el *squash* lo mantenía en buena forma, quizá yo debiera empezar a jugar también. Tal vez podría ir a ver a Trent jugar al *squash*. Desnudo.

Pero ¿en qué narices estaba pensando?

Trent se me acercó despacio, moviéndose como un felino. Era hermoso, oscuro y peligroso, como una pantera. Eso mismo. Era como una pantera, ágil y musculosa, llena de un poder explosivo. No podía esperar a que se lanzara sobre mí.

¡Venga ya, mujer! Espabila. Retrocedí para alejarme, despacio, hasta que mis piernas chocaron con el sofá y caí sentada sobre él.

—Te he deseado desde el día en que te conocí —dijo Trent, inclinándose sobre mí y poniendo una rodilla entre mis piernas.

Me quedé sin palabras y solo pude soltar una exhalación que sonó como un gemido. Él sonrió y acarició una de mis mejillas con un dedo, que después descendió por mi cuello y desapareció entre mis pechos. ¿Cuándo me había quitado la blusa?

—Cómo he deseado tenerte justo así, tumbada debajo de mí sobre un mueble Saunders.

Empecé a jadear. Aquello no podía estar ocurriendo. No debería permitir que ocurriera, pero tampoco lo habría detenido, por nada del mundo. Trent se acercó más, con unos labios como la promesa de un fuego cálido en invierno. Me incorporé hacia él, le pasé los brazos alrededor del cuello y le besé como si mi vida dependiera de ello. No pude contener un gemido cuando él me devolvió el beso y recorrió mi cuerpo con sus manos, apretándose contra mí. Deslizó

una mano dentro de mis pantalones y, presa de una desesperación repentina, estuve a punto de dar una sacudida para acercarme más a sus caderas. Sí, ¡*sí*! Dios, cómo deseaba que me tocara. Deseaba que…

Me desperté del sueño de repente, con un respingo, y notando una especie de latido descontrolado entre las piernas. Apreté los muslos.

¡*Joder*!

Un sueño, solo era un maldito sueño. Me froté la cara con las manos e intenté controlarme. No debía fantasear con Trent, por muy sexi que me pareciera; y, desde luego, el Trent de mis sueños sabía cómo excitar a una chica. Pero aquel hombre, que derramaba el café y odiaba a sus padres, era mi jefe, no alguien a quien casi estuve a punto de besar en una iglesia abandonada. Y, mucho menos, alguien con quien pudiera pensar en cruzar el límite.

No debería babear por alguien que trataba a sus padres tan mal.

A ver si te aclaras las ideas, mujer.



Lo que sí debía admitir era que el sofá de mi sueño había sido *muy* bonito.

Como no había conseguido quitarme a Trent de la cabeza, había optado por ponerme los auriculares en cuanto llegué al trabajo y concentrarme en el diseño, mi actividad favorita. Si aquel sueño iba a apoderarse de mis pensamientos, al menos podría sacar algo útil de él. Y, dado que no iba a conseguir satisfacción física, como mínimo aprovecharía los diseños de mi subconsciente. A la colección le vendría bien un sofá.

Sin embargo, no fui capaz de centrarme en dibujar la pieza con la que había soñado. Me mordí el labio y sujeté mejor el lápiz mientras sombreaba una cabeza de pelo oscuro. En algún momento, mientras

dibujaba el sofá, había añadido una pareja abrazada sobre él, desnudos y con los cuerpos entrelazados. Seguramente era el dibujo más erótico que había hecho nunca. Se me ocurrió la posibilidad de enmarcarlo… No, eso sería ridículo.

Cogí una goma, pero dudé antes de utilizarla y volví a mirar el boceto. Podría tratarse de cualquier pareja. El hecho de que la mujer tuviera mis rizos y el hombre, el pelo oscuro y cuerpo atlético de Trent, no significaba nada en absoluto.

Traté de convencerme de que mi expresión artística no tenía nada que ver con mi sueño, y levanté el papel para admirar el dibujo. La luz que entraba por la ventana iluminó unos músculos bien definidos y un trasero muy atractivo. Aunque no había visto el culo del Trent de mi sueño, le había visto caminar por la oficina con sus pantalones a medida un número de veces suficiente como para poder imaginármelo con claridad. Con *mucha* claridad. Quizá demasiada. En fin, tenía que ser sincera: a pesar de que no era más que un dibujo a lápiz y no se veían las caras, era bastante obvio a quién representaba. Solo podía esperar que, ahora que había dibujado la imagen, pudiera quitármela de la cabeza de una vez y centrarme en lo que debería haber sido el objeto de mi dibujo. *El sofá.*

Estaba a punto de arrugar el papel para tirarlo, cuando Trent entró por la puerta abierta de mi despacho.

—¿Hemos terminado ya los escritorios? —dijo, levantando la vista de unos papeles que llevaba en la mano—. Creía que estábamos listos para empezar la producción. ¿Qué ha pasado?

Solté el dibujo sobre la mesa, boca abajo, e intenté volver a la realidad.

—Esto… ¿qué escritorios? —pregunté en un tono que sonó demasiado agudo.

—¿Cómo que «qué escritorios»? —Me miró molesto—. Los que has diseñado tú, evidentemente.

—Ah, esos.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó, mirando mi mesa.

—¡Nada! —Me moví para tratar de impedir que cogiera el dibujo, pero lo hice demasiado rápido, y provoqué una corriente de aire que empujó el papel y lo hizo caer al suelo. Trent se agachó para cogerlo y lo miró.

—No…

Demasiado tarde. Me quedé helada, deseando que se me tragara la tierra.

—Vaya, vaya… —Me miró con interés—. ¿Qué tenemos aquí?

—Dámelo —dije, tendiendo una mano hacia él—. No está acabado.

—Yo diría que parece que están a punto de *acabar* algo —bromeó él.

Me acerqué a él para intentar coger el dibujo, pero Trent era más alto y levantó el papel para ponerlo fuera de mi alcance.

—Dame un momento, aún no he terminado de admirar las proporciones de este sofá tan bonito.

—Trent —advertí—. Lo digo en serio, dámelo.

Él levantó el papel aún más y lo puso delante de su cara.

—Ya veo que te tomas el trabajo muy en serio.

—No es más que un boceto —murmuré, dejándome caer en la silla otra vez, muerta de la vergüenza.

—Yo diría que parece bastante detallado. —Bajó el papel y me miró, levantando y bajando las cejas muy rápido—. ¿Los conozco?

—No —dije entre dientes.

—Solo digo que… este tío está tremendo. —Me sonrió de oreja a oreja, porque sabía de sobra que era él—. La chica también —

añadió.

Me retorcí en mi silla, roja como un tomate. ¿Eso significaba que…? *No, no pienses eso*, me reprendí. *No te importa lo más mínimo lo que piense tu jefe sobre tu cuerpo desnudo.*

—¿Me lo devuelves ya, por favor?

Él me lo enseñó, sin soltarlo.

—¿Tantas ganas tienes de seguir mirándolo? —se burló—. Claro, que no te culpo. Es muy, esto, estimulante.

Dudaba de que fuera posible enrojecer más de lo que ya estaba. Aquello era el equivalente de que leyera mi diario. Ahora, él sabría que pensaba en él más de lo debido. Me levanté y le arranqué el papel de la mano.

—¿Te importa ir a fastidiar a otra persona? Yo tengo trabajo que hacer.

—Creo recordar que he venido a hacerte una pregunta de trabajo —dijo, en un tono más bajo y grave de lo habitual—. Pero ya veo que tienes cosas más importantes que hacer. O que quieres que te…

—¡Que no se te ocurra decir nada!

Él fingió cerrar una cremallera sobre sus labios, y retrocedió hacia la puerta, conteniendo la risa.

—Qué ganas tengo de verte presentar ese sofá en la próxima reunión de equipo.

—¡Lárgate!

Él desapareció, pero escuché su risa desde el otro lado de la sala de reuniones. Me pareció oírle reír hasta que llegó al ascensor. Bebí un par de tragos de mi botella de agua, notando cómo me ardía la cara. Seguramente, se me debía ver desde el espacio exterior.

—Hola, Nat, ¿cómo vas?

Sheila asomó la cabeza por mi puerta. Hacía poco que había empezado a llamarme Nat y, aunque no me hacía mucha gracia, lo dejaba estar.

—No quería interrumpirte —añadió.

—No, no lo has hecho —le aseguré—. Solo estaba hablando con el jefe.

—Da gusto oír a Trent reír así. —Sacudió la cabeza—. Solía ir por ahí con muy mala cara y, en cambio, ahora me lo encuentro sonriendo en el pasillo.

—Ajá —dije.

Ella entró y se sentó.

—Es evidente que le haces mucho bien, aunque aún no me creo que no quiera intentar lo de esa campaña publicitaria. Marketing podría hacer grandes cosas con vosotros dos, el público se os comería vivos. —Se inclinó hacia mí, como para contarme un secreto—. En el buen sentido, claro.

—Sí, lo he pillado.

Forcé una sonrisa, sin querer parecer antipática. En realidad, agradecía mucho que Trent me hubiera defendido en la reunión, porque tenía toda la razón: aunque hubiéramos estado saliendo juntos de verdad, esa clase de publicidad me habría resultado terriblemente incómoda.

—Estoy segura de que no hace falta que te diga que Saunders ha tenido unos cuantos años difíciles y, como es lógico, Trent se ha llevado la peor parte. Tuvo que asumir el cargo de director ejecutivo y organizar la salida de sus padres. Ni te imaginas la de emergencias a las que tuvo que enfrentarse cuando empezó. Al principio, se pasaba más de la mitad del tiempo gestionando problemas de relaciones públicas.

—Ya…

—Supongo que me alegro de saber que tiene a alguien de su parte. Siempre he pensado que se carga demasiado; la empresa es mucho para una sola persona, y sé que no le resulta fácil.

Todo aquello me sorprendió. No se me habría ocurrido que Trent tuviera ese tipo de problemas.

—¿Puedo preguntar qué pasó? ¿Con sus padres?

Sheila se reclinó en la silla y cruzó las piernas.

—¿No te lo ha contado?

—Solo de pasada —mentí, para no dar la impresión de que Trent no confiaba en mí.

—Bueno, habrás leído lo que salió en la prensa.

Eso sí lo había hecho. En cuanto me fui de casa de Dee el día en que Trent me ofreció el trabajo, había buscado la empresa en Google y leí todo lo que pude encontrar sobre su historia.

—Conozco la versión oficial, pero está claro que pasaron muchas más cosas.

Sheila miró a la puerta, como si le preocupara que alguien la oyera cotillear. Una vez que se aseguró de que no había nadie cerca, suspiró y sacudió la cabeza, antes de empezar.

—Supongo que todo está relacionado con el divorcio. Cuando Conrad y Lara lo anunciaron, no sorprendieron a nadie. Todo el mundo era consciente de los problemas de su matrimonio, y estaban empezando a extenderse por la empresa. El ambiente se había vuelto muy tóxico.

—¿En serio?

—Ya lo creo. Se peleaban en las reuniones del consejo, enviaban correos electrónicos contradictorios, teníamos que retirar colecciones enteras porque uno de los dos no estaba de acuerdo… De todo. —Agitó una mano—. En cierto modo, muchos de nosotros nos

sentimos aliviados de que terminaran su relación. Estaban tan empeñados en destruirse el uno al otro, que les daba igual si se llevaban la empresa por delante. —Hizo una mueca, como si pensara que había dicho demasiado—. Fue un momento muy complicado para ellos, no pensaban con claridad. Y las cosas iban de mal en peor, hasta que resultó evidente que sería imposible arreglarlas. El final fue tremendamente complicado.

—Debió ser muy difícil para todos.

—No sabíamos quién estaba a cargo —afirmó ella—, ni a quién debíamos obedecer, o a quién recurrir para la toma de decisiones. Aunque habían llevado la empresa juntos durante años, llegaron al punto en el que no tenían nada en común, y todos nosotros estábamos atrapados en medio, sin poder hacer nuestros trabajos. —Se encogió de hombros—. Al final, lo único que pudo hacer el consejo fue recurrir a Trent, que se negó en redondo a hacerse cargo. Sus padres no habían estado presentes durante su infancia, y estaba muy desilusionado por la forma en que se estaban comportando. En aquella época, él no trabajaba en la empresa, se dedicaba a otras cosas, pero cuando se lo pidió Dee en persona, aceptó asumir la responsabilidad.

Conseguí sonreír un poco. Parecía que la situación había sido muy incómoda para todos. Si Trent nunca había tenido una buena relación con sus padres, se había visto perjudicado por la forma en que habían llevado el divorcio y, *además* no había querido verse arrastrado al negocio familiar porque tenía otros planes, eso explicaba por qué su trato con ellos era tan brusco. Ahora comprendía de dónde venía su actitud para con ellos, aunque eso no significaba que estuviera de acuerdo con él.

Yo habría dado cualquier cosa por haber tenido más tiempo con mis padres e, incluso si Trent no tenía con los suyos la misma relación que yo había tenido con los míos, suponía que acabaría lamentando seguir tratándolos así. Uno no debía asumir que tendría a su familia para siempre y, en el caso de Trent, me parecía que no era justo con

sus padres, pues parecía juzgarlos solo por la forma en que le habían tratado durante lo que había sido una época muy difícil para ellos. Tal vez podría ser un poco más agradable con ellos.

—En cualquier caso —continuó Sheila— creo que Trent tenía prevista una vida completamente distinta, así que estar aquí, dirigiendo la empresa, no puede haber sido sencillo para él. Y ahora, con el diagnóstico de Dee… Me alegro de que te tenga a ti. —Me guiñó un ojo—. Bueno, te dejo para que trabajes. Ya hablaremos.

—Claro —dije.

Me volví hacia mi mesa en cuanto se marchó y me encontré de nuevo con aquel dibujo tan escandaloso del Trent de mis sueños, conmigo en el sofá. En ese momento, mi teléfono sonó con una notificación de la web 1stDibs. Yo solía ignorar los mensajes personales hasta llegar a casa, pero necesitaba algo para distraerme después de todo aquello. Abrí la aplicación, agradecida por poder pensar en otra cosa, y leí el mensaje.

Buenos días. Estoy buscando un mueble único. ¿Podrías diseñarme una pieza que refleje…

El corazón se me cayó a los pies y dejé de leer.

Aunque parecía un cliente nuevo, sonaba sospechosamente parecido a aquel otro imbécil que escribía para preguntar por un encargo, me hacía perder horas proponiendo ideas y las rechazaba todas. Hasta el texto del mensaje me resultaba familiar. «Mueble único», ¡y una leche! Borré el mensaje sin responder y cerré la aplicación. No pensaba perder el tiempo haciendo bocetos para alguien que no tenía intención de comprar mi trabajo.

Resoplé y, por fin, arrugué el dibujo y lo tiré a la papelera. Lo último que necesitaba era que lo viera alguien más. Tal vez Sheila creyera que yo era buena para Trent, pero eso era porque creía que teníamos una relación que no existía. Yo solo estaba allí por el sueldo, y no debía olvidarlo nunca.

10

TRENT

La camioneta volvió a temblar, y apreté los dientes, sujetando el volante con fuerza. Tenía la sensación de ir sentado sobre un terremoto, y esperaba que, de un momento a otro, aquel vehículo lamentable me dejara tirado en mitad de la calle. El dependiente de la empresa de alquiler me había asegurado que era una camioneta fiable, pero cada vez que miraba el retrovisor, esperaba ver una columna de humo negro saliendo del tubo de escape. La última vez que había alquilado una camioneta de mudanzas fue cuando me instalé en mi primer apartamento después de la universidad, y había creído que jamás tendría que volver a pasar por aquella experiencia. Giré el volante para doblar en el próximo semáforo. ¿Por qué diablos costaba tanto moverlo?

Al entrar en la siguiente calle, pité a una pareja de peatones que cruzaron sin mirar, porque aquel no era el vehículo con el que jugarse la vida, y yo no estaba de humor para tonterías. La compañía a la que había contratado para entregar a Natasha los materiales rescatados de la iglesia se había equivocado con las fechas, y no tenían ningún camión disponible ese fin de semana, así que había optado por llevarlos yo mismo. Podría haber buscado a otra empresa, o esperar a que los transportistas estuvieran

disponibles, pero estaba haciendo todo eso por mi abuela, y quería que Natasha tuviera los materiales cuanto antes.

Avancé por la calle, adentrándome en un barrio de edificios altos de ladrillo y grandes árboles, cuyas hojas empezaban a amarillear aquel mes de octubre. Me habría parecido una zona muy bonita, si la camioneta no renqueara tanto y no tuviera que pelearme con el volante para impedir que girase a la izquierda de forma espontánea y rozara a alguno de los coches aparcados.

Aproveché que tenía que parar en el próximo cruce para llamar a Jimmy, y crucé la intersección mientras escuchaba el tono de llamada del teléfono a través del altavoz. No podía permitirme quitar las manos del volante más de lo imprescindible.

—Venga, hermano —murmuré, mientras miraba los números de las casas—. Contesta.

A pesar de mis plegarias, la llamada fue directa al buzón de voz.

—Has llamado a Jimmy Saunders. Deja un mensaje.

—Hola, soy yo. Otra vez —dije, dejando que se notara en mi tono que estaba molesto—. Te he llamado varias veces desde hace un par de días. No sé si estás por ahí o qué pasa, pero llámame cuando oigas esto. Solo quiero saber qué tal estás.

Quería asegurarme de que a Jimmy le iba bien en Princeton. Sabía que el inicio de la universidad le había resultado muy difícil, y esperaba que me contara que ya se había asentado un poco. Divisé el edificio de Natasha justo al cortar la llamada, así que aparqué la camioneta, sin poder contener una mueca al notar que los neumáticos topaban con la acera. Dios, cómo odiaba aquel trasto.

Apagué el motor, bajé y me dirigí a la parte trasera para abrir la puerta posterior. Al volverme, vi a Natasha subir a toda prisa por las escaleras del sótano, aunque aminoró la marcha cuando me vio. Vestía unos vaqueros rotos, una camisa de cuadros y unas gafas de seguridad sujetas en lo alto de la cabeza. Con el pelo recogido y un

par de mechones que se habían escapado y le enmarcaban la cara, estaba tremendamente sexi.

Se apoyó en la barandilla de la escalera con los brazos cruzados.

—He oído el motor de ese trasto desde que estabas a dos manzanas —dijo, con un gesto hacia la camioneta.

—Estoy seguro de que, un bache más, y habría reventado —gruñí.

—El día que fui al almacén a elegir lo que quería, recuerdo dijiste que habías contratado a una empresa para que hiciera la entrega —dijo ella, con una sonrisa ladeada—. ¿Era mentira, o es que te ganas un sobresueldo como transportista?

—Nah, hoy en día, todos los directores ejecutivos hacen cosas así.

—Ya veo. Experiencia de primera mano, ¿no?

—Me interesa conocer en persona todos los aspectos de la empresa, de abajo arriba —dije, con una mano en el pecho—. Aporta un toque personal.

—Supongo que te han dejado tirado los transportistas, ¿no? —sonrió ella.

—Sí, tenían un encargo anterior, o algo así.

Por un instante, me pareció que se había sonrojado, pero apartó la cara y se dispuso a bajar las escaleras de nuevo.

—Puedes meterlo todo aquí —me dijo, por encima del hombro.

Cogí el primer trozo de madera que había a mano, y lo bajé al sótano. Me había contado que tenía instalado su taller allí, pero no esperaba algo tan sofisticado. Había proyectos en diferentes fases, y toda clase de herramientas y materiales por todas partes.

—Esto… ¿Dónde dejo esto?

Ella señaló una de las esquinas.

—Si puedes, apóyalo contra aquella pared. Ten cuidado con todos esos cables.

Lo llevé al lugar indicado y, haciendo caso de su advertencia, evité pisar los muchos cables que había en el suelo.

—Te agradezco que te preocupes por mi seguridad.

Ella sacudió la cabeza y se inclinó para medir algo, de forma que ocultara una sonrisa.

—Solo quiero asegurarme de que no me pongas una demanda.

—Ah, ya veo —dije—. Para ti no soy más que el transportista.

—Ya lo creo —rio ella—. Aunque, ¿sabes? Casi prefiero al director ejecutivo.

Volví a la camioneta una y otra vez para ir bajando cada uno de los trozos de material. Ninguno era demasiado pesado, pero eran grandes y difíciles de transportar. Fui depositando cada una de las piezas con cuidado, agachándome para no lesionarme la espalda. Cuando me di cuenta de que Natasha me estaba observando, flexioné un poco más los músculos, aprovechando que me había quitado el jersey, porque todo aquel esfuerzo me estaba haciendo sudar.

Dejé para el final el cristal de colores. Había envuelto los paneles de cristal en mantas, y parecía que no se había roto nada. Cuando terminé de descargar, me tomé un momento para observar el taller y fijarme en los muebles que Natasha estaba fabricando, situados en uno de los laterales.

—¿Qué pasa? —preguntó ella cuando me vio pasar la mano por una mesa recién lijada.

Estaba pensando en las veces en que había ido al taller de mi abuelo Davis, que había empezado como carpintero. Cuando se jubiló y dejó de trabajar en Muebles Saunders, siguió haciendo el trabajo manual que tanto le gustaba. Había aprendido muchísimo de él.

—Nada. —Tenía que saber que no la estaba juzgando—. Es solo que… creo que tienes un don. Me recuerda al trabajo de mi abuelo.

Ella se sonrojó.

—Gracias.

—Estos muebles son increíbles.

—Siempre estoy diseñando cosas nuevas —dijo ella—. Tengo como un millón de ideas más. El único problema es encontrar gente quiera comprarlos.

—Deberías tener a la gente haciendo cola para comprar tus piezas —insistí, y la miré extrañado cuando negó con la cabeza—. Lo digo en serio, Natasha.

Ella se puso aún más colorada, y me acerqué un poco, mientras me preguntaba qué sentiría si acariciaba aquellas mejillas sonrosadas.

—Puede que algún día —dijo ella—. Hasta entonces, me conformo con diseñar para Muebles Saunders.

—Ah, ¿sí? —dije, cruzándome de brazos.

—Tengo la sensación de que ya me estoy adaptando, y le empiezo a caer bien al equipo.

—Pero ¿preferirías hacer tus propias piezas?

—Por supuesto. —Se encogió de hombros—. Trabajar con las manos, hacer los muebles yo misma, es algo muy distinto. Creo que eso hace que cada pieza sea especial.

—Cuando era pequeño —empecé, apoyándome en su banco de trabajo—, mi abuelo solía llevarme a su taller y me permitía elegir un proyecto. Después, nos pasábamos la semana trabajando en él. Aún me acuerdo de la primera vez que me dejó hacer una casa para pájaros a mí solo. El techo quedó torcido, y el agujero de entrada resultó demasiado pequeño para que cupiera ningún pájaro, pero yo me sentí muy orgulloso de mí mismo.

Natasha sonrió mientras me escuchaba.

—En otra ocasión, construimos una casita para un conejo que yo había atrapado en el bosque. En cuanto abrí la puerta para alimentarlo, el trasto se vino abajo —reí—. Aún recuerdo a Dee corriendo detrás del pobre conejo por todo el jardín, con mi hermano pequeño en la cadera. Mi abuelo lo grabó todo con una cámara, seguro que el vídeo aún está por algún sitio.

—Tu abuelo debió ser un hombre increíble —observó Natasha.

—Lo era. Era amable, simpático y muy divertido. El personal de Muebles Saunders lo adoraba, pero lo más importante para él era su familia. Siempre trató a mi abuela como a una reina, y cuidó mucho de Jimmy y de mí.

Ella rio con suavidad.

—¿Qué pasa?

—Nada. Es que yo… también empecé con los muebles gracias a mi abuelo. Era carpintero autónomo, y me dejaba sentarme en un taburete en su taller y lijar los muebles. Recuerdo cómo me fascinaba verle transformar unos cuantos trozos de madera en un armario. A veces, me permitía acompañarle a instalarlos, y me fascinaba ver cómo, al final del proceso, lo que antes solo era madera se había convertido en algo útil que encajaba en su sitio. Cada vez que termino un mueble, me acuerdo de él, y de que yo también soy capaz de transformar algo como lo hacía él.

—Me alegro —dije.

Me sentí muy conectado con ella en ese momento. Los abuelos eran especiales, y era evidente que ambos habíamos querido mucho a los nuestros.

Ella situó una tabla grande en el banco de trabajo, y me acerqué a ayudarla.

—¿Te echo una mano con eso?

—Oh, esto… —Dudó un instante y se encogió de hombros con timidez—. Lo cierto es que me vendría bien un poco de ayuda para sujetarla, si no te importa.

—Claro que no.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—¿Mejor que estar aquí? —La miré a los ojos—. Si lo tuviera, no me habría ofrecido a ayudarte.

Ella volvió a ponerse las gafas protectoras y cogió una sierra.

—Tengo que recortar los diseños circulares que he dibujado en esta tabla. Si pudieras irla girando cuando haga falta, me vendría muy bien.

—Por supuesto.

Sujeté la tabla con ambas manos y fui girándola despacio a medida que ella cortaba. Cuando terminó con el diseño más grande, comenzó a cortar alrededor del dibujo central.

—Creo que será mejor que me ponga a ese lado —dije, dando la vuelta para acercarme a ella—. La tabla se mueve mucho si la sujeto desde aquí.

—Gracias.

Estaba lo bastante cerca como para oler su perfume. ¿O sería su champú? En cualquier caso, el aroma resultaba embriagador, y el corazón se me aceleró un poco al imaginar que enterraba mi cara en su pelo para inhalarlo. En aquel momento, fui muy consciente de su cuerpo: la curva de su nariz, el hueco entre sus labios y su barbilla, el aleteo de sus largas pestañas… Y, si la forma en que ella inspiraba con rapidez y el rubor que apareció en sus mejillas eran alguna indicación, también era consciente de lo cerca que estábamos.

Volví a recordar aquel momento en la iglesia, y me pregunté qué habría pasado si la hubiera besado entonces. No había podido

olvidar la sensación de su cuerpo pegado al mío y, a juzgar por el dibujo que había visto en su despacho hacía unos días, a ella se le habían ocurrido ideas parecidas. Si los dos estábamos pensando en lo mismo, ¿sería malo que intentáramos ver hasta dónde llegaba? Dios sabía que ignorar mis sentimientos no estaba sirviendo para nada. El corazón seguía latiéndome con fuerza en el pecho.

—¡Au! —grité, y quité una de las manos de la tabla.

—¿Qué pasa? —preguntó Natasha, sobresaltada.

Levanté la mano. Perdido en mis pensamientos, había puesto la mano sin darme cuenta sobre una de las hojas de repuesto de la sierra, y me había cortado.

—¡Maldita sea! —dije por lo bajo.

—Estás sangrando. —Se quitó las gafas y dejó la sierra a un lado.

—No es mucho —dije, aunque dolía de la leche.

—Tengo un botiquín —dijo ella, dirigiéndose a un rincón.

Uf, qué vergüenza. Ahora pensaría que era como un crío, incapaz de comprender lo que no debía tocar.

—No te preocupes —refunfuñé—. No es nada, en serio.

—Tú no me manches el trabajo de sangre —me dijo por encima del hombro.

Puse los ojos en blanco, pero aparté la mano de la madera, sintiendo que me latía la herida.

—No necesitarás puntos, ¿no?

—No es muy profundo. —Al menos, no creía que lo fuera—. En serio, ya iré a que me lo miren. No te preocupes por mí.

—¿Para que puedas demandarme en cuanto salgas de aquí? —bromeó ella, acercándose con el botiquín. Señaló un taburete con la

cabeza—. Siéntate ahí.

Me dejé caer en el taburete y puse la mano sobre la rodilla, con la palma hacia arriba. Natasha abrió el botiquín, dobló una gasa y la apretó contra mi palma. Hice una mueca.

—Sujeta eso —dijo ella—, y aprieta hasta que deje de sangrar. Luego la desinfectaré.

Sonreí un poco.

—¿Has hecho esto antes?

—Digamos que tuve algunos accidentes hasta que me acostumbré a trabajar con herramientas eléctricas.

La imagen de Natasha con un vendaje en cada dedo me hizo gracia. Cuando dejé de sangrar, ella limpió la herida con una toallita desinfectante, me puso una gasa limpia y me vendó la mano para sujetarla. La sensación de sus manos sobre mi piel resultaba adictiva, al igual que los movimientos delicados con los que me vendaba, y la forma en que sus dedos rozaban el dorso de mi mano. El aire entre nosotros pareció cargarse, como si fuéramos dos imanes cuyos extremos opuestos pugnaban por acercarse. Estaba a punto de extender el brazo para atraerla hacia mí cuando mi teléfono comenzó a vibrar. Igual que en la iglesia, joder. Saqué el teléfono con la mano sana, listo para montar en cólera si era uno de mis padres otra vez, pero vi el nombre de Jimmy en la pantalla y contesté inmediatamente.

—Jimmy, ¡hola! He intentado localizarte… ¿Qué pasa? —pregunté, al oír que estaba llorando.

Natasha me miró preocupada.

—Un momento, espera… Cálmate un poco. —Me puse en pie y empecé a buscar las llaves de la camioneta. ¿Dónde diablos las había puesto?—. Todo va a ir bien, ¿de acuerdo? Sea lo que sea, no es el fin del mundo.

Esas palabras debieron ser las equivocadas, porque empezó a llorar aún más fuerte y decir algo, que sonó como un montón de gemidos y lamentos asustados.

—Voy a verte ahora mismo, ¿vale? —le prometí—. Tú espérame en tu residencia.

Colgué el teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó Natasha.

—Mi hermano —expliqué—. Creo que acaban de salir las notas de su último trabajo y le ha ido peor de lo que pensaba. Ya sé que suena ridículo…

—No es ridículo —insistió ella—. La universidad supone mucha presión.

—Al parecer, Jimmy la siente más que nadie. Bueno, tengo que irme. —Levanté la mano—. Gracias por esto.

—De nada.

Divisé las llaves sobre un banco, pero, cuando fui a cogerlas, comprendí que el vendaje me impedía doblar la mano derecha. Me iba a resultar muy difícil conducir la camioneta del infierno, y no tenía tiempo de conseguir otro vehículo, porque debía llegar a Jimmy cuanto antes.

—Mierda.

—¿Te duele? —preguntó Natasha.

—No, no es eso —dije con los dientes apretados—. Es que va a ser difícil conducir. —Volví a levantar la mano vendada—. Bueno, nos veremos en el trabajo.

—Puedo conducir yo.

—No, eso no…

—Tienes una herida —insistió—. Ni siquiera puedes doblar la mano.

Quise seguir discutiendo, pero los dos sabíamos que tenía razón. Aun así, no quería incomodarla. Estaba claro que había planeado pasar el día trabajando en sus proyectos, y que no contaba con tener que llevar a un pobre manco hasta Nueva Jersey para consolar a un chaval al que no conocía de nada.

Ella se quitó las gafas de seguridad y desenchufó las herramientas.

—Si eres casi un inválido.

—Tampoco me encuentro tan mal —contesté con mala cara.

—Tú solo acepta la ayuda.

—Pero ¿estás segura del todo? —pregunté—. Jimmy está en Princeton, a más de una hora de aquí.

Ella cogió las llaves de la furgoneta.

—No te lo habría ofrecido si no estuviera segura.

11

NATASHA

—¡Cuidado con ese bache!

—Lo he visto —murmuré con dientes apretados, girando un poco el volate para esquivar el agujero.

La más mínima grieta en la carretera suponía un riesgo de que aquel trasto reventara definitivamente. Era una camioneta muy temperamental, y no tenía ni idea de cómo habíamos llegado tan lejos sin tener una avería, pero no quería volver a conducir un trasto así jamás en la vida.

—No entiendo por qué has alquilado este cacharro.

—¡El del alquiler me dijo que estaba en buenas condiciones! —dijo Trent por quinta vez desde que habíamos arrancado, porque yo no había parado de quejarme—. Bueno, y también iba con un poco de prisa.

—Podrías haberme llamado para retrasar la entrega de los materiales.

—Ya has pasado la mitad del fin de semana esperando.

—No entiendo cómo has logrado sacarla del aparcamiento —dije.

—Con mucho cuidado y alguna oración que otra.

—Espero que hayas contratado un seguro.

Él resopló y lo miré sorprendida. *Ah, claro.* Si quería, podía comprar una flota entera de camionetas. De hecho, igual hasta me daba las gracias si volcaba con aquella.

—¿En qué colegio mayor está Jimmy?

—En el Colegio Whitman. —Trent hizo un gesto con la mano—. En el lado sudoeste del campus. Busca la calle Elm.

—Vale —dije.

Aquel campus era enorme, pero, por suerte, Trent ya había ido a ver a Jimmy en ocasiones anteriores, así que sabía a dónde teníamos que ir.

—Ahí está —dijo, señalando un complejo residencial construido en aquel estilo gótico propio de las universidades que tanto me gustaba. Esas ventanas ojivales y torreones siempre me recordaban a un castillo. Se me empezaron a ocurrir ideas para muebles, y me pregunté si a Dee le interesaría que le hiciera un trono.

—Para —dijo Trent de repente.

Pegué un pisotón al freno, me hice a un lado de la carretera, y solté un gritito de triunfo cuando conseguí detener la camioneta sin que explotara. Cuando miré por la ventanilla del lado de Trent, vi a un chico sentado en el bordillo de la acera, que se levantó al vernos. Asumí que sería Jimmy. Tenía el mismo pelo oscuro que Trent, pero era más bajo y desgarbado, como si no hubiera terminado de hacerse con su cuerpo.

Trent abrió la puerta de la furgoneta y Jimmy se lanzó a sus brazos y se echó a llorar sobre su hombro. Caray, aquella mala nota le había dejado hecho polvo.

—No… No sé qué he hecho mal —lloró, con la respiración entrecortada—. Si hasta fui a hablar antes con el profesor para asegurarme de que había entendido la tarea.

—No pasa nada, Jimmy —dijo Trent—. Una mala nota no va a acabar con tu carrera, créeme. Ya te he contado lo que hacíamos mis amigos y yo cuando estábamos en la universidad. Yo también saqué malas notas de vez en cuando, pero eso nunca me impidió hacer lo que quise.

—Pero ¿y si a mí me lo impide? —sollozó Jimmy—. ¿Y si este es el principio del fin? ¿Y si no soy lo bastante listo para esta universidad?

—Eh —dijo Trent, dándole una ligera sacudida en los hombros—. Eres listo de sobra para estar aquí. De hecho, puede que incluso seas demasiado listo.

—Mi profesor no opina lo mismo —protestó Jimmy.

—Es la opinión de una sola persona —dijo Trent.

—Una persona que importa.

Trent ignoró aquello con un gesto, y Jimmy se secó los ojos con una manga.

—Siento darte tantos problemas.

—No es ningún problema —dijo Trent en una voz que sonó como un gruñido—. Estaré a tu lado siempre que me necesites. Ahora, a las dos de la mañana, o cuando sea. Lo sabes, ¿verdad?

—Verdad —asintió Jimmy.

La seguridad en el tono de Trent hizo que me diera un vuelco el corazón. Fuera cual fuera su relación con sus padres, estaba claro que era un hermano estupendo.

—Un momento… —dijo Jimmy, mirando la camioneta—. ¿Por qué has venido hasta aquí en eso?

—Yo, bueno… Estaba entregando unos materiales. —Trent hizo una mueca—. Para Natasha.

Me señaló con un gesto y Jimmy parpadeó, como si no se hubiera dado cuenta de mi presencia hasta entonces. Salí de la furgoneta y di la vuelta para acercarme. Jimmy se enderezó y se arregló un poco el pelo, con pinta de estar algo avergonzado.

—Hola —dije con una sonrisa.

—Jimmy, esta es Natasha, una nueva diseñadora de la empresa —explicó Trent—. También es la persona que va a hacer los muebles nuevos para la abuela. ¿Te acuerdas de que te lo conté?

—Sí. Me alegro de conocerte —dijo Jimmy—. Pero sigo sin entender por qué la has hecho conducir este trozo de hierro hasta aquí.

—Me he cortado una mano —gruñó Trent, enseñando el vendaje—. Natasha ha sido muy amable y se ha ofrecido a traerme.

—Yo tengo el carné, pero no tengo coche, así que hemos tenido que venir en este trasto infernal —expliqué a Jimmy.

—No me has visto llorar, ¿verdad? —dijo él, con una risa.

Yo abrí la boca, la volví a cerrar, y me limité a sonreírle un poco.

—Qué bien —murmuró él, con las mejillas enrojecidas.

Ay, era un encanto.

—No te preocupes. Tu hermano casi se echa a llorar cuando le he vendado la mano.

—¡No es verdad! —Trent me miró enfurecido, y Jimmy sonrió.

—¿Y si vamos todos a cenar? —propuso Trent—. Y tú, Natasha, deja de contar trolas.

—Solo si vamos andando —dijo Jimmy, mirando la camioneta de reojo—. No puedo permitir que me vean en ese trasto con vosotros

dos.



Decidimos ir a La Casa Del Taco, un pequeño restaurante mexicano decorado en colores brillantes, cerca del campus. Aunque estaba lleno de estudiantes, conseguimos encontrar una mesa en una esquina, delante de una pared en la que había un enorme jaguar pintado.

—La cerveza aquí es muy buena —dijo Jimmy, abriendo la carta.

—¿Has estado antes en este sitio? —preguntó Trent.

—Un par de veces. —Miró a Trent y bajó la cabeza, avergonzado—. Bueno, yo no he probado la cerveza, pero algunos de mis amigos, sí. Solo los que tienen edad para beber. La han recomendado mucho.

—Nos ha pasado a todos, Jimmy —dijo Trent—. No te voy a echar un sermón, pero ten cuidado. Ya lo hemos hablado.

Yo estaba de acuerdo en que era mejor no fingir que Jimmy no bebía con sus amigos. Aunque aún no tenía la edad legal para beber, ¿cuándo había supuesto eso un impedimento para un estudiante?

La camarera apareció y dejó en la mesa unos nachos y un cuenco de pico de gallo, antes de tomar nota de la comida.

—Y, bueno, también vine con una chica, para una cita —explicó Jimmy.

—¿Ya has tenido una cita? —Trent levantó mucho las cejas—. ¿Cómo es posible? Si el curso ha empezado hace solo un mes.

—Bueno, algunos somos irresistibles —dijo Jimmy, que rompió a reír cuando Trent lo miró fingiendo indignación.

—Ah, ¿conque esas tenemos? —Trent intentó darle un golpe con la mano, pero Jimmy fue más rápido y lo esquivó.

—Así son las cosas —le desafió Jimmy.

Trent tiró un trozo de nacho a su hermano, que le dedicó una sonrisa burlona de superioridad que me hizo reír. No solo encontraba a Jimmy muy simpático y divertido, sino que me estaba permitiendo observar un lado de Trent que no había visto hasta ahora. Aunque ya le había visto más relajado aquella noche con sus amigos, la relación con su hermano era más dulce, llena de ternura y protección.

—¿Y cómo has conocido a esa chica? —preguntó Trent.

—Estudiando —contestó Jimmy, moviendo las cejas muy deprisa.

—Venga ya.

—En serio, nos conocimos en la biblioteca.

Trent resopló incrédulo.

—De verdad. Voy todos los días. Una noche me quedé hasta tarde y, como llevaba los auriculares puestos, no me di cuenta de que estaban cerrando. A ella le pasó algo parecido, y nos encontramos en la puerta cuando los dos salimos corriendo hacia la salida. Así fue como nos conocimos.

—¿Vas a la biblioteca todos los días? —pregunté—. Eso es mucho estudiar.

—Tengo que hacerlo —dijo Jimmy—. Si me retraso, ya no podré ponerme al día. ¿Sabes que, nada más empezar el curso, ya nos pusieron lecturas obligatorias? Y tuvimos que entregar trabajos la primera semana. —Sacudió la cabeza como si él mismo no lo creyera —. No nos dieron tiempo ni de asentarnos. —Daba golpecitos con los dedos sobre la mesa mientras hablaba, y después cogió el envoltorio de la pajita de su bebida y lo rompió en trocitos pequeños, al parecer, sin darse cuenta—. Todo es trabajo, trabajo y más trabajo, y algunos de los textos que tenemos que leer son larguísimos, tío.

—Bueno… Yo creo que no pasa nada por tomarse una noche libre de vez en cuando —dije, mirando a Trent preocupada.

No me extrañaba que hubiéramos encontrado a Jimmy llorando, si esa era la presión a la que estaba sometido.

—No puedo permitírmelo —suspiró Jimmy—. Sabía que la universidad iba a ser más difícil que el instituto, pero no sabía hasta qué punto. Es casi imposible mantenerse al día con todo, y eso que yo siempre he sido buen estudiante.

Hubiera querido cogerle una mano y apretársela porque, aunque Jimmy era un encanto, estaba claro que también era un poco desastre.

—Bueno, cuéntame qué más has estado haciendo —dijo Trent, en un intento evidente de distraerle de las exigencias académicas.

—Eso es todo —dijo Jimmy, encogiéndose de hombros—. De clase a la biblioteca, y vuelta a empezar. Alguna vez salgo un rato con mis amigos, pero tengo que cortar eso un poco.

—¿Has estado saliendo más de lo habitual? —preguntó Trent.

Jimmy dejó de sonreír y apretó los labios. Vaya, parecía que estábamos llegando a algo concreto.

—Es que estoy estresado todo el rato, así que pasar tiempo con mis colegas me ayuda a relajarme un poco.

—Y lo que hacéis es salir de fiesta, ¿no? —insistió Trent.

Jimmy se dejó caer sobre la mesa y apoyó la cabeza en una mano.

—Supongo que… Eso es más divertido que intentar encontrar el sentido de alguna de las lecturas, o esforzarme por prestar atención en clase, aunque no entienda nada de lo que están explicando.

—¿No te interesan las clases? —pregunté, pensando que ese podría ser el problema.

—No es eso —dijo él frustrado—. Creo que… Más bien es el hecho de que nunca he tenido que trabajar tanto como hasta ahora.

Ah, lo que le estresaba era no ser capaz de comprender lo que estudiaba tan rápido como en el instituto. Lo sentí por él.

—¿Crees que, quizá, podrías cambiar la forma en que estudias?

—¿Qué quieres decir? —Me miró confuso.

—Puede que haya algún centro de información para estudiantes en el que te puedan dar algunos consejos.

Trent me miraba con las cejas levantadas, y no supe si le había impresionado, o si creía que me estaba metiendo donde no me llamaban. En cualquier caso, seguí adelante.

—Verás, a mí me costaba mucho estudiar —expliqué a Jimmy—. Nunca se me dio bien aprender en los libros. Si me das un problema de matemáticas, lo resuelvo en un momento, pero la literatura, la historia, o cualquier cosa basada en textos largos y redacciones, me costaba la vida. Tuve que encontrar otros métodos de estudio que me permitieran aprobar esas asignaturas. Tuve un asesor académico que me ayudó mucho con eso. Estoy segura de que aquí habrá gente que pueda darte algunas pautas.

—Es una idea estupenda —dijo Trent—. Podrías intentar algo así, Jimmy, ver si puedes conseguir orientación para que las cosas te resulten un poco más fáciles, ¿eh?

La actitud de Trent con su hermano, la forma en que mezclaba los consejos con los elogios, sin resultar demasiado controlador, me llegó al alma.

—Siempre has conseguido todo lo que te has propuesto —continuó Trent—, así que no me cabe duda de que podrás con esto también. —Tendió un brazo por encima de la mesa y apretó el hombro de Jimmy—. Pero, con independencia de las notas que saques, yo ya estoy muy orgulloso de ti. Has entrado en *Princeton*, tío. Eso lo has

conseguido tú solo, y ninguna nota, ni ningún profesor, podrán cambiar eso.

Jimmy pareció crecerse un poco ante las alabanzas de Trent.

Cuando llegó la comida, Trent y Jimmy cambiaron de tema y se pusieron a hablar de su abuela, los deportes y esas cosas de las que suelen hablar los hermanos. Mientras tanto, yo me dejé llevar por los recuerdos y, al cabo de un rato, comprendí que se debía a que Trent había tranquilizado a su hermano de una forma muy similar al tipo de apoyo que yo había recibido en el pasado de mis padres. Cuando el colegio me resultaba difícil, ellos me recordaban todo lo que se me daba bien y me aseguraban que, algún día, mi talento me permitiría lograr cosas increíbles. Ver a Trent apoyar a su hermano de forma parecida me hizo echar mucho de menos a mis padres, aunque, curiosamente, la sensación no me resultó dolorosa en aquel momento, sino que me emocionó recordar su cariño y cuánto habían creído en mí. La nostalgia me resultó reconfortante, y no me impidió disfrutar de aquella velada. Deseaba más que nada haber tenido más tiempo con mis padres, pero eso no me impedía agradecer el tiempo que pasé con ellos.

Cuando terminamos de cenar, Trent y yo acompañamos a Jimmy a su residencia. Al bajar del coche, ellos se despidieron con un apretón de manos muy complicado que debían llevar años perfeccionando.

—Me alegro de conocerte, Natasha —dijo Jimmy, volviéndose hacia mí.

—Yo también me alegro de conocerte.

Le di un abrazo. Después del rato que habíamos pasado juntos, quería seguir en contacto con Jimmy, así que le pasé mi número de teléfono, apuntado en la parte de atrás de la cuenta del restaurante.

—Es solo por si necesitas a alguien con quien hablar y no localizas a tu hermano —expliqué.

Jimmy asintió agradecido, y lanzó una mirada de superioridad a Trent mientras le enseñaba el papel.

—Te dije que era irresistible.

Trent puso los ojos en blanco y yo me eché a reír. Jimmy se alejó, andando con paso mucho más animado que cuando habíamos llegado.

—¿Volvemos? —pregunté.

—Sí —dijo Trent—. Total, ya has intentado ligar con mi hermano y todo.

—Anda ya —protesté—. No intentaba ligar con él. Si solo es un niño.

—Lo sé. —Me sonrió burlón, de una forma poco habitual en él—. Es una broma. Ahora en serio, gracias por lo que has hecho. —Me cogió una mano y la apretó con suavidad—. Jimmy no tiene mucha gente que le apoye, y me gusta la idea de que ahora tenga a alguien más.

—Por supuesto —dije, tratando de no estremecerme bajo su contacto.

Solo te ha cogido una mano, atontada. Espabila.

Me volví y subí a la furgoneta.

—¿Listo?

—Sí, llevemos esta trampa mortal de vuelta a Nueva York —contestó Trent, sentándose a mi lado.

12

TRENT

—Te agradezco mucho los consejos que le has dado a Jimmy —repetí, cuando ya estábamos de camino a la ciudad.

Natasha sonrió un poco, y miró el retrovisor antes de incorporarse a la autopista de Nueva Jersey. —Me alegra haber podido hacerlo. Recuerdo cómo era yo a su edad. El mundo puede parecer… abrumador cuando tienes dieciocho años. A veces, lo único que necesitas es a alguien con más experiencia que te diga que todo va a ir bien.

La camioneta dio una sacudida, y los dos reímos nerviosos.

—Espero que no vuelvas a alquilar nada a esta empresa en la vida —dijo Natasha.

—Ni hablar —gruñí—. Esta experiencia me ha traumatizado tanto que voy a montar mi propia empresa de transportes, para tener toda una flota de camiones nuevos.

—Si son todos eléctricos, podrás seguir con la tendencia de la sostenibilidad —dijo ella con una sonrisa—, y entregar tus propios muebles en lugar de contratar a otros para que lo hagan.

—Eso sería muy caro —refunfuñé.

—Pero mucho mejor para el medio ambiente. Sería como el movimiento de la granja a la mesa, pero en tu caso, del bosque al…

—¿Salón? —terminé por ella.

—Exacto.

—¿Tienes hermanos? —pregunté.

—No, soy hija única —contestó ella.

—Al verte con Jimmy antes, he pensado que quizá los tendrías.

—Siempre quise tener un hermano pequeño —dije—. Si hubiera sido una hermana, creo que nos habríamos peleado todo el tiempo. Pero un hermano habría sido genial.

—Jimmy es bastante increíble —confirmé—. Espero que siga tu consejo de verdad y busque recursos que puedan servirle de ayuda.

—Yo también. Esa es una de las cosas que mis padres siempre me animaron a hacer. No era mentira lo de que el colegio me costó mucho. Pero mis padres me ayudaron a desarrollar la confianza en mí misma, y a averiguar cómo encontrar ayuda, como lo del consejero académico. Si no lo hubiera hecho, seguramente habría repetido varios cursos en el instituto. —Se volvió a mirarme un momento—. De hecho, esta noche me has recordado un poco a mis padres.

—Ah, ¿sí? —Hice una mueca, un tanto horrorizado por aquella idea.

Lo último que quería era que Natasha me viera como a una figura paterna.

Ella rio, un sonido alegre y cristalino que llenó la cabina del vehículo y me llenó de placer; no solo por el sonido en sí, sino por el hecho de ser yo quien la había hecho reír. Quería hacerlo de nuevo y ver cómo se le sonrojaban las mejillas.

—Es por la forma en que dabas ánimos a Jimmy —explicó ella—. No es que te parezcas a ellos, ni nada por el estilo.

Bueno, gracias a Dios por eso.

—Estoy seguro de que están muy orgullosos de todo lo que has conseguido —dije—. ¿Qué les parece que ahora trabajes para Muebles Saunders?

La sonrisa de Natasha desapareció al instante, y el ambiente cambió de forma tan repentina que fue como si me hubieran echado un jarro de agua helada por encima. Ya la había visto enfadada conmigo en alguna ocasión, pero esto era distinto. Esta vez parecía… derrotada.

—Natasha…

—Lo siento —me interrumpió ella, sujetando el volante tan fuerte con las manos que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Qué pasa? Si me he propasado de algún modo…

—No lo has hecho —dijo ella—. De verdad, es solo que… No sé si mis padres estarían orgullosos. —Se encogió de hombros y miró hacia delante—. Bueno, creo que sí, pero no puedo preguntárselo.

—¿Por qué?

Ella me lanzó una mirada rápida.

—Murieron hace varios años.

El alma se me cayó a los pies.

—Dios, Natasha. —Me pasé una mano por el pelo, muy incómodo. No sabía cómo íbamos a poder superar el giro que había tomado la conversación—. Lo… lo siento muchísimo.

—No pasa nada —dijo ella—. No podías saberlo, y ya ha pasado mucho tiempo. Supongo que, a veces, todavía me siento como si acabara de suceder. Sé que es ridículo.

—No es ridículo. —La miré extrañado, sin comprender por qué creería algo así—. La pena es como es y, por lo que yo sé, no se adhiere a ningún calendario.

Ella asintió y esbozó una débil sonrisa.

—Gracias por decir eso. De todos modos, esta noche ha sido distinta. Me ha traído buenos recuerdos, eso ya es algo.

—¿Te importa si te pregunto qué pasó?

—Un incendio en casa —dijo ella con la vocecita más débil que había oído nunca—. Un cortocircuito.

Dejé escapar un largo suspiro.

—No sé qué decirte.

—La mayoría de la gente tampoco —dijo ella—. Ni siquiera yo lo sé. Cada vez que tengo que contarle a alguien lo que pasó, me da la sensación de estar en una realidad paralela.

Me eché hacia atrás en el asiento, con la vista clavada en la entrada del túnel Lincoln, al que nos dirigíamos. Perder a uno de los padres ya sería bastante doloroso, pero perder a los dos de repente… ¿Cómo se recuperaba uno de eso? Mi relación con mis padres era espantosa, pero a una parte de mí le dolería perderlos.

—Me he alegrado de poder recordar esta noche lo mucho que me apoyaron. Justo como lo has hecho tú con Jimmy. Antes, si tenía algún problema, sabía que podía volver a casa, que tenía una red de seguridad. Pero cuando desaparecieron de repente y tuve que hacerme cargo de la herencia y las deudas, prácticamente no me quedó nada al final. Tampoco quedó nada de la casa.

—¿Teníais seguro?

—Sí, pero no fue suficiente para reconstruirla ni comprar otra, tal como estaba el mercado. Tuve que vender la parcela y conseguí algo de dinero, pero me quedé sin red de seguridad. Por primera vez en

mi vida, me quedé sola, y supe que iba a ser así a partir de entonces. A veces, la idea me asusta un poco.

Sentí una opresión en el pecho. Nunca había valorado mis propias circunstancias, ni hasta qué punto tenía toda clase de sistemas de seguridad a mi favor. Desde el punto de vista financiero, jamás me había preocupado por llegar a fin de mes, pero, además, gracias a mi abuela y mis amigos, tampoco había tenido que enfrentarme a nada yo solo. Pasara lo que pasara, sabía que siempre estarían ahí para apoyarme.

—Natasha, yo…

Ella negó con la cabeza.

—No pasa nada, en serio. No tienes que intentar hacer que me sienta mejor. Fue algo horrible, pero… Ya sabes: lo que no te mata te hace más fuerte, o lo que sea.

—¿Y es verdad? —pregunté con voz queda.

No era capaz de imaginar cómo podría alguien recuperarse de una pérdida y un dolor como aquellos sin perder algo de sí mismos en el proceso. Ahora que lo sabía, Natasha me parecía una persona totalmente distinta. No alcanzaba a comprender cómo era capaz de soportar esa carga todos los días. A veces, la idea de perder a mi abuela debido a su enfermedad era suficiente para dejarme paralizado por el miedo. Que Natasha fuera capaz de seguir con su vida después de perder tanto me resultaba inimaginable.

—Supongo que he aprendido a depender solo de mí misma —dijo—. Tampoco es que tuviera elección, pero tener que apañármelas sola me ha enseñado a no depender de nadie.

Aquella afirmación me resultó preocupante.

—Tiene que haber alguien en quien te puedas apoyar.

—En mi experiencia, todo el mundo te decepciona, de un modo u otro —dijo con una sonrisa triste—. En más de una ocasión, me han

hecho daño personas con las que había contado. Jefes, novios… Y aunque sé muy bien que no fue voluntario, mis padres también me dejaron. Es imposible contar con que alguien vaya a estar siempre ahí para ti.

Uf.

—Parece una forma muy solitaria de vivir.

—Supongo que sí, pero si no dependes de nadie, tampoco tienes que preocuparte por si te rompen el corazón. Tengo buenos amigos, Stacy es la mejor de todos, pero no dependo de ella. No dependo de nadie.

El corazón se me rompió por ella.

—Ni siquiera puedo imaginar por lo que has pasado.

—Tampoco soy la única persona del mundo que haya perdido a alguien. —Pareció extrañada—. Tú también has pasado por algo similar, ¿no?

—¿Eh?

—Me refiero a tu abuelo Davis. También lo perdiste.

—Así fue —confirmé.

—¿Cuántos años tenías?

—Trece. —Parecía que había pasado una eternidad—. Pero eso fue diferente. Para empezar, nos lo habíamos esperado. Llevaba un tiempo enfermo, así que, al menos, tuvimos tiempo de hacernos a la idea y despedirnos.

—Supongo que eso hace que sea más fácil en algunos aspectos, y más difícil en otros —observó Natasha.

—Cierto —admití—. No digo que nos resultara fácil a ninguno, sobre todo a mi abuela, pero no fue inesperado. Además, yo tenía a mi familia.

—Estoy segura de que ver a Dee pasar por aquello debió ser difícil. Sé lo mucho que significa para ti.

No se equivocaba. Suponía que, en cierto modo, tener a mi familia alrededor en aquella época generó otro tipo de problemas. Mi abuela era la persona que más me apoyaba habitualmente, pero aquello la afectó demasiado como para ocuparse de nadie más. Jimmy era muy pequeño, acababa de cumplir un año y, por supuesto, no se enteró de lo ocurrido.

—Supongo que una parte de mí tuvo que sobreponerse al dolor —dije—. Al menos, para asegurarme de que Dee y Jimmy estaban bien.

—Eso es mucha presión para un niño —dijo Natasha—. Porque eso es lo que eras tú.

—Aun así, fue mejor que no tener a nadie —señalé—. Lo que te pasó a ti fue mucho peor.

—No hay que competir —dijo Natasha—. No se trata de las olimpiadas de la pena. A los dos nos han afectado nuestras experiencias, y han influido en las decisiones que hemos tomado en la vida.

Nadie me había hecho verlo de ese modo antes. Siempre creí que tenía que ser fuerte, por mi abuela y por Jimmy. Lo bastante fuerte como para que pudieran apoyarse en mí tras la muerte del abuelo Davis; lo bastante como para volver a levantar la empresa después de que mis padres casi acabaran con ella. También tuve que ser fuerte por mis amigos: Dominic, que estaba enfrentándose a un divorcio muy complicado; Vincent, a quien su ex implicó en un escándalo y Aiden, que casi echó a perder la última oportunidad con el amor de su vida. Siempre había hecho lo posible por estar ahí para la gente que me importaba, pero nunca me había permitido ser yo quien necesitara ayuda. Ahora, Natasha me había hecho pensar que, tal vez, podría hacerme falta.

—¿A dónde llevo este trasto? —preguntó Natasha cuando entramos en la ciudad, dando unos golpecitos en el salpicadero.

—Vamos a Queens —propuse—. Llamaré un coche para que venga a buscarme, y ya enviaré a alguien a por la camioneta mañana.

—¿Te refieres a una grúa? —bromeó ella—. Porque, cuando apague el motor, es posible que no vuelva a arrancar nunca más.

—Tal vez eso sea lo mejor —dije, con una mueca.

Natasha seguía sonriendo cuando entramos en su calle, y aparcó la camioneta entre dos coches con una maniobra muy hábil.

—Impresionante —dije—. Casi ni has rozado el bordillo.

Ella apagó el motor y sacó la llave.

—Tengo unas habilidades que ni te imaginas —sonrió.

Arqueé una ceja. El tono en que lo dijo me hizo reír.

—Ah, ¿sí? ¿Como cuáles?

—Eso es información confidencial, señor Saunders.

Su expresión arrogante hizo que el corazón se me pusiera a mil. ¿Por qué diablos tenía que mirarme así? En un instante, se me ocurrieron un montón de posibilidades referentes a esas habilidades de las que hablaba. El espacio entre nosotros pareció cargarse de algo que me erizó la piel.

—Gracias por conducir —dije.

—No pasa nada. Te cortaste en mi taller, creo que es lo mínimo que podía hacer.

Natasha no hizo ningún ademán para salir de la camioneta, y yo tampoco. Nos quedamos sentados, mirándonos durante lo que pareció el minuto más largo de mi vida. La necesitaba, y no se me ocurría ninguna razón para controlarme, sobre todo porque notaba

que ella también lo deseaba. Me acerqué un poco, y ella también se movió unos centímetros hacia mí. La oí dar un respingo cuando incliné la cabeza hacia la suya. Desde aquella tarde, en la iglesia, había estado imaginando ese momento. Lo que haría si me diera otra oportunidad.

Lánzate, me gritó mi mente. *Haz algo.*

Y, joder si lo hice. Le puse una mano en la mejilla y la besé, al tiempo que enredaba la otra en los rizos que le acariciaban el otro lado de la cara. Estaba medio loco por un deseo que no hizo más que aumentar cuando ella abrió los labios bajo los míos, y cuando dejó escapar un sonido suave desde el fondo de la garganta, me pareció lo más sexi que había oído en mi vida. Le acaricié la mejilla con el pulgar, sorprendido por su suavidad. Cuando se separó de mí, me quedé como atontado y la miré parpadeando, sin comprender.

Natasha sonrió con timidez y se mordió el labio inferior, lo que me desquició aún más. Solo ansiaba tomarla en mis brazos para continuar besándola, pero ella se apartó de mí, y yo debía respetar su decisión.

—Buenas noches, Trent —dijo, apretándome una mano.

—Buenas noches —contesté, y ella abrió la puerta de la camioneta para salir.

Se dirigió a la entrada del edificio y se volvió a mirarme al llegar a la puerta, como para comprobar si seguía mirándola.

Y por supuesto que la estaba mirando. Nunca me cansaría de mirarla cuando se alejaba.

13

NATASHA

—¿Vas a seguir ahí en la puerta, o vas a decir algo? —pregunté, dándome la vuelta en mi silla.

Había llegado pronto a la oficina para terminar una presentación antes de la reunión de la mañana con los diseñadores, pero al llegar, me había encontrado con una tentación muy atractiva esperándome en la puerta de mi despacho. Miré a Trent con una ceja arqueada.

—Llevas ahí cinco minutos, sin hacer nada más que mirarme —añadí.

—¿No se me permite mirar?

Inclinó la cabeza para observarme de un modo tan obvio que me hizo estremecer de placer. No había podido dejar de pensar en él desde que me besó en la furgoneta y, siendo sincera, lo único que me impedía lanzarme a sus brazos para recibir otra dosis de lo mismo era el hecho de que el resto de los empleados estaban empezando a llegar.

—Estoy bastante segura de que eso va contra las normas de la empresa —dije.

—En lo que respecta a esta empresa, ya estamos saliendo —sonrió él.

—Eso no lo sabe todo el mundo —señalé en voz baja, con cuidado de que no me oyera nadie.

Me preocupaba dañar las relaciones que había conseguido establecer con todo el mundo si revelaba que era la novia de Trent, tanto si era cierto como si no. Quería que siguieran confiando en que me había ganado el puesto por mi talento, no por mi relación con el director ejecutivo.

—Los de marketing han sido sorprendentemente discretos.

—Porque aquí la gente sabe que no debe meterse donde no le llaman —dijo Trent—. Pero, para que lo sepas, no hay normas de la empresa.

—¿Sobre quedarse mirando a alguien?

—Sobre relaciones.

Se me paró el corazón.

—Bueno, eso está bien. Al menos lo de fingir que salimos no supone un problema laboral.

—Desde luego que no, porque aún no hemos salido como debe ser —señaló Trent.

¿Iba a pedirme una cita? Aunque no estaba segura de querer que mis compañeros se enteraran de los detalles de la relación falsa en la que había acabado, eso no significaba que me disgustara la idea de pasar tiempo con él fuera del trabajo.

—¿Te refieres a salir en serio? —pregunté, haciéndome la despistada.

—Sí, Natasha —dijo él, con paciencia—. Me refiero a una cita.

Me apoyé en el respaldo de la silla y le miré, con el corazón latiéndome enloquecido en el pecho, aunque traté de mantener una expresión neutra.

—¿Por qué?

—Porque… me gustaría salir contigo. Y también me gustaría darte las gracias por la otra noche como es debido. Por llevarme hasta Nueva Jersey y ser tan fantástica con Jimmy. De verdad que te agradezco mucho la ayuda.

—Lo sé. De nada.

Lo cierto era que la noche que conocí a Jimmy había resultado sorprendentemente agradable: ver a los hermanos juntos, conocer a Trent un poco mejor y que él me conociera también a mí un poco más. Aunque la idea de salir con Trent me resultaba emocionante, una pequeña parte de mí también recelaba de abrirme a él aún más. Me daba miedo sincerarme con alguien que, a la larga, también podía dejarme.

—No hace falta que salgamos —añadí.

—Lo sé, pero quiero hacerlo —insistió él.

Se apoyó en el marco de la puerta, cruzando los brazos. Aquella mañana no llevaba su habitual chaqueta de traje, y vestía solo una camisa, que debía ser carísima, con las mangas dobladas para exhibir aquellos antebrazos tan bien desarrollados por el *squash*. Eran unos antebrazos muy, pero que muy atractivos.

También tuve que esforzarme por no admirar sus manos, aunque no lo conseguí. Malditas sus manos, y maldita mi mente, por darme ideas sobre lo que podría hacer con ellas.

Sólo fue un beso, un besito de nada. ¡Tienes que olvidarlo!

Necesitaba dejar de perder la cabeza por mi jefe y ponerme a trabajar, pero Trent seguía ahí de pie, un poco inclinado hacia delante, como si estuviera esforzándose por no saltar sobre mí, así

que el trabajo era lo que menos me interesaba en ese momento. Era muy posible que me dejara tirada más adelante, pero ¿y si no era así? Además, todo aquello era aún muy reciente, y me daba la sensación de que, aunque acabara en algún momento, podría disfrutarlo mucho hasta entonces.

En resumen, estaba más que dispuesta a decirle que sí.

—Podríamos ir a cenar —propuso.

¡Sí! Estuve a punto de gritar, pero me contuve para provocarle un poco.

—Creo que estoy demasiado liada estos días.

—¿No tienes ni una sola noche libre la semana que viene? —insistió, extrañado.

Cogí el teléfono y fingí revisar mi calendario.

—Parece que soy una mujer muy ocupada.

—Ocupada ¿con qué?

—Haciendo cosas.

—¿Con quién? —gruñó.

—Ya te gustaría saberlo.

Su expresión cambió de curiosa a molesta. ¿Le desagradaría pensar que yo podía tener planes con otras personas? Hubiera querido preguntárselo, pero no podía evitar preguntarme cómo sería pasar tiempo a solas con él. ¿Qué había significado aquel beso? ¿Sentiría él también al recordarlo el mismo subidón de adrenalina que yo, que me ponía el corazón a mil?

—Creo que deberías reorganizar tu agenda —dijo, con un destello en los ojos al mirarme—. Insisto.

—¿Insistes?

—Si no te va bien cenar, no pasa nada. Al menos, seguro que encuentras tiempo para tomar una copa.

—¿Tú crees?

—Reorganiza. Tu. Agenda. Ya. —Lo dijo en un tono que me dio escalofríos.

De acuerdo, ya se lo había puesto bastante difícil. Además, ¿qué problema había en tomar una copa con él? Miré el teléfono otra vez, dispuesta a ceder. Trent debió notar el cambio de actitud, porque esbozó una ligera sonrisa.

—Creo que puedo encontrar un hueco el viernes por la noche.

—Perfecto. Te llevaré a algún sitio agradable.

—No hace falta que sea muy sofisticado —dije.

Maldita sea, ¿a dónde irían los multimillonarios a tomar una copa?

—Aiden y Cora tendrán alguna sugerencia —dijo Trent—. Te avisaré de la hora.

—De acuerdo.

—Vale. Bien.

—Genial.

Se apartó del umbral de la puerta.

—Pasaré a recogerte.

—Mientras no sea en una camioneta…

—Vaya, me acabas de estropear la sorpresa —dijo con una sonrisa y, después, dio media vuelta y se marchó sin decir más.

Los nervios que me habían estado atenazando el estómago se transformaron en una bandada de mariposas. Trent Saunders, el monstruo cafetero, y responsable del mejor beso que me habían

dado en la vida, me acababa de pedir una cita. Y yo le había dicho que sí. Me sonrojé sin remedio. ¿En qué diablos estaba pensando?

—¡Hola, jefa!

Bonnie apareció en mi puerta poco después, jadeante y con un casco de bici, decorado con pegatinas de grupos de rock alternativo, sujeto bajo el brazo. Sabía que venía al trabajo en bici con frecuencia y, por lo general, solía llegar antes que yo.

—Siento llegar tarde —continuó—. No quería retrasar la reunión.

Yo ni me había acordado de la reunión, distraída por la visita de Trent.

—¿Va todo bien?

—No me ha sonado la alarma esta mañana —dijo ella, frotándose los ojos—. Y un pájaro asesino me ha estado persiguiendo por todo el camino hasta aquí.

Me eché a reír.

—¡No tiene gracia! He tenido que luchar por mi vida.

—Lo siento —dije, tapándome la boca con la mano—. Es que no puedo evitar imaginarte pedaleando a toda velocidad mientras una paloma te persigue para picotearte el casco.

—¡No era una paloma! —protestó Bonnie, mientras yo me ponía en pie y cogía mi memoria USB para seguirla hasta la mesa de reuniones.

Los diseñadores se reunían todos los lunes por la mañana para definir los objetivos de la semana y revisar el progreso de los diseños aprobados.

—Era uno de esos gansos canadienses —continuó Bonnie—. Te juro que son unos condenados muy territoriales.

—¿Qué pasa? —preguntó Erik cuando Bonnie se dejó caer en la silla a su lado.

—A Bonnie le ha atacado un ganso —dije, abriendo mi presentación en el ordenador.

—¿Otra vez? —preguntó Eric, tras beber un trago de café.

—¡Otra vez! —Me eché a reír a carcajadas—. ¿Te pasa a menudo?

—Al menos, una vez al mes —dijo Shay, que acababa de llegar—. Para mí, que Bonnie debió ser un pájaro en una vida anterior, y por eso los atrae de ese modo.

Me limpié una lágrima del ojo. Mi relación con el equipo había mejorado mucho, pero con quien mejor me llevaba era con los diseñadores; y, al margen de un director ejecutivo muy guapo, ellos eran parte de la razón por la que me hacía tanta ilusión venir al trabajo cada mañana.

Me había sorprendido mucho darme cuenta de que aquel trabajo me *gustaba* de verdad. Hacía tiempo que no me pasaba algo así. De hecho, si lo pensaba, ¿me había pasado alguna vez? Los trabajos a tiempo parcial que había tenido en los últimos años habían sido bastante penosos, y cualquier otra cosa habría sido mejor; pero, incluso el último trabajo que había tenido, que me había parecido bastante bueno… En realidad, nunca lo había sido, sobre todo, al final. En cambio, mi trabajo actual era diferente. Allí me sentía a gusto. Era muy posible que lo hubiera aceptado solo por el dinero, pero estaba empezando a convertirse en un sitio en el que me podía ver a largo plazo.

—Veo que a ninguno de vosotros le preocupa mi integridad física —resopló Bonnie.

—Porque sabemos que eres más rápida que esos bichos —dijo Shay, abrazándola desde donde estaba, a su lado.

—Bueno, pasemos a otra cosa —dije—. Dejando a un lado los incidentes con pájaros, espero que todos hayáis tenido un buen fin de semana.

Erik decidió contestar a la vez que daba un bostezo enorme, así que no nos enteramos de nada.

—Parece que tú sí que has tenido un buen fin de semana —contesté.

—Veréis, he vuelto a casa esta mañana, he dormido dos horas, y me he levantado para arrastrarme hasta el metro —explicó él con una sonrisa de superioridad.

—¿Qué diablos hacías por ahí hasta la madrugada del lunes? —pregunté.

—Digamos tan solo que tiene que ver con una chica —dijo Erik con suficiencia.

—Allá vamos —gimió Shay—. ¿Sabes que este tío se fue a París un fin de semana, detrás de una chica?

—Encontré un vuelo barato. —Erik se encogió de hombros—. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Mmm… Quizá porque ella rompió contigo en cuanto aterrizaste.

—¿Y cómo iba yo a saber que haría eso?

—La gente como ella se ve venir, Erik. Esa chica era un problema con patas.

—Tal vez no se me da bien captar las señales.

—Tal vez es porque eres un tío —observó Bonnie.

—Te aseguro que esas cosas no les pasan solo a los tíos —dije yo—. Yo estuve con mi ex durante años y no me fijé en ninguna de las señales de alarma.

—Oooh, cuenta —dijo Shay—. Queremos los detalles.

—Le encanta el drama —me explicó Erik.

—Exacto, y por eso te quiero tanto —dijo Shay, lanzándole un beso antes de volverse hacia mí—. Y ahora, cuéntanos lo de tu ex.

Suspiré. No era una historia bonita, pero Shay parecía tan interesada que no quise negarme a su petición.

—Antes de trabajar aquí, la última vez que trabajé en una empresa de muebles fue en Echo.

Se trataba de una empresa muy conocida de muebles de gama media, que tenía fama de tratar fatal a sus empleados. Yo aún no sabía eso en aquella época, así que, simplemente, me había alegrado de tener un trabajo en el sector que siempre me había interesado.

Bonnie arrugó la nariz.

—He oído algunos rumores sobre ese sitio.

—Seguro que todo es verdad —dije—. En cualquier caso, conseguí un trabajo allí con mi novio de entonces, Fisher.

Shay sacudió la cabeza.

—Fisher… Con ese nombre, seguro que te dio problemas.

—Sí. —Reí sin ganas—. Ojalá hubiera caído antes en la cuenta, pero acababa de terminar la carrera, y me hacía mucha ilusión que los dos hubiéramos encontrado trabajo en el mismo equipo de diseño. Además, la familia de Fisher tenía ciertos contactos que nos habían echado una mano para entrar.

—Ya —dijo Shay, apoyando los codos en la mesa e inclinándose hacia mí—. Y luego hizo que te despidieran, ¿a que sí?

Le respondí con una mueca.

—¡Venga ya! ¿En serio?

—¿Cómo? —preguntó Bonnie.

—El ambiente en aquel sitio era muy competitivo, ¿sabéis? A la hora de la evaluación anual, si alguien no había diseñado un producto superventas, lo despedían. Y Fisher… Resultó que no aguantaba bien la presión, y ninguno de sus diseños tuvo éxito. En cambio, los míos habían sido muy bien recibidos y, como vivíamos juntos, él tenía acceso a mi portátil, mis bocetos y todas mis ideas.

—¡No sería capaz de hacer algo así! —dijo Bonnie con los ojos muy abiertos.

—Pues sí, lo hizo —confirmé.

—Un momento. ¿Estás diciendo que te robó un diseño, pero te despidieron a ti? —preguntó Shay.

—Él era quien tenía los contactos con la dirección —dije, encogiéndome de hombros—. Cuando les conté lo que había hecho, le creyeron a él, no a mí.

—¿Aunque sus diseños anteriores hubieran sido una mierda, y los tuyos tuvieran éxito? —preguntó Erik, escéptico.

—Eso es. Aquel diseño fue el que más se vendió en Echo aquel año. Y a Fisher le ascendieron gracias a él. —Aún me hervía la sangre al recordarlo.

—Qué pedazo de capullo —dijo Shay con la boca abierta—. Cuesta creer que te hiciera algo así.

Reí un poco, más resignada que divertida.

—Yo tampoco pude creerlo entonces, pero, al pensarlo ahora… Hubo muchas de esas señales de alarma de las que hablábamos antes. Hicimos juntos la carrera de diseño, y yo sabía que él hacía trampas en los trabajos y se llevaba más mérito del que le correspondía en los proyectos de equipo. Su familia tenía dinero, y él estaba

acostumbrado a que le facilitaran la vida. Nunca tuvo que tomarse nada en serio, porque sus actos no tenían consecuencias. Yo sabía que estaba un poco malcriado, que era algo inmaduro, pero me parecía divertido y encantador, y asumí que terminaría madurando. Cuando ocurrió todo aquello, por fin le vi como era en realidad. ¿Sabéis que ni siquiera se disculpó por hacer que me despidieran? Solo dijo que no debía haber ido a contarlo a la dirección. Que, si hubiera estado calladita, los dos habríamos conservado nuestros trabajos.

Bonnie me miraba atónita.

—Si llego a ser yo, me lo cargo.

—Oh, rompí con él inmediatamente. Estaba claro que no íbamos a recuperarnos de aquello.

De hecho, mi vida entera se vino abajo como consecuencia. En un momento, me quedé sin trabajo, sin novio y sin lugar donde vivir, y mis padres murieron poco después. Lo único bueno de aquella época fue que conocí a mi amiga Stacy, que me ayudó a buscar trabajo y consiguió que su casera me alquilara el apartamento del sótano.

—Me alegro. Ese tío no te merecía —dijo Bonnie.

—Eso lo sé, ahora —dije, sonriéndole.

Me parecía que nos estábamos empezando a hacer amigas.

—Supongo que, comparado con eso, lo de la chica de París tampoco fue tan grave —dijo Shay, dando una palmadita en el hombro de Erik, que se echó a reír.

—Sí, esa era una joya.

—Bueno, volvamos al trabajo —dije—. ¿Cómo vais con los diseños? Bonnie, ¿recibiste mi correo con los cambios que hacer en los escritorios?

—Ya están terminados —dijo ella, asintiendo—. Tuvimos un problema con el proveedor de la madera, pero ya hemos encontrado a uno nuevo.

—¿Y el nuevo cumple nuestros requisitos de sostenibilidad? —pregunté.

—Sí, no te preocupes por eso.

—Perfecto —dije—. Hablé con Javi la semana pasada y dijo que pronto tendremos un par de las piezas nuevas instaladas en los muestrarios del país. Deberían estar listos antes de la feria de muestras.

Saunders se estaba preparando para presentar algunas piezas de la nueva colección en High Point Market, la feria del mueble más importante del mundo, que tendría lugar en Carolina del Norte a final de mes. No teníamos mucho tiempo para terminar las piezas, pero era mejor apresurarnos un poco ahora que esperar a la siguiente feria de muestras en abril. Además, los de marketing querían aprovechar la publicidad de la feria antes de lanzar la colección en el extranjero.

—Estos son los últimos diseños en los que he estado trabajando —dije, mostrando las diapositivas correspondientes—. ¿Qué os parecen?

—Esta me gusta —dijo Bonnie cuando mostré una estantería en la pantalla.

—¡A mí también! —corroboró Shay.

—Y qué hay de… —dijo Erik, poniéndose en pie para coger de mi mano el mando de la pantalla y alternar entre dos diapositivas—. Escuchad un momento. ¿Y si cogemos la parte superior de esta estantería y la combinamos con este escritorio?

—Aún estás borracho del fin de semana —dijo Bonnie.

—Solo lo justo para que esto tenga sentido —rio Erik.

—Eh —dije, mirando con atención las dos fotos que estaba mostrando Erik, hasta que las imágenes se fundieron en una sola y comprendí lo que se le había ocurrido—. ¿Sabes qué? Creo que me gusta esa idea.

Erik levantó un puño.

—¡Premio!

—No le des ánimos, son los delirios de la resaca —dijo Shay.

—¿Qué queréis que os diga? —sonrió Erik con suficiencia—. El que tiene un don, lo tiene.

Se paseó pavoneándose alrededor de la mesa, mientras yo me echaba a reír y sacudía la cabeza ante sus tonterías. Por primera vez en un siglo, me pareció estar sobre terreno firme: me encantaba mi trabajo, ganaba bastante dinero, tenía un lugar estable donde vivir y tenía algo que parecía el principio de un tema interesante con Trent. Puede que no fuera una red de seguridad como tal, pero me daba la sensación de estabilidad que tanto necesitaba. Tal vez pudiera permitirme dejar de sentir ese terror constante de que todo se viniera abajo sin previo aviso. Me encontraba en un buen lugar y tenía algo en lo que apoyarme. Tal vez fuera el momento de bajar la guardia y permitirme disfrutar de la vida.

14

NATASHA

—¡Te juro que es lo más adorable que he hecho en toda mi vida! —exclamó Stacy, mientras me conducía a través de lo que yo había apodado su «almacén de disfraces».

—No me cabe ninguna duda.

—Espero que le guste de verdad, porque quiero hacer como otros diez iguales.

—¿Cuántos vestidos de princesa necesita una niña?

Stacy se dio la vuelta y me miró preocupada.

—¿Lo estás preguntando en serio?

—Mmm… —reí—. No, claro que no. ¿Qué estaría pensando?

Stacy puso los ojos en blanco, antes de echar a andar otra vez.

—En serio, Natasha.

—¿Qué?

Me apresuré a seguirla. La mayor parte del piso de Stacy estaba llena de trastos relacionados con su trabajo de vestuario, sobre todo

cuando estaba preparando algún espectáculo, pero donde ella decía que ocurría la magia era en su habitación de invitados. Cuando entramos, vi la máquina de coser casi enterrada bajo una montaña de tela. Las estanterías estaban llenas de retales, botones brillantes, cremalleras e hilos de todos los colores imaginables. Junto a las paredes, había percheros de los que colgaban prendas ya terminadas, y otras que Stacy había adquirido de segunda mano y que utilizaba como inspiración, o para hacer patrones. En el centro de la habitación, había una mesa de corte, donde sujetaba las piezas de tela con alfileres y las ajustaba hasta que quedaban perfectas, listas para coser.

Stacy se dirigió a uno de los percheros y volvió a aparecer con una percha colgando de un dedo. En ella había un vestido de princesa muy elaborado, que me puso delante de la cara.

—¿Y bien? —dijo ella sonriendo—. ¿Qué te parece? ¿Está bien para una niña que celebra su cumpleaños, o qué?

No había visto tantos lazos juntos en toda mi vida.

—Estoy segura de que es algo… que impresionará a una niña pequeña.

Bueno, a mí no me habría gustado cuando era pequeña, pero suponía que Dominic conocería a su hija lo bastante como para pedir a Stacy que le hiciera un vestido así.

Stacy giró la percha para admirar su obra y soltó un gritito.

—¡Es que es tan mono! Qué ganas tengo de dárselo.

—Estoy segura de que a Hailey le va a encantar. Se llama así, ¿no?

—Sí —asintió Stacy—. Dominic no deja de escribirme para preguntar qué tal voy, y yo no dejo de decirle que no pienso darle detalles hasta la fiesta.

—Entonces, ¿habláis mucho? —pregunté como si tal cosa.

—Casi todos los días —admitió Stacy—. Pensé que, cuando terminara el vestido, no tendríamos nada más de qué hablar; pero es genial, Tash. Creo que debería haber dejado de salir con tíos del teatro hace tiempo.

—Entonces, ¿habéis pasado de solo hablar a salir?

—No… Bueno, no sé. No lo hemos hablado directamente. —Se encogió de hombros y sonrió—. Pero no estoy preocupada. Tengo buenas sensaciones.

Ah, ahí estaba: la eterna optimista.

—Bueno, mientras tú seas feliz —dije.

—Lo soy. ¡Y me alegro mucho de que tú tengas una cita! Y hablando de eso…

Se alejó bailando, con el vestido de princesa en una mano, hasta llegar a otro perchero. Yo la seguí, tratando de no pisar ninguno de los muchos retales que había en el suelo.

—Este es el vestido que creo que podrías ponerte esta noche —terminó ella.

Se me hizo un nudo en el estómago. Cuando Stacy me había ofrecido prestarme un vestido, no se me había ocurrido que se referiría a uno hecho por ella. Adoraba a mi amiga, pero el último modelito que me había enseñado era una especie de pastiche futurista estilo *steampunk*. Lo último que necesitaba era presentarme delante de Trent vestida de robot enloquecido.

—¡Aquí está! —anunció, sacando un vestido azul oscuro de uno de los percheros.

Me lo presentó con una reverencia, y me quedé boquiabierta.

—Stacy, es *precioso*.

—¿Verdad que sí? —dijo ella con una risita—. Y, lo más importante, es que vas a estar espectacular con él puesto.

—No puedo creer que hayas hecho esto.

—Es para una obra nueva —dijo Stacy.

—¿La futurista?

—No. Otra, que trata de un club de jazz de Hollywood, o algo así. —Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia—. Hay unas cuantas escenas sobre la vida nocturna tan glamurosa de entonces. He pensado que podrías ponértelo, y probarlo por mí. —Levantó las cejas un par de veces—. A ver qué opina Trent.

Trent me recogería a las siete, lo que me dejaba una hora para arreglarme. Había perdido un montón de tiempo delante de mi armario, lamentándome porque no tenía nada que ponerme, hasta que Stacy había venido al rescate y me había asegurado tener justo lo que me hacía falta. Y desde luego, había tenido toda la razón.

—¿Bien? —preguntó Stacy, poniéndome el vestido en las manos—. ¿A qué esperas? ¡Ve a probártelo!

—Vale, voy —reí, cuando ella empezó a empujarme hacia el baño.

Me quité la ropa, un poco preocupada porque el vestido no me cupiera. Muchas de las aspirantes a actriz a las que vestía Stacy eran increíblemente delgadas. Si el vestido estaba hecho para alguien así, me costaría lo mío meter dentro las tetas, por no hablar de las caderas y el culo. Sin embargo, al ponérmelo, la tela se ajustó a mi cuerpo como un guante, pues era lo bastante elástica como para adaptarse a mis curvas. Abrí la puerta del baño antes de que Stacy pudiera echarla abajo, y ella me hizo dar la vuelta para subirme la cremallera. Cuando terminó, las dos miramos mi imagen en el reflejo, mientras yo me volvía a un lado y a otro, de forma que la tela lanzara destellos bajo la luz.

—Ese es tu color —dijo Stacy orgullosa—. Lo sabía. A Trent se le van a salir los ojos de las órbitas.

—*Stacy* —murmuré, un poco demasiado consciente de mí misma, aunque reconocía que el vestido me sentaba muy bien.

—¿Qué? Te ajusta fenomenal en el pecho. —Dio un paso atrás—. Por no hablar del culo que te hace. Caray, qué buena soy.

—Creo que deberían pagarte por esto —bromeé, mientras admiraba mi trasero en el espejo, por encima del hombro.

Ella me puso las manos en los hombros.

—Y ahora, la pregunta más importante de todas. ¿Cómo te vas a maquillar?

—Oh… —Ni siquiera lo había pensado. Solía limitarme a ponerme un poco de máscara de pestañas por las mañanas—. Algo sencillo, supongo.

—¿Con este vestido?

Soltó una carcajada burlona, me cogió del brazo y me arrastró a su dormitorio, donde tenía un gran tocador. Lo señaló con una mano.

—Siéntate.

—¿Qué vas a hacer?

—No me pongas esa cara de susto.

Abrió un cajón en el que había más cajas de sombras de ojos que herramientas tenía yo.

—¿Qué opinas de los ojos ahumados?



—La leche —dijo Stacy media hora más tarde, sujetándome la cara con las manos para admirar su trabajo—. Hasta me he impresionado a mí misma.

Me di la vuelta en el taburete para mirarme al espejo. *Caray.* Sí que se le daba bien lo de los ojos ahumados; y me había pintado los labios de un tono intenso que contrastaba muy bien con ellos.

—¿Qué te parece? —preguntó Stacy, revoloteando a mi alrededor como una hermana mayor que me ayudara a prepararme para el baile del instituto.

Moví la cabeza a un lado y al otro. Por una vez en la vida, mis rizos se estaban comportando, y el maquillaje combinaba a la perfección con el vestido. Tuve que admitir que estaba muy guapa, y esperé que Trent pensara lo mismo.

—Si lo del diseño de vestuario no te da para vivir, tal vez puedas dedicarte al maquillaje.

Mi teléfono, que estaba sobre la cama de Stacy, empezó a vibrar.

—¿Es él? —preguntó ella.

Me puse en pie de un salto y lo cogí.

—Está abajo.

—Vale, ¡pues corre! No le hagas esperar.

Me acompañó por el pasillo, llevando mi bolso. Yo había traído unos zapatos de tacón, que me puse junto a la puerta del piso. Al enderezarme, deslicé las manos por la falda del vestido.

—¿De verdad que estoy bien?

—Estás espectacular. —Me entregó el bolso—. Ahora, ve a pasártelo bien. Verás como será la noche perfecta.

—Perfecta —repetí, mientras ella abría la puerta de la calle.

Por una vez, estaba de humor para dejarme llevar por su eterno optimismo.

—¡Pásatelo bien! —dijo Stacy detrás de mí.

Al salir a la calle, me detuve en lo alto de las escaleras cuando vi a Trent en la acera, delante del edificio. A veces, solo mirarle me cortaba la respiración. Oh, las cosas que le haría a Trent Saunders…

Me repuse y bajé las escaleras hacia él, con cuidado de no tropezar, mientras admiraba su cuerpazo de más de metro ochenta. Se había retirado el pelo de los ojos, aunque lo llevaba revuelto de un modo que me hacía desear peinárselo con los dedos.

—Hola —dije cuando llegué a la acera.

—Hola —dijo él, mirándome de arriba abajo—. Estás… —Se detuvo y sonrió—. Increíble. Natasha, estás increíble.

—Tú tampoco estás nada mal —respondí.

Él me cogió una mano y se la llevó a los labios para besarme los nudillos. Una bandada de mariposas revoloteó en mi estómago. Nadie había hecho eso antes.

—Lo digo en serio, Natasha. Ese vestido es…

—Puedes dar las gracias a Stacy por el vestido —sonreí.

—Oh, vaya si lo haré. —Dijo con voz ronca junto a mi oído.

Abrió la puerta del coche para mí y me ayudó a entrar. Me deslicé hasta el otro lado del asiento de cuero, y Trent se sentó a mi lado. Enseguida dio un golpe en el cristal oscuro que nos separaba del chófer, y el coche se puso en marcha.

—¿Vas a decirme ya a dónde vamos? —pregunté, situándome de modo que Trent pudiera ver bien mi escote.

Él me puso un dedo en la mejilla, lo deslizó hacia mi mandíbula y, después, bajó por mi cuello, hasta la base de mi garganta. El pulso se me aceleró.

—A un sitio que me gusta —dijo.

—¿No me vas a decir nada más?

—No te voy a decir nada más. —Su risa sonó oscura y aterciopelada.

—Dame al menos una pista.

—Está en Manhattan.

—Ah, vaya, gracias. Eso ayuda mucho.

Él volvió a reír y se acercó lo bastante como para que notara su aliento cálido en la mejilla, lo que me hizo estremecer.

—Me gusta ayudar.

Mi corazón latió aún más fuerte, porque sus labios estaban al alcance de los míos. Quise acortar la distancia y apretarme contra él, pero si lo hacía, estaba segura de que las cosas se descontrolarían a toda velocidad. Me recliné en el asiento, decidida a comportarme de forma apropiada. Al poco tiempo, el coche se detuvo delante de un rascacielos enorme en una calle muy concurrida.

Trent abrió la puerta, salió del coche y me ofreció una mano. Al salir a la acera, miré hacia arriba con una ceja arqueada.

—¿La Fleur? —dije al reconocer aquel hotel, famoso por su bar de la azotea. Había pasado muchas veces por delante, pero nunca había imaginado que llegaría a entrar—. Pero si es imposible conseguir mesa.

—Para algunos —dijo Trent abrochándose la chaqueta del traje—. Por suerte, Aiden conoce al propietario.

Me cogió la mano, entrelazó sus dedos con los míos para llevarme a la entrada del bar y pensé que el corazón se me iba a salir del pecho. Trent hizo un gesto con la cabeza al enorme guardia de seguridad de la puerta, que se apartó para dejarnos pasar, como si no hubiera una cola larguísima de gente esperando para entrar.

Subimos en el ascensor que llevaba directo a la azotea, un espacio muy sofisticado lleno de plantas y flores frescas, sofás muy cómodos y paredes de cristal que ofrecían una vista de trescientos sesenta

grados de la ciudad, incluyendo el edificio Empire State. Parecía que el techo podía abrirse, pero, como ya refrescaba bastante por la noche, estaba cerrado.

—Tienen unos cócteles increíbles —dijo Trent—. Cora lo ha confirmado.

Ah, sí, la prometida de Aiden.

—¿Te apetece beber algo? —preguntó Trent.

Yo tiré de él hacia la barra.

—¿Y si soy yo quien te invita a una copa?

Trent levantó una ceja y me miró desafiante e interesado.

—Si insistes.

—¿Me vas a decir qué te apetece, o me dejas elegir a mí? —pregunté mientras me acercaba a uno de los camareros.

Él sonrió divertido.

—¿Por qué no me dices qué crees que me gustaría?

—Dime si hay algo en la carta que te llame la atención.

Él miró la carta, y después a mí.

—Lo hay.

—¿Un *Sex on the beach*? —pregunté.

Él rio, con una carcajada grave desde el fondo de la garganta, y extendió una mano para retirarme un rizo de la cara. El contacto me hizo sentir una descarga que me llegó a los pies.

—¿De verdad crees que soy la clase de tío que pediría un *Sex on the beach*?

—Creo que podría convencerte. —Me encogí de hombros.

—Me gustan las bebidas menos… coloridas.

Bajó la mano desde mi pelo a mi brazo desnudo, haciendo que la piel se me erizara por donde pasaron sus dedos. Me incliné hacia él sin pensar, disfrutando de la forma en que sus nudillos me acariciaban la cadera. Nadie me había hecho sentir tan viva con un solo contacto. Trent era el primero, y aquello me asustaba casi tanto como me emocionaba.

—Deja que lo adivine. Vas a pedir algo aburrido, como ron con Coca-Cola.

—Para empezar, no soy aburrido, pero, además, no me gusta el ron. Puede que lo mío sea el vodka con frambuesa. ¿Se te había ocurrido?

—No tienes pinta de beber vodka. Me da que debes haber bebido demasiado vodka una noche, cuando estabas en la universidad, y no has vuelto a probarlo desde entonces.

Él entrecerró los ojos, divertido, y se inclinó hacia mí.

—¿Con cuál de mis amigos has hablado?

Casi se me cortó la respiración.

—Tal vez seas fácil de descifrar, señor Saunders.

—Tomaré un *Dark 'n' Stormy*.

—Por supuesto.

Pedí su cóctel y un *Whiskey Sour* para mí. Cuando tuvimos nuestras bebidas, nos sentamos en uno de los sofás, tan cerca que nuestras rodillas se tocaban. Le di un golpecito con el codo, haciendo que su bebida se agitara en la copa. Él bebió un trago.

—Ve con cuidado, gata salvaje.

—O ¿qué? —pregunté, parpadeando con inocencia.

—No lo quieres saber —dijo, en un tono que era casi un gruñido.

Tragué saliva.

—O quizá sí que lo quieras saber. —Bebió un poco más de su copa y yo sentí que se me secaba la boca de repente—. Puede que te guste.

Me miró de un modo que casi me hizo perder la cabeza.

Pensé que los dos sabíamos exactamente a dónde iríamos al salir del bar, y una parte de mí estaba deseando que nos diéramos prisa y pasáramos a esa parte cuanto antes. No podía olvidar la imagen del Trent de mis sueños en aquel maldito sofá. Me moría de ganas de ver si el hombre real sería como el de mis sueños.

—Te veo un poco acalorada —dijo Trent.

—No tengo calor —dije, tratando de fingir que no me afectaba la forma en que me estaba mirando, sin conseguirlo.

Me estaba quitando el vestido con la mirada. Yo bajé los ojos a sus manos, y volví a preguntarme cómo sería verlas lijar algún mueble delicado, capa a capa. Dios, lo que quería en realidad era que me desnudara a mí, capa a capa.

—¿Y qué más te gustaría? —preguntó, con un leve roce de su mano en mi rodilla.

Tomé nota de que debía agradecer a Stacy que hubiera puesto una abertura en el vestido. La piel me ardía donde él la había acariciado. Trent se inclinó hacia mí, con los labios a un centímetro de mi oreja. No pude impedir que se me cerraran los ojos sin querer.

—Espera, ¿ese no es…? —preguntó Trent.

Abrí los ojos de golpe, y me giré para mirar detrás de mí.

—Kyle Landing —confirmé, al verle al otro lado del bar.

Era aquel actor de Hollywood que había generado la locura por los muebles sostenibles, y estaba rodeado de un grupo de gente. Aun así, no le presté atención durante mucho tiempo, pues me interesaba mucho más la sensación de la mano de Trent sobre mi muslo.

—Me pregunto cuánto rato llevará aquí. —Apenas me había enterado de nada que no fuera Trent desde que habíamos llegado.

—Creo que debería acercarme para darle las gracias —musitó Trent.

—¿Por qué? —pregunté, sorprendida.

—Tengo la sensación de que él es, en parte, responsable de que tú y yo estemos juntos. ¿No te parece?

—Creo que eso ha tenido más que ver con el encargo de muebles para Dee. Además, creo que te estás adelantando a los acontecimientos —dije—. Aún no estamos juntos.

—¿Y te gustaría cambiar eso? —susurró, su aliento cálido sobre mi cuello.

—Sí —respondí en voz baja, mirándole a aquellos ojos oscuros.

Me puse en pie, le cogí de la mano y lo llevé hacia el ascensor. Para cuando llegamos al coche, sentía escalofríos por todo el cuerpo.

Trent abrió la puerta del coche y entramos dentro. La pantalla de separación estaba bajada, y miré al conductor.

—A casa de Trent, por favor.

Después, apreté el botón de la pantalla, para tener un poco de intimidad.

15

TRENT

Ver a Natasha pulsar el botón para subir la pantalla que nos separaba del conductor me pareció lo más excitante que había visto en mi vida, hasta que se volvió hacia mí con una mirada seductora y un parpadeo que hicieron que toda la sangre de mi cuerpo se acumulara entre mis piernas. Aquella mirada fue suficiente para hacerme perder la cabeza, y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no sentarla sobre mi regazo mientras nos dirigíamos a toda velocidad a mi apartamento en Greenwich Village.

—¿Por qué estás tan lejos? —preguntó ella, dando un golpecito al asiento junto a su pierna.

¿Por qué? Durante un segundo, en el que no se me ocurrió ninguna razón, estuve a punto de lanzarme sobre ella. Pero estaba seguro de que, si la tocaba ahora, no podría parar, y no quería que nuestra primera vez empezara en el estrecho asiento trasero de un coche. Si tenía un poco de paciencia, en solo unos minutos la tendría tumbada frente a mí. Me aclaré la garganta.

—Porque solo quiero mirarte.

Escuché su respingo de sorpresa, y la vi moverse inquieta en el asiento. La tela de su vestido se tensó un poco más sobre sus

pechos de un modo que estuvo a punto de hacerme cambiar de opinión.

—Pero ¿por qué me miras así? —preguntó.

—Porque quiero que sepas que voy a hacerte de todo, y quiero que vayas pensando en eso. Que te lo imagines. Que lo estés deseando —dije, a modo de compromiso conmigo mismo.

No íbamos a follar en el asiento trasero del coche, pero eso no significaba que fuera a mantener las manos totalmente quietas. Me acerqué despacio, controlando mis movimientos, le puse una mano en la mejilla, incliné un poco su cabeza y puse mis labios sobre los suyos. Me sentí invadido por el mismo ardor que se había apoderado de mí la primera vez que la había besado, que encendió cada nervio de mi cuerpo, por no hablar de mi parte más sensible.

—Llevo toda la noche deseando hacer esto.

—¿Y por qué has esperado hasta ahora? —preguntó ella, un poco aturdida.

—Porque cada vez que te beso, te deseo más, y es mejor explorar ese deseo a puerta cerrada, sin que nadie nos moleste.

Volví a besarla y ella me devolvió el beso, enredando las manos en mi pelo para tirar un poco, de un modo que me volvió loco. Era como si necesitara estar lo más cerca posible de mí. Incliné la cabeza y acaricié con mis labios los suyos, carnosos y suaves. Cuando ella abrió la boca, introduje la lengua y noté el sabor a whiskey en su aliento.

Natasha gimió contra mi boca, y el beso se volvió torpe y ansioso, al tiempo que nuestras respiraciones se aceleraban. Acaricié su pierna donde el vestido la dejaba al aire, subiendo poco a poco por su piel sedosa, sin detenerme. Noté una descarga de excitación cuando se movió para darme más acceso, y su pecho subió y bajó con rapidez en el momento en que mis dedos acariciaron el encaje delicado de su ropa interior.

—¿Te has puesto algo bonito para mí? —le pregunté al oído, con voz ronca.

Me imaginé que enganchaba sus braguitas con el dedo para deslizarlas por sus piernas o, mejor aún, que se las quitaba con los dientes. Natasha dejó escapar otro gemido jadeante y echó la cabeza hacia atrás para mostrar su cuello. Puse los labios en el lugar donde latía su pulso, y succioné hasta que ella repitió mi nombre y apretó las caderas contra la presión de mi mano entre sus piernas.

—Dime —insistí, pero ella solo emitió un murmullo de confusión—. ¿Llevas algo bonito para mí?

Ella se apartó lo suficiente para mirarme a los ojos y puso su mano sobre la mía.

—¿Por qué no lo averiguas tú mismo?

¡Dios! Dejé escapar un gruñido junto a su oído, apelando a todo mi autocontrol para obligarme a apartarme y retirar la mano de su muslo. Necesitaba un poco de espacio entre nosotros para intentar aclararme las ideas. No podía dejar de sentirme tentado por Natasha, pero un poco de separación me aseguraría que las cosas no se descontrolaran del todo antes de que llegáramos a mi casa. Sin embargo, ella aún tenía la mano enredada en mi pelo, y trató de evitar que me apartara, al tiempo que adelantaba las caderas hacia mí.

—No pares —jadeó—. No tienes por qué parar.

—Sí, es mejor.

—Por favor —susurró, con una desesperación tan apetecible que estuve a punto de hacer lo que me pedía.

—Ya casi hemos llegado —dije, sonriéndole.

Ella gimió frustrada.

—Dile al chófer que dé un par de vueltas a la manzana.

—¿Será bastante con eso? —reí.

—Tal vez incluso menos —dijo ella.

—No te preocupes —prometí—. Me aseguraré de que te lo pases muy bien en cuanto estemos arriba.

—Podría pasármelo bien aquí —dijo ella, retorciéndose contra el asiento de una forma deliciosamente sugestiva.

El vestido y el maquillaje tan elegantes que llevaba contrastaban con sus labios hinchados por los besos y el deseo evidente en sus ojos.

—¿Tan desesperada estás, gata salvaje?

Sus ligeros jadeos eran música para mis oídos, y no tocarla me resultaba una tortura deliciosa. Sabía que retrasarlo un poco haría que el final fuera aún mejor.

—¿Tú no?

Le acaricié una mejilla con el pulgar.

—No hay nada que desee más que a ti.

Ella arqueó una ceja y deslizó una mano por mi pecho hasta el bulto en mis pantalones. Apretó un poco, y me dedicó una sonrisa irónica cuando di una sacudida intuitiva hacia ella.

—Solo me estoy asegurando.

—Créeme, quiero dedicarte la experiencia Trent Saunders completa, y no puedo ofrecerte mi mejor trabajo en el asiento trasero de un coche.

El coche se detuvo entonces, y di las gracias a Dios, porque no creía que pudiera aguantar mucho más. Natasha se colocó el vestido en su sitio mientras yo abría la puerta y salía del coche. Tendí una mano hacia ella para ayudarla a salir.

—Para que lo sepas, me habría conformado con un trabajo de menor calidad —me susurró al oído cuando estuvo a mi lado.

—No deberías conformarte con nada —gruñí, mirándola bajo la luz ámbar de las farolas.

Ella inspiró con fuerza y se estremeció por el aire fresco de la noche.

—Trent.

—¿Sí? —Sus ojos brillaban tanto como aquel vestido que tantas ganas tenía de quitarle.

—Vamos a tu casa.

Le besé la mano, atravesamos el vestíbulo pasando por delante del portero, y entramos en el ascensor, donde apreté el botón del último piso. En cuanto la puerta se cerró, Natasha se lanzó a mis brazos y yo agarré su vestido con las dos manos para subírselo por encima de las caderas. Cuando ella me sacó la camisa de los pantalones, no supe si lograríamos llegar hasta la puerta de casa.

Natasha se dio la vuelta en mis brazos para frotarse contra mi entrepierna; yo le acaricié los hombros con las manos, las moví hacia sus clavículas y después bajé hasta sus pechos, que apreté un poco por encima del vestido.

—Eres muy sexi —gruñí en su oído.

Natasha apoyó la cabeza sobre mi hombro, y noté que sus rizos estaban algo más alborotados que cuando la había recogido. La puerta del ascensor se abrió por fin y salimos torpemente al pasillo, yo con la camisa fuera de los pantalones. La besé contra la puerta de mi piso, apretando las caderas contra las suyas mientras metía la llave en la cerradura.

Cuando se abrió la puerta, sujeté a Natasha antes de que perdiera el apoyo y cayera. Al entrar, ella se volvió para echar una mirada rápida a su alrededor a la luz de la lámpara que había dejado encendida. La parte delantera del piso era un gran espacio abierto, con ventanas

muy amplias, una chimenea enorme y estanterías que llegaban hasta el techo. Lo que más me gustaba era la terraza, que ofrecía una vista increíble de la ciudad. Tal vez podría enseñársela otra noche, cuando pudiéramos disfrutar la vista envueltos en mantas. En ese momento, lo único que quería era desnudarla cuanto antes.

Desnudarla del todo.

—Qué bonito —susurró, besándome el cuello.

—Gracias.

—El caso es que pensé que sería más grande.

—¿Más grande? —protesté.

—Más grande es mejor. —Se mordió el labio de forma sugerente.

—Ya veo. —Bajé las manos a su culo para apretarla contra mí y que notara el tamaño de mi erección—. ¿Esto te parece lo bastante grande?

—Tendré que examinarlo más de cerca —dijo ella.

Con una sonrisa de superioridad, me desabroché los pantalones, bajé la cremallera y los abrí lo suficiente como para mostrarle mi erección, que quedó expuesta entre ambos, dura y tensa.

—¿Ves lo que me haces sentir?

Natasha abrió un poco la boca y arqueó las cejas. Yo cogí una de sus manos y la llevé hasta mi polla, disfrutando del placer que me provocó cuando apretó una, dos y hasta tres veces.

—No te emociones —le avisé, y enredé las manos en sus rizos mientras ella acariciaba la punta de mi pene con el pulgar—. Tengo grandes planes para ti esta noche.

Su pecho subió y bajó con rapidez, y yo atraje su cabeza hacia mí para besarla apasionadamente. Cuando mi lengua atravesó sus

labios, ella dejó escapar unos sonidos de los que imaginé que se avergonzaría al día siguiente.

—Trent —susurró, interrumpiendo el beso para frotarse contra mí.

Cuando la miré a los ojos, pude ver lo desesperada que estaba, así que tomé el control. La llevé hacia el sofá, caminando con torpeza porque llevaba los pantalones a medio bajar, y solo me detuve para coger un condón del cajón de una mesa.

—Déjame —dijo Natasha, que me quitó el envoltorio de la mano, lo abrió y me puso el condón con un movimiento muy ágil.

—Se te da bien.

Ella parpadeó un poco y me miró con modestia fingida.

—Tengo muchos talentos, señor Saunders.

Me moví hacia ella, hasta que se dejó caer en el sofá y sus ojos bajaron a mi pene mientras se reclinaba sobre los cojines.

—Por suerte para ti, yo también. —Apoyé una rodilla sobre un cojín junto a ella, y le acaricié una mejilla con la mano—. Recuéstate.

—¿Es una orden?

—Joder, claro —dije, cubriendo su cuerpo con el mío.

Mi pene se deslizó por su vientre, y escuché su inhalación sorprendida cuando llegó al espacio entre sus piernas. Ella levantó las caderas, ansiosa por conseguir más contacto.

—Dime lo que quieres, gatita salvaje.

—Tócame —jadeó ella.

—¿Dónde?

Ella se retorció y arqueó la espalda.

—Ya sabes dónde.

—¿Aquí? —pregunté, besando un lado de su cuello. Ella gimió en respuesta y apretó las caderas contra mí.

—¿O aquí? —Le apreté un pecho a través de la tela del vestido—. ¿O es mejor aquí? —Deslicé la mano bajo su vestido, para acariciar la calidez de su muslo.

—Trent —susurró.

Subí los dedos por su pierna hasta llegar a aquellas bragas de encaje tan bonitas que me había prometido en el coche.

—Dios, qué húmeda estás —dije, cuando mis dedos acariciaron su clítoris por fin—. ¿Puedo quitarte esto? —pregunté, enganchando el pulgar en el elástico.

—Sí.

Me ayudó a bajarle las bragas por las piernas y, cuando me libré de ellas, le levanté el vestido para exponerla ante mí. Pude ver la humedad de su deseo, y saber que yo era el responsable de aquello reavivó el mío propio.

—Joder, qué sexi eres —gruñí, y volví a besarla con ansiedad, mientras le agarraba la tela del vestido con fuerza.

—Ten cuidado —jadeó ella, interrumpiendo el beso un momento—. No quiero arruinar el trabajo de Stacy.

—No te preocupes, no te lo voy a arrancar —sonreí, al tiempo que movía las caderas para que mi polla acariciara su entrada—. Eso lo dejaré para la próxima vez.

Natasha gimió y apoyó la cabeza en los cojines.

—Así me gusta, gatita mía. Dime lo que quieres.

—Eso —dijo ella, prácticamente ronroneando—. Sigue así.

Deslicé mi polla entre sus pliegues húmedos un par de veces.

—Por favor —suplicó, sujetándome el culo con fuerza—. Trent… Yo… *Por favor*.

Me encantó que me suplicara, así que adelanté las caderas y me deslicé dentro de ella hasta el fondo, con un gruñido de placer. Esperé un momento para que se adaptara a mi tamaño.

—Me encanta estar dentro de ti —dije.

Ella emitió un sonido ininteligible.

—¿Es lo bastante grande para ti? —pregunté, saliendo y entrando un par de veces, con una mano apoyada en el sofá para sujetarme.

—Oh, sí… Sí, Trent, joder. —Se mordió el labio inferior—. *Joder*.

Le froté el clítoris mientras encontraba el ritmo adecuado, animado por los sonidos que emitía. Mi gata salvaje era muy ruidosa, y me encantaba verla sentir placer. Me resultaba más fácil anticipar lo que quería Natasha que ninguna otra mujer con la que me hubiera acostado antes, de forma que fui capaz de llevarla al borde del orgasmo, y luego parar varias veces, disfrutando de la forma en que gemía mi nombre y me clavaba los dedos en la espalda. Cuando por fin le permití alcanzar el orgasmo, ella se encogió durante un instante, y todo su cuerpo tembló y se contrajo a mi alrededor, lo que me llevó a mi propio clímax. Con un gruñido y un par de empujones más, terminé y me dejé caer sobre ella, satisfecho.

Nos quedamos abrazados durante un rato, envueltos en una oleada de placer. Después, Natasha me besó en el cuello y yo me giré para apretarla un poco más contra mí.

—He estado preguntándome una cosa —empezó.

—¿El qué?

—¿Por qué vives en Manhattan, si la oficina está en Long Island?

—No me imaginaba que estuvieras pensando en eso. —Reí un poco y le besé la mejilla.

—He tenido mucho rato para pensar durante el sexo.

—¿Has estado pensando en eso mientras te follaba? —La estrujé un poco y ella se echó a reír.

—Es broma. No estaba pensando en nada, salvo en lo bien que me hacías sentir.

Me alegré de oír eso.

—Pero ahora que se han pasado los efectos del orgasmo, has vuelto a la realidad, ¿no?

—Solo es curiosidad —explicó ella, encogiéndose de hombros.

—Bueno, ¿te acuerdas de aquella tarde, cuando mis amigos y yo nos encontramos contigo y Stacy después de jugar al *squash*?

Ella asintió.

—Dominic te contó que nos conocimos todos en una clase de gestión de marcas, ¿no?

—Ajá.

—Uno de los proyectos que tuvimos que hacer en esa clase consistía en crear un producto nuevo, y se nos ocurrió la idea de hacer una herramienta multiusos para el maquillaje.

—¿Como BeautiTool? —preguntó interesada.

—No «como». La BeautiTool auténtica. La idea salió de nuestro proyecto, y la convertimos en realidad.

—No fastidies. Sheila dijo que te dedicabas a otra cosa antes de hacerte cargo de Muebles Saunders, pero había imaginado que sería otra empresa de muebles.

—No, me dedicaba a un sector completamente distinto —admití—. Al principio, Aiden y yo éramos copresidentes, pero él quiso dedicarse a otra cosa. Dominic y él vendieron sus acciones en la empresa, pero

yo me quedé un par de años más, hasta que Dee me pidió que me hiciera cargo de Saunders. Compré esta casa cuando estaba a cargo de BeautiTool, porque la oficina estaba muy cerca y, además, me gustaba vivir cerca de la universidad. Me resultaba un ambiente familiar, y aún hoy, me sigue gustando esta zona. Sí, es menos conveniente para el trabajo, pero estoy demasiado a gusto aquí como para irme.

—Es mucha distancia para ir y venir cada día —dijo ella—. Yo lo sé bien, tengo que coger el tren.

—La verdad es que no me importa, me viene bien el rato de coche todas las mañanas.

Ella rio y el sonido resonó por la habitación.

—A nadie le gusta tener que hacer un viaje largo dos veces al día —observó.

—A mí me permite prepararme para el trabajo, leer correos electrónicos o prepararme para las reuniones que tenga. En el coche siempre soy muy productivo.

—Ya lo creo —dijo ella, y me apretó un poco el pene.

La miré interesado, sintiendo que volvía a excitarme. Aún no estaba listo para la segunda ronda, pero me gustaba la forma en que me miraba.

—¿Te interesaría darte una ducha conmigo? —pregunté.

—Sí.

Me puse en pie y tiré de ella para levantarla, quitarle el vestido y colgarlo con cuidado en el respaldo de una silla, para que pudiera devolvérselo a Stacy en buenas condiciones. Después, me volví hacia ella para admirar su cuerpo desnudo. La primera vez, no habíamos conseguido quitarnos toda la ropa, pero ahora que podía ver a Natasha sin nada encima, comprobé que tenía un cuerpo era tan bonito como había esperado.

—¿Qué estás mirando? —preguntó, con la cabeza ladeada.

—Eres preciosa. —La tomé de la mano y la llevé a mi dormitorio, aunque me detuve un par de veces por el camino para besarla.

Cuando llegamos al baño y me volví para abrir el grifo de la ducha, ella aprovechó para apretarme el culo.

—¿Cómo te gusta el agua? —pregunté.

—Cuanto más caliente, mejor.

La miré por encima del hombro y le dirigí una sonrisa de suficiencia, mientras la volvía a admirar de arriba abajo.

—Eso era lo que pensaba.

Cuando el baño se llenó de vapor, nos metimos bajo el chorro de agua y comenzamos a enjabonarnos. Sus manos sobre mi cuerpo me resultaban tan agradables como tocarla a ella y, para cuando terminamos, volvía a estar duro como una piedra.

—¿Puedo ayudarte? —dijo provocativamente mientras nos secábamos.

La cogí en brazos y ella chilló y se echó a reír cuando la solté sobre la cama.

—No estoy seguro, gata salvaje. ¿Crees que estarás a la altura?

Ella me dedicó una sonrisa malvada y abrió la toalla despacio, muy sugerente.

—Creo que podré apañármelas.

Saqué otro condón de un cajón y me lo puse. Cuando me di la vuelta, Natasha se estaba tocando con los ojos cerrados, emitiendo un gemido suave, con una mano acariciando un pecho y la otra entre sus piernas. La miré durante unos instantes, con la polla latiendo por la excitación. Me había puesto a mil.

—Se acabó —dije, acercándome a ella.

Ella se detuvo al oírme.

—¿Quieres que te ayude? —pregunté.

—Sí —jadeó, y apartó las manos, mientras yo deslizaba mi pene por su pierna hacia arriba, despacio, para excitarla aún más.

Ella gimió y agarró el edredón con fuerza. Le aparté las piernas y me incliné entre ellas para presionar mi boca sobre su clítoris. Arrastré la lengua entre sus pliegues y me concentré en escuchar la forma en que cambiaba su respiración y sus muslos presionaban mi cara.

—Así —siseó—. Justo ahí… ¡Sí! ¡Oh, Dios!

Sacudió las caderas y yo la sujeté contra la cama para que estuviera quieta, a pesar de sus intentos por retorcerse. Sus gemidos de placer llenaron la habitación mientras se acercaba al orgasmo cada vez más, y mi polla seguía latiendo por la necesidad de deslizarse en su calor húmedo.

Alterné entre lamerla con rapidez y mover un dedo en círculos sobre su clítoris, despacio. Ella me tiró un poco del pelo para orientarme, y no tardé mucho en llevarla al límite, hasta que se deshizo debajo de mí, temblando. Me situé sobre ella entré con rapidez y empecé a follarla antes de que terminara el orgasmo, hasta provocarle otro. Natasha me rodeó la espalda con las piernas y se arqueó hacia mí, recibiendo y suplicando mientras gemía de forma cada vez más descontrolada. Era increíble.

Ella era increíble.

Si hubiera sabido que el sexo con Natasha sería así, le habría pedido salir el mismo día que la conocí en la cafetería. Adelanté las caderas para entrar en ella una y otra vez, sujetándola con fuerza para moverme mejor. Natasha gritaba con cada empujón, un sonido que me excitaba cada vez más y me impulsaba a entrar y salir de ella una y otra vez. Sus gritos eran como una súplica que pedía cada vez

más, y yo respondí follándola con una intensidad cada vez mayor, en busca de mi propio éxtasis. Me corrí con un estallido repentino, y dejé que el placer recorriera mi cuerpo.

¡Joder! Era adictiva. No sabía si alguna vez podría saciarme de ella. Me aparté, me dejé caer boca arriba y tendí un brazo hacia ella, que se giró para abrazarse a mí.

—Caray —murmuró—. No suelo correrme tan rápido. Ni tantas veces.

—Tal vez es que soy muy bueno —reí.

—O quizá es que llevas tanto tiempo sin hacerlo como yo —dijo ella —. Los dos estábamos un poco desesperados.

Intenté recordar a la última mujer con la que me había acostado.

—La verdad es que no me acuerdo de quién fue la última mujer a la que traje a casa.

—Oh —dijo ella.

—No es porque haya habido muchas, no creas —expliqué, para no darle una impresión equivocada—. Ni porque no me moleste en acordarme de cómo se llaman. Lo que quiero decir… Llevo mucho tiempo sin estar con nadie. Las relaciones nunca han sido muy importantes para mí.

Ella se limitó a emitir un murmullo. No supe si se lo había explicado bien, pero ¿a quién le importaba la última mujer que había venido a casa?

No importaba nada.

Nadie me había hecho sentir nunca lo que sentía con Natasha.

16

NATASHA

—No te levantes aún —susurró Trent contra mi nuca, con voz pastosa por el sueño.

Noté su aliento caliente, y el calor de su cuerpo detrás de mí. Me apreté contra él, disfrutando de la sensación del abrazo.

—Solo quiero estar así un momento —añadió.

Hacía mucho que nadie me abrazaba así. De hecho, hacía tanto tiempo, que solo pensarlo me provocaba una especie de dolor en el pecho. Desde que comprendí la clase de persona que era Fisher, su recuerdo me resultaba tóxico, así que intentaba no pensar nunca en él. Había salido con otros desde nuestra ruptura, pero con todos mis trabajos, no había tenido tiempo para nada más que un par de rollos informales. Era muy fácil olvidar lo agradable que era que otra persona te abrazara.

—¿Qué hora es? —pregunté.

No tenía ni idea de dónde estaría mi teléfono, seguramente en el salón, pero el sol se filtraba por las cortinas cerradas del dormitorio, así que debía de ser por la mañana.

—No te preocupes por eso ahora —dijo él, acurrucándose un poco más contra mí.

Suspiré relajada. Hacía lo que podía para llenar mi vida con Stacy y mis proyectos, pero, por muy ocupada que estuviera, no había nada que pudiera compararse a este tipo de intimidad con otra persona. Seguía siendo precavida en lo que se refería a formar relaciones cercanas con otros, o darles la oportunidad de hacerme daño, pero no me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba esa clase de conexión hasta pasar la noche en los brazos de Trent. Esos brazos tan musculosos…

—Está siendo un momento muy largo —dije para fastidiarle un poco, aunque besé el brazo que había pasado por encima de mi hombro.

Él gruñó un poco y me mordisqueó el cuello.

—¿He dicho un momento? Quería decir un rato —se corrigió a sí mismo.

Su barba incipiente me hizo cosquillas en la espalda y me retorcí un poco.

—¿Estás bien?

—Me haces cosquillas —susurré.

—Ah. Tendré que afeitarme.

Por lo general, solía ir bien afeitado, pero alguna mañana aparecía en el trabajo sin afeitar, y eso me parecía la leche de sexi. Lo bastante como para distraerme todo el día.

—No lo hagas. Me gusta.

—Dee dice que la barba me hace parecer poco profesional.

Me giré en sus brazos.

—A mí me parece que estás más guapo, en plan tío duro.

Él frotó la mejilla con la mía.

—Pues cuando Dee proteste, le diré que hable contigo.

—Pondré un buzón de reclamaciones solo para ella.

Me relajé en sus brazos, en una duermevela tranquila, sabiendo que, si me lo permitía, la respiración profunda y lenta de Trent sería suficiente para que me quedara dormida de nuevo. ¿Me había llegado a despertar? ¿Sería esto alguna clase de sueño superrealista? Y, a todo esto, ¿cómo había podido pasar de odiar a aquel monstruo cafetero a dormir en su cama? Stacy iba a chillar como una loca cuando se lo contara. En algún momento de la noche me las había apañado para enviarle un mensaje, para que no se preocupara porque no había vuelto a casa. Si no lo hubiera hecho, sabía que me habría esperado despierta con una copa de vino, hasta que volviera y se lo contara todo.

No iré a dormir, le había escrito*. Es mejor de lo que creíamos*.

Ella me había respondido con unos cuarenta emoticonos, que no había tenido ganas de ponerme a descifrar en mitad de la noche.

—¿En qué piensas? —preguntó Trent, deslizando los dedos arriba y abajo por mi brazo.

Después, los movió a mis pechos, bajó por mi abdomen y llegó hasta mi ombligo, con caricias ligeras. Sabía que no estaba tratando de empezar nada, pero si seguía así, no le costaría mucho excitarme de nuevo. No es que necesitara a Trent Saunders ni dependiera de él para esas cosas, pero era increíble cómo sabía usar las manos, y yo ya estaba un poco desesperada por estar de nuevo a su merced.

—Estaba pensando en que tendré que contarle a Stacy que aún llevaba puesto su vestido cuando me has follado.

Él sonrió divertido.

—Pagaré la tintorería.

—Seguramente no le importará. Se sentirá orgullosa, o cualquier otra cosa ridícula por el estilo.

En ese momento, mi estómago gruñó tan fuerte que lo oímos los dos.

—¿Tienes hambre? —preguntó Trent.

—Al parecer, sí, debo de estar muerta de hambre.

Él subió y bajó las cejas muy rápido, de un modo que me hizo reír.

—Creo que debería haberte proporcionado algo de alimento.

—Me sorprende no haberme debilitado demasiado aún —bromeé—. Anoche me diste una buena paliza.

—Lo sé. —Me besó en un hombro—. ¿Desayunamos?

Apreté un poco más aquellas sábanas suyas tan suaves a nuestro alrededor.

—¿Vamos a ir a tu supercocina para que me prepares un bufé de desayuno?

Trent me dirigió una mirada de enfado fingido y tiró de mí para ponerme sobre su cuerpo. Me quedé quieta encima de él, deslizando los dedos por su mandíbula, y él aprovechó para acariciarme la espalda y apretarme el culo con cuidado.

—Creo que será mejor que no te asuste con mis habilidades culinarias.

—Tampoco será para tanto.

—No diría que sea horrible —admitió él—. Quiero decir, he sobrevivido todos estos años por mi cuenta, pero creo que preparar un sándwich con lo que pille por ahí no es lo mismo que ofrecerte una comida en condiciones, después de todo el ejercicio que has hecho.

—El caso es que sí, he trabajado bastante —sonreí—. Prácticamente lo he hecho todo yo sola.

—¿Que lo has hecho sola? —resopló Trent—. Venga ya.

Me puse la mano en la frente y fingí estar agotada.

—Me has tenido trabajando por los dos toda la noche.

Trent me abrazó aún más fuerte, y me eché a reír.

—Diría que yo también he contribuido bastante —murmuró, con los labios en mi oído—. Y no recuerdo que te quejaras mucho anoche. Sí que recuerdo un montón de «*Trent, oh, Dios, mm-hmm, sí, ahí, sigue así*».

Sabía que me estaba tomando el pelo, pero maldita sea si aquellas palabras susurradas en mi oído no me estaban volviendo a hacer sentir un latido entre las piernas.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Seguro.

—Y volvamos a la comida —dije, apartándome los rizos de la cara.

No quería ni pensar en el desastre que sería mi pelo después de la noche anterior. Tendría que recogérmelo en un moño, si conseguía encontrar una goma o algo parecido en aquel lugar.

—Volvamos a la comida —afirmó Trent—. Prefiero llevarte a algún sitio agradable para desayunar, y asegurarme de que comes algo que te apetezca de verdad.

—Creo que podrías convencerme de que me levante de la cama.

Él me besó una mejilla y se sentó.

—Bien.

—Pero voy a necesitar un favor. —Él levantó las cejas con curiosidad —. No puedo ponerme ese vestido para ir a desayunar.

—Ah, eso tiene sentido. —Trent se levantó de la cama y pude admirar aquella expansión, larga y tersa de músculo, apenas visible en la penumbra de la habitación—. Creo que encontraré algo para ti.



Media hora después, caminábamos por el Village cogidos de la mano, en una fresca mañana de octubre en la que el aire olía a hojas secas. Aquel aroma me obsesionaba; por alguna razón, el otoño siempre me hacía pensar en muebles bien construidos, y me daban ganas de encerrarme en una habitación que oliera a cedro rojo, sándalo o pino.

—¿Qué te apetece? —preguntó Trent.

—Un café con leche de avena y un montón de carbohidratos —contesté, apretando la mano de Trent.

—Lo de los carbohidratos suena bien.

Tiré del cordón en la cintura de mis pantalones y apreté un poco más. Trent me había encontrado un pantalón de chándal en aquel vestidor tan enorme que tenía. Era demasiado grande, pero había enrollado la cintura unas cuantas veces para que no arrastrara por el suelo. Aunque me sobraba tela por todas partes, seguía siendo preferible al vestido. Lo último que habría querido era pasear por el Village en un vestido ajustado que pedía tema. Encontrar zapatos había sido más difícil, pero Trent había dado con unas zapatillas de deporte viejas que Dee se había dejado en su casa en algún momento, y estaba lo bastante presentable como para salir a desayunar. No pude dejar de sonreír al sentir los dedos de Trent enlazados con los míos.

—Y ¿a dónde vamos?

—Um… —Miró a su teléfono, siguiendo las indicaciones en el mapa —. Creo que aquí cerca hay un buen sitio para desayunar. —Levantó

la cabeza—. Espera, está al otro lado de la calle.

Cruzamos a la otra acera entre los coches que no dejaban de pasar.

—¿Qué quieres decir con que *crees*? —reí—. ¿Es que no conoces los restaurantes buenos del barrio?

—La verdad es que no. Llevo años viviendo aquí, pero no me gusta salir a comer solo. —Se encogió de hombros—. Y no suelo tener a nadie con quien ir a desayunar.

—Oh —dije, justo cuando entrábamos en un sitio llamado Café Brew, una cafetería muy agradable, llena de estudiantes inclinados sobre sus portátiles mientras bebían de grandes tazas de café—. Así que, ¿no tienes citas para desayunar?

—No mucho. No me gusta la idea de ir a desayunar con alguien con quien he tenido un rollo de una noche. Es como que eso frustraría el propósito, ¿no crees?

Por una parte, me gustó saber que veía lo que teníamos como algo más que un rollo de una noche; pero, por otra parte, me pareció una respuesta un tanto fría. Era muy diferente de la forma en la que yo solía pensar en la gente con la que salía, aunque fueran rollitos cortos.

Nos dirigimos a la recepcionista que esperaba en la entrada.

—Sé que está muy lleno —dijo Trent—, pero ¿por casualidad tendrías una mesa para dos?

Le dirigió una sonrisa deslumbrante que, seguramente, le puso el corazón a mil. En mí, desde luego, habría tenido ese efecto. También me fijé en que le deslizaba un billete y, aunque no vi de cuánto era, ella abrió mucho los ojos y, tras lanzarme una mirada que decía: «*Chica, qué suerte has tenido*», nos condujo a una mesa en la parte trasera.

Nos sentamos a una mesa y pedimos café, zumo de naranja y la comida. Cuando la camarera volvió con las bebidas, trajo además un

periódico para Trent.

—¿Lees siempre el café con el desayuno? —pregunté.

—Sí, suelo comprarlo al salir de casa y lo leo en el coche de camino a la oficina.

Me gustó que aún leyera un periódico físico, y no solo los titulares en la aplicación del teléfono. No sabía por qué, pero la idea me resultaba muy entrañable.

—¿Lo has hecho siempre?

—Mi abuelo siempre leía el periódico durante el desayuno, y creo que esa imagen se me quedó grabada, incluso después de que nos dejara, así que yo seguí haciendo lo mismo.

—Es curioso, las cosas que se nos quedan —dije—. Mis padres siempre tomaban un té y algo dulce antes de acostarse. Cuando los perdí, yo también empecé a comer una galleta o algo similar antes de irme a la cama. Sé que es raro, pero, en cierto modo, me hace sentir más cerca de ellos.

—No es raro —insistió él, acariciándome el dorso de la mano—. Es dulce, y no lo digo por hacer un juego de palabras.

Aun así, sonreí un poco.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Me imagino lo que va a ser —dijo él, reclinándose en el respaldo de su asiento.

—¿El qué?

—Nada, es por el tono que has usado.

—¿Qué quieres decir con *el tono*?

—Las mujeres siempre usan el mismo tono para preguntar por otras mujeres.

Su percepción me sorprendió.

—Solo me preguntaba sobre eso que has dicho. Lo de que no sueles tener a otras personas con las que desayunar.

No iba a mentir: me alegraba de que no hubiera una lista de mujeres esperando a ser invitadas al piso de Trent, pero eso no me impedía sentir curiosidad sobre su vida amorosa. ¿Cuándo fue su última relación seria? ¿Por qué terminó? No habíamos hablado aún de esas cosas, y me pareció que era necesario tener esa conversación, para saber en qué situación nos encontrábamos.

—Anoche dijiste que hace tiempo que no te acuestas con nadie, y me estaba preguntando cuánto tiempo ha pasado.

Él acarició mis nudillos con el pulgar.

—¿Y para ti? ¿Cuánto tiempo hace?

Dejé escapar una larga exhalación. Suponía que era justo que le contara mi historia antes de preguntarle por la suya.

—Bueno, han pasado… Supongo que unos nueve meses desde la última vez que me acosté con alguien. Tenía un amigo con derecho a roce, alguien del restaurante en el que trabajaba antes. Era bastante informal, y acabó cuando él conoció a otra. Desde mi última relación, han pasado un par de años. Acabó bastante mal —admití—, y después de eso, me cuesta confiar en nadie.

—Vaya, lo siento —dijo Trent.

Le dediqué una ligera sonrisa. Ahora estaba en un momento mucho mejor y no quería pensar en Fisher ni en aquella época. Estaba dispuesta a dejar la incertidumbre y la desconfianza en el pasado.

Cuando la camarera nos trajo la comida, Trent me ofreció un trozo de su tostada de aguacate a cambio de probar mi burrito. Yo arrugué un poco la nariz ante su oferta, pero la acepté de todos modos.

—Los aguacates están sobrevalorados.

—No desprecies el aguacate, es una fruta extraordinaria —dijo él, frunciendo el ceño.

—Extraordinariamente sobrevalorada —repliqué, riendo ante su cara de enfado—. ¿Es esta la razón por la que no invitas a las chicas a desayunar? ¿Porque sabes que tus preferencias te exponen al ridículo?

—Mi tostada de aguacate y yo estamos por encima de tus opiniones equivocadas —sentenció, señalándome con su tenedor.

Yo resoplé y él me sonrió divertido.

—Y, hablando en serio, no tengo ningún secreto siniestro —explicó —. Es solo que no he tenido mucha suerte en lo que se refiere al amor.

—Me cuesta mucho creer eso. ¿Cómo puede irle mal a un tío como tú?

—No es que me vaya mal. Es que, con el tiempo, me he dado cuenta de que algunas de las mujeres con las que he salido no buscaban una relación por las mismas razones que yo.

—No te entiendo. ¿Qué es lo que buscaban?

—Verás, en la universidad, conocí a una chica, Tessa. Creía que nos llevábamos muy bien y, cuando empezamos a salir, yo estaba muy ilusionado… Hasta que me enteré de que solo estaba conmigo para tratar de llegar hasta Aiden.

Dejé mi burrito en el plato y me llevé la mano a la boca, sorprendida.

—Oh, ¡no me lo creo! ¿En serio?

—Aiden era una de las estrellas del equipo de fútbol americano —asintió él—, y eso le convertía en una especie de celebridad. Había montones de chicas interesadas en él, y supongo que Tessa pensó

que acceder a sus amigos le daría ventaja. Una noche, después de un partido importante que ganaron, fuimos a la fiesta de celebración. La dejé un momento para ir a por bebidas para los dos y, cuando volví, me la encontré intentando ligar con Aiden.

—¿Y qué pasó? —pregunté con un respingo.

—Aiden lo cortó de raíz —rio él—. Nunca he visto a un tío alejarse de una chica tan rápido. La verdad es que fue una estupidez por parte de ella. Cualquiera que conozca a Aiden sabría que él no traicionaría a un amigo ni en un millón de años. Lo único que le garantizaba salir conmigo era que Aiden no le hiciera caso en la vida. Aun así, la experiencia fue un tanto difícil para mí.

—Debió de serlo. —Extendí la mano para apretar la suya por encima de la mesa.

—Al menos, eso no fue tan malo como lo que pasó con Katie, una modelo con la que salí cuando aún estaba dirigiendo BeautiTool. Resultó que estaba más interesada en ser la imagen de la marca que en salir conmigo.

Me quedé mirándole atónita.

—Parece que… te lo tomas con mucha calma —dije, expresando lo que me inquietaba de sus historias—. ¿No estás enfadado por lo que te hicieron?

—No demasiado —contestó, encogiéndose de hombros—. Cuando ocurrió, me cabreé bastante, pero fue hace mucho tiempo. ¿De qué serviría seguir pensando en ello?

No supe determinar si eso era muy razonable por su parte, o si era demasiado frío. ¿Cómo podía no importarle que aquellas mujeres hubieran intentado utilizarle?

—No entiendo cómo has podido acabar en ese tipo de relaciones.

—Bueno, solo ocurrió dos veces —señaló él—. Después de eso, lo comprendí.

—¿Qué es lo que comprendiste? —pregunté, notando una sensación desagradable en la boca del estómago.

—Que la gente se adentra en una relación con una idea clara de lo que quieren conseguir —dijo, como haciendo constar un hecho—. Y eso no es malo, siempre y cuando ambas partes quieran lo mismo. El problema con Tessa y Katie fue que ambas intentaron ocultar sus intereses. Si me hubieran dicho lo que buscaban desde el principio, habría sabido que no querían nada serio y no me habría implicado tanto. Desde entonces, solo he tenido rollos casuales. Así es más sencillo.

¿Sería así como veía la relación conmigo? ¿Como algo casual? Pero no, si pensara así, no estaría desayunando conmigo. Entonces, ¿qué creía él que había entre nosotros? Una parte de mí quería preguntárselo directamente, pero el resto pensaba que ahora no era el momento. Solo habíamos pasado una noche juntos, ya llegaría el momento. Teníamos todo el tiempo del mundo para descubrir lo que había entre nosotros.

Él me sonrió y me ofreció un poco más de aguacate, pero lo rechacé con una sonrisa. Entonces bajó la vista a su periódico.

—Oye, mira esto —dijo, dando la vuelta al periódico para enseñármelo—. Salimos en las páginas de sociedad.

—¿Qué?

Me enseñó una foto del bar en el que habíamos estado la noche anterior. Algún periodista debía haber estado haciendo fotos a Kyle Landing y su séquito. Trent y yo habíamos acabado en el fondo de una de las fotos, aunque yo no recordaba haber visto a nadie hacerlas. Claro, que había estado demasiado absorta en Trent.

—Hasta han puesto tu nombre —observé, leyendo el pie de foto.

—Genial. —Trent puso los ojos en blanco.

—Bueno, tú eres famoso. Si la colección de muebles sostenibles falla, al menos podrás utilizar eso.

Su cara de fastidio me hizo sonreír, así que me centré en ella e intenté no pensar en si habría alguna posibilidad de que nuestra relación pudiera llegar a ser más seria.

17

NATASHA

—¿Estoy bien? —preguntó Stacy por tercera vez en otros tantos minutos.

—Estás guapísima. —Y lo estaba, vestida con sus colores brillantes habituales y estampados perfectamente combinados.

—Estoy muy nerviosa —dijo, retorciendo las manos—, y no sé por qué. Si hemos estado hablando todos los días.

Miré mi teléfono, que acababa de vibrar. Trent me había enviado un mensaje diciendo que nos recogería en unos minutos, y había añadido al final un corazoncito rojo que me provocó una sonrisa, e hizo que el corazón me diera un vuelco. Nos preparábamos para la fiesta de cumpleaños de Hailey, pues Dominic había invitado a Stacy y yo iba como acompañante de Trent. De hecho, Dominic había insistido en invitar a mi amiga, en lugar de que se limitara a llevar el vestido que había hecho para Hailey. Desde entonces, Stacy había estado de los nervios, y aquella mañana se había presentado en mi piso a las siete, a pesar de que la fiesta no empezaba hasta las doce.

—¿Y si a Hailey no le gusta el vestido? —dijo, alisando con una mano la funda donde lo había guardado.

—Le va a encantar —le aseguré—. ¿Cómo no va a ser así? Es una nube enorme de tela rosa y violeta, decorada con todas las cuentas de cristal de Queens. Es el sueño de cualquier niña pequeña, ¿no?

Stacy sonrió un poco.

—¿Crees que me he pasado?

—Eso es imposible. Es perfecto, créeme. No tienes de qué preocuparte. —El vestido parecía vomitado por un unicornio, era perfecto para una niña de cinco años.

—Solo quiero que a Hailey le encante —insistió ella, mordiéndose el labio—. Y a Dominic también. Me da la sensación de que esto es una especie de prueba.

Jamás había visto a Stacy tan alterada por un hombre y, desde luego, nunca por uno de aquellos tíos del teatro. Normalmente, era tan optimista con todo que apenas se inmutaba cuando algo no salía bien. Se limitaba a pasar al siguiente tío, siempre a la búsqueda del proverbial hombre perfecto. Tal vez Dominic fuera diferente, o tal vez lo eran sus sentimientos por él.

Mi teléfono volvió a vibrar.

—Es Trent —dije—. Está abajo. ¿Lista?

Stacy cogió la bolsa del vestido.

—Creo que voy a vomitar.

—Pues intenta que no sea sobre el vestido.

Cogí la caja con mi regalo, un unicornio de juguete que me habían asegurado en la tienda que era lo más deseado ese año, y salí con Stacy a la calle, donde Trent nos esperaba al pie de las escaleras. Había venido en el mismo coche en el que me recogió para nuestra cita y, cuando Stacy se sentó en el interior, intenté no pensar en todas las cosas que habíamos estado a punto de hacer en aquellos asientos.

—Hola —dijo Trent, dándome un beso en la mejilla.

—Hola. —Entré en el coche y, cuando me senté junto a Stacy, vi una caja enorme envuelta en papel rosa brillante, situada en el suelo entre los asientos—. ¿Qué es esto?

Trent se sentó a mi lado y arqueó una ceja, al tiempo que el conductor ponía el coche en marcha.

—Mi regalo —contestó.

—Ya sé que es tu regalo, pero ¿qué es? —insistí riendo, y pensando que mi caja resultaba diminuta en comparación—. Es enorme.

—Ah —rio Trent—. Es que no tenía ni idea de qué regalarle, y Dominic me envió un enlace a no sé qué cosa que parecía un castillo de princesa.

—¿Me estás diciendo que no estás al día de las últimas tendencias en juguetes para princesas? —bromeó Stacy.

—Lo cierto es que no me he preocupado mucho por ese asunto últimamente —respondió él con una sonrisa—. Pero, hablando en serio, Dominic nos ha dado unas reglas muy estrictas sobre regalos. Tuvo una disputa muy larga con su ex por la custodia y, durante todo el proceso, Hailey acabó un poco malcriada. Creo que eso le hizo sentir mal, así que, ahora que todo se ha resuelto, se ha dado cuenta de que su dormitorio está lleno hasta los topes de juguetes.

—Los divorcios son muy difíciles para los niños —observó Stacy—. No me sorprende que intentara buscar otras formas de compensarla.

—Parece un padre estupendo —dije.

—De hecho, le pidió que eligiera algunos de sus juguetes viejos para donarlos, para tratar de inculcarle valores adecuados —asintió Trent —. Aunque creo que hubo algunas lágrimas cuando la obligó a separarse de una Barbie sin cabeza.

Yo resoplé y Stacy asintió con simpatía.

—Esas siempre son las mejores.

—¿De verdad? —preguntó Trent.

—Yo creo que todas hemos tenido una Barbie sin cabeza —explicó Stacy—. Es una especie de rito de paso.

—¡Yo no la tuve! —protesté.

Stacy puso los ojos en blanco.

—Seguro que fue porque tú tallabas las muñecas en madera.

Al poco tiempo, nos detuvimos ante un rascacielos muy lujoso donde, al entrar, Trent saludó al portero por su nombre. Subimos a la azotea en ascensor y, cuando las puertas se abrieron, lo primero que vimos fue un gran cartel en el que ponía FELIZ CUMPLEAÑOS, HAILEY. El espacio estaba cerrado con paredes de cristal, aunque algunos invitados se habían atrevido a salir al frío exterior de la terraza para admirar las vistas.

—¡Aquí estáis!

Me volví para ver a Dominic, adornado con un gorro de fiesta torcido en la cabeza, corriendo delante de un montón de niños pequeños, que le perseguían muertos de risa.

—¡Tío Trent! —gritó una niña pequeña, que asumí que sería Hailey y que se lanzó a abrazar las piernas de Trent—. ¿Eso es para mí? —Señaló el regalo que llevaba Trent en brazos.

—Pues claro que es para ti.

—¡Cuántos regalos! —gritó Hailey.

—Hailey —advirtió Dominic, exasperado.

—No pasa nada —dijo Trent, poniendo una mano en el hombro de su amigo—. Es normal que esté emocionada, es su cumpleaños.

—Solo estoy intentando controlar el caos.

Trent hizo una mueca hacia la horda de niños gritones y asintió con simpatía.

—Me alegro de que no me haya tocado a mí.

—No sé si será posible controlar todo esto —comentó Stacy.

Dominic la miró con una sonrisa enorme.

—Me alegro mucho de que hayas venido.

—Yo también. —Stacy le entregó la funda con el vestido—. Esto es para Hailey.

—¿Vienes a dárselo conmigo? —dijo él al cogerla.

—Claro —asintió Stacy, que se alejó con Dominic.

Trent se volvió a mirarme.

—Está claro que hay algo entre esos dos, ¿no? —señaló a Dominic y Stacy con un gesto.

—Bastante claro —dije, cogiéndole la mano.

Nos dirigimos a la zona que Dominic había reservado para la fiesta. Todo el espacio estaba decorado con globos y serpentinas y, a pesar de las protestas de Dominic, también había una mesa enorme cargada de regalos, donde dejamos los nuestros.

Otro grupo de niñas pequeñas pasó corriendo a nuestro lado, hacia donde un mago estaba haciendo animales con globos. Trent hizo una mueca y yo reí un poco y le apreté la mano.

—Parece que Dominic ha contratado a todos los animadores de la ciudad —comenté.

—No se me ocurre otra forma de controlar a los críos —dijo Trent muy serio.

Nos dirigimos hacia el espacio reservado a los adultos, donde había comida y bebida, lo bastante alejado de los niños como para poder

pasarlo bien sin tenerlos en medio, pero lo bastante cerca como para atenderlos si era necesario. Aiden nos miró cuando nos acercamos.

—Natasha, me alegro de verte —dijo.

—Yo también.

—Esta es mi prometida, Cora —dijo refiriéndose a una chica pelirroja muy guapa que estaba junto a él.

—He oído hablar mucho de tu destreza con las bebidas —le dije—. A mi amiga Stacy le encantará conocerte, te sigue en Insta.

Cora sacudió la cabeza y dirigió una mirada de enfado fingido a Aiden.

—Se supone que es un secreto, pero este hombre no es capaz de evitar contarle a la gente que soy la Mixóloga Misteriosa.

—Es que estoy muy orgulloso —explicó Aiden.

—Se supone que es mi identidad secreta, cielo —dijo ella, dándole unas palmaditas en la mano.

—¿Y a quién se lo van a contar?

Vincent y Piper se acercaron entonces con su bebé.

—Y aquí está la pequeña Violet —dijo Vincent.

—¿Quieres dejar de anunciarla como si fueras un DJ? —pidió Piper.

Trent y yo nos echamos a reír.

—Esta es Piper —dijo Vincent para presentarme a su mujer—. Piper, esta es Natasha.

Piper me dio un abrazo que me sorprendió, pero me resultó muy agradable.

—Bienvenida al manicomio —dijo, sonriendo con amabilidad.

—Ve con tu quinto tío favorito —dijo Vincent al bebé, que depositó en brazos de Trent.

Aunque soltó un resoplido, Trent cogió a Violet con toda naturalidad y la sujetó en la cadera, lo que me hizo suponer que ya tendría algo de experiencia gracias a Hailey. El bebé parloteó un poco y masticó una galleta, que previamente había aplastado contra el hombro de Trent. La imagen era encantadora, como lo era la mirada enfadada de Trent.

—¿Por qué diablos voy a ser solo el quinto tío favorito? —preguntó Trent.

—Porque el primer favorito soy yo, por supuesto —dijo Aiden, haciendo cosquillas a Violet en el cuello—. Luego está Dominic, por su experiencia con los niños. Paul es el tercero porque a Violet le gusta su pelo.

—¿Y el cuarto? —preguntó Trent.

—Jimmy —afirmó Vincent sin más.

—Traicionado por mi propio hermano —murmuró Trent, antes de besar a Violet en la cabeza—. No te caerá Jimmy mejor que yo, ¿verdad? No sé si sabes que no pone la lavadora hasta que la ropa está tan sucia que se pone de pie sola.

—Seguro, pero se le da mejor que a ti poner caras graciosas —explicó Piper—. Y, por cierto, ¿qué tal le va? Pensaba que igual vendría hoy. Quería preguntarle cómo van las cosas en la universidad.

—Pues… ahí va —contestó Trent con una mueca—. Le ha costado bastante adaptarse, pero en cuanto se asiente del todo, creo que le irá bien.

Me miró a los ojos y compartimos una sonrisa. Aiden le dio una palmada en el hombro.

—Y hablando de caras graciosas… —dijo, señalando a Violet—. Mira la que está poniendo.

—La acabo de cambiar —dijo Piper—. Seguramente será solo gas.

—Gas para su quinto tío favorito —sonrió Aiden con ironía, y Trent lo fulminó con la mirada.

—Creo que lo que quiere es unirse a la diversión —dijo.

Violet pateó un poco y chilló, mirando a los niños que jugaban. Una actriz vestida de princesa se estaba acercando a ellos, y fue recibida con alegres gritos de admiración, que hicieron que Violet protestara un poco más fuerte. Hailey, ya vestida con el traje que le había hecho Stacy, sonreía de oreja a oreja mientras se ponía en la cabeza una corona demasiado grande para ella. Me volví y apreté la mano de Trent, pensando que Stacy debería estar encantada con la recepción de su vestido.

Una pareja se acercó a nosotros sonriendo.

—Estos son Paul y su mujer, Chloe —nos presentó Trent.

—Me alegro de que Trent por fin tenga a alguien a quien traer a estas cosas —dijo Chloe, dándome un golpecito en el hombro—. Y te prometo que no siempre son tan escandalosas.

Le devolví la sonrisa. Según mi información, los amigos de Trent sabían que estábamos fingiendo esa relación por Dee, pero, a juzgar por cómo me habían recibido, parecían creer que la relación era de verdad, y eso me resultaba alentador.

—Ahora vuelvo —dijo Trent, y al mirarle sorprendida, él me mostró su teléfono—. Dee me ha enviado un mensaje para avisar de que acaba de llegar. Voy a recogerla.

Cierto, Trent había dicho que Dee vendría si se encontraba bien. Me apretó el hombro, devolvió a Violet a su madre y desapareció, de forma que me quedé sola con sus amigos. Ese era el momento en

que las cosas podrían estropearse, pero Piper me sonrió cuando la miré.

—He visto algunos de los diseños de muebles que has hecho para Dee —me dijo.

—¿De verdad? Estoy muy ilusionada con el proyecto. Trent encontró una iglesia abandonada y consiguió recuperar un montón de paneles de cristal de colores increíbles.

—¿Y qué te parecería diseñar muebles para niños?

—Me encantaría —dije.

—Genial. Parece que fue ayer cuando terminamos el cuarto de nuestro bebé, pero, de algún modo, esta pequeña parece estar creciendo más rápido de lo que esperábamos —explicó—. Me gustaría cambiarlo para que le dure más tiempo, no sé si me entiendes.

—Muebles con los que pueda crecer —asentí.

—Exacto. En algún momento, tendré que cambiar la cuna por una cama, pero me gustaría elegir muebles que puedan durar mucho más tiempo.

—Tendríamos que hablar de lo que te gusta, y así podré hacerte algunos diseños.

Piper besó la cabeza de Violet.

—Eso sería increíble.

—¡Dee! —exclamó Aiden entonces.

Miré por encima del hombro y vi que Trent y su abuela se acercaban a nosotros a lo largo de terraza, Dee tirando de su carrito de oxígeno. Me pareció un poco más cansada que la última vez que la había visto, y también caminaba más despacio. Por la forma en que Trent se inclinaba hacia ella, comprendí que estaba preocupado,

aunque, cuando se reunió con nosotros, lo había conseguido ocultar. Dee fue directa hacia el bebé.

—¿Cómo está mi pequeña Violet?

Dominic y Stacy se acercaron poco después, y presentamos a mi amiga a quienes aún no la conocían. Dee los miró con interés y, acercándose a mí, me cogió el brazo para hablarme en voz baja.

—Esto me gusta, sea lo que sea.

Yo sonreí. Estaba claro que Stacy había recibido la aprobación de Dee.

—Voy a sentarme —continuó—. Ven a hablar conmigo cuando puedas, y me cuentas los detalles.

—¿Cómo vas? —preguntó Trent, volviendo a mi lado—. ¿Está Dee tratando de sacarte información sobre Stacy?

—Sí, y va bastante bien —contesté riendo.

Siendo sincera, me lo estaba pasando mucho mejor de lo que había esperado. Piper, Cora y Chloe eran encantadoras y me habían recibido con mucha amabilidad. Violet era un bebé encantador y, aunque los niños de cinco años eran muy ruidosos, por decirlo con suavidad, ellos no eran mi responsabilidad, y los animadores contratados por Dominic los tenían bastante controlados. También me gustaba la dinámica entre los chicos, por no hablar de lo guapo que estaba Trent.

—Por cierto —añadí—. Tengo que ir un momento al baño. ¿Podrías decirme dónde está?

—Claro. —Me cogió de la mano—. Podemos ir a casa de Dom. Ahora volvemos —dijo al resto del grupo.

Me llevó al ascensor y, en cuanto la puerta se cerró, me lancé sobre él y le besé con pasión. Él emitió un murmullo de sorpresa agradecida y, cuando me separé un poco, me rodeó con sus brazos.

—Empiezo a sospechar que no necesitas ir al baño.

—Lo siento —susurré—. Es solo que estás tan sexi, que me estabas volviendo un poco loca.

—Entonces, ¿lo que te gusta es este jersey de cachemir? —preguntó.

—Me gusta todo.

La forma en que actuaba con sus amigos, lo cariñoso que era con Hailey y Violet y cómo se preocupaba por su abuela. Su sonrisa, la forma en que sus ojos brillaban divertidos cuando sus amigos se metían con él. A pesar de lo que había protestado por las hordas de niños pequeños y de sus gruñidos cuando Violet lo embadurnó con una galleta a medio masticar, me parecía más atractivo que nunca en ese momento, rodeado de gente que se preocupaba por él.

—No me voy a quejar —dijo cuando se abrió la puerta.

Me llevó de la mano por el pasillo hasta el piso de Dominic, que estaba abierto, y cerró la puerta cuando entramos. Me condujo al baño, cerró también esa puerta y, rodeándome con sus brazos, me besó apasionadamente, al tiempo que metía las manos bajo mi blusa y la sacaba de la cintura de mis pantalones. Cuando desabrochó el primer botón, el corazón se me aceleró.

—Crees que…

—¿Uno rápido? —propuse.

—Joder, pues claro —gruñó y, al oírle, el corazón me dio un salto.

Dejé mi bolso sobre la encimera y rebusqué dentro. Hacía tiempo que no necesitaba llevar condones por si acaso, pero encontré uno y traté de abrirlo, hasta que Trent me lo quitó de las manos y rompió el envoltorio con los dientes.

Me bajé los pantalones, me puse de espaldas a él y apoyé las manos en la encimera del lavabo, mientras él se ponía el condón. Al cabo

de un momento, noté que se situaba ante mi entrada.

—Sí —gemí.

—¿Estás preparada?

—¿Tú qué crees?

Él soltó una risa grave y profunda, y me rodeó con un brazo para acariciarme el clítoris con un dedo. Me sacudí contra él, y él me besó un lado del cuello.

—Has cerrado la puerta, ¿verdad?

—Sí, pero no hagas mucho ruido.

Volví a gemir un poco cuando sus dientes reemplazaron a sus labios sobre mi cuello.

—¿Podrás estar calladita, gata salvaje?

Asentí sin decir nada.

—Es por si las paredes son finas. No deberíamos traumatizar a los vecinos. —Me frotó un poco más fuerte, como me gustaba, y di un respingo, aunque contuve un grito en el último momento.

—Buena chica —dijo, sacudiendo las caderas contra mi culo—. Sigue así.

Se deslizó dentro de mí, y empezó a moverse, entrando y saliendo. Yo me sujeté contra la encimera, con las rodillas temblorosas por el placer. Me estaba costando la vida no chillar como una gata en celo. Trent me clavó los dedos en la cadera y sus empujones se hicieron más fuertes. Era un polvo rápido, intenso, sin que ninguno de los dos tuviéramos paciencia para prolongarlo más, pero lo disfruté tanto como las otras veces. Puede que incluso fuera mejor, porque el riesgo de que nos encontraran me estaba excitando aún más. Puse una mano entre mis piernas y me toqué hasta alcanzar el orgasmo. Mis músculos se contrajeron a su alrededor, y eso hizo que él se

corriera también. Al terminar, me abrazó contra su cuerpo de un modo delicioso.

—¿Qué te ha parecido, gata salvaje?

—Espectacular de la leche.



Trent nos dejó a Stacy y a mí en casa a última hora de la tarde. Las dos entramos en mi piso para comentar el día, y nos dejamos caer en el sofá, demasiado cansadas para hacer nada más.

—No entiendo por qué estoy tan agotada, si no he tenido que lidiar con ninguno de los niños.

—Yo creo que drenan la energía —bromeó Stacy—, como los diablillos encantadores que son.

—Y hablando de encantadora —dije—. ¿Has visto a la hija de Vincent y Piper?

—¡Ay, Dios mío! —dijo Stacy—. Ya lo creo. Yo quiero una como esa.

Nos quedamos calladas un momento, recordando lo bien que lo habíamos pasado.

—Por cierto, me he dado cuenta de que Trent y tú habéis desaparecido misteriosamente durante un rato. —La miré y ella me dedicó una mirada burlona, moviendo las cejas muy rápido. Me puse como un tomate y ella se echó a reír—. Me alegro de que lo estéis pasando bien juntos. Nunca te he visto sonreír tanto con nadie.

—¿Qué dices? Yo sonrío así contigo todo el tiempo.

—Lo digo en serio. —Me dio un golpecito con el hombro.

¿Qué podía decir? Había sido un día maravilloso. Sabía que Trent y yo habíamos empezado todo aquello con una farsa por la abuela

Dee, pero ya no me parecía estar fingiendo lo que había entre nosotros.

—Me sorprende que te hayas fijado en nada, teniendo en cuenta cómo has estado mirando a Dominic toda la tarde.

Ahora le tocó a Stacy sonrojarse, y se llevó las manos a las mejillas.

—He tenido la sensación de estar como en una nube todo el tiempo. Es que es… Es maravilloso. Y la forma en que trata a Hailey... Nunca he conocido a un hombre así.

Me alegré de que estuvieran empezando algo. Recordaba lo nerviosa que había estado Stacy aquella mañana.

—¿Crees que las cosas van por buen camino?

Ella se tocó los labios con los dedos.

—Bueno, me gusta mucho, de verdad. Y Hailey es un cielo.

—Le ha encantado el vestido —dije—, así que no tenías que haberte preocupado tanto.

—Estaba emocionada, ¿no crees? —sonrió Stacy—. Y nos hemos hecho amigas mucho antes de lo que pensaba. Sé que tenemos que ir despacio, que el divorcio está muy reciente y Hailey aún es muy pequeña. No quiero complicarle más las cosas a Dominic, pero él no se está manteniendo alejado de mí, así que, en términos de cómo va, supongo que… —Inspiró hondo y exhaló despacio—. Tengo esperanzas.

—Tú siempre tienes esperanzas —señalé.

No creía que Stacy pudiera cambiar su forma de ser. Ella se encogió de hombros.

—Algún día de estos, tendrá que irme bien. ¿Por qué no iba a ser esta vez?

—¿Por qué no? —dije, dándole un golpecito en la rodilla.

Stacy se inclinó hacia mí y me besó la mejilla.

—Exacto. Bueno, me voy a casa antes de quedarme dormida en tu sofá. ¿Me escribes luego?

—Claro. Buenas noches —me despedí.

Ella se levantó y se marchó, y yo cogí mi portátil de la mesa para leer mis correos electrónicos y mensajes.

Cuando comprobé los mensajes de 1stDibs, me quedé atónita. Había recibido uno que no preguntaba por mi trabajo, sino que era una pregunta personal.

Lo enviaba una mujer que decía ser la madre de Trent.

18

TRENT

—¿Cómo van las cosas? —pregunté a Sofía cuando me recibió en casa de mi abuela.

Ella se encogió de hombros y guardó el fonendoscopio en el bolsillo de su pijama de enfermera.

—Aún no ha tenido ganas de levantarse de la cama. Parece que se cansó demasiado en la fiesta.

Cerré la puerta despacio detrás de mí, para no molestar a mi abuela si se había vuelto a dormir, porque Sofía me había llamado esa mañana para decirme que Dee había pasado mala noche.

—¿Cómo respira?

—Ahora mejor, pero me preocupa que tose demasiado.

Hice una mueca de preocupación, pues sabía lo peligroso que sería que cogiera alguna infección pulmonar, teniendo en cuenta lo que le costaba respirar.

—¿Crees que podría haber cogido algo anoche en la fiesta?

—No, es demasiado pronto para eso. La tendré vigilada, pero dime si quieres que le pida una cita con su médico.

Me pasé una mano por la cara. No era el tipo de noticia que esperaba aquella mañana. Sofía me puso una mano en el brazo y me dio un apretón.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, es solo que… —Me encogí de hombros—. Tal vez sea un tanto iluso por mi parte, pero es que pensaba que estaba mejor. —Sobre todo, desde que conocí a Natasha.

Sofía apretó los labios.

—Trent, tú sabes que no va a mejorar por sí sola, ¿verdad? Necesita la operación.

—Lo sé.

Por mucho que lo deseara, sabía que el problema del corazón de mi abuela no iba a curarse por arte de magia. La vida no funcionaba así.

—Lo que quería decir es que… Estas últimas semanas, parecía tener más energía, y la he visto más animada que nunca desde que la diagnosticaron. Había vuelto a acudir a sus citas semanales para comer conmigo, venía a visitar a los empleados, y hasta ha venido con los chicos y conmigo a la fiesta de Hailey.

—Parece que ha estado haciendo un esfuerzo por ti —observó Sofía con una sonrisa amable—. No deja de repetirme lo bien que le cae Natasha, y lo buena que es para ti.

Contuve una sonrisa. Natasha había sido buena para los dos, pero no era el momento de sonreír, considerando lo delicado de la situación. Mi abuela no tenía que esforzarse por mí, era yo quien debía hacer lo que ella necesitara.

—Tiene que querer operarse, Sofía.

—Lo sé.

—Tiene que querer pasar más tiempo conmigo y con los chicos.

Había esperado que fingir una relación con Natasha podría darle una razón para operarse, para poder disfrutar con nosotros de los cambios en nuestras vidas, pero ¿y si ella lo veía de otro modo? ¿Y si tenía la impresión de que ya podía irse, ahora que todos parecíamos felices y bien asentados?

—No puedes imponerle esa decisión —dijo Sofía con un suspiro profundo—, por mucho que quieras. Ya sé lo difícil que es, pero debes respetar su derecho a decidir lo que considere mejor para sí misma.

—No se trata de lo que sea mejor —dije, en un tono que sonó más brusco de lo que pretendía—. Solo está asustada. Le da miedo luchar contra la enfermedad después de lo que le pasó a mi abuelo. Creo que se ha rendido, sin intentarlo siquiera.

—Es posible —dijo Sofía—, pero eso es algo que solo puede decidir Dee.

—No puedo limitarme a ver cómo permite que la enfermedad se la lleve.

—Lo mejor que puedes hacer ahora por ella es apoyarla.

—No soy capaz de hacer eso —dije con los dientes apretados.

—Ya lo estás haciendo —dijo Sofía, apretándome el brazo una vez más—. Sigue como hasta ahora, ven a verla y no dejes de estar a su lado para lo que necesite.

—Eso no es suficiente.

Tenía la impresión de que estaba fallando a mi abuela. En mi vida, todo lo demás parecía ir a las mil maravillas: la nueva colección de muebles avanzaba sin problemas y tendríamos un par de piezas listas para la feria del sector a finales de mes, y las cosas con

Natasha iban mejor que bien. Pero nada de eso importaba si perdía a mi abuela.

—¿Por qué no subes y le haces compañía un rato? —propuso Sofía —. Os vendrá bien a los dos, y, además, yo necesito un descanso de toda esa charla sobre princesas.

—Sí, desde luego que ayer hubo mucho de eso —murmuré—. Dee estuvo jugando con los niños un buen rato. Creo que, en algún momento, hasta la coronaron reina.

—Me alegro de que lo pasara bien —dijo Sofía con una risa cálida—, pero debe recordar que no puede hacer esfuerzos.

Yo debería haber sabido eso.

—Quizá debería haberla traído a casa al cabo de un rato.

Sofía chasqueó la lengua.

—No creo que Dee nos hubiera hecho caso a ninguno, si estaba decidida a disfrutar de la fiesta.

Desde luego que mi abuela era bastante terca, yo lo sabía bien. Si no lo fuera, ya tendríamos fecha para la operación. Sofía indicó la escalera con un gesto de la cabeza.

—Anda, ve a verla. Sabía que ibas a venir y, si no subes pronto, empezará a decir que estamos cotilleando sobre ella.

Eso me hizo sonreír. Pasara lo que pasara, siempre podía contar con que mi abuela se quejara de que hablábamos de ella a sus espaldas.

—Luego te veo —dije, y me dirigí a la escalera para subir al dormitorio de mi abuela.

Una espesa alfombra recorría el pasillo de la planta superior, y las paredes estaban decoradas con fotos enmarcadas. La mayoría de ellas nos mostraban a Jimmy y a mí en distintas épocas de nuestra vida: cuando éramos bebés, en nuestras graduaciones, en la casa del lago, fotos mías con los chicos, Jimmy con su perro favorito...

Aquel pasillo era como una máquina del tiempo que mostraba nuestra vida con la abuela, y yo no estaba dispuesto a renunciar a ella.

Llamé a la puerta al final del pasillo y, cuando mi abuela contestó y entré, la vi en su enorme cama con dosel, con el periódico abierto en el regazo. Parecía diminuta entre tantas almohadas. El zumbido de la máquina de oxígeno me trajo un sabor amargo a la boca.

—Buenos días.

—Ahí estás —me saludó ella, y miró con una ceja levantada al sillón junto a su cama—. Habría bajado a recibirte, pero tengo instrucciones estrictas de descansar.

Me acerqué a ella, le besé una mejilla y me senté en el sillón. Ella me entregó una página del periódico, aunque no me interesaba leerlo en ese momento; tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté.

—Oh, muy bien —dijo ella, aunque sabía que estaba mintiendo.

Mi abuela cogió su móvil para mostrármelo.

—Mira esto.

Era un chat entre ella, Piper, Chloe y Cora. Una parte de mí se preguntó vagamente si Natasha formaría parte de él algún día, pero, al momento, se me ocurrió una idea horrible. Me pregunté si mi abuela seguiría con nosotros el tiempo necesario para añadirla al chat.

—Las chicas me han estado enviado fotos de la fiesta —explicó mi abuela—. ¿Verdad que Hailey está preciosa?

Intenté centrarme en las fotos y en aquel momento con Dee, en lugar de pensar en perderla.

—Deberíamos enmarcar esta foto tuya con Violet.

—Estoy de acuerdo.

Seguimos mirando juntos el resto de las fotos. Natasha y yo salíamos en muchas de ellas, pero habíamos estado tan absortos el uno en el otro que no nos habíamos fijado en los teléfonos que nos enfocaban. Era evidente que yo había prestado demasiada atención a Natasha, y no la suficiente a mi abuela, aunque a ella no parecía importarle. Se limitó a sonreír de oreja a oreja a medida que pasaba las fotos.

—Qué felices parecen, ¿verdad? —dijo, señalando una foto en la que se veía a Stacy y Dominic—. Es una chica estupenda. ¿Sabías que es diseñadora de vestuario?

—¿No te parece que es un poco pronto para que él pase página?

—No —respondió mi abuela con sencillez—. Parece que se llevan bien y ella estuvo pendiente de Hailey todo el tiempo. ¿Por qué debería Dominic renunciar a ser feliz?

—Por supuesto que quiero que sea feliz. Creo que me he acostumbrado a verle pasarlo mal con todo el tema del divorcio, y había asumido que podría gustarle estar solo durante un tiempo.

—La vida no se detiene cuando perdemos algo —dijo mi abuela.

Tragué un nudo que se me había formado en la garganta, con los ojos clavados en la pared de enfrente. Sabía que no hablaba de sí misma, pero no pude evitar pensar que mi vida no sería igual cuando Jimmy y yo la perdiéramos.

—Amanda ya es historia. Si ahora ha encontrado a Stacy, ¿por qué no averiguar hasta dónde pueden llegar las cosas? El amor no entiende de plazos —insistió.

No. La única que tenía un plazo era ella. Apreté los dientes.

—Supongo.

Ella me cogió una mano y apretó un poco.

—Muy pronto, ninguno de mis chicos perdidos seguirá estándolo. Sobre todo, tú. —Aquella idea parecía hacerla feliz.

—Yo no diría que esté perdido —murmuré.

—Oh, por favor. —Hizo un gesto despectivo con la mano—. Natasha te ha devuelto la vida. Nunca te he visto tan ilusionado por ir a la oficina, o hablando de colecciones de mobiliario. —Me puso una mano, suave y arrugada, en la mejilla. Parecía tan frágil que mi corazón se estremeció—. Me alegro de que tus experiencias anteriores no te impidan encontrar el amor, Trent.

Ya, claro. Seguro. Mientras evitara hablar de la parte de mi relación con Natasha que habíamos fingido, podría insistir en que había estado buscando el amor. Me aclaré la garganta.

—Bueno, el abuelo y tú me disteis el mejor ejemplo posible. Aunque las cosas no fueran bien en casa, siempre os tuve a vosotros dos como inspiración.

—Me alegro de que pudiéramos ofrecerte eso —dijo ella—. Sé lo difícil que fue para ti.

—A estas alturas, todo aquello es historia —dije para quitar hierro al asunto.

—Pero esa historia le afecta a uno, tanto si se da cuenta como si no. Y creo que es importante que lo admitas, para que no afecte a tu relación con Natasha.

Mi abuela me había ayudado a superar las rupturas con Tessa y Katie, pero sabía que no estaba hablando de ellas. No, se refería a mis padres.

Ellos nunca tuvieron mucho interés en ejercer como tales. Cuando era pequeño, siempre habían sido fríos, distantes y un tanto despectivos. Lo único que les importaba era el trabajo, y asumían que, para cumplir con sus deberes parentales, bastaba con contratar niñeras y amas de llaves que me mantuvieran alimentado y limpio.

Eso les permitía limitarse a comprobar, de vez en cuando, que iba aprobando los cursos y no hacía nada que avergonzara a la familia. Cuando alcancé la adolescencia, empecé a portarme mal con el fin de que me hicieran caso. Pensé que conseguir su atención, aunque fuera de forma negativa, era mejor que el que no me hicieran ningún caso, pero, en lugar de volverse más estrictos conmigo para asegurarse de que volvía al buen camino, se limitaron a ignorarlo todo. Si no hubiera sido por mis abuelos, no sé dónde habría acabado.

Jimmy fue un bebé sorpresa, concebido durante una especie de segunda luna de miel, unas vacaciones en las que mis padres intentaron resolver los problemas de su matrimonio, en una isla alejada de las otras mujeres con las que mi padre no dejaba de acostarse. Sin embargo, en lugar de unirlos más, tener a Jimmy solo sirvió para que se dedicaran aún más reproches y recriminaciones, hasta que todo se había venido abajo hacía cinco años.

—Yo nunca trataría a Natasha como mi padre trató a mi madre —dije con una mueca, aún disgustado por el modo, tan descarado y continuo, en que había engañado a mi madre—. Ni como mi madre trató a mi padre.

Mi madre no había engañado a mi padre, pero era muy crítica con él, y atacaba todos sus defectos y debilidades hasta convertirlo todo en una pelea. Su relación había sido muy tóxica, y yo nunca quise implicarme, de la misma manera en que ya no quería saber nada más de ninguno de ellos.

—Lo sé. —Mi abuela me dio unas palmaditas en la mano—. Estoy muy orgullosa del hombre en el que te has convertido, aunque me habría gustado que tus padres hubieran hecho algo más para ayudarte en el proceso.

—Pues yo me alegro de que no lo hicieran —resoplé—. Estoy mucho mejor sin ellos. De hecho, estaría mucho mejor si me dejaran en paz de una maldita vez.

—Creo que les duele en su amor propio el hecho de que la compañía vaya tan bien contigo, después de que les expulsaran por estar a punto de hundirla —observó Dee con un suspiro—. Quieren sentir que aún son parte del negocio, y la única forma de conseguirlo es a través de ti.

—No tengo ninguna intención de seguir sus pasos —dije fastidiado —. Pero si están dispuestos a aceptar algún consejo por mi parte, les recomendaría que dejaran de llamarme a mí y empiecen a llamar a Jimmy. Es él quien necesita cariño y apoyo ahora.

—Ya tiene cariño y apoyo. Nos tiene a nosotros —observó mi abuela.

Ya no pude contenerme más.

—Pero si no te operas, ninguno de los dos te tendrá durante mucho más tiempo —repliqué.

Ella se quedó callada y vi un músculo que temblaba en su mejilla. Intenté contener mi enfado, porque no había querido molestarla.

—Ya sabes lo que pienso de todo esto —dijo.

—Lo sé, pero también veo cómo te estás apagando, y no tiene por qué ser así. Podrías operarte.

—No quiero hacerlo.

—¿Y es esto lo que quieres? ¿Estar agotada, enferma todo el tiempo, y quedarte metida en la cama hasta el final?

No quería obligarla a pasar por una operación que había decidido no hacerse, pero detestaba la idea de verla sufrir, tanto como la de perderla. Ella era la única que mantenía la familia unida o, al menos, la parte de la familia que importaba, y no comprendía por qué estaba dispuesta a marcharse sin luchar. ¿Qué iba a hacer yo sin ella?

—Trent… —dijo en un tono que me pareció demasiado sereno.

—¿Y qué diablos sabré yo de cómo mantener la familia unida? —protesté.

—Te las apañarás. —Me apretó la mano.

¿Y si no lo lograba? ¿Y si era como mis padres, y lo único que conseguía era estropearlo todo aún más?

19

NATASHA

—Y ¿has dicho que esto es *steampunk*?

—Tecnología futurista combinada con *steampunk* —expliqué a Trent, repitiendo lo que Stacy me había contado.

Íbamos andando por la calle, detrás de Dominic y ella, mientras yo trataba de explicarle de qué iba el nuevo espectáculo para el que Stacy había hecho el vestuario, aunque yo misma no estaba segura de haberlo comprendido del todo.

—O eso es lo que creo —terminé.

Trent respondió arrugando la nariz, e intentó ahogar un gruñido incómodo.

—Ya.

Por la forma en que arqueó una ceja, supe exactamente lo que estaba pensando. *No, muchas gracias*. Sabía que, si proponía que nos metiéramos en algún bar y pasáramos de aquella cita doble, se apuntaría al momento. Aparté la mirada, pensando en que tampoco haría falta mucho para convencerme a mí de saltármela.

—A mí también me encantaría hacer cualquier otra cosa, pero tengo que apoyar a Stacy. —Los dos teníamos que apoyarla.

—Os prometo que la obra es muy buena, en serio —dijo Stacy, que se había vuelto a mirarnos.

Llevaba a Dominic cogido de la mano como si le preocupara que fuera a soltarse y salir corriendo en cuanto le fuera posible. Sin embargo, a pesar de las reservas de Trent y mi falta general de entusiasmo, Dominic parecía estar muy a gusto y, a juzgar por cómo miraba a Stacy, pensé que, si ella le obligara a ver la obra de teatro más larga y aburrida de la historia, él no habría dicho ni una palabra en contra. Parecía bastante prendado de ella.

No pude evitar sonreír. Stacy merecía a un buen hombre, después de todos los idiotas a los que había tenido que aguantar. Aunque hubiera muchos peces en el mar, antes de Dominic, Stacy solo había logrado encontrar a los más viscosos y desagradables. Dominic era otra cosa, como un ejemplar de campeonato, grande y brillante, y yo solo esperaba que las cosas les fueran bien.

—Por lo menos, sabemos que el vestuario merecerá la pena —dije a Stacy.

Ella se volvió a mirar a Dominic, que le dijo algo más.

—Lo que hay que hacer por los amigos —murmuró Trent, inclinándose hacia mí, de un modo que me acarició la mejilla con su aliento cálido.

Sonreí y me apreté un poco más la chaqueta frente al viento fresco de octubre. Poco después, llegamos al teatro, y sonreí agradecida cuando la cola de espectadores que esperaban en la puerta empezó a entrar en el edificio. El pequeño teatro estaba muy lleno, y era evidente que la obra había recibido buena prensa. En las paredes colgaban ampliaciones enmarcadas de las críticas recibidas, pero yo no solía hacer mucho caso de ellas, porque prefería formar mis propias opiniones.

—Oh, ¡gracias a Dios! —dijo Trent, tirando de mí hacia el otro extremo del vestíbulo. Miré para ver hacia dónde se dirigía—. ¡Hay un bar!

Me eché a reír mientras nos poníamos en la cola para pedir.

—No estoy segura de que el alcohol nos vaya a ayudar con esto —dije en voz baja.

—Bueno, tampoco va a empeorar las cosas. ¿Crees que será uno de esos espectáculos en los que el público tiene que participar?

Abrí mucho los ojos, porque odiaba ese tipo de espectáculos. Lo que menos me apetecía cuando estaba viendo una obra de teatro era interactuar con los actores.

—Ay, espero que no. ¿Tú qué crees?

Trent hizo una mueca y miró al camarero.

—Que sea doble, por favor.



—Por Stacy Rosen —propuse—, y el mejor vestuario mezcla de tecnología futurista y *steampunk* que jamás ha existido.

Alcé mi copa de Martini para brindar en el pequeño restaurante al que habíamos ido después de la obra para comer algo dulce.

—Gracias, gracias —dijo Stacy, poniéndose en pie y haciendo una pequeña reverencia, mientras Trent y Dominic aplaudían con ganas —. Me gustaría dar las gracias a mis dedicados fans y a Natasha, por escuchar mis ideas sobre los diseños, aunque nunca tuvo la menor idea de lo que le estaba contando.

—Ahora sé mucho más sobre lentejuelas de lo que debería saber nadie fuera del mundo de la moda —dije.

Stacy se dejó caer de nuevo en la silla y sonrió cuando Dominic le dio un beso en la mejilla.

—Ha estado bastante bien, ¿eh?

—Para ser una obra original, me ha sorprendido lo entretenida que es —dijo Trent, antes de terminarse lo que le quedaba de tarta de zanahoria.

—El humor era gracioso —comentó Dominic—. Actuaciones competentes y buena dirección, pero nada comparable al vestuario.

Stacy puso los ojos en blanco, aunque se había sonrojado, y Dominic tiró de su silla para acercarla y acariciarle el cuello con los labios. A ese paso, tendrían que buscarse una habitación. Miré a Trent, que me devolvió una sonrisa malvada, seguramente porque se le estaban ocurriendo algunas ideas.

—Pórtate bien —vocalicé sin hablar, pero él se limitó a mirarme y chupar la crema de su tenedor muy despacio.

—Cuanto mejor se hable de la obra, más atención recibirá mi vestuario —dijo Stacy, que casi temblaba por la emoción—. Creo que esto podría ser lo que necesitaba para conseguir oportunidades con compañías más grandes.

Yo le cogí una mano y apreté.

—Estoy muy orgullosa de ti, Stace.

—Gracias.

—Yo también estoy muy orgulloso —dijo Dominic, que añadió en voz baja—: Luego te enseñaré hasta qué punto.

Stacy se sonrojó aún más, pero se inclinó hacia él, y tuve la sensación de que los dos estaban deseando estar solos.

—Yo me encargo de esto —dijo Trent con un gesto hacia la cuenta, que estaba sobre la mesa—, si tenéis que marcharos.

Miró a Dominic y mantuvieron una especie de conversación sin palabras, a base de cejas levantadas y medias sonrisas. Al terminar, Dominic anunció que se marchaban y, después de que Stacy prometiera que me enviaría un mensaje cuando llegara a casa, los dos se dirigieron a la puerta.

Después de pagar, Trent me cogió del brazo y dimos un paseo hasta su piso en Greenwich Village. La obra se representaba en un teatro muy lejos de Broadway, así que solo estábamos a unos veinte minutos de casa de Trent y, a pesar del frío, era agradable caminar pegada a él.

—¿Te ha gustado de verdad? —pregunté cuando estuvimos solos.

—Digámoslo de este modo: no me ha parecido horrible. Lo que me ha gustado es salir contigo.

Sonreí un poco.

—¿Qué?

—Nada.

—Estás tratando de no reírte —gruñó—. ¿Qué pasa?

—A veces me pregunto cómo es posible que un monstruo cafetero acepte tanto sufrimiento por mí.

—Porque me suministras cafeína cuando la necesito. Y eres muy sexi. —Me besó la sien—. Estás helada.

—Estoy esperando a que alguien me haga entrar en calor —dije con intención.

—Ah, ¿sí? ¿Quieres entrar y calentarte junto a la chimenea?

—Estaba pensando en que podíamos entrar en calor a la antigua usanza, compartiendo el calor corporal. —Trent rio y apretó el paso —. Está claro que a alguien le gusta esa idea —añadí.

—Te voy a hacer arder, mi gatita salvaje.

—Me gustaría ver cómo lo intentas —le provoqué.

Él se detuvo en seco, me estrechó en sus brazos y me dio un beso muy poco casto en los labios.

—Acepto el reto.

Me cogió de la mano y empezó a caminar a toda velocidad hacia el final de la calle. Cuando llegamos a su piso, mi corazón latía a toda velocidad y sentía una especie de cosquilleo por el cuerpo que no tenía nada que ver con el frío.

—Por fin —susurró Trent contra mis labios cuando cerró la puerta principal detrás de nosotros. Me besó el cuello mientras yo me quitaba los zapatos—. Creí que no llegaríamos nunca.

—Solo hemos tardado veinte minutos.

—Pues ya son veinte minutos tarde —gruñó—. Te necesito ahora mismo.

Me llevó a su dormitorio y me quitó la chaqueta de los hombros por el camino. Cuando cayó al suelo, intenté no tropezar con ella, porque Trent acababa de meterme las manos debajo del jersey de un modo que me hizo temblar.

—Tienes las manos frías —protesté.

—Entonces habrá que ponerse con lo del calor corporal —dijo con una sonrisa.

Me hizo retroceder hasta el borde de la cama, y me dejé caer sobre ella. Él se inclinó sobre mí y empezó a besarme, descendiendo hacia mi estómago, para después desabrocharme el botón de los vaqueros. No se detuvo ahí, sino que empezó a tirar de mis bragas con los dientes, hasta que tuve que retorcerme para intentar quitarme los pantalones, ansiosa por rodear su cuerpo con mis piernas. A pesar de lo que había dicho antes, Trent no parecía tener ninguna prisa, y se tomó su tiempo para besarme los muslos con

detenimiento. Yo cerré los ojos y me centré en la sensación de sus labios sobre mi piel, mientras le acariciaba la cabeza.

—Trent.

—¿Sí?

—¿Qué haces?

—Calentarte —bromeó, y rozó el borde de mi ropa interior con la punta de la nariz, de un modo que me hizo arquear la espalda de la cama—. ¿Está surtiendo efecto?

Tuve que contener una risa. Por supuesto que estaba surtiendo efecto. Aquel ritmo lento y lánguido me estaba volviendo loca. Le puse una mano en la mejilla y él me miró con una expresión en sus ojos oscuros que no supe interpretar. En el tiempo que llevábamos juntos, habíamos empezado a conocer nuestros cuerpos, y aunque mi deseo era tan intenso como la primera vez, ya no sentía la urgencia ansiosa del principio. Y, siendo sincera, conocer tan bien a Trent me resultaba increíble. Había pasado mucho tiempo desde la última vez en que había tenido algo así en mi vida, pero, incluso mientras disfrutaba de aquellas sensaciones, noté una oleada de culpabilidad.

—¿En qué piensas? —preguntó, describiendo círculos alrededor del hueso de mi cadera—. Pareces distraída.

—En nada —respondí—. Ven aquí y bésame.

Subió por mi cuerpo, pero cuando tiré de su camisa para acercar sus labios a los míos, él se resistió.

—Natasha —dijo en tono insistente—. ¿Qué pasa?

—Nada, te lo prometo. —Tragué el nudo que tenía en la garganta, con la culpa martilleándome en las sienes—. Estoy un poco cansada.

—¿Quieres que paremos? —preguntó.

—No —insistí, y presioné mi cuerpo contra el suyo.

Le deseaba, de verdad y, además, quería que estuviera de buen humor esa noche, porque… Era posible que por fin me decidiera a confesar que había estado hablando con su madre. Le rodeé la cadera con una pierna y le hice girar para ponerme encima de él, con los brazos apoyados en su pecho musculoso.

—No tenemos que hacer esto si no quieres.

—Es que sí quiero —le sonreí.

Debía de estar mirándole de la misma forma en que lo hice en la foto que habían publicado en el periódico, la misma que había visto Lara Saunders y que había utilizado para localizarme. Suponía que, cuando uno tenía tanto dinero como la familia Saunders, averiguar quién era la persona que salía en la foto junto al hijo de una no debía ser demasiado complicado. Me había enviado un mensaje a través de 1stDibs explicando que pensaba que Trent podría intentar detenerla si contactaba conmigo a través de la empresa.

Moví las caderas sobre él y noté que Trent se ponía duro debajo de mí. Él me sujetó por la cintura y clavó los dedos en mi piel.

—Me estás matando —dijo.

—Todavía no —susurré, y le apreté por encima de los pantalones—. A mí me parece que estás muy vivo.

Me incliné y volví a besarle, aunque mi mente seguía repitiendo la conversación con su madre. Cuando me había reunido con ella, me había parecido muy preocupada por Trent, y prácticamente me había suplicado que le explicara por qué su hijo la ignoraba. Lo único que pude decirle fue que tenía demasiadas cosas de las que preocuparse: la enfermedad de Dee, los problemas de Jimmy en la universidad, ayudar a sus amigos. Lo que le conté le sorprendió, y eso me había sorprendido a mí. Tal vez nadie le había informado sobre los problemas de salud de su exsuegra, y tampoco podía haber sabido lo que pasaba en las vidas de los amigos de Trent, pero ¿cómo podía no saber lo mal que lo estaba pasando Jimmy?

Trent podía ignorar sus llamadas, pero no me imaginaba a Jimmy haciendo lo mismo. Sin embargo, Lara había sugerido que Jimmy podría haberle estado ocultando la gravedad de sus problemas, para no preocuparla.

Trent me quitó el jersey, y yo se lo permití, tratando de centrarme en aquel momento con él, en que me acababa de desabrochar el sujetador y meterse mi pezón en la boca. Me chupó con fuerza, de un modo que lanzó oleadas de deseo por mi cuerpo. Dios, qué ganas tenía de correrme, de que él me llevara al orgasmo. Quería que los dos disfrutáramos y, más que nada, quería que le pareciera bien que me hubiera visto con su madre sin decírselo. Lo había hecho por él, con la esperanza de poder ayudarles a resolver sus diferencias y que volvieran a relacionarse con normalidad. Pero ¿le parecería bien a él? Según había dicho Lara, las cosas habían estado muy tensas entre ellos desde que había aceptado la dirección de la empresa. Sin embargo, ahora, después de cinco años, debería estar listo para volver a reunirse con su familia, ¿no? Yo solo…

—¡*Joder*! —siseé cuando Trent metió la mano entre mis piernas.

—Córrete para mí —me susurró al oído, exigente.

Quería hacerlo, pero una parte de mí no conseguía relajarse del todo. No mientras estuviera guardando aquel secreto.

—¿Dónde estás? —susurró Trent, apartando la mano de entre mis piernas.

Estaba tan distraída que no me había dado cuenta de cuándo había dejado de acariciarme.

—Aquí, contigo —insistí.

—No, estás muy distraída —dijo, dándome un golpecito en la punta de la nariz—. ¿Qué pasa?

—Solo estoy pensando.

Me quité de encima de él y me dejé caer sobre una de las almohadas, tratando de encontrar las palabras adecuadas. Tal vez podría tantearle un poco, ver cómo reaccionaba ante la mención de su madre, sin decirle aún que me había reunido con ella.

—¿En qué estás pensando?

Me mordí el labio y me lancé.

—¿Alguna vez has pensado en arreglar las cosas con tus padres? ¿Con tu madre? Podría venirte bien tener algo más de apoyo, con lo que le está pasando a la abuela Dee.

Trent resopló y negó con la cabeza. Me fijé en que había apretado la mandíbula con fuerza.

—Mis padres no son capaces de apoyar a nadie —dijo con voz dura —. Sobre todo, mi madre. ¿Por qué lo preguntas ahora?

—No, por nada. —Me encogí de hombros, tratando de quitarle importancia, porque notaba que se había puesto muy tenso. Ahora sí que había arruinado el ambiente por completo—. Es solo que me he fijado en que rechazas todas las llamadas de tu madre.

—Es que siempre se me olvida bloquear su número —murmuró.

—Pero, no harías eso, ¿no? Es tu madre.

—Mi abuela fue más madre para mí que ella. Si te soy sincero, no me importaría no volver a saber nada de ella en la vida —dijo, tajante.

Sus palabras me provocaron una mueca, y él pareció lamentarlo.

—No quería ser tan duro, pero es que no me cabe en la cabeza la posibilidad de volver a llevarme bien con ellos.

Aquello era peor de lo que había imaginado.

—Siento haber sacado el tema. Supongo que… Bueno, ya sabes que perdí a mis padres, así que me cuesta mucho entender por qué

alguien podría decidir no intentarlo siquiera, ¿sabes?

—Entiendo tu situación, pero tu infancia fue muy diferente de la mía. Tus padres te querían y se preocupaban por ti, pero mi caso fue muy distinto. Lo que yo viví no se arregla con una cena y unas copas. ¿Podemos dejar el tema?

Asentí, porque estaba claro que no iba a cambiar de opinión. Me acomodé a su lado, pero no pude evitar un escalofrío, a pesar de su cuerpo cálido junto al mío. Si a Trent no le importaba cortar la relación con sus padres por completo, si era capaz de ignorar a su madre de ese modo, entonces podría hacer lo mismo con cualquiera. Incluso conmigo.

Justo cuando había empezado a sentir que mi vida era más segura y estable, la realidad volvía a recordarme que todo podría ser tan solo una ilusión. Si presionaba a Trent con ese asunto, lo perdería, y eso significaba que no podía contarle que había visto a su madre. Era demasiado arriesgado.

Si lo hacía, podía acabar por perderlo todo.

20

TRENT

—Buenos días a todos —dije, sentándome a la cabecera de la mesa.

Me respondieron unos cuantos murmullos. Era demasiado temprano para una maldita reunión del consejo de administración. Habría preferido mil veces quedarme en la cama, con Natasha en mis brazos.

Para empeorar la situación aún más, también tenía que aguantar las miradas de mis padres desde el otro extremo de la sala. Aunque habían perdido sus puestos en la dirección de la empresa y no podían tomar decisiones directas, seguían conservando sus puestos en el consejo como «asesores».

Mi madre estaba sentada con los brazos cruzados y una mirada suspicaz, con la que parecía intentar hacer un agujero en la frente de mi padre, que hablaba con el hombre sentado a su lado. Conociéndolo, seguramente estaría presumiendo de la última modelo que se había llevado a la cama. Desvié la vista y me centré en Pam, que estaba tomando nota de los asistentes.

—Está todo el mundo —anunció Alice mientras tecleaba con rapidez en su portátil—. ¿Es necesario leer el acta de la última reunión?

—No, vamos al grano —dije.

Escuchamos en silencio su informe, y me fijé en que mi madre parecía prestar especial atención a la información. Resistí el impulso de rechinar los dientes.

—Gracias, Alice —dije cuando terminó y, mirando la pantalla de mi portátil, empecé a explicar el informe de rendimiento de la empresa —. La preparación de la colección sostenible avanza bien. Tenemos previsto presentar un par de piezas como muestra en High Point a final de mes, y el resto de la colección entrará en producción para Navidad.

—¿Cuándo esperas lanzar la colección? —preguntó uno de los consejeros.

—En Estados Unidos, esperamos que a principios de año —respondí —. En concreto, a principios de febrero. Si todo va bien, lanzaremos la colección en los mercados internacionales en verano.

El consejo pareció satisfecho con el plan. Cuando terminé y cerré mi portátil, el director financiero se puso en pie para informar sobre los resultados del trimestre anterior.

—Estas son las últimas cifras —dijo cuando comenzó a mostrar su presentación—. Como podéis ver, estamos creando tendencia…

—Así me gusta —interrumpió mi padre, desatando un coro de risas —. Todas las líneas del gráfico van hacia arriba.

Resistí el impulso de poner los ojos en blanco. De todas las personas del mundo, mi padre era quien menos derecho tenía a hablar en ese tono arrogante, como si los resultados de la empresa fueran mérito suyo, de algún modo. Era él quien, junto con mi madre, la había llevado al borde de la quiebra, hasta que la había rescatado yo, el hijo al que ninguno de los dos había tenido en cuenta.

Gracias a Dios que la reunión casi había terminado. Saqué el teléfono y envié un mensaje a

Natasha.

¿Te tomas un café conmigo cuando acabe?

¿El especial del monstruo cafetero?

Solo si me lo haces tú, llevando unos vaqueros ajustados y ese delantal tan sexi. Sonreí.

¿Y si no llevo nada más que el delantal?

Joder, aquella mujer era demasiado. Solo deseaba que la reunión acabara cuanto antes. Tal vez podría saltarme el café e invitar a Natasha a mi despacho para un polvo rápido. Me ajusté los pantalones con discreción.

¿Te falta mucho?

Estamos acabando, escribí.

Por favor, pásese por mi despacho cuando termine, señor Saunders. Necesito su opinión sobre los cambios en el diseño de la chaise longue. La frase terminaba con el emoticono que guiñaba un ojo.

Sí, joder, me gustaba lo que sugería aquello. Guardé el teléfono justo cuando Alice empezaba a confirmar la fecha y hora de la próxima reunión del consejo.

—Parece que aquí ya hemos terminado —dije—, salvo que alguien tenga algo más que añadir.

Miré alrededor de la mesa. No esperaba que nadie quisiera decir nada más, teniendo en cuenta lo bien que iba la empresa. Las ventas seguían en aumento, no habíamos tenido problemas serios con ningún proveedor, estábamos trabajando en un nuevo plan de marketing muy emocionante y los preparativos para la feria de muestras iban sobre ruedas. A mi alrededor, los asistentes negaron con la cabeza y empezaron a recoger sus cosas; pero, para mi horror total, mi madre se puso de pie y carraspeó un poco.

—Me gustaría proponer un reto a la dirección.

—¿Disculpa? —dije, seguro de que le había entendido mal.

Pero ¿en qué cojones estaba pensando? Los miembros del consejo se miraron entre sí, sorprendidos, y hasta a mi padre le costó ocultar su sorpresa.

—Propongo sustituir a Trent Saunders como director ejecutivo —dijo, mirando a los asistentes.

—¿Es una broma? —pregunté.

—No.

Me miró y sacudió la cabeza, con el mismo gesto martirizado de decepción que había perfeccionado, a base de practicar con mi padre durante tantos años; como si yo fuera un fracasado, y solo ella fuera lo bastante buena persona como para perdonarme.

—He sabido recientemente que Trent no está en condiciones de continuar en el puesto de director ejecutivo.

—¿De qué estás hablando? —mascullé.

Alice tenía la boca abierta, pero seguía tecleando a toda velocidad en su ordenador. No quería ni imaginarme lo que ocurriría cuando hubiera que leer el acta durante la siguiente reunión.

—Trent está sometido a una presión enorme en estos momentos. Su abuela, Deana Saunders, está muy enferma, y el diagnóstico no es bueno. Como es comprensible, la prioridad de Trent ya no es la empresa, sino el cuidado de su abuela.

—No tienes la más mínima idea de lo que estás diciendo —gruñí, sintiendo una oleada de rabia pura en mi interior.

No tenía ningún derecho a hablar de Dee ni de su diagnóstico. ¿Qué diablos creía saber ella sobre cómo me estaba enfrentando yo a esa situación?

—Y, además de eso —continuó mi madre—, la situación de su hermano Jimmy también representa un estrés añadido.

Ahora sí que se había pasado de la raya. Podía irse al infierno por hablar de Jimmy como si no fuera su propio hijo.

—Por no hablar de los problemas que está teniendo con los proveedores para la nueva colección —añadió, mirando unos papeles que había sacado, de los que leyó en voz alta algunos detalles muy concretos sobre ciertas dificultades poco relevantes que habíamos encontrado al reemplazar a los proveedores habituales por otros más sostenibles—. Todos sabemos que las prácticas sostenibles no son baratas, y parece que Trent se está enfrentando a algo que le supera.

¿Cómo podía saber lo de los proveedores? Los problemas que habíamos tenido eran tan poco relevantes que apenas se habían mencionado en el informe financiero, y solo un puñado de personas estaban al tanto de ellos. Sacudí la cabeza, totalmente desarmado, mientras ella continuaba enumerando las razones por las que deberían destituirme. ¿De dónde diablos habría sacado aquella información? ¿Me habría estado espiando?

—Como veis —concluyó, dirigiéndose a los miembros del consejo—, todos estos problemas, en conjunto, le están distrayendo y le impiden centrarse en su trabajo. Por supuesto, esto no dice nada de ti como persona, Trent. Una situación así sería difícil para cualquiera.

Miré a los asistentes, que me devolvieron la mirada impávidos. No tenía ni idea de qué estarían pensando, pero todo aquello me estaba poniendo enfermo. ¿Quién cojones se había creído mi madre que era?

Me aclaré la garganta y me puse en pie para tomar la palabra. Si creía que me podría quitar la empresa recurriendo a la falsa compasión envenenada de las palabras que había pronunciado, como si me estuviera haciendo un favor, se iba a llevar una sorpresa.

—Como muchos de vosotros sabéis —empecé—, me hice cargo de Muebles Saunders hace cinco años, tras una crisis muy prolongada. Las ventas se habían hundido, la satisfacción de los clientes era más

baja que nunca y la moral de los empleados estaba por los suelos, hasta el punto de que la tasa de reemplazo del personal era tres veces superior a la habitual. No creo que haya habido un momento más estresante para la dirección de la empresa en toda su historia. Y, teniendo en cuenta el rendimiento experimentado desde entonces, bajo *mi* liderazgo, creo que ha quedado bastante claro que el estrés no me impide hacer mi trabajo, y hacerlo bien, además. Incluso ahora, ante estas nuevas circunstancias complicadas… —Hice una pausa para mirar a mis padres a los ojos, incluyendo a mi padre, por si a él también se le ocurría alguna otra idea ridícula—, hemos seguido teniendo éxito y, al mismo tiempo, hemos empezado a crecer en nuevas direcciones muy emocionantes. Así que creo que estoy más capacitado que vosotros para hacer este trabajo.

La cara de mi madre se había agriado al escucharme.

—Puede que ya se te haya olvidado —dije, con un sabor amargo en la boca—, pero cuando vosotros tuvisteis problemas personales, estuvisteis a punto de hundir la empresa. Yo soy mejor que vosotros. Muebles Saunders no fracasará conmigo al mando.

—¡Fue tu padre quien casi acabó con la empresa! —estalló mi madre.

Mi padre soltó una risilla, como si se avergonzara de ella.

—A mí no me metas en esto, Lara.

—¡Cállate, Conrad!

—Ya estamos —musitó uno de los miembros del consejo.

Desde el divorcio, el mal carácter de mi madre la había vuelto muy impredecible. Aunque no la culpaba por perder los estribos con facilidad, después de todo lo que mi padre le había hecho pasar, su estallido en aquel momento le había hecho perder toda la credibilidad que pudiera haber ganado con el consejo.

—¿Quieres que votemos tu propuesta, madre? —dije, sintiéndome de repente muy calmado.

Era imposible que el consejo votara a favor de volver a sumir a la empresa en aquel caos—. ¿Quién está a favor de que deje el puesto de director ejecutivo?

Miré alrededor a las caras de los consejeros, y vi que ninguno movió ni un músculo.

—¿Quién está a favor de que siga en mi puesto actual?

Un montón de manos se alzaron alrededor de la mesa. El voto fue unánime.

—Excelente. Y ahora que hemos resuelto este tema, ¿podemos dar por terminada esta reunión?

Los asistentes asintieron, se pusieron en pie y terminaron de recoger sus cosas, por fin. Mi madre permaneció sentada, temblando de rabia. Cuando el último de los consejeros salió de la sala, me acerqué a ella.

—¿En qué diablos estabas pensando? —exigí—. ¿Qué cojones creías que ibas a conseguir montando un numerito como ese?

—Tú me arrebataste esta empresa —me espetó ella, dejando ver el rencor que aún me guardaba—. Lo hicisteis entre tu abuela y tú.

—No metas a Dee en esto —mascullé.

—¿Tienes la menor idea de lo que tuve que aguantar durante todos esos años, solo para poder conservar mi trabajo? —preguntó.

Tuve que hacer un esfuerzo para no poner los ojos en blanco. Por supuesto que lo sabía; ella nunca había hablado de otra cosa. El trabajo era lo único que le había importado en la vida. Puede que, en algún momento, también le hubiera importado mi padre, pero yo nunca lo había visto, desde luego. Su desprecio por los escarceos de mi padre la había llevado a alejarse cada vez más de él y dedicarse

en cuerpo y alma al trabajo. Había mandado al infierno todo lo demás, incluyendo a sus hijos. Incluso había mandado al infierno el hecho de que, al final, ella misma y sus peleas con mi padre se habían convertido en un problema para la empresa, uno que afectaba directamente a la productividad y que obligaba al personal a sufrir las consecuencias.

Incluso ahora, lo único que le importaba era reclamar el poder y la autoridad que había tenido entonces, sin importarle a quién se llevara por delante. Sabía que Natasha esperaba que resolviera los problemas con mis padres, pero era imposible que jamás fuéramos una familia feliz.

—¿Y tú crees que yo quería esto? —siseé—. Tenía cosas mejores que hacer con mi vida, que arreglar los destrozos que causasteis papá y tú.

—No tenías que haberte metido.

—*Yo* soy la única razón por la que aún tenemos una empresa —repliqué—. ¿O es que no te acuerdas de que papá y tú intentasteis acabar con ella?

—Al final, lo último que me quedó fue Saunders. Y ahora también la he perdido.

—La última vez que lo comprobé, tenías dos hijos; pero, claro, ninguno de nosotros era tan importante como tu trabajo.

—No te pongas a lloriquear ahora —dijo, cruzándose de brazos—. Ya no eres un niño, Trent.

—Pues claro que no lo soy. Soy un adulto, y entiendo lo bastante del mundo como para reconocer lo que eres.

—¿Y qué crees que soy? —Me miró con desdén.

—Una fracasada —le espeté—. Lo diste todo por tu trabajo, y nunca tuviste ningún éxito, a pesar de todo. ¿Cómo te iba a ir bien, si

nunca pusiste el alma en nada? Nunca te interesó el proceso creativo, y por eso la empresa se estancó cuando tú la dirigías.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo —resopló ella.

—Sí que lo sé. Lo sé porque, ahora, tengo una gran diseñadora en el equipo, y he visto el dinamismo que aporta a todo lo que toca. Nos va a ayudar a lavarle la cara a Saunders, y lo hará solo porque disfruta creando cosas. Resulta muy estimulante. Tú nunca tuviste a alguien así.

—Ah, ¿te refieres a Natasha?

El tono arrogante con el que lo dijo hizo saltar una alarma en mi interior. Aquel tono nunca había presagiado nada bueno.

—Así que tu nueva diseñadora, ¿no? —insistió mi madre—. Ya la he conocido. Una chica muy agradable. Bueno… quizá no sea tan agradable, pero desde luego, es lista. Muy ambiciosa. Fíjate en toda la información que me ha conseguido. Sobre Dee, Jimmy, y todos los problemas que has tenido con la nueva colección.

¿*Cómo*? ¿Toda la información que acababa de intentar utilizar contra mí procedía de Natasha? Eso no era posible. Natasha jamás habría hablado con ella sin decírmelo antes.

—Estás mintiendo.

—¿Tú crees? No… No estoy mintiendo. —Su boca se torció en una sonrisa espantosa—. Hasta tu preciosa Natasha sabe que lo único que importa es el resultado financiero. Solo tuve que ofrecerle un poco de dinero para que me contara todo lo que le pedí.

Se me cayó el alma a los pies.

—Puede que sea hora de que te replantees en quién confiar —continuó—. Créeme, cuando estás en lo más alto, a todo el mundo le encanta atacarte.

No. Natasha no habría aceptado dinero a cambio de algo así. Mi madre solo estaba tratando de hacerme daño.

Pero, por otro lado… Natasha necesitaba dinero para cubrir sus gastos, si realmente quería dedicarse a su negocio de mobiliario. Tal vez su motivación no era tan superficial como la de salir con una estrella del fútbol americano, o conseguir un contrato como imagen de marca; pero, de un modo u otro, todo el mundo tenía su precio, ¿no? La gente se mete en las relaciones con una idea clara de lo que esperan sacar de ellas. Tal vez había vuelto a caer en el mismo engaño una vez más, al creer que, por fin, alguien me quería por mí mismo.

Mi madre sonrió de forma despectiva al ver mi expresión.

—Todo esto te viene grande, Trent.

Tras decir eso, se marchó y me dejó allí de pie, con una sensación horrible que se extendía por mi pecho.

No quería creer que Natasha me hubiera vendido, pero todos los detalles que mi madre había dado durante la reunión tenían que haber venido de algún sitio. Y ¿qué otra explicación podía haber?

21

NATASHA

Trent entró en mi despacho como una tormenta o, mejor dicho, como un huracán de categoría cinco. Abrió de golpe la puerta, entró a toda prisa y volvió a cerrarla de un portazo, sin dejar de mirarme con ojos tempestuosos. Casi esperé ver caer relámpagos a su alrededor, y me quedé helada. Ese no era exactamente el encuentro sexi que me había imaginado cuando nos habíamos estado enviando mensajes un rato antes.

—¿Trent? —pregunté—. ¿Qué pasa?

Tal vez había recibido malas noticias en la reunión del consejo. Supuse que tendría que ver con la nueva colección. Si habíamos dejado de avanzar, o si volvía a haber problemas con los proveedores, puede que no consiguiéramos terminar a tiempo las piezas necesarias para la feria de High Point. Eso sería un golpe muy duro para el equipo.

Sin embargo, Trent estaba casi temblando, con los puños apretados. Parecía haber visto un fantasma. Jamás le había visto tan alterado por nada, así que era muy posible que, fuera lo que fuera, no tuviera que ver con los muebles. Pero entonces, ¿de qué iba eso? ¿Qué podía haberle pasado para provocar aquella actitud?

Me puse en pie de un salto y me acerqué a él para cogerle una mano, cada vez más preocupada.—¿Qué pasa? —pregunté en un suspiro—. ¿Algo va mal?

Por mi cabeza pasaron las peores ideas a toda velocidad. La abuela Dee era la primera de la lista. Trent había dicho que, en los últimos días, había parecido algo más cansada de lo habitual. La fiesta de Hailey la había dejado más agotada de lo normal, y en la última semana, había habido varios días en los que no se había sentido con fuerzas para vestirse y había pasado el día en la cama. O quizá le había pasado algo a Jimmy. Yo le había pedido que se pusiera en contacto conmigo si necesitaba hablar con alguien que no fuera su hermano, pero tal vez el problema era tan grande que no había llegado a pedir ayuda, y se había metido en un lío tremendo. Abrí el puño de Trent y enlacé mis dedos con los suyos.

—Di algo, por favor. Me estás asustando.

—*Di algo* —repitió en tono despectivo, mirándome con tanto odio en los ojos que me quedé helada. El corazón me empezó a latir en la garganta.

—¿Trent?

—No te hagas la inocente conmigo —estalló, separando su mano de la mía de un tirón.

Atravesó mi despacho a grandes zancadas y se dio la vuelta al llegar a mi mesa, señalándome con un dedo acusador.

—¡Fuiste tú!

—Por favor, baja la voz —dije, consciente de que, aunque la puerta estuviera cerrada, todo el equipo de diseño podría oírle.

—¡Hablaré tan alto como me parezca! —exclamó, en un tono que repercutió contra las paredes del despacho.

—¿Qué pasa? —pregunté otra vez, desesperada por saber qué podría haber ocurrido desde que habíamos tonteado enviándonos

mensajes hacía un rato.

—¡Tú eres lo que pasa!

Me quedé helada, de la cabeza a los pies, atravesada por un escalofrío de dolor que me dejó sin respiración.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—¿Qué crees tú, Natasha?

No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero el veneno en su voz atravesó mis defensas y se instaló en mi pecho. Noté que las lágrimas empezaban a acumularse en mis ojos.

—No lo sé —dije—. A lo mejor podrías explicármelo.

—¡Mi madre acaba de intentar que el consejo me destituya como presidente ejecutivo! —dijo con rabia, pasándose una mano por el pelo y tirando de sus mechones oscuros.

—¿Destituirte? No lo entiendo. Y no sabía que tu madre estaba en el consejo.

—No lo está, pero eso no tiene nada que ver. —Hizo un gesto despectivo con la mano—. Lo ha intentado utilizando información personal sobre mi vida, y se ha alegrado mucho de poder informarme de que esa información se la has dado tú.

¡*Oh no*! La sangre se me heló en las venas. Abrí la boca, pero solo conseguí balbucear unas palabras incomprensibles mientras intentaba ordenar mis ideas. No sabía qué decir. Hacía veinte minutos que habíamos estado tonteando sin control, y desde entonces, había estado imaginando que Trent me doblaba sobre mi mesa y me susurraba deliciosas guarradas al oído mientras me follaba hasta olvidarlo todo. Pero esto…

Me había preocupado contarle que había quedado con su madre, pero no porque pensara que ella retorcería mis palabras, o las utilizaría para hacerle daño de ese modo. Había sentido pena

auténtica por Lara, por lo desesperada que había parecido por mejorar la relación con su hijo.

—Dime que no es verdad —pidió—. Dime que no has hablado con ella.

No podía hacer eso. Sería una mentira, y los dos lo sabíamos. Alcé la vista, hacia su ceño fruncido y sus ojos entrecerrados. Mi silencio solo sirvió para enfurecerle aún más, y me pareció notar las oleadas de rabia que desprendía su cuerpo.

—¡Joder, Natasha! —Se masajeó las sienes—. Cuando me preguntaste por mi madre la otra noche, no se me ocurrió que habrías… ¿Por qué cojones has hablado con ella a mis espaldas?

—No pensé que…

—No, no lo pensaste —estalló, interrumpiéndome.

Me enderecé un poco. Entendía que estuviera enfadado, pero no resolveríamos nada si no me dejaba explicarme.

—¿Por qué le has hablado de Dee, de Jimmy, o de la maldita empresa? —preguntó—. Pensé que te había dejado bien claro lo que pensaba de mis padres.

Sabía que no se llevaba bien con ellos, pero ¿cómo iba a saber yo que su relación era tan mala? Creí que podría ayudar, que tender un puente entre Lara y él sería bueno para los dos. Jamás habría creído que ella utilizaría de ese modo lo que le había contado. No pensé que fuera esa clase de persona… Porque él no me lo había dicho. ¿Cómo esperaba que supiera esas cosas, si no me las contaba él mismo?

—Trent…

—¿Quién te has creído que eres para contarle nada? —exigió, volviendo a alzar la voz.

Esa pregunta fue la que más me dolió. ¿Que quién era *yo*? Era su novia… ¿no? ¿O también me había equivocado con eso? Las lágrimas amenazaron con caer de mis ojos. La había cagado al hablar con Lara, sí, pero no lo había hecho por malicia. Había cometido un error, eso era todo. Había sido una tonta, una ingenua, y le había hecho daño. Lo sentía más de lo que podía expresar, pero ¿en serio no me iba a dar la oportunidad de explicárselo? ¿Esperaba que me quedara ahí quieta, dejando que me machacara de ese modo? Me crucé de brazos y traté de reponerme.

—No lo sabía… —empecé.

—Saber ¿qué? —dijo desdeñoso—. ¿Que mi madre te delataría? ¿Qué me contaría con todo detalle cómo me has vendido? Siento mucho desengañarte, cariño, pero es así de zorra. No deberías haberte fiado de ella. Igual que yo no debí fiarme nunca de ti.

El corazón me martilleaba en el pecho, y la bilis se me acumuló en la garganta. Eso era mucho peor de lo que había imaginado.

—Sabes —continuó Trent, sacudiendo la cabeza—. Al principio, no he querido creerla. He intentado pensar que le había sacado la información a cualquier otro. El problema es que no hay ningún otro. Porque, ¿quién más sabría que Dee estaba empeorando, o que Jimmy tiene problemas con sus clases? ¿Y las complicaciones con los proveedores? Solo hay una persona en mi vida que podría convertir todo eso en un arma para que mi madre la usara contra mí.

Me sentí horrorizada. Él creía de verdad que yo había intentado ayudar a su madre a echarlo de su puesto. Me apreté el puente de la nariz. Yo solo había querido que Trent hiciera las paces con su familia. Había pensado que hablaba con una mujer a la que le preocupaba su hijo, que estaba ayudando a arreglar las cosas y a sentar las bases para que la familia volviera a estar unida. No me había dado cuenta de que, en lugar de eso, estaba haciendo que mi propia relación con Trent se viniera abajo de ese modo.

—Yo solo… No puedo creer que me hayas vendido así —dijo Trent, disgustado—. ¿Era eso lo que has estado buscando todo este tiempo? ¿Más dinero? ¿Es esa la razón por la que te has acostado conmigo? ¿Creías que esa era la forma de acceder a mi dinero?

—¿Qué?

Cerré los ojos y sacudí la cabeza. *Jesús*, ¿qué clase de mierdas le había contado su madre?

Y, lo que era más importante, ¿por qué le resultaba tan fácil creerla? ¿De verdad pensaba que me dejaría comprar por Lara? Jamás aceptaría su dinero, yo no era esa clase de persona. Tampoco era la clase de mujer que se acostaría con él para conseguir dinero rápido. No podía creer siquiera el hecho de que lo hubiera insinuado, porque eso reducía el tiempo que habíamos pasado juntos a simple sexo sin ningún significado. ¿Eso era todo lo que había sido para él?

—Deberías haberme dicho que tu lealtad tenía un precio. —Trent pareció morder las palabras—. Yo mismo te habría emitido un cheque, y listo.

Sentí que me inundaba una ira que descongeló el hielo de mis venas y secó las lágrimas de mis ojos. Lara nos había jodido a los dos. Estaba claro que era una persona horrible, y me había equivocado al darle una oportunidad; pero, por otro lado, Lara no le estaba obligando a decir todo aquello. Todas las mentiras que le había contado eran su responsabilidad, pero él era quien se las había tragado enteras, sin molestarse en escuchar mi opinión. Era él quien había elegido creer lo peor de mí, ¡como si no me conociera en absoluto! Como si todo lo que le había contado de mí no significara nada. Cuando entró, ya había asumido que yo era culpable de… lo que fuera que Lara le hubiera contado durante esa reunión. No le interesaba nada desentrañar sus mentiras ni llegar a la verdad. Pero debía conseguir que me escuchara.

—Escucha —dije, inspirando hondo para tratar de contener mi frustración—. Tienes que comprender…

—¿Comprender? —estalló él—. ¿Qué cojones tengo que entender yo?

—¿Puedes calmarte durante dos segundos? —escupí con los dientes apretados.

—¿Y por qué tendría que calmarme?

—¡Para que pueda contarte lo que ha pasado!

Él soltó una risa, burlona y muy amarga.

—Estoy bastante seguro de que ya he atado los cabos, solo me faltan un par de detalles. ¿Habías planeado esto desde que hice que te despidieran? Cuando nos vimos en casa de Dee y viste tu oportunidad, ¿fue entonces cuando se te ocurrió este plan para vengarte? Joder, me has estado manipulando durante todo este tiempo, ¿verdad? Y yo he sido tan imbécil que no me he dado cuenta.

—Santo cielo. No tienes ni idea de lo que estás diciendo —dije.

—¿Se lo contaste todo a mi madre, o no?

Maldición, ¡me estaba poniendo de los nervios!

—Sí, pero solo…

—Eso es todo lo que necesito saber —me interrumpió de nuevo—. ¿Qué otra cosa podrías decir?

—Vaya, se ve que nada, según tú.

—¿Según yo? —rugió—. No tienes ni idea de a qué me he tenido que enfrentar hace un momento. He tenido que mantener el tipo delante de todo el consejo de administración, ¡mientras mi madre utilizaba la munición que *tú* le has dado para tratar de acabar con mi reputación!

Ya me había hartado de todo aquello. Obviamente, Trent no estaba dispuesto a tener una conversación racional conmigo en ese

momento, pero yo no pensaba limitarme a quedarme ahí y aguantar todo lo que me estaba soltando.

—Tienes que irte —dije con toda la calma que pude.

Él soltó un resoplido.

—¡Lárgate de mi despacho! —dije, más alto y con más firmeza—. No vuelvas hasta que te hayas calmado.

—¡Esta es mi empresa! —replicó él—. ¡Eres tú quien tiene que marcharse!

Me puse tensa. ¿Estaba…? No, no podía ir en serio, ¿verdad? Había supuesto que necesitaríamos algo de tiempo para calmarnos, pero aquello sonaba como si...

—¡Recoge tus cosas y lárgate!

¿Y ya está? No pude contener una exhalación dolorida. Me sentí como cuando estuve en las oficinas de Echo, cuando me despidieron por contar la verdad; o aquella vez, en el apartamento que compartí con Fisher, el día de nuestra última pelea; o cuando el vecino de mis padres me llamó en mitad de la noche para decirme que la casa estaba ardiendo. Me sentí como en todos aquellos momentos de mi pasado en los que el suelo había desaparecido bajo mis pies, y todos mis apoyos se habían esfumado. *Estúpida*, fue todo lo que se me pasó por la cabeza. *¿Cómo puedes haber sido tan estúpida como para pensar que no te volvería a pasar? ¿Que por fin habías encontrado un lugar seguro?*

—Trent…

—¡Vete, Natasha! ¡No quiero volver a verte!

—Muy bien —dije, obligándome a reaccionar, y cogiendo el teléfono de mi mesa—. Pues desaparezco.

Pasé rozando a Trent de camino a la puerta, la abrí de golpe y atravesé con paso firme la sala de reuniones. Escuché cómo se

cerraban varias de las puertas a mi alrededor, lo que me hizo saber que el equipo había estado escuchando sus horribles acusaciones. La humillación se apoderó de mí, a partes iguales con el enfado por la forma en que me había tratado.

Y, a pesar de todo, una ridícula parte de mí me obligó a caminar más despacio al llegar al descansillo, *esperando, anhelando, deseando* que me pidiera volver, que admitiera que se había pasado y me diera la oportunidad de explicarme. Que me dijera que quería que lo resolviéramos. Pero eso no era más que una fantasía.

Pulsé el botón del ascensor. Trent no intentó detenerme y, cuando se abrieron las puertas, entré sin mirar atrás.

22

TRENT

No puedo ir esta noche.

Escribí a los chicos para excusarme del partido de *squash* y me dejé caer en la silla de mi despacho, mirando hacia la ventana. El cielo estaba cubierto de nubes oscuras que parecían absorber la luz de la calle. Todo a mi alrededor era deprimente y gris.

El teléfono empezó a vibrar en mi mano con mensajes en nuestro chat de grupo.

Venga ya, había escrito Aiden. *Prometo no daros otra paliza a Dom y a ti.*

No estaba en mi mejor momento, contestó Dominic. *No te emociones.*

Aiden contestó con un montón de interrogaciones. *¿¿¿¿Qué estás diciendo????*

Que te dejamos ganar, obviamente.

Aiden contestó con un GIF en el que ponía «QUE TE DEN», con la etiqueta *#perdedores.*

Trent, ¿vas a permitir que nos hable así? contestó Dominic.

Perdonad, tengo mucho lío.

Lo último que me apetecía era jugar al maldito *squash* con mis amigos. Se darían cuenta de que me pasaba algo, e intentarían hacerme hablar del tema, y no me apetecía lo más mínimo hablar de aquello.

¿Qué clase de lío? preguntó Aiden.

Seguro que con Natasha, intervino Vincent. *Ya sabéis… haciendo cosas de esas que no se pueden hacer en la oficina.*

Pues yo he hecho en la oficina muchas cosas que no se pueden hacer en la oficina, escribió Aiden, terminando con el emoticono de la media sonrisa arrogante.

No me hagas imaginar las cosas que has hecho en la oficina, pidió Dominic.

Cuidado, no subáis el tono, o heriréis la sensibilidad de Paul, advirtió Vincent.

¡Pero qué dices! Yo llevo casado más tiempo que todos vosotros, contestó el aludido.

Técnicamente, yo soy quien ha estado casado más tiempo, dijo Dominic.

Ahora estás divorciado, señaló Paul. *Lo tuyo no cuenta, vuelves a empezar de cero.*

Au.

¿Trent? escribió Aiden.

Hice una mueca sin apartar la vista de la pantalla. Sabía que los chicos sospecharían si no contestaba, pero no me apetecía nada fingir que me interesaba seguir con las bromas habituales. Solo quería estar solo un rato. Empecé a escribir, pero me detuve, sin

saber siquiera qué decir. Aún tenía reciente la imagen de Natasha saliendo a toda prisa de su despacho, y también aquella sensación de haber sido traicionado. Ella había ayudado a mi madre a intentar quitármelo todo. Si no me hubiera ganado la confianza del consejo de administración al reflotar la empresa después del divorcio, podrían haberse inclinado a creer todas las mierdas que les había contado. No solo me preocupaba la idea de perder el trabajo, sino cómo afectaría a mi abuela la noticia de que me habían echado. Esa clase de sorpresa era lo último que necesitaba.

Oye, ¿va todo bien? Aiden me había enviado un mensaje a mí solo.

Le contesté con el emoticono del pulgar hacia arriba y me guardé el teléfono en el bolsillo. Si contaba a uno de ellos lo ocurrido, insistirían en que saliera con ellos; si no a jugar al *squash*, al menos, a cenar o a ir a casa de alguno para hablar del asunto. Pero yo no quería hablar del tema y, desde luego, no quería saber nada de las relaciones felices de Paul, Vincent o Aiden, justo después de que la mía hubiera fracasado tan espectacularmente.

Lo que de verdad quería hacer era borrar ese día de mi mente por completo, y solo conocía una forma segura de conseguirlo.



O'Malley's era un bar irlandés del Village, pequeño y bastante cutre, al que iba desde hacía años. El local era oscuro y mugriento, las mesas estaban siempre pringosas, el suelo sucio, y lo frecuentaba gente a la que no le interesaba lo más mínimo la conversación. Ese ambiente me venía de perlas. Solo iba allí cuando quería alejarme del mundo, olvidarme de mi vida y pensar con tranquilidad. Por lo general, lo hacía después de tener algún encuentro incómodo con mis padres, aunque también pasé allí la noche después de romper con Katie, la novia que tuve al terminar la universidad, y también después de conocer el diagnóstico de la abuela Dee.

En aquel lugar, nadie te juzgaba por el número de veces que pedías al camarero que te rellenara la copa; de hecho, la mayor parte de los clientes solo parecían interesados en terminarse cuanto antes una botella tras otra, por la razón que fuera.

Levanté la mano desde la pequeña mesa del rincón en la que me había ocultado, para llamar la atención del camarero, un hombre algo mayor que parecía seguir a rajatabla el lema «no es asunto mío», y pedir otra copa. Él me hizo un gesto con la cabeza y, al poco tiempo, se acercó con otro vaso lleno de líquido color ámbar y se llevó el que estaba vacío.

—Que sigan viniendo —dije.

No estaba olvidando lo bastante rápido. Quería emborracharme hasta dejar de recordar mi propio nombre y, por supuesto, el hecho de que Natasha me hubiera destrozado y me hubiera expuesto de aquel modo ante el consejo de administración. Solo quería borrar de mi mente aquel día. Me bebí la mitad del whiskey de un trago tan rápido que me ardieron la garganta y el esófago, pero eso no me ayudó en absoluto a olvidar a Natasha.

Seguramente, solo conseguiría una terrible resaca y lo lamentaría a la mañana siguiente, pero ya estaba lamentando un montón de cosas en ese momento, en especial, haberme enamorado de Natasha Dryer. Clavé la vista en el fondo de mi vaso, deseando no haber entrado nunca en aquella cafetería el día en que nos conocimos. O, mejor aún, no haber escrito nunca a su cuenta de 1stDibs. El universo tenía un sentido del humor muy retorcido, y ahí estaba una vez más, muerto de risa al ver cómo se había venido abajo mi última relación. Yo había dejado de ser útil a Natasha, y ella me había vendido al mejor postor.

Mis pensamientos empezaban a desdibujarse cuando noté una sombra sobre mí. Levanté la cabeza esperando que se tratara del camarero con mi próxima bebida, pero no era él.

Parpadeé sorprendido, pero, al momento, la sorpresa dio paso a la irritación.

—¿Cómo me habéis encontrado? —gruñí.

Aiden, Vincent, Paul y Dominic habían rodeado mi mesa.

—Llevas viniendo ahogar tus penas en este bar tan cutre desde que nos graduamos —dijo Vincent, al tiempo que separaba una de las sillas de la mesa para sentarse junto a mí—. ¿Crees que, después de todos estos años, no íbamos a saber dónde te habías metido?

—No estoy ahogando mis penas —protesté—. No hacía falta que viniera la caballería.

Aiden me miró de un modo que decía: *Ya, lo que tú digas*, y se dejó caer en otra silla, al lado de Vincent.

—Sabes que el emoticono del pulgar hacia arriba es el signo universal de «*Me pasa algo*», ¿verdad? Nos hemos preocupado en cuanto lo hemos visto.

—Sobre todo, si lo mandas sin decir nada más —continuó Paul, que me dio una palmada en la espalda antes de sentarse a mi otro lado —. Estábamos preocupados por ti.

—Y parece que con razón —dijo Vincent, apartando mi vaso para apoyarse sobre la mesa—. Ya sabes que beber solo no soluciona nada.

Aiden cogió mi vaso, que estaba casi vacío, se bebió lo que quedaba, e hizo una mueca.

—Sobre todo, si lo que bebes es el peor whiskey de Manhattan. Qué malo está.

—Sentaos chicos, yo me encargo de las bebidas —dijo Dominic.

Se dirigió a la barra y volvió al poco rato con bebidas para todos, incluyendo una Coca-Cola para sí mismo y un vaso de agua para mí. Se sentó también y me miró con decisión.

—Ya está bien por esta noche. Ahora necesitas hidratarte. Ya me darás las gracias luego.

Aiden envió un mensaje con su teléfono.

—Es para decirle a Cora que te hemos encontrado, y que avise a Piper y Chloe de que tardaremos un rato.

Yo puse los ojos en blanco, sintiendo la cabeza un tanto pesada.

—Esto es innecesario.

Aiden dejó el teléfono en la mesa.

—¿Por qué no nos cuentas lo que pasa, y ya te diremos nosotros si es necesario o no?

—No pasa nada —insistí, molesto. Sabía que lo hacían con todo su cariño, pero no estaba de humor para el amor fraternal—. Habéis sacado de quicio todo eso del pulgar hacia arriba.

—Ajá —dijo Vincent—. Lo dudo mucho. ¿Qué ha sido esta vez? ¿La abuela Dee? ¿Tus padres?

—Dee está bien. —Aunque estaba molesto con ellos, no quería que se preocuparan—. Al menos, en ese aspecto, no ha cambiado nada. —Si hubiera habido algún cambio en la salud de mi abuela, se lo habría contado a todos inmediatamente—. Es Natasha.

—¿Está bien? —preguntó Dominic.

—Está… Ni siquiera sé por dónde cojones empezar.

—¿Qué tal por el principio? —preguntó Dominic, encogiéndose de hombros.

Suspiré, bebí un poco de agua y procedí a explicarles lo ocurrido en la reunión del consejo y la discusión posterior con Natasha. Sus expresiones pasaron del horror al escuchar lo que había intentado hacer mi madre, a la incredulidad y la sorpresa más profunda cuando les conté que había despedido a Natasha al momento. Paul

tenía la boca tan abierta que me pareció que podía verle un empaste.

—No puede ser —dijo Vincent, cruzándose de brazos y apoyándose en el respaldo de la silla—. No creo que Natasha sea la clase de persona que vende a alguien por dinero.

—Estoy de acuerdo —dijo Dominic, mirando a Aiden con preocupación—. No parece posible. Stacy siempre está hablando de ella y, por lo que cuenta, es alguien que se desvive por ayudar a los demás. Natasha es *buena persona*, Trent. Tú lo sabes.

—Eso creía yo también —gruñí entre dientes—, pero parece que nos ha engañado a todos.

—De acuerdo —dijo Aiden, cuya expresión sugería que, en su opinión, mi relato no era más que una sarta de tonterías—. Vamos a hablarlo con calma. Tu madre no es lo que se puede llamar una fuente fiable, eso lo sabemos todos. ¿No podría habérselo inventado todo? ¿Tal vez es mentira lo de que Natasha ha aceptado dinero?

—No, no es posible —insistí—. Toda la información que tenía sobre mi abuela y mi hermano, y los problemas con la nueva colección, era correcta. Aparte de vosotros, la única persona que sabía todo eso es Natasha. Por supuesto, ella ha intentado explicar que no se trata de eso, pero ha admitido que ha hablado con mi madre a mis espaldas. ¿Por qué iba a ocultármelo, si no es porque me ha vendido?

Aiden emitió un murmullo pensativo.

—No lo sé, a mí me da la sensación de que algo no cuadra.

—Podía haber hablado conmigo en cualquier momento y decirme que mi madre se había puesto en contacto con ella. —Noté que me estaba enfadando—. Pero no lo hizo. Se dedicó a organizar reuniones secretas y le contó mis asuntos privados a la última persona que quería que los conociera. Y punto. Fin de la historia.

—No, no lo puedes dejar así —dijo Paul—. Tienes que hablar con Natasha otra vez.

—Deja que se explique —corroboró Vincent.

—No olvides que todos nosotros pasamos por un momento en nuestras relaciones en el que las cosas se pusieron muy feas —dijo Aiden—. ¿Te acuerdas de cuando yo la cagué con Cora y le dije que no deberíamos vernos más?

Me acordaba, y también de que casi se había liado a puñetazos con el ex de Cora, y un *influencer* entrometido había sido testigo del altercado y lo había grabado con el móvil. Habrían tenido un problema desastroso de relaciones públicas, si no fuera porque nosotros nos habíamos apresurado a ayudarle. Sin embargo, mi situación era diferente. Cora nunca había traicionado a Aiden.

—Mira —continuó Aiden—. Cuando estás en medio de una situación como esta, parece que no va a ser posible resolverla. Parece imposible que nada salga bien, pero Trent, nosotros somos la prueba de que sí es posible, si estás dispuesto a hacer un esfuerzo. Te prometo que puedes arreglar las cosas con Natasha.

Bebí otro trago de agua.

—Creo que no quiero hacerlo. Para empezar, fue un error intentar algo con Natasha. Se suponía que íbamos a fingir la relación por la abuela Dee, nunca debió ser real.

—Pero se volvió real, de todos modos —observó Vincent—, y tú sientes algo por ella de verdad. A mí también me pasó algo así, tío. Mi relación con Piper tampoco tenía que haber sido real. Créeme, el peor error que podrías cometer sería dar la espalda a la mejor relación en la que te he visto nunca.

Miré a Dominic, que había estado inusualmente callado. De todo el grupo, era él quien había esperado que se pusiera de mi parte. Su matrimonio se había venido abajo de una forma desastrosa y había tenido que pasar por un divorcio complicado y una larga batalla por

la custodia de su hija. Suponía que él entendería que la persona a la que uno ama, la persona con la que se imagina que pasará el resto de su vida, puede ser capaz de decepcionarle a uno de la forma más horrible.

—¿Y bien? —le dije—. ¿No vas a decir nada?

—Creo que tienen razón, Trent —dijo, después de carraspear un poco—. Tienes que escucharla y dejar que te explique su versión.

—No lo dirás en serio —resoplé incrédulo.

—Si no escuchas su versión, siempre te preguntarás qué ocurrió en realidad —dijo Dominic—. Y es peor no saberlo, créeme. Puede que, al final, las cosas no funcionen entre vosotros, pero si no lo resuelves, recordarás esa discusión para siempre. Habla con ella y podrás pasar página.

Intenté evitar un escalofrío al pensar en pasar página. Ninguna mujer me había importado tanto como Natasha. A pesar de lo que había hecho, y a pesar de mis propios sentimientos, mi corazón aún latía por ella y se rebelaba ante la idea de dejarla marchar, pero eso era lo que debía hacer. Me había demostrado que no podía fiarme de ella, y que lo que podía ofrecerle, a *mí mismo*, no era suficiente para que me correspondiera con lealtad. El amor no era más que una transacción, y yo había salido perdiendo en el intercambio.

—Tío, lo decimos en serio —dijo Aiden, justo cuando empezó a sonar mi teléfono—. Haznos caso.

Saqué el teléfono sin prestar atención, mientras una parte de mí a la que no parecía controlar esperaba que fuera Natasha quien llamaba. Sin embargo, fue el nombre de Sofía el que vi en la pantalla.

—¿Hola?

Escuché su voz aterrada al otro lado del teléfono, con el pulso latiéndome en los oídos.

—¿Qué pasa? —susurró Vincent.

Miré a mis amigos mientras notaba que la sangre se me iba a los pies.

—¡Dee ha sufrido un colapso!

23

NATASHA

La música a todo volumen y el ruido de las herramientas eléctricas parecía estar ayudando con todo eso de que me hubieran dejado y despedido al mismo tiempo. Me permitía centrarme en la sierra que cortaba la madera, y olvidar durante un rato las acusaciones de Trent. El taller era mi lugar favorito y, además, con una herramienta tan poderosa en las manos, ¿quién necesitaba sentimientos?

¿Que le he vendido? ¡Y una mierda!

¡Dios! Me había matado a trabajar para conseguir cada una de las cosas que tenía, aunque hubiera necesitado tres trabajos a tiempo parcial. ¿Cómo iba a aceptar dinero de su madre para apuñalarle por la espalda? Como si fuera capaz de hacerle eso a nadie, y menos a alguien a quien… Bueno, a alguien que me importaba tanto como él.

Agarré la sierra aún más fuerte y apreté los dientes cuando las vibraciones me subieron por el brazo. ¡Aún no podía creerlo! Esa no podía ser mi vida. Detuve la sierra y miré la librería que estaba construyendo para Dee. O, al menos, ese había sido el plan. No tenía la menor idea de si Trent aún querría que terminara los muebles, aunque Dee estuviera muy interesada. Lo cierto era que una buena parte de mí deseaba abandonar el proyecto por

completo, pero no quería que me acusaran de aceptar más dinero, materiales u otras ventajas de la misma familia, así que sería mejor terminar los muebles. Podría organizar que viniera alguna empresa a llevarlos a casa de Dee, y así no tendría que volver a saber nada de ningún Saunders el resto de mi vida.

El corazón me latía con fuerza en el pecho, haciendo eco del ritmo de la música. Solo pensar en dejar a Trent, Dee y el futuro que había imaginado para mí misma, me dolía más de lo que quería admitir. Me había expuesto a que me hicieran daño, y no podía culpar a nadie más que a mí misma. Pero ya me habían hecho daño antes y había conseguido superarlo, así que podría hacerlo de nuevo. No necesitaba a Trent, me iría bien por mi cuenta. ¿Verdad?

Escuché un sonido por encima de la música, y comprendí que era el tono de mi teléfono. Lo primero que se me ocurrió fue que sería Trent, y un destello de esperanza hizo que mi corazón diera un salto, antes de recordar que él me había dicho que no quería volver a verme jamás.

Bajé el volumen de la música y crucé el taller para coger el teléfono. Al ver quién llamaba, no pude evitar fruncir el ceño.

—Hola Jimmy —dije, confundida.

¿Por qué me llamaba el hermano pequeño de Trent? Claro, que igual quería echarme una bronca, como había hecho su hermano mayor. Hice una mueca, esperando que me soltara un sermón. Qué poco me apetecía escuchar la opinión de otro Saunders en el mismo día.

—¿Natasha? —dijo él con voz temblorosa—. Eh, bueno… Esto… ¿Crees que podrías venir a buscarme?

Un momento, ¿qué? Aquello parecía una idea horrible. Y, ¿buscarle, a dónde? ¿Qué estaba pasando?

—No sé si eso…

—Por… por favor —tartamudeó, en un tono que sonaba muy alterado.

Empecé a preocuparme. ¿Por qué estaba Jimmy llorando así, en una tarde de día laborable?

—¿Estás bien? —pregunté.

—*Por favor*, ven a recogerme —suplicó sin más.

—Jimmy, ¿qué pasa? —Me froté la frente.

—Quería ir a la ciudad —explicó hablando a toda velocidad—, pero me han dejado en… Joder, ¿dónde estoy? Ni siquiera lo sé. ¡Mierda! ¡*Mierda, mierda, mierda*! —Inspiró entrecortadamente—. Natasha…

—De acuerdo.

Comprendí que ese no era el momento de hacer preguntas. No pensaba con claridad, y era obvio que se estaba agobiando por momentos. No estaba segura de comprender por qué estaba tan nervioso, pero estaba claro que tratar de conseguir una explicación coherente solo estaba empeorando las cosas.

—Tú solo respira.

—Siento molestarte, es que no sabía qué hacer.

—Eh, no digas eso. No es molestia, para nada.

Aunque no sabía qué le pasaba, no pensaba dejar que se culpara a sí mismo, fuera lo que fuera. Tenía que apoyarle, y la única forma que se me ocurría era ir a buscarle.

—¿Puedes enviarme tu ubicación?

—Sí —lloriqueó—. La ubicación. Eso… eso haré.

Un momento después recibí un mensaje con el mapa.

—Perfecto. Genial, Jimmy. Voy para allá, tú no te muevas de ahí.

Después de que confirmara que me esperaría, colgué el teléfono y empecé a buscar las llaves y el bolso en el taller. Era muy consciente de la ironía de la situación. Trent me había roto el corazón, y yo iba al rescate de su hermano pequeño. Pero, aunque estaba furiosa con Trent por lo ocurrido, Jimmy era un buen chico que necesitaba ayuda, y yo se la había ofrecido en serio. No pensaba decepcionarle.

Cerré el taller y crucé la calle para ir a la casa de los vecinos, donde llamé a la puerta hasta que abrió una mujer.

—Hola, Myra —dije, con una voz que sonó más entrecortada de lo que esperaba.

—¡Natasha! Pareces nerviosa. ¿Va todo bien?

Me llevaba bien con Myra y su marido, Rick. El año anterior me habían encargado una nueva mesa para la cocina y la que les fabriqué les había gustado muchísimo, así que esperaba que eso me permitiera obtener su ayuda en ese momento.

—Tengo que pedirte un gran favor. ¿Podrías prestarme tu coche? Es que tengo una emergencia.

—Si, claro —dijo Myra sin titubear—. Por supuesto, voy a por las llaves.

Entró en la casa a toda prisa y volvió al cabo de un momento con un llavero en la mano.

—Rick acaba de llenar el depósito, así que deberías poder llegar a donde necesites.

—¡Gracias! —dije, mientras empezaba a bajar de nuevo los escalones—. Lo devolveré con el depósito lleno. ¡Lo prometo!

—No te preocupes por eso —dijo Myra, descartando la idea con un gesto de la mano.

Abrí la puerta del coche, me senté y me lo puse en marcha después de programar la ubicación de Jimmy en el teléfono.

~

Lo encontré en la cuneta junto a la carretera, en algún lugar a medio camino entre Princeton y Nueva York. Ni siquiera llevaba una chaqueta. *Jimmy, ¿en qué diablos estabas pensando?*

Paré el coche en el arcén cerca de él y abrí la puerta del copiloto. Jimmy se puso en pie al momento y se subió al coche enseguida. En cuanto entró, puso las manos en las salidas de la calefacción, intentando entrar en calor.

—La leche —dije, al ver que tenía un pómulo morado, y le cogí la barbilla para inspeccionar el golpe—. ¿Qué te ha pasado?

Cuando le toqué, hizo una mueca, así que le solté enseguida.

—Necesitaba ir a la ciudad, para ir a ver a la abuela al hospital.

—Espera… ¿cómo dices? ¿Dee está en el hospital? ¿Desde cuándo?

—No hace mucho —dijo Jimmy—. Ha sufrido un colapso. ¿No lo sabías?

Sacudí la cabeza y volví al problema más inmediato.

—Eso no explica por qué parece que acabas de salir de un combate de boxeo.

Jimmy arrugó la cara y pareció estar a punto de echarse a llorar, así que le di un golpecito en el brazo.

—Ha sido en el último momento, y no he podido encontrar a nadie conocido que me llevara. He pensado que llamar a alguien para que viniera a buscarme y me llevara a la ciudad tardaría demasiado tiempo.

—¿Y qué has hecho?

—Pues… He intentado llegar haciendo autoestop.

—¡Por Dios, Jimmy! ¿No podías haber llamado un Uber?

—Es que me tienen fichado —murmuró—. Porque he vomitado en un Uber un par de veces después de salir de fiesta. Pero he pensado que hacer autoestop es casi lo mismo, y el tío que me ha recogido parecía agradable, al menos, al principio. Pero, a medio camino, ha parado el coche, me ha dado una paliza y me ha echado del coche después de robarme la cartera.

—¡Cómo! —Me froté los ojos. Me parecía tan ridículo que no lo habría creído, si Jimmy no estuviera sentado a mi lado con un puñetazo en la cara—. ¿Se lo has dicho a tu hermano, al menos? ¿Sabe que estás bien?

—Me ha dado vergüenza llamar a Trent. Él ya tiene bastantes problemas cuidando de la abuela, lo último que le falta es preocuparse por mis tonterías. A ver, ¿quién se deja atracar hoy en día? Soy un imbécil.

—No eres un imbécil —le aseguré—. Has sido víctima de un crimen, tenemos que ir a la policía. —Dios, todo aquello era demasiado.

—No, tenemos que ir al hospital —insistió Jimmy—. Paso de ese gilipollas y de hablar con la policía ahora mismo. Que le den. No me pasará nada. —Me dedicó una pequeña sonrisa dolorida—. Además, te tengo a ti, ¿no?

—Me tienes a mí —confirmé, poniendo el coche en marcha y dando la vuelta para volver a Nueva York—. Madre mía, no me puedo creer que Dee haya sufrido un colapso. ¿Sabes si ha sido muy serio?

—Me sorprende que Trent no te lo haya contado —dijo él, sorprendido.

—Bueno, es que ahora mismo no estamos exactamente en buenos términos —admití y, aunque era lo último que quería compartir con él, considerando todo lo que estaba pasando, tampoco podía mentirle.

—¿Qué quiere decir eso?

—Es que… bueno, hemos roto hoy.

Jimmy dejó escapar un sonido estrangulado y se me quedó mirando.

—¡Estás de coña! Pero si erais perfectos juntos. ¿Qué diablos ha hecho?

Eso me hizo soltar una pequeña risa patética.

—Creo que, más bien, es lo que he hecho yo.

Trent me había dicho algunas cosas horribles, pero estaba hablando con su hermano pequeño, y no podía hacerle creer que él era el malo. O, al menos, no del todo, porque yo también había desempeñado un papel en todo aquello.

—Cuéntame qué ha pasado —pidió—. Al menos, me distraerá del dolor en la mejilla.

Lo miré y aceleré un poco más.

—Haremos que te lo miren cuando lleguemos al hospital. A lo mejor te ha roto algo.

—Sí, lo que sea. Pero cuéntame toda la historia —insistió Jimmy, mirándome con intensidad.

Con un suspiro, intenté reunir la energía suficiente para revivir aquella mañana. Empecé con el momento en que Trent había irrumpido en mi despacho, pero intenté quitar importancia a algunas de las cosas más dolorosas que me había dicho. Al final, no supe si la historia resultó muy coherente. Desde luego, a mí no me lo parecía; más bien, parecía una pesadilla.

Jimmy hizo algunos gestos de asentimiento, y pareció menos confuso de lo que había esperado, casi como si estuviera uniendo las piezas de un puzle.

—Ajá —dijo sin entonación—. Entonces, ¿has estado hablando con mi madre?

—Yo… sí —admití—. Y eso parece haber sido el peor error del mundo, pero no estaba vendiéndole secretos. Nunca haría algo así, te lo juro.

—Ya sé que no —asintió Jimmy enseguida, y sonó tan seguro de ello que me dolió el corazón—. Mi madre habrá mentido sobre eso, solo para fastidiar a Trent, y está claro que ha funcionado. Él sigue permitiendo que mis padres le alteren, y ella sabe aprovecharse de ello.

—Pero no entiendo por qué haría Lara algo así. —La idea de que una madre se aprovechara de su hijo no me cabía en la cabeza.

—Mira, mis padres nos han hecho pasarlo muy mal a Trent y a mí —explicó Jimmy—. Para mí, ya fue bastante difícil, pero lo que tuvo que aguantar Trent fue mucho peor. Yo era el hijo «bueno», y eso, al menos, significaba que, cuando mis padres no se estaban destrozando mutuamente o atacando a Trent, solían dejarme en paz, aunque yo fui testigo de todo. Y sé que, visto desde fuera, siempre parece que se pueden arreglar las cosas. Nadie quiere creer que una familia esté rota de verdad, pero eso no significa que no sea así.

—¿Qué pasó? —pregunté—. A ver, sé que se divorciaron y que fue bastante complicado, pero ¿hasta qué punto fueron mal las cosas?

—Hasta el máximo —dijo Jimmy, encogiéndose de hombros—. Pero el divorcio no se debió a que las cosas empeorasen en ese momento concreto. A decir verdad, creo que la relación de mis padres fue horrible desde el principio. Mi padre engañaba a mi madre todo el tiempo, y ella lo sabía. Creo que le cabreaba muchísimo, pero en lugar de recurrir a un consejero matrimonial, o tratar de arreglarlo con él, o incluso dejarle y seguir con su vida, se dedicó a trabajar. Mis padres llevaban Muebles Saunders juntos, y a ella solo le importaba la empresa.

—¿Y qué hay de ejercer de madre? —pregunté con suavidad.

Jimmy soltó un resoplido.

—Sí, eso no estaba en su lista de prioridades, para nada. Desde luego, no después de que yo naciera. Yo fui el bebé inesperado que nació después de que se fueran a una segunda luna de miel para intentar salvar su matrimonio. Pero mi padre volvió a sus aventuras, y mi madre tiró la toalla después de eso. Se dedicó al trabajo, a su posición de poder y a tratar de guardar las apariencias. Nada más. Mientras Trent y yo sacáramos buenas notas y no nos metiéramos en líos, le importaba una mierda lo que nos pasara. El problema fue que, cuando llegó a la adolescencia, Trent empezó a meterse en líos y a hacer cosas raras. Creo que, al principio, lo hizo para que le prestaran atención, pero solo consiguió que le machacaran. Le decían que nunca llegaría a ser nada en la vida, que era una vergüenza para el apellido Saunders. Si se rebelaba, amenazaban con echarle de casa y desheredarle por completo. Se desentendieron de él, y él se desentendió de ellos. Acabó volviendo a ser una persona razonable, pero dejó muy claro que no tenía ningún interés en desempeñar el papel de hijo perfecto, y que no iba a seguirles el juego.

—¿Y tú sí lo hiciste? —Había dicho que él era el hijo «bueno», así que no resultaba difícil imaginarse lo que eso suponía.

—Sí —confirmó, un tanto avergonzado—. Yo veía cómo se gritaban el uno al otro, y cómo gritaban a Trent. Y no quería atraer sus iras sobre mí, ¿sabes? No me resultaba difícil ser silencioso y cortés, ni sacar buenas notas. Me adapté a lo que esperaban de mí, lo que significaba que presumían de mí ante sus amigos, pero no me dedicaban ni un segundo cuando no había público. Me imagino que habrán dejado de presumir ahora que las cosas no me van bien en Princeton. —Me dirigió una sonrisa tensa—. Supongo que ya no soy el buen hijo, tampoco.

Caray, vaya forma de joder a los hijos. Sin embargo, no quería dar a Jimmy más razones para que se culpara a sí mismo de los problemas en la universidad, así que intenté reorientar la conversación.

—¿Y qué fue lo que cambió? ¿Qué causó el divorcio?

—Una de las novias de mi padre creyó que estaba embarazada —dijo Jimmy con una mueca—. Luego resultó ser una falsa alarma, pero él no lo sabía en aquel momento. Mi madre comprendió que ya no podría seguir guardando las apariencias y fingir que mi padre y ella eran la pareja de empresarios perfecta, así que decidió dejarlo de una vez por todas. El problema fue que pensó que podría dejar a mi padre tanto personal como profesionalmente, pero seguir en la empresa. A mi padre eso no le hizo ninguna gracia y se enfrentó a ella. Ese fue el momento en el que las cosas se torcieron en la empresa, y no solo en casa.

—Eso me lo habían contado —dije, y Jimmy asintió.

—Después de que casi acabaran con Muebles Saunders, la abuela Dee y el consejo pidieron a Trent que se hiciera cargo. Quitaron a mis padres todo el control que tenían sobre la empresa y pusieron a Trent al frente. Creo que eso fue lo que más le costó asumir a mi madre. Ahí estaba el hijo del que pasaba, al que había tratado como a una basura todos aquellos años, y ahora era el director de la empresa. Y lo hizo genial. Salvó la empresa después de que ella casi la hundiera. Toda la imagen de mi madre giraba en torno a su poder, al hecho de que dirigía una empresa, y había tenido que ceder todo eso a alguien que ni siquiera le cogía el teléfono. Claro, que no por eso ha dejado de llamar.

—Así que todas esas llamadas suyas… —empecé.

—Está intentando volver a entrar. Si pudiera, reclamaría el título de directora ejecutiva, como has visto hoy, pero creo que se conformaría con poder decir que Trent acude a ella para que le aconseje, o que tiene cierta influencia sobre él y sus decisiones. Lo que sea, para poder creer que sigue teniendo algún poder, ¿sabes? Pero a él no le interesa nada de eso, y ¿quién podría culparle?

—Tienes razón. ¿Y tu padre?

No había podido evitar recordar la conversación que oí el día en que conocí a Trent en la cafetería. La forma en que trataba a su padre

me había puesto furiosa, pero tal vez me había precipitado en mis conclusiones.

—Él también echa de menos sentirse importante —dijo Jimmy—. Puede que no tanto como mi madre, pero… bastante. A mí siempre me pareció que la empresa no le importaba mucho en sí misma, pero le gusta ser relevante, y le molesta encontrarse en un grupo en el que él no es la persona con más poder. Mi profesor de psicología seguramente diría que se siente acomplejado porque sus padres tuvieron mucho éxito y él nunca estuvo a su altura. Pero, por otro lado, me va fatal en psicología, así que, ¿qué sabré yo?

Apreté con fuerza el volante, sin poder creer lo equivocada que había estado respecto de los padres de Trent. Ahora sentía lástima por Lara, aunque me había tragado entera toda esa historia de que se preocupaba por Trent.

—Soy una idiota —dije—. No me di cuenta… Tu hermano nunca me contó nada de eso. Creí que podrían resolver sus problemas, ¿sabes? Que, de algún modo, yo podría contribuir a que volvieran a hablarse.

—Te entiendo —dijo Jimmy—. A mi madre se le da genial dar lástima cuando le interesa. Te ha utilizado, aunque no es malo creer lo mejor de la gente. Ni intentar volver a unir a una familia. Tenías buenas intenciones, porque eres una buena persona, y eso es lo que importa.

—No estoy tan segura de eso —murmuré. Vaya lío en el que me había metido.

—Pues aquí tienes un ejemplo —continuó Jimmy—. Has venido hasta aquí a recoger a alguien a quien solo has visto una vez en tu vida, y que es el hermano pequeño del tío que te ha roto el corazón hoy mismo. No es habitual encontrar gente tan bondadosa, y ese tipo de gente no se merece la ira de Trent.

—Creí que te pondrías de su parte —observé.

—Y estoy de su parte —explicó Jimmy—. Estar de su parte significa hacerle ver lo tonto que ha sido y esperar que recupere la cordura antes de que sea demasiado tarde. Estoy de su parte porque quiero que, al final, sea feliz. *Contigo*.

—Eres un buen hermano, Jimmy —dije, sonriéndole con dulzura.

—¿A que sí? —Él me sonrió de oreja a oreja.

Diez minutos más tarde, entramos en el aparcamiento del hospital, y en cuanto encontré un sitio libre, Jimmy y yo bajamos del coche.

—¿Me escribirás para contarme cómo va todo? —pregunté.

—Sí, pero podrías acompañarme, ya lo sabes.

—No creo que sea buena idea. Seguro que Trent no quiere verme.

—Pero *yo* quiero que vengas. —Le sonreí, pero Jimmy no lo vio porque estaba mirando algo por encima de mi hombro con expresión preocupada.

—Oh, oh…

¿Oh, oh? Me di la vuelta y vi que Trent se acercaba a nosotros, andando a toda prisa.

Parecía muy enfadado.

24

TRENT

—¿Qué cojones está pasando aquí? —exclamé.

Había visto a Natasha bajarse de un coche que no sabía que tenía, con Jimmy, que parecía haber servido de saco de boxeo a alguien y llevaba la mitad de la cara de color morado.

¡*Por Dios*! Había salido de la sala de espera, tratado de encontrar un poco de calma y tranquilidad, porque los chicos no dejaban de lanzarme miradas de preocupación, y me había dirigido al aparcamiento, solo para encontrarme con aquella situación.

La calma, que solo me había durado un par de segundos, me había abandonado por completo, y notaba que la sangre me ardía en las venas, recorriendo mi cuerpo y cargándome de energía para una batalla que no había esperado tener que luchar.

—¿De qué va todo esto? —exigí a Natasha, levantando la voz—. ¿Qué haces con Jimmy?

Natasha cerró la puerta del coche y se volvió a mirarme con una compostura que me irritó aún más. ¿Es que no le importaba una mierda la situación en la que me encontraba?

—Trent —dijo Jimmy, que había rodeado el coche para ponerse al lado de Natasha—. ¿Cómo está la abuela? ¿Han dicho algo los médicos? ¿Has entrado a verla? He venido en cuanto he encontrado la forma de…

—¿Por qué tiene la cara así? —rugí, notando el pulso latir en mis sienes.

Natasha se limitó a seguir ahí de pie, ignorando lo que le estaba diciendo, hasta que se enderezó un poco y cruzó los brazos.

—¿Por qué no se lo preguntas a él? Ya sé que no se te da bien…

—¿Me vas a venir con *esas*? —estallé—. ¿Te presentas aquí con mi hermano, que parece haber perdido tres asaltos con Mohammed Ali, y eso es lo que me vas a decir?

Vi que Jimmy se encogía un poco. Le estaba asustando, pero no pensaba tolerar que una exnovia mía le hiciera el menor daño.

—¿Es que no le has hecho bastante daño a mi familia por hoy? —añadí.

Jimmy se llevó una mano a un lado de la cara e hizo una mueca de dolor al contacto.

—No, Trent, no lo entie…

Le interrumpí cogiendo su cara entre las manos con cuidado, para mirar mejor el golpe.

—Te han puesto el ojo morado. Vamos, necesitas que te lo miren.

Jimmy se escurrió de entre mis manos.

—Si ni siquiera me duele —dijo, aunque sabía que estaba mintiendo y solo quería parecer más duro.

Lancé una mirada asesina a Natasha.

—Como me entere de que has tenido algo que ver con esto, te juro que…

—¿Qué? —me desafió ella, con las manos en las caderas y los rizos alborotados alrededor de su cara. Me sacaba de quicio.

—Ella no ha tenido nada que ver con esto…

—¡Entra en el hospital! —espeté a Jimmy—. Ve a que te miren ese golpe.

—No necesito que me miren. Escucha…

—¡Que vayas!

Jimmy se negó a moverse. La preocupación y la ira que se arremolinaban en mi interior habían formado una combinación tóxica y me habían llenado de una rabia que me estaba haciendo perder el control.

—¿Ya estás contenta? —gruñí, dirigiéndome a Natasha—. ¿Esto es lo que te gusta? ¿Torturar a mi familia?

—Eres increíble, Trent Saunders —repuso ella—. ¿Sabes cuál es tu problema? Que te encanta escucharte a ti mismo.

—¿Que *yo* soy increíble? —Era ella quien había estado a punto de hacerme perder mi trabajo esa mañana, y ahora se comportaba como una víctima, mirándome como si fuera yo quien se había pasado de la raya.

—¡Sí, tú! —gritó, exasperada—. ¿Has terminado ya de acusarme?

—No te estoy acusando. Por Dios, Natasha, ¿por qué no puedes…?

Ella se acercó un paso, con la cara levantada para mirarme a los ojos. Unos centímetros más, y podría sentir el movimiento de su pecho junto al mío. Mis ojos, mis malditos ojos traicioneros, bajaron a sus labios. A pesar de toda mi rabia, una parte de mí estaba deseando abrazarla y descargar mi frustración en un beso

apasionado que nos haría perder la cabeza. Pero eso ya no era posible, no después de lo que ella había hecho.

—Si pudieras callarte la boca durante un maldito segundo y escucharme —empezó ella, mirándome de un modo que me cabreó aún más—, te habría contado que fue tu madre quien se puso en contacto conmigo a través de 1stDibs.com.

—Me importa una mierda cómo se pusiera en contacto contigo.

—También me dijo que estaba preocupada por ti —continuó sin hacerme caso—, y que no sabía por qué le habías retirado la palabra.

—Eso es una puta mentira.

—¡Pero yo no lo sabía! —exclamó ella—. Nunca me contaste lo que pasaba, así que yo solo vi a una madre desesperada por conectar con su hijo.

Ah, ¿así que la culpa era mía, por no haberle contado hasta qué punto mi vida familiar era un absoluto desastre? Eso no era asunto suyo; lo que debía haber hecho era aceptar que no iba a hablar con mis padres a menos que fuera absolutamente necesario. ¿Por qué tenía que intentar meterse donde nadie la había llamado?

—Me insistió tanto que acabé por quedar con ella —continuó—. Intenté darle alguna excusa para explicar por qué no te habías puesto en contacto con ella.

—Eso no es responsabilidad tuya.

—Ahora ya lo sé, pero en aquel momento, solo vi una oportunidad de arreglar la relación entre tu madre y tú. Ya sabes lo que yo daría por tener una familia. No quería que perdieras la oportunidad de recuperar la tuya, tú que no has perdido a tus padres para siempre.

Aquello apagó un poco las llamas de mi ira. Era cierto, yo sabía que la familia era muy importante para ella, y la idea de que mi madre

hubiera aprovechado aquello como una debilidad no me parecía demasiado descabellado.

—Pensé que podría ayudar a que os reconciliarais —siguió diciendo Natasha—. Eso era lo único que buscaba. Así que, no, no te he *vendido*, ni he entregado secretos de la empresa por dinero, o lo que cojones sea que te has imaginado.

—¿Y *esto* también me lo estoy imaginando?

Señalé con un gesto el enorme golpe que tenía mi hermano en la cara. Aunque pudiera admitir que mi madre hubiera mentido acerca de pagar a Natasha por información, no estaba dispuesto a dejar pasar lo que le había ocurrido a Jimmy.

—No seas ridículo, Trent. —Natasha sacudió la cabeza y me miró con desdén—. El hecho de que se te haya ocurrido semejante cosa resulta insultante. Cuando Jimmy se ha enterado de lo que le ha pasado a la abuela Dee, ha intentado llegar a la ciudad haciendo autoestop, pero le han robado y, de paso, le han dado una paliza.

Se me hizo un nudo en la garganta al escuchar aquello, y me volví a mirar a mi hermano. ¿Pero qué cojones…?

—Le han dejado tirado en una cuneta, y me ha llamado para que le ayudara —siguió explicando Natasha—. He pedido prestado el coche de mis vecinos para ir a buscarle y le he traído hasta aquí. —Abrió los brazos en un gesto desamparado—. Así que ya lo sabes todo, ¿vale? Tal y como ha ocurrido de verdad. Jamás te he traicionado, Trent, pero tú sí que me has traicionado a mí. Te has tragado una sarta de mentiras, y ni siquiera te has molestado en preguntarme por mi versión de la historia.

Con un esfuerzo por controlarme, conseguí evitar hacer una mueca cuando sus palabras dieron en el clavo.

—Has asumido lo peor de mí —continuó Natasha, dando un paso atrás—, y has utilizado eso como excusa para arruinar mi vida. Por segunda vez.

—Yo no he arruinado nada.

—Has hecho que me despidan dos veces, Trent. Y, sí, puede que el trabajo en la cafetería no fuera el mejor del mundo, pero en Saunders… He sido… muy feliz. —Me miró con ojos cargados de pena—. Esta mañana, tenía un trabajo que me encantaba y a un hombre… Bueno, un hombre que pensaba que se preocupaba por mí, al menos. Y ahora no tengo nada. Me lo has quitado todo, de golpe. Yo confiaba en ti, y es como si hubieras hundido el suelo bajo mis pies —No pude evitar recordar las historias que me había contado, sobre perder a sus padres y a su ex—. Así que, como he dicho antes, puedes olvidarte de mí para siempre. Y esta vez, no voy a volver.

Tras decir eso, Natasha volvió a subir a su coche prestado y se marchó.

Me quedé mirándola hasta que salió del aparcamiento, agotado como si acabara de correr una maratón. Cuando miré a Jimmy, vi algo que no le había visto hacer nunca: estaba sacudiendo la cabeza y me miraba con expresión desilusionada, como si, por primera vez en la vida, yo le hubiera decepcionado.

25

NATASHA

—¡Déjame en paz! —protesté, mientras los golpes incesantes en mi puerta de entrada continuaban sin descanso.

Sonaba como si un rebaño de búfalos estuviera intentando entrar. Stacy era mucho más fuerte de lo que parecía.

—No pienso marcharme —gritó desde el otro lado de la puerta.

Me dejé caer de nuevo en el sofá y me tapé la cara con un cojín, esperando que eso ahogara el ruido, aunque sin éxito. Ella llevaba cinco minutos aporreando la puerta, y yo ya no sabía si el martilleo que sentía en la cabeza se debía a mi propio corazón o a los golpes continuos.

—¡Venga, Tasha!

—¡No! —respondí.

—¡*Natashaaaaaaaa*!

—Ay, ¡por Dios!

Me puse en pie, envuelta en el edredón como si fuera a enfrentarme a una tormenta de invierno. Notaba en los ojos los pegotes

pegajosos de máscara de pestañas, que se me había corrido de tanto llorar, pero no me importaba lo bastante como para intentar limpiarme. Me dirigí hasta la puerta tambaleándome y levantando un poco el edredón para no tropezar con él.

—¿Qué quieres, Stacy?

—Que no te lamentes sola. En estos momentos, necesitas a una amiga que te acompañe.

Puse los ojos en blanco. Lo que necesitaba en realidad era estar sola para sufrir mi pena con tranquilidad, hecha un ovillo en el sofá. Eso era algo que se me daba muy bien.

—¡Necesitas hablar con alguien! —insistió Stacy—. Alguien con quien desahogarte y a quien llorar, y esa soy yo. Déjame entrar.

—No quiero hablar de ello. —Ya me había costado bastante enviarle un mensaje de texto para avisarle de lo ocurrido, como para revivir en detalle todas las cosas horribles que había dicho Trent.

—¿Y me vas a dejar aquí fuera? —dijo Stacy, cambiando de táctica —. Hace frío, y me estoy helando hasta los huesos, Natasha.

Miré por la mirilla y vi que no llevaba abrigo. Pero si casi estábamos en noviembre, caray. ¿Qué tendrían ella y Jimmy contra los abrigos?

—Me consta que tienes un apartamento muy agradable y con calefacción al que puedes volver —le dije—. No tienes por qué estar ahí, pasando frío.

Stacy volvió a aporrear la puerta, lo que me hizo dar un salto del susto.

—Déjame entrar —insistió—. No pienso irme.

—Stacy…

—Si no lo haces, llamaré a la policía para que hagan una visita de comprobación.

—No te atreverás —dije, mirando de nuevo por la mirilla.

Stacy se puso los brazos en las caderas.

—¡Ponme a prueba!

Parecía decirlo en serio. Quité la cerradura de la puerta y la abrí un poco, pero puse un pie detrás para evitar que Stacy la abriera del todo y entrara. Pareció fastidiada por no poder pasar.

—Eres muy pesada, ¿lo sabías?

—Gracias —dijo—. Mi esfuerzo me cuesta. Ahora, apártate.

—Mira, eres mi mejor amiga y te quiero —dije sin ceder—, pero ahora mismo no puedo con tu optimismo enloquecido.

—Vale, pues me contendré un poco.

Eso me hizo soltar una risilla, a pesar de lo mal que me sentía.

—No sé si serás capaz, pero lo digo en serio, Stace. No quiero oír que todo va a ir bien, ni que era necesario pasar por esto para hacer sitio en mi vida para algo mejor, ni ninguna otra mierda motivadora que se te ocurra, ¿de acuerdo? Hoy no puedo con nada de eso; así que, si solo has venido a decirme que las cosas van a ir mejor en adelante, hazme el favor de ahorrártelo.

Durante un segundo, Stacy pareció a punto de llorar, pero se contuvo.

—He venido a decirte lo que necesitas oír en este momento, sea lo que sea.

—De acuerdo. —Abrí la puerta del todo para que entrara, y ella se acercó a mí con los brazos abiertos.

—No, no me abraces —dije para prevenirla.

—Tampoco es que vayas a reventar si te abrazo —dijo Stacy, avanzando a grandes pasos con un chal de flores ondeando detrás

de ella—. Y, por cierto, estás horrible.

—Gracias —murmuré, siguiéndola al sofá—. Me siento horrible.

—Llorar la deja a una hecha polvo, ¿eh?

Me desenredó uno de los rizos y lo puso detrás de mi oreja. Yo asentí en respuesta a su comentario.

—No me puedo creer que te haya hecho esto —suspiró Stacy.

—Yo sí —dije, mordiendo las palabras, porque debería haberlo visto venir, como si fuera un tren a toda marcha—. Trent me dijo que no tiene relaciones. ¿Por qué pensé que yo sería diferente?

—Yo os he visto juntos. *Era* diferente —insistió Stacy.

—No, solo era cuestión de tiempo que todo se viniera abajo —dije mientras sacudía la cabeza—. Es solo que esperaba que no ocurriera, porque yo solo estaba intentando hacer algo bueno por él. Soy una idiota.

—Él nunca te mereció, Tash. —Stacy me cogió las manos y apretó un poco—. Puedo matarlo por ti. De hecho, lo mataré por ti.

Conseguí esbozar una sonrisa. Tal vez no le daba bastante crédito a Stacy. Sí, en muchos aspectos, era mejor no depender de nadie más que de mí misma y, desde luego, era mucho más seguro. Sin embargo, aquí estaba mi amiga, pegada a mí como una lapa, entrometiéndose en mi vida y decidida a no permitir que me enfrentara a aquella ruptura yo sola.

—No sé lo que pensará Dominic de todo esto, pero no quiero estropear tu relación con él.

—No tenemos que decírselo, puedo guardar el secreto.

Por alguna razón, aquello me llegó al alma, y noté que desaparecía algo de la presión que sentía detrás de los ojos, porque se me escaparon algunas lágrimas.

—Oh, Natasha —dijo Stacy en voz baja.

—Estoy bien —dije, limpiándome los ojos.

—No lo estás. Ven aquí —dijo ella.

Me abrazó y, esta vez, no me opuse. Cuanto más fuerte me apretaba, más lágrimas rodaban por mis mejillas, hasta que me eché a llorar con ganas sobre su hombro. Nos dejamos caer en el sofá, abrazadas, mientras yo le manchaba de lágrimas su bonita blusa.

—Esto es una mierda —susurró, frotándome la espalda—. Lo siento mucho.

—Era muy feliz —conseguí decir entre sollozos—. Ayer mismo, era superfeliz. Estoy enfadadísima con él, porque me había hecho feliz y ahora me lo ha quitado todo.

—Bien. Tienes que estar enfadada con él —dijo Stacy.

Me aparté un poco y me sequé la cara con una esquina del edredón.

—Y no solo lo he perdido a él, sino también mi trabajo, mi equipo, y no tener que preocuparme por si no me daba para pagar el alquiler. Y a la abuela Dee, sus amigos, ¡*todo*! En solo unos segundos, ha hecho que desaparezca todo, y me odio a mí misma, porque me había acostumbrado a tenerlo, porque creí que podría haberlo conservado.

Si alguien podía comprender cómo me sentía, esa era Stacy. Ella se había enamorado de Dominic muy rápido, y yo esperaba, con toda sinceridad, que las cosas le fueran mejor con él de lo que me habían ido a mí.

—Me da la sensación de que ya no me queda nada —añadí.

—Me tienes a mí —observó Stacy.

—¿Y si te pasa algo?

—Pues volveré como un fantasma y hechizaré mis vestidos para que te hagan compañía —dijo, dándome unas palmaditas en la pierna—. Serás conocida en todo el mundo como la chica rara que hace muebles y a la que le sigue un vestido de noche sin nadie dentro a todas partes.

Aquella idea era tan tonta que me hizo reír un poco.

—Te dije que no intentaras animarme.

—No lo hago —se defendió—. Solo intento asegurarte que no voy a irme a ningún sitio. Ni esta noche ni ninguna otra, así que te propongo que nos pongamos cómodas. Podríamos ver una película para distraernos. Pero nada de comedias románticas. Tal vez algo de Michael Bay, con mucha acción, persecuciones, coches que explotan, y todo eso.

Emití un murmullo, porque la idea no me entusiasmaba.

—O… Podemos ir a tu taller y canalizar toda esa energía en tu trabajo —sugirió, pero yo me limité a negar con la cabeza—. Bueno, vale. La otra opción es quedarnos aquí sentadas un rato y estar tristes.

—Lo cierto es que solo quiero sentarme y estar triste —admití—. Al menos, ahora mismo. Ya me pondré en marcha mañana.

—Eso tiene sentido —dijo Stacy—. Pero entonces, deberíamos comer algo.

—Eso ya me gusta más.

—¿Pizza? —sugirió ella.

—Solo si es la más grasienta y con más queso de la ciudad.

—Por supuesto. Necesitarás un montón de calorías para alimentar toda esa pena. —Stacy se inclinó hacia mí y me volvió a abrazar—. Marchando una por los corazones rotos y los hombres que dan asco, y porque vamos a quemar el mundo.

26

TRENT

Nos habíamos trasladado de la sala de espera principal a una más pequeña en la planta de cardiología, porque habían subido allí a Dee cuando salió de urgencias. No me gustaban nada las esperas en los hospitales, porque me recordaba la cantidad de horas que había pasado en uno con mi abuelo Davis, durante todo su tratamiento y, después, cuando le hicimos compañía hasta que falleció.

Hacía demasiado calor, las sillas estaban demasiado duras, y los chicos no dejaban de lanzarme miradas preocupadas cada pocos segundos, mientras esperábamos a que el doctor que trataba a mi abuela viniera a darnos noticias. Lo peor de todo era que podía sentir el peso de la mirada de Jimmy sobre mí desde el otro lado de la sala. Cada vez que levantaba la vista, él apartaba la suya con rapidez, pero su ceño fruncido delataba lo irritado que estaba.

—Eh —susurré a Aiden, que estaba desparramado en la silla junto a la mía—. Voy a hablar con Jimmy. ¿Me avisarás si viene el médico?

—Claro. ¿Dónde vais a estar? —dijo él, incorporándose.

—En el pasillo —dije, señalando con un gesto de la cabeza—. No nos alejaremos.

Me puse en pie y, en cuanto Jimmy me miró, le devolví la mirada y señalé la puerta con un gesto de la cabeza. Él se puso en pie y pasó por mi lado como un adolescente enfurruñado. Inspiré hondo y me recordé que todavía era un adolescente, uno que tenía a su abuela en el hospital, su cartera solo Dios sabía dónde, y una mejilla hinchada hasta el doble de su tamaño, así que, tal vez, tenía motivos para estar un poco enfurruñado. Sin embargo, también parecía estar agobiado por algo, y yo no quería dejarlo pasar. Guardarse lo que le molestaba no serviría para nada.

Al final, resultó que no había hecho falta que me preocupara porque se sincerase conmigo. Tan pronto como salimos por una puerta automática de cristal y esta se cerró detrás de nosotros, él me miró con toda la ira reflejada en la cara.

—¿Qué problema tienes, tío?

—Vale, cálmate un poco —pedí—. Ni siquiera sé a qué diablos te refieres.

—¡Me refiero a Natasha! —dijo él, levantando la voz—. ¡Lo estás arruinando todo!

Noté que me empezaba a irritar yo también.

—No sabes lo que dices —gruñí, a la defensiva.

—Sí que lo sé. Natasha me contó lo que pasó entre vosotros, mientras veníamos hacia aquí. Y eso fue después de venir a recogerme a no sé dónde —añadió con más énfasis.

Apreté los dientes. Estaba agradecido de que hubiera ayudado a mi hermano en aquella situación y le debía una, pero no tenía tiempo de considerar el estado de mi relación, o falta de ella, con Natasha.

—Mira, Jimmy. Eres joven, y no entiendes bien todo lo que está pasando ahora mismo. Pero, en este momento, me tengo que centrar en la abuela. No tengo tiempo para hacerme cargo de toda esta situación con Natasha.

—Pues encuéntralo —espetó Jimmy, sorprendiéndome—. Y sí, puede que sea joven, pero no soy imbécil, Trent. Tengo ojos y oídos, y sé que has tratado a Natasha como una mierda.

—Tampoco es que ella haya sido una santa —murmuré.

—¡Ella te ha explicado por qué lo hizo! —gritó él—. ¡No quería hacerte daño a propósito! ¿Cómo has podido pensar eso de ella? ¿Qué te pasa?

—Bueno, ¿y qué cojones se suponía que tenía que pensar? —protesté—. Mamá tenía información que solo conocía Natasha, y ella nunca me dijo que se hubiera reunido con mamá.

—Se suponía que tenías que darte cuenta de que te estabas precipitando en tus conclusiones, como un imbécil.

—Lo hizo todo a mis espaldas, Jimmy —expliqué, molesto.

—¡Estaba intentando ayudarte! Y tú te has puesto como si hubiera matado a tu perro, o algo así.

Sacudí la cabeza. Aquello empezaba a ser ridículo.

—Bueno, puede que me pasara un poco…

—¡Mucho!

—… mucho con lo que le dije.

Jimmy me miró con suspicacia y cruzó los brazos.

—No me digas.

—¿Y qué esperaba que hiciera?

—¿Qué esperabas tú? —replicó él—. ¿Por qué asumiste inmediatamente que había intentado venderte?

—Porque eso es lo que hace todo el mundo. —Lo sabía muy bien, ya había pasado por situaciones similares con mis padres y mis exnovias—. La gente siempre busca el modo de conseguir algo,

sacar algún beneficio o pisotear a alguien para conseguir lo que quieren.

—¿Y *todo* el mundo es así, según tú? —preguntó Jimmy.

—¡Sí!

—¿Así que yo también hago eso? —preguntó—. ¿Y Paul? ¿Dominic? ¿Vincent? ¿Aiden? Ya sabes, esos tíos que están ahora en la sala de espera para acompañarte en este momento. ¿Y la abuela, ella también usa a la gente?

Fui a responder, pero no encontré las palabras; se me atascaron en la garganta.

—Y, oye, yo no me acuerdo del abuelo Davis, pero si lo que dices es verdad, supongo que él también iría por ahí vendiendo a la gente.

No conseguí articular palabra. El pecho me dolía al recordar al abuelo Davis, pero Jimmy siguió hablando.

—¡Tú sabes que todo eso no es más que un montón de mierda! Por supuesto que el abuelo Davis no era así, él era buena persona. Como tus amigos, y como yo… Más o menos. Últimamente no soy muy útil como hermano, pero me gusta pensar que soy una buena persona.

—Y lo eres —le aseguré—. Eres muy decente.

—Genial —dijo él—. Así que estamos de acuerdo en que hay gente buena en el mundo. Gente en la que se puede confiar, y de la que no tienes que preocuparte por que te traicionen.

—Lo has dejado claro —gruñí, con los brazos cruzados.

—No, aún no he terminado —dijo, y se acercó hasta plantarse delante de mi cara para mirarme a los ojos. En los suyos, la irritación que había sentido hasta hacía un momento desapareció, reemplazada por aquella decepción que había visto antes—. Natasha era una de esas buenas personas, y tú vas y lo echas todo a perder.

Sus palabras estaban cargadas de verdad, y no me hizo ninguna gracia.

—Entonces, ¿crees que soy una mala persona?

Jimmy se apartó de mí, entristecido.

—No creo que seas una mala persona, Trent, pero creo que eres bastante imbécil. Tenías algo fantástico y te lo has cargado. Y no tengo ni idea de si vas a poder arreglarlo.

27

NATASHA

—¡Ahí está bien, chicos! —grité—. Aparcad justo ahí.

Señalé un punto delante de la casa de Dee en Jamesport, como indicación para el pequeño camión de Mudanzas Gable que había llegado hasta allí. El conductor asintió, subió su ventanilla y aparcó en un lateral de la casa.

Me volví a mirar al edificio, observando cómo mi aliento se helaba en el frío aire de noviembre. Después de todo lo ocurrido, no podía creer que me encontrara allí otra vez.

—Necesito una firma aquí —dijo el conductor, que se había acercado a donde yo estaba con una tablilla sujetapapeles.

Su compañero había abierto la puerta trasera del camión, para revelar lo único que había dentro: una librería de madera de roble con puertas de cristal reciclado, baldas ajustables y detalles de bronce cepillado. Era la primera del conjunto de tres piezas que había hecho para Dee, y la única que había terminado por el momento. Cuando Jimmy me había dicho que su abuela se encontraba mejor y le habían dado el alta en el hospital, se me ocurrió entregar la librería como regalo de bienvenida de vuelta a casa.

Me quité los guantes y firmé al final de la página que me había presentado el conductor.

—Y otra firma aquí —dijo, señalando un espacio en la segunda página—. Luego me tiene que firmar la cláusula de daños, pero esa la dejamos hasta que el mueble esté en su sitio.

—Perfecto. Voy a llamar para que nos abran, solo será un momento.

Me apresuré a subir los peldaños hasta la puerta principal y llamé antes de acobardarme. Cuando había terminado la estantería unos días antes, organizar la entrega me había parecido una idea estupenda; pero al encontrarme allí, ante la puerta principal, ya no estaba tan segura de mi plan. Sin embargo, ya había pagado a la empresa de mudanzas para que entregaran y descargaran la librería, así que me encontraba en una situación de esas en las que debía decidir si era ahora o nunca.

Volví a llamar a la puerta, molesta conmigo misma por no haber previsto qué hacer si no contestaban. No se me había ocurrido que Dee pudiera no estar en casa cuando llegara, aunque era evidente que podía haber tenido cualquier tipo de cita de revisión después de su estancia en el hospital. O, tal vez, había ido a la oficina a comer con Trent. Suponía que podría pedir a los de la mudanza que descargaran en el porche, y seguro que Dee podría llamar a sus chicos perdidos para que llevaran la librería al interior de la casa más tarde. Aunque no me hacía gracia la idea de dejarla a la intemperie, no me quedaría otra opción si no había nadie en casa.

—¿Va todo bien? —preguntó uno de los hombres de la mudanza.

Estaba a punto de contestar, cuando la puerta se abrió, para mostrar a la enfermera de Dee al otro lado.

—Hola.

—Oh, ¡hola! Siento muchísimo la molestia. Eres Sofía, ¿verdad? Nos vimos un momento el primer día que vine a conocer a Dee —expliqué con una sonrisa—. Soy…

—Natasha —dijo ella, abriendo la puerta del todo—. Sí, me acuerdo de ti.

Mantuvo la voz en un cuidadoso tono neutro, que me hizo preguntarme qué habría oído sobre mí y la forma en que Trent y yo habíamos terminado.

—No sabía que Dee te estaba esperando hoy —continuó ella.

—Lo cierto es que no me esperaba —dije, con una risilla insegura—. Es una especie de sorpresa, para darle la bienvenida a casa.

Sofía se fijó entonces en los hombres que transportaban la estantería a la casa sobre una plataforma rodante, y su cara se iluminó con una sonrisa, que yo le devolví muy aliviada.

—Le va a encantar —me aseguró Sofía—. Pasa.

—Gracias —dije, y entré en la casa, agradecida por la calefacción que mantenía el ambiente caldeado.

—Dee está terminando de desayunar. Voy a decirle que estás aquí.

Asentí y, mientras Sofía corría a avisar a Dee, me volví para esperar a los de las mudanzas. Cuando llegaron al porche y empezaron a subir los escalones con el mueble, contuve la respiración. Estaba bastante segura de la calidad de mi trabajo, pero no pude evitar una mueca al observar que los escalones estaban resbaladizos. Me sentiría mucho mejor cuando la estantería estuviera en el interior, sin que se hubiera roto ninguno de los cristales.

—Aquí dentro —dije, indicando a los hombres la dirección del salón.

Cuando dejaron la estantería en el suelo, hice una comprobación rápida para asegurarme de que no se había dañado durante el trayecto. Sacarla de mi taller ya me había costado bastante, era como separarme de un hijo: pero, aunque a una parte de mí le daba pena separarse de mi obra, me alegraba ver que había llegado intacta.

—Todo bien —dije—. Solo falta preguntar a la propietaria dónde quiere que la pongamos.

El conductor asintió.

—Nosotros vamos a guardar la plataforma y cerrar el camión. Luego volveremos para llevarla a su sitio y firmar la entrega definitiva.

—Gracias —dije.

Estaba muy agradecida por todas las precauciones que habían tomado. Cuando terminaran, me aseguraría de darles una buena propina, y volvería a llamarles cuando los demás muebles estuvieran listos para la entrega.

Cuando se marcharon, entré en la casa y cerré la puerta.

—¿Qué pasa? —La voz de Dee me llegó desde algún lugar del pasillo.

—Ven a verlo tú misma —dijo Sofía, que la acompañaba.

Sofía fue la primera en aparecer por la puerta, y me dirigió un guiño con una sonrisa cuando me vio. Al poco, Dee entró en la habitación, vestida con un jersey negro de cuello alto, sus perlas de siempre y llevando la bombona de oxígeno tras de sí. Me pareció algo más apagada que la última vez que la había visto: más pálida, lenta y con las manos temblorosas; sin embargo, su cara se iluminó con una gran sonrisa cuando me vio.

—¡Natasha! —exclamó sorprendida—. Te había echado de menos. —Dee abrió los brazos y yo me acerqué a ella para darle un abrazo, que me devolvió con más fuerza de la que había esperado—. ¡Me alegro mucho de verte, cariño!

El corazón se me encogió en el pecho ante su cálida bienvenida.

—Yo también me alegro de verte —dije, apartándome—. Jimmy dijo que te encontrabas algo mejor.

—Estoy perfectamente —canturreó ella.

Sofía la miró de reojo y Dee resopló fastidiada.

—Bueno, puede que no esté perfecta del todo, pero verte me ha animado mucho.

—Y espero que esto te anime un poco más —dije, apartándome para que pudiera ver bien la estantería.

Dee soltó un respingo.

—Pero ¿qué es esto?

—Un pequeño regalo de bienvenida a casa —expliqué.

Dee se puso las gafas que llevaba colgadas del cuello para inspeccionar mejor la estantería, mientras los nervios me retorcían el estómago. Una parte de mí aún no se creía que me hubiera atrevido a diseñar un mueble para Deana Saunders.

—Oh, ¡cielos! —se admiró Dee al acercarse al mueble, siempre con la botella de oxígeno tras ella, mientras inspeccionaba cada centímetro.

—¿No es preciosa? —dijo, volviéndose a Sofía, que la seguía para asegurarse de que no tropezara con el tubo del oxígeno.

—Maravillosa —confirmó Sofía—. Me encantan las puertas.

—¿Esto es de la iglesia? —preguntó Dee mientras deslizaba los dedos por el cristal de colores que las adornaban.

—Sí, y aún me queda bastante, así que me aseguraré de que las otras piezas combinen con esta.

Los transportistas llamaron entonces a la puerta y, cuando entraron, uno de ellos asomó la cabeza por la puerta del salón.

—¿Ya sabe dónde la quiere, señora? —preguntó.

Dee dio unas palmadas.

—En la biblioteca, por favor. Apoyada contra la pared del fondo. Hay un hueco en el que encajará muy bien.

—Yo se lo indico —ofreció Sofía, que se dirigió a mostrarles a dónde ir, mientras yo me quedaba para acompañar a Dee hasta allí.

Nos dirigimos a la biblioteca despacio, porque Dee se quedaba sin aliento en las escaleras. Para cuando llegamos, tuvo que detenerse y apoyarse en el marco de la puerta.

—¿Le parece bien aquí? —preguntó el conductor.

—Perfecto —dijo Dee, tras una larga inspiración—. Es maravillosa.

—Muy bien, chicos. Gracias —dije.

Firmé el último de los documentos y les di su propina. Sofía los acompañó a la puerta.

—Tienes muchísimo talento —dijo Dee cuando nos quedamos a solas —. La atención al detalle… Lo digo en serio, Natasha. Solo he conocido a un puñado de diseñadores a lo largo de mi carrera que me hayan impresionado tanto como tú. —Me tomó una mano y apretó un poco.

—Gracias, Dee. Eso significa mucho para mí.

Lo dije muy en serio. Intenté sonreírle y disfrutar de la alabanza, pero lo cierto era que solo el hecho de estar en su casa me había hecho recordar todos mis sentimientos, y me estaba costando mucho dejar de pensar en lo que había perdido. Por suerte, Dee no pareció darse cuenta, y me pasó un brazo por la cintura para apoyarse en mí.

—Muchas gracias por venir hoy.

—De nada —dije, justo cuando Sofía volvía a entrar para ayudar a Dee a sentarse en un sillón—. No estoy segura de cuándo terminaré las otras piezas, pero pediré a Jimmy que te avise para organizar la entrega.

—Siento mucho que las cosas hayan terminado de ese modo, Natasha —dijo Dee tras un largo suspiro.

—No pasa nada —respondí a media voz—. No hace falta hablar de ello.

—No estoy segura de qué decirte, de todos modos —dijo ella, en un tono que sonó a una disculpa genuina—. Trent ha sido un idiota al tratarte así.

Me mordí el labio, pues no podía quejarme de Trent ante su propia abuela. Además, tampoco quería aumentar su preocupación, puesto que ya tenía bastantes problemas.

—Todos cometemos errores —dije con precaución.

Ya está, perfecto. Podía dejarlo estar así.

—No voy a intentar disculparle —dijo Dee.

Hice una mueca y lancé una mirada rápida a Sofía. Al parecer, no íbamos a dejarlo estar, después de todo. Sofía se encogió de hombros, como diciendo: «*Tú déjala hablar*».

—No se puede disculpar lo que te ha hecho —continuó Dee, dándome unas palmadas en la mano—. Supongo que estoy… desilusionada por no haber podido enseñarle a tener esperanza.

—No creo que sea culpa tuya, Dee.

Trent era un hombre adulto, y había tomado una decisión. Las cosas a veces no funcionan como esperamos, por mucho que uno lo desee.

—Pero sí lo es —dijo Dee—. Trent siempre tuvo que llevar una carga muy pesada, mucho más que la mayoría de la gente. Es fácil ver por qué recurre al pesimismo, y por qué siempre asume lo peor de la gente. Tuvo que enfrentarse a ello con mucha más frecuencia de la que debería soportar un niño. —Me miró a los ojos—. No sé qué es

lo que te ha contado, pero el ambiente en el que creció nunca fue un hogar.

—Jimmy me ha contado algunas cosas —admití.

—Davis y yo hicimos lo que pudimos para ocuparnos de ellos, pero no pudimos reemplazar a sus padres por completo, sobre todo después de que Davis enfermara y muriera.

Teniendo en cuenta que había dicho que no iba a disculpar a Trent, las palabras de Dee se parecían bastante a una disculpa y, sin embargo, la última parte me llegó al alma. No podía contar el número de veces que yo había deseado que alguien llenara el vacío que habían dejado mis padres al morir, sabiendo que era imposible reemplazarlos. Dee había hecho lo que pudo para ayudar a Trent, pero eso nunca sustituyó el amor que no había recibido de sus padres, ni borró los recuerdos de las discusiones a gritos o los silencios tóxicos.

—Tiene miedo —continuó—. Teme fiarse de alguien lo bastante como para permitirle acercarse demasiado, preocuparse por ellos y arriesgarse a perderlo todo. Por su bien, espero que se dé cuenta de eso cuanto antes, porque tener miedo no es razón para negarse a vivir, y a amar. —Dee se enderezó un poco en su asiento—. Y, por ese motivo, he tomado una decisión.

Sus palabras me sorprendieron. ¿A qué decisión se refería?

—Ah, ¿sí? —Miré a Sofía, que estaba conteniendo una sonrisa.

Dee inspiró hondo y me miró con decisión.

—Eres la primera persona a la que se lo digo. He decidido aceptar el tratamiento, después de todo. Me voy a operar.

—¡Dee! —dije, acercándome a ella para darle un breve abrazo—. ¡Es una noticia maravillosa! Sabía lo mucho que Trent había esperado que se operase. Aquella decisión significaría mucho para él, para Jimmy, y el resto de los chicos perdidos y sus familias.

—No sé si sobreviviré —continuó Dee, resuelta—, pero supongo que nadie puede saber cuánto tiempo le queda. Y si esta operación puede ayudar… Si me permite pasar más tiempo con las personas a las que quiero, entonces debo intentarlo.

—Eres muy valiente —dije.

—Creo que, más bien, soy avariciosa —rio ella—. He vivido muchos años, pero aún hay muchas cosas que quiero ver y hacer. Cosas que aprender. —Hizo una pausa y suspiró—. Sé que la operación puede no salir bien, los médicos me han avisado, pero creo que merece la pena intentarlo. No voy a rendirme todavía.

—No pareces la clase de persona que se rendiría —dije.

—Y tú no te rindas tampoco, cariño —susurró Dee—. Sé que pueden pasar cosas horribles que uno no se espera, y que hacen que el mundo se venga abajo, pero también pueden ocurrir cosas extraordinarias.

Cómo ansiaba creer en sus palabras.

Dee tendió una mano y me la puso en la mejilla.

—Estoy segura de que la vida aún te depara cosas maravillosas.

28

TRENT

Me detuve frente a la entrada del Hotel Luxe con las manos hundidas en los bolsillos a causa del frío. Tenía una reserva para comer en el restaurante, y nunca antes había deseado tanto poder cancelar un compromiso.

Mi teléfono vibró en un bolsillo y, al sacarlo, vi el nombre de Jimmy en la pantalla.

—Hola —contesté.

—Hola… ¿Has entrado ya?

—Aún no.

Todavía me estaba armando de valor. Siendo sincero, preferiría un mes entero de reuniones del consejo a entrar por esa puerta, pero también sabía que era la decisión correcta. Había llegado el momento.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —preguntó Jimmy.

—Estoy seguro.

Había vuelto de la feria de muestras High Point hacía unas semanas. El lanzamiento de la nueva colección sostenible y ecológica había ido muy bien, y las piezas que habíamos exhibido habían sido bien acogidas, de modo que recibimos un montón de pedidos por parte de compradores interesados. Alejarme también me había ofrecido el espacio y la perspectiva necesarios para asimilar lo ocurrido: la pelea con mi madre y la ruptura posterior con Natasha. Había dado un paso atrás, analizado los problemas de mis relaciones y decidido que debía empezar a solucionar todo aquel desastre, empezando con mis padres.

—Mira —dije a Jimmy—. Lo que yo haga no afecta a tu relación con ellos. Lo sabes, ¿no? Si lo prefieres, puedo dejarte al margen de todo, para que hagas lo que consideres oportuno. Yo seguiré apoyándote, pase lo que pase.

—Lo sé, pero no es eso —dijo él—. Sigo queriendo que hables por los dos.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Es solo que, por una vez, me gustaría tener la oportunidad de ser yo quien te apoye. Ya sé que eres un tío muy viejo…

—Eh, no te pases —reí—. Ya te recordaré esto cuando cumplas los treinta.

—Lo digo en serio, Trent. Me hubiera gustado que me dejaras ir contigo —resopló Jimmy—. Hay muchas cosas que me superan, pero creo que habría podido enfrentarme a ellos.

—Ya puedes con todo lo importante. Tú céntrate en la universidad estas próximas semanas, ¿de acuerdo? El mes que viene harás tus exámenes finales y serás libre. Luego volverás a casa para Navidad y, si es necesario, podemos tomarnos un tiempo.

—¿Y si cateo los exámenes? —suspiró Jimmy.

—Pues los cateas. —Me aseguré de mantener un tono relajado, para darle la seguridad de que nos enfrentaríamos juntos a lo que fuera necesario—. Ya decidiremos lo que sea mejor para ti.

—De acuerdo. Gracias, Trent.

—De nada, Jimmy. Ya sabes que me tienes para lo que necesites.

—Lo sé. Bueno, llámame luego y me cuentas cómo ha ido.

—Lo haré. Anda, ve a estudiar.

Colgué el teléfono, atravesé la puerta giratoria y entré en el elegante vestíbulo del Luxe antes de cambiar de opinión. Había elegido aquel hotel nuevo en el centro de la ciudad porque no tenía ninguna relación con nuestro negocio, nuestra familia o el divorcio. No habíamos celebrado allí ningún aniversario o cumpleaños, ni ninguna reunión de trabajo. Por lo que a mí se refería, era terreno neutral, justo lo que necesitaba.

Dicho eso, tampoco estaba seguro de que mis padres fuera a acudir. Ninguno de los dos había respondido a los mensajes que les había enviado Pam para invitarles, aunque, considerando los esfuerzos que habían hecho los dos por ponerse en contacto conmigo, era difícil creer que no vinieran. Sin embargo, me había cansado de tratar de entenderlos o anticipar sus reacciones. Si aparecían, genial, porque había algo que tenía que decirles y quería que lo escucharan. Si optaban por dejarme tirado, recibirían la noticia por correo electrónico al día siguiente.

En cualquier caso, se habría terminado, de una vez por todas.

—Buenas tardes —saludó la recepcionista en la puerta del restaurante—. ¿Tiene una reserva?

—Sí, a nombre de Saunders —dije.

Había pedido a mi secretaria que pidiera una mesa apartada al hacer la reserva.

—Por aquí, por favor —dijo, acompañándome al interior.

El restaurante era elegante y de buen gusto, y estaba decorado con grandes lámparas de cristal y detalles de color negro.

—Gracias —dije al ver a mi madre sentada a una mesa y muy ocupada ignorando a mi padre, que estaba en la barra, tonteando con una camarera rubia.

—¡Trent! —llamó mi padre, levantando una mano para saludarme y sin soltar el vaso de whiskey que tenía en la otra.

Se acercó a la mesa y mi madre lo miró de un modo que dejó bien claro lo enfadada que ya estaba.

—¿Qué queréis beber? —preguntó mi padre.

—Yo, nada —dije, con un gesto de la mano.

Nos sentamos los dos a la mesa. Caray, hacía siglos que no me sentaba a la mesa con mis padres. Lo más cerca que habíamos estado de sentarnos juntos era en las reuniones del consejo de administración, pero, en esas, siempre nos manteníamos lo más apartados posible. No me sentía nada cómodo, pero había aguantado cosas peores y, si todo iba bien, no duraría mucho.

—Gracias a los dos por venir —empecé.

—Sí, me ha encantado ese mensaje tan misterioso que has enviado —dijo mi madre—. ¿Ahora nos vas a decir que te estás muriendo?

Me pareció que me subía la tensión.

—Vamos, Lara, no seas así —dijo mi padre—. No nos fastidies la comida.

—Yo creo que se ha fastidiado en cuanto has aparecido tú —dijo ella, antes de beber un poco de vino.

—Dios, los dos sois insoportables —murmuré, y dos pares de ojos se volvieron a mirarme—. Veréis, os he pedido que vengáis hoy

porque… Bueno, siendo sincero, últimamente he cometido algunos errores.

—¡Pues como todos! —dijo mi padre con una carcajada, y me dio una palmada en el hombro, pero yo hice un gesto para apartarme.

—Bueno, la diferencia es que yo estoy tratando de arreglarlos.

Mi padre se limitó a resoplar y beber un trago de whiskey.

—He hecho daño a algunas personas que me importan —continué—, una de las cuales es muy importante para mí.

—Si nos has traído aquí para quejarte de lo de Natasha… —empezó mi madre, poniéndose en pie.

—Siéntate —le ordené, y aunque me miró irritada, hizo lo que le decía—. No he venido a quejarme, sino lo contrario. He venido a tomar el control de mi vida. Una parte de eso implica aceptar responsabilidad por las cosas que he hecho, y otra parte, rechazar la responsabilidad por cosas sobre las que nunca he tenido el control. Y la primera de las cosas que no he podido controlar es la forma en que los dos me habéis jodido.

—Eh, un momento ¡espera! —dijo mi padre, con una risotada con la que casi se atragantó—. ¿Qué demonios te he hecho yo?

—Anda, por favor —dijo mi madre, poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué es lo que *no* has hecho tú?

—Los dos sois responsables —dije—, por hacer que mi infancia fuera espantosa. ¿Tenéis la menor idea de lo tóxico que resultó crecer entre vuestras peleas, vuestra falta total de respeto mutuo y la forma en que os despreocupasteis por completo de Jimmy y de mí? ¿Se os ocurrió pensar alguna vez en la clase de ejemplo que me estabais dando? ¿En lo que estaba aprendiendo de vosotros?

—Lo que hicimos fue educarte para que fueras fuerte e independiente —dijo mi madre con frialdad.

—Me educasteis para que me cerrara a los demás y fuera desconfiado —repliqué—. Para que creyera que cualquier atención o afecto que recibiera tenía un precio, porque vosotros solo lo ofrecíais cuando queríais algo a cambio. Gracias a vosotros, me resulta imposible fiarme hasta de la gente que siempre ha sido honesta conmigo. —*Honesta hasta el final*, pensé, con una oleada de tristeza al pensar en todas las veces que Natasha había sido tremendamente franca conmigo—. Siempre estoy esperando que la gente me decepcione, porque eso es lo único que hicisteis vosotros dos.

—Escucha, hijo, nosotros no tenemos la culpa de que la hayas cagado —dijo mi padre—. Eso lo has hecho tú solo.

—Tienes razón, y ya estoy harto.

—¿Qué quieres decir con lo de que «estás harto»? —preguntó mi madre—. ¿No hemos pasado ya por esta fase contigo?

—Pues que no pienso dejar que me amarguéis más la vida —expliqué—. Ese ha sido mi gran error durante todos estos años, y es lo que más remordimientos me causa. Debería haber dejado de hablaros hace años, tanto por mi bien como por el de Jimmy.

—¿Qué quieres decir con lo de no hablarnos? —exigió mi madre.

—Sois mis padres, para lo bueno y para lo malo y, para que lo sepáis, ha habido bastante de malo. Pero eso no significa que deba seguir vuestros pasos, ni dejar que influyáis en la clase de persona que soy.

—Esto no tiene ningún sentido —dijo mi padre.

—Tiene todo el sentido del mundo —le corregí—, probablemente por primera vez en mi vida. A partir de ahora, no contaré con vosotros para nada.

Mis padres se miraron, compartiendo lo que imaginé que sería la primera mirada significativa que intercambiaban en, al menos, cinco años.

Me aclaré la garganta. Había ensayado mil veces lo que venía a continuación. Sabía que mis padres no eran más que unas alimañas insoportables, y era importante utilizar las palabras adecuadas.

—Voy a ser muy claro. Tenéis que dejar de llamarme, porque no os voy a contestar nunca. Tenéis que dejar de interferir en la empresa, porque no voy a permitirlo. Por lo que a mí respecta, mi relación con vosotros, o lo que quedaba de ella, ha terminado.

Mi madre se atragantó con el vino.

—Si estáis dispuestos a escucharme a *mí* por una vez, para variar, os sugeriría que olvidarais por un momento vuestra ira y vuestra amargura, porque solo sirve para envenenarlo todo. He visto su efecto tanto en mi vida como en la de Jimmy y, como nunca os molestáis en llamarle, quiero que sepáis que él y yo hemos hablado de todo esto. Cuando acabe el semestre, va a tomarse un año sabático para decidir lo que quiere hacer con su vida y, sea lo que sea, yo le apoyaré.

—«Sea lo que sea» —se burló mi madre—. ¿Es que va a dejar la universidad? Pues claro que lo hará. Ha pasado demasiado tiempo bajo tu influencia.

—Si ninguno de los dos estáis dispuestos a molestaros en apoyarle —dije, hablando a la vez que ella—, pues que así sea. Jimmy no necesita vuestro dinero ni ninguna otra cosa que creáis que le podéis ofrecer. Ya tiene gente que le quiere y en la que confía, y no va a seguir dejando que seáis vosotros quienes determinen lo que vale.

—Puedes dejar de hablarnos, o lo que quiera que creas que estás haciendo, pero nosotros te hemos hecho quien eres —dijo mi padre con desdén—. Eso no se puede cambiar.

—No, yo me he hecho a mí mismo —resoplé—. Con la ayuda de la familia que *yo* he elegido. Una familia que me ha ayudado y apoyado, a pesar de todo, y voy a seguir sus pasos e intentar ser feliz, para variar. Así que, ahora, voy a hacer algo que debería haber

hecho hace tiempo y establecer mis límites. —Me puse en pie—. Hoy es el día en el que me desprendo de todo mi rencor, y también de vosotros. Por lo que a mí respecta, esto es un adiós.

Me di la vuelta y me sentí más ligero de lo que me había sentido en años.

29

NATASHA

—¡Voy! —dije al oír el golpe en la puerta, justo cuando salía del baño.

Había tenido una entrevista aquella mañana en Cool Gourmet, una cafetería cercana que buscaba trabajadores temporales para las próximas fiestas, y había salido de allí oliendo a café y bollos, así que había ido directa a la ducha en cuanto había llegado a casa. Mis perspectivas en ese momento podían ser bastante lamentables, pero no quería oler a posos quemados. Volví a oír que llamaban a la puerta.

—Un momento —dije, apresurándome por el pasillo con el pelo envuelto en una toalla.

Sabía que no era Stacy quien llamaba, porque solía enviarme un mensaje antes de venir, pero, sobre todo, porque sus golpes eran mucho más desquiciados, y tampoco había escuchado su alarido habitual: ¡*Natashaaaaaa*!

Abrí la puerta de golpe y encontré en la puerta a un mensajero vestido con un chubasquero color naranja neón y gafas de ciclista.

—Hola —saludé.

Él miró el paquete que llevaba en las manos enguantadas y, después, a mí.

—¿Eres Natasha Dryer?

—Sí.

—Entonces, esto es para ti. —Me entregó un sobre marrón muy grueso.

—Gracias, y cuidado con los escalones —indiqué—. Están resbaladizos.

Aquella mañana había nevado un poco, aunque enseguida se había convertido en una lluvia helada, justo a tiempo para pillarme de camino a la entrevista. A veces odiaba el mes de noviembre, cuando el tiempo parecía indeciso y no llegaba a ser invernal del todo.

—Gracias —dijo él, subiendo a toda prisa en dirección a su bici—. ¡Que tengas un buen día!

—Tú también.

Volví a entrar en el ambiente caldeado de mi sótano y cerré la puerta tras de mí, preguntándome qué habría en el sobre. Aún era demasiado pronto para recibir felicitaciones navideñas, aunque tampoco es que recibiera muchas; además, a pesar de las horas que había pasado en internet las últimas noches, tratando de olvidar el agujero que Trent había dejado en mi vida, no recordaba haber comprado nada recientemente. Estaba intentando ahorrar todo lo que podía, porque los ahorros tenían que durarme hasta haber resuelto mi situación laboral.

Deslicé el dedo bajo la solapa del sobre para abrirlo, y un pequeño paquete envuelto en papel de burbujas cayó al suelo. Dentro había una llave plateada y una nota con una dirección.

—¿Pero qué narices…? —susurré para mis adentros. ¿Qué clase de gesto acosador era ese?

Cogí el teléfono y llamé a Stacy.

—Hola —contestó ella—. Estaba a punto de llamarte. Puede que consiga pronto una oportunidad fantástica para diseñar un vestuario y estoy tratando de no alucinar demasiado.

—Es genial, Stace. ¿Para quién?

—No te lo puedo decir, porque acabo de firmar un acuerdo de confidencialidad. No es que no me fíe de ti, pero ¡no quiero gafarlo! ¡*Aaah*! ¡Es en Broadway, nena! Bueno, ya, voy a respirar hondo. Estoy bien. Tú estás bien. Todo va bien.

—Me alegro muchísimo. Sabía que solo era cuestión de tiempo que te descubrieran en Broadway. Pero… Lo cierto es que no estoy muy segura de estar bien.

—Un momento. ¿Qué pasa?

—¿Has salido ya para ir al trabajo?

—No, estaba a punto de irme.

—¿Podrías pasarte por aquí un minuto?

—Sí, pero ¿por qué pareces tan nerviosa?

—Porque me ha pasado algo muy raro.

—¿Raro bueno, o raro malo?

Inspiré hondo, sin apartar la vista de la llave.

—La verdad es que no lo sé.

—¡*Oooooh*! De acuerdo —dijo ella—. Voy para allá ahora mismo. Llego enseguida.

Diez minutos después, Stacy y yo estábamos alrededor de la mesa de la cocina, mirando la llave y la nota con las cabezas muy juntas.

—Supongo que podría ser algún tipo de broma —propuse.

—¿De quién?

—No lo sé. Lo que no quiero es pensar que sea una trampa y alguien quiera acabar conmigo.

—Lo cierto es que parece uno de esos misterios que acaban en asesinato, no voy a mentirte. —Stacy cogió la llave—. Me pregunto si tendrá el ADN de tu futuro asesino.

Yo se la quité de la mano.

—No digas eso. Seguro que se han equivocado de dirección.

—Bueno, tu nombre estaba en el sobre, así que quien lo ha enviado debe conocerte. Y si consideramos las probabilidades…

—No me hace ninguna gracia —protesté.

—*Si* consideramos las posibilidades —me ignoró Stacy—, tiene que ser de Trent.

Al decirlo, abrió Google Maps en su teléfono y buscó la dirección del remitente.

—No se me ocurre qué puede haber en ese lugar, pero solo conozco a una persona que pueda permitirse tener una dirección en esta parte de la ciudad.

Lo último que quería era que fuera de Trent, pero no podía negar que, probablemente, tendría razón. Yo no tenía muchos amigos con acceso a propiedades en esa zona de Manhattan y, además, de todas las teorías que había considerado, esa era la que tenía más sentido.

—Jo, ojalá no tuviera que trabajar esta tarde —protestó Stacy—. Te acompañaría a echar un vistazo. Porque, y te voy a ser muy clara, tienes que ir a ver qué hay en ese sitio. Y, bueno, tendrás que ir con cuidado, por supuesto. Envíame un mensaje cuando llegues, para que sepa que sigues viva, y tal.

—Eh, ni hablar. ¿Quién ha dicho que voy a ir hasta allí?

—¿Cómo? —dijo ella sorprendida—. ¡Tienes que ir! Necesito saber de qué va esto.

Empujé la llave hacia ella.

—Pues adelante. Tú misma. Avísame cuando lo averigües.

—No, Natasha. Si esto es de Trent, tienes que ser tú quien vaya. Primero, para poder decirle que la forma adecuada de pedir disculpas no es mandar una llave rara con una nota sin firmar. Y, segundo, para que puedas darle una buena patada en las pelotas por tratarte como a una imbécil. Es lo mínimo que se merece, después de todo.

—Hum —murmuré, recogiendo la llave.

La idea de volver a ver a Trent era demasiado tentadora. Aunque solo fuera para darle una patada en las pelotas.



Cuarenta minutos más tarde, me encontré en una elegante calle de Manhattan, después de seguir las indicaciones de Google Maps hasta la ubicación que había señalado en mi teléfono. Había tenido que coger el metro y un autobús para llegar hasta allí, así que, si todo aquello no era más que una enorme pérdida de tiempo, iba a cabrearme muchísimo.

Me metí el teléfono en el bolsillo y volví a ponerme el guante, justo cuando llegué ante un gran almacén gris. Parecía una construcción bastante reciente, con un revestimiento nuevo y brillante, y sin rastro del óxido que decoraba los edificios cercanos. Saqué la llave de mi bolsillo y me dirigí a la puerta. El edificio no tenía ningún letrero ni ninguna identificación; ni siquiera un cartel de «PROHIBIDO EL PASO». Metí la llave en la cerradura y se me paró el corazón un instante cuando la puerta se abrió con suavidad.

Saqué mi teléfono y envié a Stacy un mensaje rápido para avisarle de que iba a entrar. Una vez dentro, las luces se encendieron automáticamente, al parecer, activadas por el movimiento. Cuando el espacio se iluminó, di un respingo al ver las estanterías que se extendían delante de mí. Había al menos una docena de ellas, llenas hasta arriba de materiales para trabajar la madera. Me acerqué a la que estaba más próxima, y encontré en ella muestras de madera de todas clases: roble, teca, arce, nogal, caoba, fresno… Y esas eran solo las que pude reconocer de un vistazo. Algunas de las otras debían de ser mucho menos comunes. Con una búsqueda en *Google Images*, descubrí que también había madera de zebrano y de amaranto, entre otras.

Inspiré hondo, incrédula. El olor en aquel almacén era maravilloso. Cuando me acerqué a la siguiente estantería, vi en ella tableros de madera contrachapada y DM. En la siguiente había rollos de tapicería, telas, cuero y relleno para cojines, en cantidad suficiente como para durar toda una vida.

Me aparté de las estanterías y me dirigí al fondo del almacén, en el que había un taller enorme, lleno de sierras de mesa, de banda, y lijadoras, además de un banco de trabajo en una zona de temperatura controlada, donde también había pinturas, barnices y tintes. Giré despacio sobre mí misma, admirándolo todo. Aquel lugar era el sueño de cualquier diseñador de muebles, y el corazón me latía a toda velocidad solo de pensar en lo que podría crear en ese lugar. Hacía que mi taller pareciera patético en comparación.

Escuché unos pasos detrás de mí y, al girarme, vi acercarse a Trent. Estaba guapo, muy guapo; mucho más de lo que nadie tenía derecho a estar. Sus labios estaban curvados en una ligera sonrisa, y tenía un rastro de barba en las mejillas, justo como me gustaba. Solo con verle, se me cortó la respiración. Su atractivo demoledor resultaba injusto. Había caído en su trampa. Por un instante, recordé el comentario de Stacy sobre darle una patada en los huevos, pero ya no me pareció gracioso. Ese era el hombre que me lo había quitado todo, incluyendo mi corazón. Verle ahora, en persona, me

dolió aún más que el día en que fui a casa de Dee para entregarle mi librería.

Stacy se había equivocado. Estaba claro que no debería haber venido. Debería haber cogido la llave, meterla de nuevo en el sobre y tirarlo a la basura.

—Me alegro mucho de verte —dijo Trent, acercándose tanto que habría podido oler su colonia, si no hubiera sido por el potente aroma de la madera.

—¿Y cómo sabías que estaba aquí? —pregunté—. ¿Estabas acechando ahí fuera?

—No —rio él—. Las luces han activado las cámaras de seguridad.

—Ya. ¿Así que me estabas espiando?

—No te estaba espiando —insistió—, pero me han avisado de cuándo has llegado, y he venido enseguida. Estaba deseando enseñarte este lugar. Me ha costado un poco localizar las maderas más raras, sobre todo el amaranto y el bocote.

Así que había tenido razón, lo que había visto era amaranto. *No, ¡un momento! No puedo permitir que me haga esto*. No podía dejar que me confundiera y volviera a congraciarse conmigo. No le dejaría volver a entrar en mi vida, ahora que había empezado a replanteármela, ni permitiría que me hiciera volver a desearle con solo mirarme a los ojos, justo cuando estaba a punto de descubrir la forma de vivir sin él.

—¿Qué te parece? —preguntó Trent, dirigiéndose a una zona organizada como un despacho, donde había una mesa de escritorio —. Esto te permitirá tener reuniones mientras estás aquí, o usarlo para crear tus diseños. Puedes dibujar con esto, si quieres. —Tocó una enorme tableta para hacer bocetos—. Transferirá tus dibujos directamente al ordenador. La impresora funciona con wifi y podrás imprimir todo lo que quieras. Se me ocurrió que podría ser tu lugar

de inspiración —terminó con una sonrisa, dejando caer las manos a los lados.

—Es magnífico —dije, incapaz de mentirle—. Y es un detalle enorme por tu parte.

Eso también era cierto, pero no podía permitir que me hiciera bajar la guardia.

—Es para ti —dijo, acercándose—. Para que puedas hacer todo lo que quieras. Construir, soñar y crear hasta que te quedes sin ideas, aunque sé que eso no ocurrirá nunca. —Di un paso atrás, y él se detuvo y se puso más serio—. He sido un tremendo idiota, Natasha, por acusarte de aquella forma. No debí decir nunca esas cosas, y espero que aceptes este espacio como una disculpa por la forma en que te he tratado.

Me mordí la lengua para no soltarle toda mi ira. ¿De verdad pensaba que una disculpa y algo de dinero derrochado bastaban para borrar el dolor que me había causado? Su sola presencia era suficiente para confundirme, para anularme el buen sentido y hacerme dudar del dolor que sentía, pero no podía permitir que me distrajera con aquel gesto amable.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Tragué saliva y me esforcé por controlar mis emociones, porque la frustración amenazaba con atravesarme las entrañas.

—Me acusaste de venderte, y ¿ahora intentas comprar mi perdón con este sitio? Después de todo lo que ha pasado, serás consciente de lo retorcido que es, ¿no?

—Bueno, si lo pones así… —dijo él, con la misma expresión que ponía cuando admitía a desgana que alguien tenía razón—. Supongo que es algo así. Yo solo…

Tendió una mano hacia la mía, y no la aparté, pero tampoco entrelacé los dedos con los suyos de la forma en que lo habría hecho

antes.

—Bueno, ignora todo esto, no son más que objetos —continuó—. Pero debes saber que no he intentado comprarte con ellos. Esa no era mi intención.

—Sí, qué mal sienta que te malinterpreten, ¿verdad?

Uno de los músculos de su mandíbula se tensó involuntariamente.

—Natasha, por favor. Tienes que saber lo arrepentido que estoy. Nunca debería haberte dicho aquellas cosas. Dejé que mi madre me liara, pero no pienso volver a cometer el mismo error nunca más.

Sacudí la cabeza y le sonreí con dulzura, sintiéndome muy triste.

—Dices que lo sientes, y una parte de mí cree que eres sincero.

—¡Y así es! —insistió.

—Pero también creo que decías en serio lo de antes, lo de que te vendí en beneficio propio. Fue horrible, cruel y falso, pero tú lo creías de verdad, no era solo por hablar. Estabas convencido de verdad de que te había clavado un puñal por la espalda. Perdiste la confianza en mí en un momento, y te negaste a escuchar mi opinión, de un modo implacable. No dejaste que me explicara.

Él me apretó la mano.

—Me equivoqué por completo, ahora lo sé.

—Así es, pero que lo hayas admitido ahora no significa que no vayas a volver a cometer el mismo error más adelante. ¿Cómo puedo creer que me darás el beneficio de la duda? ¿O que me respetarás lo bastante como para escucharme en otro momento? ¿Que me dejarás explicarme, antes de volver a asumir nada? ¿Cómo puedo fiarme de que creas que soy una buena persona?

—He cambiado —dijo él, en un tono que era poco más que un murmullo—. No volveré a ser como era, alguien que no se fiaba de nadie. ¿Cómo puedo demostrártelo?

—No lo sé —dije con sinceridad—. No estoy seguro de que puedas. Una vez, creí que eras alguien en quien podía confiar. Un hombre fuerte que me podría sostener si me caía. Pero me caí, Trent, y tú no estabas ahí. En lugar de eso, fuiste tú mismo quien quitó la red de seguridad.

—No quise hacerte daño. Ojalá… —Bajó la vista a nuestras manos unidas—. Ojalá pudiera retirarlo todo.

—Eso es lo que tiene la vida. No es posible retroceder, solo se puede ir hacia delante. Y no creo que pueda cometer el mismo error dos veces.

Él pareció dolido, y luché para evitar que eso me conmoviera.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con voz entrecortada.

—No me puedo arriesgar a que vuelvas a decepcionarme. —Saqué la llave del almacén de mi bolsillo y se la entregué—. Lo siento, Trent, pero debo protegerme a mí misma.

30

NATASHA

—Estás tiritando —dijo Stacy desde el otro lado del teléfono.

—¡Porque aquí abajo hace un frío del demonio!

Fui al otro lado del sótano para subir la temperatura del calefactor. El sótano donde tenía mi taller era como una nevera en diciembre, y el frío se colaba en el interior, por mucho aislante que pusiera alrededor de la puerta. En días como aquel, el frío era imposible de contener. Si conseguía abstraerme trabajando en una pieza y llegaba a olvidarme de él… Bastaba una llamada de teléfono para volver a sentirlo.

—He hablado con una de mis compañeras de trabajo —dijo Stacy, que me había llamado en cuanto terminó su turno en la agencia de trabajo temporal—. Trabaja en el departamento de atrezo… de ese nuevo espectáculo del que he hablado. El menos conocido, no el de Broadway del que no puedo hablar.

—¿Ajá? —dije, escuchando solo a medias mientras me calentaba las manos en la estufa.

—El caso es que se ha torcido una muñeca.

—Vaya, qué… pena.

—¡Eso mismo! En fin, por esa razón, necesitan a alguien que haga algunos muebles para el decorado. Están en un apuro y, bueno, pues les he dado tu nombre. Ya sé que sería un trabajo por debajo de tu nivel y seguramente no pague mucho, pero…

—El dinero es el dinero —dije, porque no estaba en situación de seleccionar las oportunidades que se me presentaban y, además, no me costaría nada fabricar unas cuantas piezas para un decorado—. Gracias por pensar en mí, Stace.

—Pues claro. Y gracias a Benjy por torcerse la muñeca. Bueno, no lo digo en serio, ya sabes a qué me refiero.

—Lo sé. —Volví a cruzar el taller y me dirigí a mi escritorio.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Mirar mis correos.

Había dejado abandonado el ordenador durante unos cuantos días, y se me habían vuelto a acumular los correos basura. Stacy tenía razón, debía dejar de suscribirme a todo. ¡*La leche*! ¿Veronica Chase? ¿Qué diablos hacía ese nombre en mi bandeja de entrada? ¿Sería alguna clase de broma?

—Oh. Dios mío.

—¿Qué pasa?

Puse el cursor encima del mensaje, sin abrirlo y muy tensa.

—Es como si tuviera una alarma en la cabeza.

—¿Qué? —dijo Stacy—. Cuenta.

—No sé si es un correo basura o una de esas estafas, pero, a simple vista, parece que tengo un mensaje de una diseñadora de interiores muy conocida.

Pero, si el mensaje era auténtico, ¿cómo había conseguido mi dirección personal de correo electrónico?

—Un momento, ¿crees que podría estar relacionado con los líos de Fisher? —preguntó Stacy.

—No lo sé —murmuré, intentando no ilusionarme al abrir el mensaje.

Hasta la semana pasada no había comprendido qué era lo que me preocupaba de aquellos mensajes tan raros que recibía a través de 1stDibs, los que no dejaban de pedirme diseños y luego no me encargaban nada. El problema no era que todos los mensajes parecieran iguales, sino que realmente *eran* iguales. Por fin, me había fijado en que todos ellos incluían la misma falta de ortografía, una muy rara que solo cometía Fisher: escribía *anbiente* en lugar de *ambiente*. Así que, todos los mensajes que había recibido en los que me pedían un diseño adecuado para un *anbiente* de lujo, los había enviado él.

—Aún no me has contado en qué ha quedado todo eso —dijo Stacy.

—¿Te refieres a antes o después de que haya estado a punto de estampar el portátil contra la pared?

Había estado tan enfadada conmigo misma por no haberme fijado antes en que era una de las triquiñuelas de Fisher, y por haberle enviado un montón de diseños antes de comprender lo que pasaba, que había gritado hasta quedarme ronca. Había estado tan desesperada por conseguir trabajo a través de 1stDibs que, aunque las peticiones me habían parecido muy raras, nunca me había parado a pensarlo el tiempo suficiente como para comprenderlo; pero, en cuanto lo hice, todo quedó muy claro. Fisher había creado todas aquellas cuentas falsas para engañarme y robarme más diseños, que luego haría pasar por suyos.

—Después, por supuesto. Dijiste que habías hecho capturas de pantalla de todas las comunicaciones que has tenido con él y con

esas cuentas falsas. ¿Se las llegaste a enviar a tu antiguo jefe?

—Sí.

Había reenviado todo el montón de mensajes al que había sido mi jefe en Echo, explicando que, si Fisher presentaba algún diseño similar a los míos después de las fechas de esas comunicaciones, se estaba apropiando de mis ideas, y la compañía también sería responsable si decidían utilizar mi trabajo sin mi consentimiento. No amenacé con tomar acciones legales porque, siendo realista, no tenía los medios para enfrentarme a una empresa tan grande, pero lo había dado a entender y esperaba que tomaran la decisión correcta.

—¿Y? —preguntó Stacy.

—Nunca me contestaron, pero he sabido por algunos antiguos compañeros que han despedido a Fisher.

—¡Sí, joder! —exclamó Stacy—. Es lo menos que se merece ese capullo. Es una pena que no lo hayan hecho antes.

—Pero ahora entiendes por qué me parece raro que haya aparecido este correo en mi bandeja de entrada, ¿no? —dije, tras soltar un gruñido—. ¿No será Fisher otra vez, intentando vengarse?

—¿En serio crees que será él?

—No lo sé, eso es lo que me parece más probable. Es una diseñadora muy importante, que no tiene absolutamente ninguna razón para saber quién soy o estar interesada en mí.

—Bueno, tú también eres muy importante.

—Gracias —resoplé—, pero no puedo compararme a Veronica Chase, si es que se trata de ella de verdad.

—¿De qué me suena ese nombre? ¿La he podido ver en la tele?

—Es muy posible. Tuvo una serie de diseño de interiores en Netflix.

Veronica diseñaba espacios para algunos de los personajes más relevantes de Nueva York. Todo el mundo que era alguien en la ciudad encargaba a Chase Designs el diseño de sus viviendas.

—Bueno, ¿y qué es lo que quiere? Aún no me lo has dicho.

Eché un vistazo al mensaje.

—Parece que le interesa encargarme algunos muebles, porque ha oído hablar de mí a… —El aliento se me escapó de los pulmones—. ¡Tiene que ser una broma!

—¿Qué?

—¡Es Trent! —grité en el teléfono—. ¡El maldito Trent! Por eso sabe ella quién soy.

Dejé de leer y apreté los puños, conteniendo las ganas de cerrar la tapa del portátil de un golpe, e hirviendo de rabia.

—¿Estás segura? —preguntó Stacy.

—Sí, el mensaje menciona su nombre. Dios, ¿de qué va esto? ¿Es otro truco para intentar comprarme?

Me sentía como si lo fuera. Había rechazado su oferta de aquel taller tan grande e increíble y la madera más bonita que había visto en la vida, así que ahora intentaba congraciarse conmigo a base de utilizar a otra persona, alguien que sería un contacto muy valioso para mí. Bueno, pues eso no le iba a servir de nada. Lo último que haría sería permitirle pensar que podía comprar mi perdón.

—Te tengo que dejar —dije.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé… Supongo que llamarle y echarle una bronca.

—Así me gusta. ¡A ver si se entera!

Colgué la llamada con Stacy y a continuación llamé a Trent. Aquel hombre parecía no poder dejar de fastidiarme, pero era él quien me había exigido que saliera de su vida, así que ahora le tocaba a él mantenerse alejado de la mía.

En cuanto marqué, escuché un tono de llamada que me resultó muy familiar. Era *su* tono de llamada, y sonaba como si viniera del otro lado de… ¡*Ni de puta coña*! Atravesé la habitación a la carrera, abrí la puerta, que dejó entrar una ráfaga de aire helado, y me quedé mirando a Trent boquiabierta. Estaba ahí, al pie de las escaleras, con su estúpida cara perfecta, las mejillas enrojecidas por el frío y una mano en alto, como si estuviera a punto de llamar. Corté la llamada en mi teléfono.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —exigí.

Él me miró parpadeando.

—Al parecer, escuchar cómo me gritas. ¿Es que llamar a tu puerta es ahora un crimen?

Volví con paso enfadado al interior de mi taller para alejarme del frío, y Trent me siguió. Escuché cómo cerraba la puerta tras de sí.

—¿Veronica Chase? —le interrumpí en cuanto intentó empezar a hablar.

—¿Se ha puesto en contacto contigo?

Resoplé y me aferré a mi furia para evitar echarme a llorar de frustración.

—¿Tienes la menor idea de lo que significaría para mí tener un cliente como ella?

—Sí, creo que sí la tengo.

Se quitó el abrigo y los guantes, y yo intenté no prestar atención a la forma en que el jersey se pegaba a su pecho. ¡*Vamos, sé fuerte*! me dije. ¡*No te quedes mirándolo como una boba*!

—¿Le has contestado? —preguntó, y yo volví a mirarle a la cara.

—Pues no, ¡no lo he hecho! —espeté—. ¿Por qué me haces esto? ¿Estás intentando arruinar cualquier oportunidad que tenga de hacerme un nombre en el sector?

—No, en realidad, es todo lo contrario.

—No te entiendo. ¿Por qué le has dado mi nombre? No necesito que hagas nada de eso por mí. Es más, no *quiero* que lo hagas.

—¡Por eso lo he hecho! —dijo, cruzando la habitación a grandes pasos para acercarse a mí.

Yo di un paso vacilante hacia atrás, porque estar cerca de él me impedía pensar con claridad.

—Porque tú no me necesitas —continuó él—, y quería demostrártelo.

—Eso no tiene ningún sentido. —Cerré los ojos y me apreté el puente de la nariz.

—Natasha, me encantaría que volvieras a trabajar en Saunders —dijo—. Más que nada.

Sus palabras me hicieron arder las entrañas. ¿Por qué decía aquellas cosas en ese momento? Era justo lo que había deseado, contra toda esperanza, que me dijera el día de su estallido en mi despacho, pero ahora, sus palabras no eran más que cuchillos que me atravesaban el corazón.

—No puedes decir esas cosas. Ya no.

—*Necesito* decírtelas. Necesito que sepas lo que siento, pero, sobre todo, necesito que sepas lo que vales. Porque, tanto si decides volver a trabajar para Saunders como si no, lo único que sé con toda seguridad es que saldrás adelante. Me dijiste que te había quitado tu red de seguridad —continuó con voz tensa—, y tenías razón. Pero no necesitas que yo te dé un trabajo. No necesitas mis contactos, mi dinero ni nada de mí.

Pero ¿es que no era consciente de lo que decía?

—Está claro que crees que sí necesito tus contactos, o no le habrías dado a Veronica Chase mi nombre y mis datos —dije, notando cómo la rabia luchaba contra el deseo de atraerlo hacia mí y encontrarme en sus brazos.

—Le he dado tu nombre, pero créeme: Veronica valora demasiado su negocio como para trabajar con nadie que no sea el mejor. Yo solo le enseñé tus muestras y dejé que viera por sí misma lo que eres capaz de hacer.

—¿Y cuál es la diferencia? Sigues siendo tú quien nos ha puesto en contacto.

—No, yo no le pedí que te escribiera. Eso lo ha decidido ella sola. Si consigues algún encargo suyo, será porque la has impresionado y lo has ganado por tus propios méritos.

Aquello… ya parecía más justo. Me había imaginado algo más dudoso, como que Trent le hubiera pedido alguna clase de favor oscuro, propio de ricos, para convencer a Veronica de que me hiciera algún encargo. Pero ¿arriesgaría ella su reputación para trabajar conmigo, si no creyera en mí? Su negocio entero dependía de su reputación, y seguro que no se lo jugaría de ese modo. No me hacía gracia que Trent hablara de mí a mis espaldas, aunque estaba dispuesta a admitir que, tal vez, lo había hecho para ayudarme, no para manipularme o engañarme.

Y sí, no se me escapaba la ironía de estar enfadada con él por ayudarme sin mi consentimiento.

No sabía qué hacer. ¿Darle las gracias? ¿Echarlo y cerrarle la puerta en la cara? ¿Cogerle una mano y no soltarla nunca? Por mucho que deseara exigir que saliera de mi taller y no volviera en la vida, mi corazón y mi cabeza tenían opiniones distintas. Me alegraba de verle; ansiaba tocarle, hundirme en su fuerza y su calidez. Lo

deseaba tanto que casi dolía, así que le di la espalda antes de cometer alguna estupidez.

—¿Qué esperas que te diga?

—Nada. No he venido con la esperanza de que me dijeras nada.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—Quería explicarte por qué actué como lo hice —dijo en voz más baja—. No sé si te diste cuenta de hasta qué punto estaba harto del amor antes de conocerte.

—Trent —dije en un gemido de protesta, pasándome las manos por la cara.

—Deja que te lo explique, Natasha. *Por favor*.

Asentí contra mi buen sentido y lo miré a los ojos.

—Había empezado a creer que cualquier relación se reducía a lo que dos personas pudieran conseguir la una de la otra —continuó—. Por esa razón, siempre había intentado ser yo quien tuviera el control, el que se encargara de todo, para que mis parejas me necesitaran más a mí que yo a ellas. Durante mucho tiempo, conseguí no implicarme demasiado con ninguna de las mujeres con las que salía, pero tú lo has cambiado todo. Apareciste y… lo único que querías de mí era que te dejara en paz. —Rio un poco por lo bajo—. No querías mi dinero ni mis contactos. Querías encontrar el éxito por ti misma, y nunca te he dicho lo mucho que te admiro por eso.

—Eso está muy bien, Trent, pero…

—Espera, por favor. Déjame decir otra cosa… —La voz le tembló un poco, como si hubiera estado guardándose las palabras durante mucho tiempo—. Tú no me necesitabas, pero yo sí te necesitaba a ti. Estaba loco por ti, estoy loco por ti. Creo que es evidente, pero no me di cuenta hasta que mi madre se plantó delante de mí y me dijo que me estabas utilizando. Fue como si se me hundiera el mundo. Me haces falta, y eso te da todo el poder sobre mí, porque yo no te

hago falta en absoluto. Eso me hizo recurrir a todas mis defensas para protegerme, y te dije todo lo que se me ocurrió para alejarte de mí. Sé el daño que te hice al hacerlo, y estoy muy arrepentido.

Su voz y sus palabras me envolvieron, e intentaron adentrarse en mi interior, llegar a mi corazón. Eso era todo lo que había esperado de él: no solo una disculpa, sino comprender por qué me había acusado de aquel modo.

—Me equivoqué —dijo Trent, acercándose un poco con los ojos clavados en los míos.

Estuve a punto de sonreír. ¿Cuántas veces en su vida habría admitido algo así en voz alta aquel hombre tan gruñón?

—Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y borrar lo que te dije, pero es imposible. Lo único que puedo hacer es seguir adelante, y tratar de arreglarlo.

—¿Consiguiéndome trabajo? —pregunté, no sin un poco de sarcasmo.

—No, convenciéndome de que no necesitas nada de mí —explicó, sacudiendo la cabeza—. En lugar de eso, solo puedo esperar que quizá algún día puedas quererme… por mí mismo.

La respiración se me atascó en la garganta.

—*Si* es que aún puedes quererme —añadió.

Lo miré, notando que me temblaba la mandíbula.

—Por supuesto que aún te quiero… ¡Pedazo de monstruo cafetero idiota! Nunca he dejado de quererte.

—Bien —dijo él en una exhalación—. Entonces, eso hace que lo que viene ahora sea mucho menos incómodo.

Se dejó caer sobre una rodilla delante de mí y sacó una pequeña caja de joyería del bolsillo. Un momento, ¿de qué iba aquello?

—Trent…

Abrió la caja, para mostrar un anillo precioso. Yo no sabía ni una palabra de diamantes, pero era evidente que aquel era espectacular.

—Te estoy pidiendo que des un salto de fe —dijo Trent—. Que confíes en mí, que confíes en que estaré a tu lado, que seré algo estable y fiable en tu vida. Que seré… —Una sonrisa pícara adornó sus labios—. Estoy tratando de pensar en alguna metáfora relacionada con la madera…

Reí, indecisa entre la incredulidad y unas enormes ganas de gritar.

—¿El parqué bajo mis pies?

—Eso me vale.

Me tomó una mano y yo se la entregué, sintiendo una oleada de deseo cuando la entrelazó con la suya.

—Te estoy pidiendo que creas en la idea de que podríamos ser realmente felices juntos, porque quiero ofrecerte ese compromiso. Quiero dar el salto, y quiero que estemos unidos para siempre. Quiero algo real y duradero contigo, algo con lo que sepas que puedes contar y de lo que nunca tendrás que dudar.

Inhalé por la nariz, en un intento de mantener la compostura.

—Sé que no tengo un buen historial no es muy bueno, pero te prometo que podrás contar conmigo. Aprenderé a confiar en el futuro, siempre que tú seas parte de él.

Cuando empecé a asimilar la idea, tuve un momento de claridad. Solo nos conocíamos desde hacía unos meses, nos habíamos liado, habíamos roto y… ¿ahora estaba de rodillas ante mí? Si ni siquiera habíamos pasado por lo del sexo de reconciliación.

—¿No estás yendo demasiado rápido?

—Sí —confirmó—. Y podemos estar prometidos durante todo el tiempo que consideres necesario. No te pido que nos precipitemos a

casarnos, lo que quiero es comprometerme contigo. Si me aceptas, quiero que sepas que voy en serio, que es permanente. Nunca te decepcionaré, ni tendrás que preocuparte por una red de seguridad. Jamás.

Noté que temblaba y unas lágrimas resbalaron por mis mejillas.

—El anillo es precioso.

Trent me sonrió, y su sonrisa también me pareció preciosa.

—Era de mi abuela Dee. Me lo dio hace años, y dijo que esperaba que se lo entregara al amor de mi vida, cuando la encontrara.

—Oh, Trent —dije con dulzura.

—También dijo que esperaba que me trajera tanta felicidad como ella tuvo en su matrimonio. Lo guardé, porque nunca pensé que encontraría a alguien así, pero te he encontrado a ti. Eres tú, Natasha. Y punto. Fin de la historia. Así que, si alguna parte de ti quiere compartir una vida complicada, desorganizada e increíble conmigo, esperaré todo lo que haga falta, hasta que estés lista.

—Pues adelante —dije, sin poder contener las lágrimas—. Pídemelo como es debido.

—¿En serio?

—En serio —asentí.

Trent sonrió un poco más.

—Te quiero, Natasha Dryer, más que a nada en el mundo. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Sí! —exclamé.

Trent se puso en pie al momento y me tomó en sus brazos.

31

NATASHA

Entramos a tropezones en mi dormitorio, sin dejar de besarnos, y tuve la seguridad de que estábamos a punto de tener el mejor sexo de reconciliación, disculpa, reencuentro y recién prometidos de la historia. Su declaración, oírle decir «te quiero», me había puesto el corazón a mil. Y yo también lo quería a él: mi prometido, tan gruñón y tan dulce. Y muy, muy sexi.

Tiré de su jersey, al tiempo que intentaba llevarle hacia la cama. El frío que había tenido antes en mi taller había desaparecido tan pronto como me besó, llenando mi cuerpo de un calor ansioso. Necesitaba ponerme encima de él, ya.

Trent rio y cerró la puerta de una patada, dando un portazo.

—Parece que tienes prisa —comentó.

—Porque estoy a punto de hacerte perder la cabeza —dije.

—Creo que será mejor si empiezas por los pantalones —bromeó.

Puse los ojos en blanco y él resopló divertido, pero me apretó contra su cuerpo. Deslicé las manos bajo su jersey y noté cómo sus músculos se contraían un poco.

—Tienes las manos frías —explicó.

—No por mucho más tiempo.

Rodeé su torso cálido hasta su espalda, y no pude contener un escalofrío cuando él me puso las manos en los hombros y las bajó, acariciándome hasta llegar a mi culo, que apretó por encima de mis vaqueros. Noté cómo su polla empezaba a endurecerse entre nosotros. Él volvió a besarme, con tanta intensidad que me pareció que iba a perder la cabeza. Cuando deslizó la lengua entre mis labios, no pude contener un gemido.

—Qué sitio más agradable —dijo, deteniendo el beso por un instante.

—Si apenas lo has visto.

—Porque la vista más espectacular está justo delante de mí.

El corazón me dio un vuelco al oír sus palabras. Entrelacé los dedos con los suyos y tiré un poco. Esta vez, Trent no se resistió y me siguió hacia la cama, donde me ayudó a quitarme la blusa. Antes de que pudiera desabrocharme los pantalones, él deslizó la mano por mi pelvis hasta situarla entre mis piernas, y apretó un poco el calor ansioso que latía entre ellas. Gemí y me froté contra su mano, desesperada por que me hiciera tocar el cielo.

—Mi gatita salvaje —susurró.

¡Dios! Cómo había echado de menos que me llamara así. Sus dedos acariciaron la humedad entre mis piernas y él arqueó una ceja en señal de aprobación. Lo cierto era que había estado lista para él desde el momento en que había entrado en el taller.

—Creo que alguien ha prometido que me iba a hacer perder la cabeza —observó.

Yo no podía pensar con claridad.

—Mmmmmm —murmuré, mientras sus dedos rozaban mi clítoris.

Le apreté los brazos y, durante un instante, dejé de pensar. Todo mi mundo se redujo al placer que sentía entre las piernas. Aún no habíamos llegado a la cama, y ahí estaba yo, prácticamente colgada de él mientras las rodillas empezaban a temblarme.

—Así me gusta —dijo él, rodeándome la espalda con un brazo mientras yo me movía contra sus dedos—. Déjame darte lo que necesitas.

—Trent —jadeé, casi sin poder pronunciar su nombre—. Oh, Dios… Sí, joder.

Siguió describiendo círculos sobre mi centro hasta que el placer se apoderó de mí y recorrió mi cuerpo, tan rápido y fuerte que me habría caído al suelo si él no me hubiera sujetado.

—¿Bien? —preguntó, mientras yo seguía temblando en sus brazos.

Reí contra sus labios, y le sujeté la cara con las manos, acariciando su barba incipiente.

—¿Y tienes que preguntarlo?

Él besó la punta de mi nariz, pero enseguida frunció el ceño.

—Dime que tienes un condón a mano. Necesito estar dentro de ti, ahora mismo.

Gemí cuando me besó de nuevo. Yo también lo necesitaba, pues el latido entre mis piernas no había desaparecido del todo, a pesar del placer que me había proporcionado el orgasmo. Deseaba a Trent de cualquier modo en que pudiera conseguirlo.

—Ese cajón —dije, señalando la mesilla junto a la cama mientras empezaba a quitarme la ropa.

Trent se quitó los pantalones y sacó un condón. Se volvió hacia mí, ya tumbada en la cama con las piernas separadas, y me hizo una pequeña demostración, cogiéndose el miembro con una mano y

desenrollando el condón sobre él, despacio. La boca se me secó al momento. Cómo ansiaba sentirlo dentro de mí.

Trent se acercó a mí con la gracia de un depredador a punto de saltar sobre una presa más que dispuesta, de un modo que me hizo soltar un suspiro. Sus ojos oscuros recorrieron mi cuerpo de una forma que hizo que se me erizara toda la piel. Le acaricié con las dos manos, y dejé que se me cerraran los ojos cuando se me acercó. Noté cómo se hundía el colchón cuando se puso sobre mí en la cama y sentí que una oleada de deseo se apoderaba de mí. Él me besó el cuello, la clavícula y bajó hacia mis pechos, provocando destellos de placer que recorrieron todo mi cuerpo. Estaba tan excitada que apenas podía contenerme, así que puse una mano entre mis piernas para tocarme, pero él me detuvo sujetándome por la muñeca y la levantó, junto con la otra, por encima de mi cabeza. Volví a gemir.

—Ese es mi trabajo —dijo—. Ahora y siempre.

El corazón me empezó a latir tan fuerte, que pensé que podría ver el movimiento a través de mis costillas. Trent volvió a besarme los pechos, lamiendo mis pezones hasta que ambos se erizaron, y el pulso volvió a latirme entre las piernas. Cuando mordió con suavidad uno de ellos, la descarga fue directa a mi clítoris.

—Trent —gemí.

—¿Sí, gatita?

—Te necesito dentro de mí.

No podía aguantar más. Después de tantas semanas separados, solo ansiaba que el hombre al que amaba me follara a conciencia.

Él volvió a cambiar de posición e introdujo un dedo dentro de mí. No era suficiente, ni de lejos, pero la sensación era demasiado agradable como para protestar, y levanté las caderas mientras mis músculos se contraían para mantenerlo donde estaba. Trent sacó y volvió a meter el dedo, añadiendo otro más, y acompasando sus movimientos al ritmo de mis caderas.

—No te contengas —pidió, y besó el punto de mi cuello en el que sabía que podía notar mi pulso—. Me gusta oír a mi gata salvaje.

Dobló los dedos dentro de mí para tocar un punto en mi interior que casi me hizo saltar de la cama.

—¡Sí! —grité—. Ay, sí, ¡joder!

—Ahí estás —dijo Trent, al tiempo que sacaba los dedos para sustituirlos por la punta de su pene.

Se detuvo ante mi entrada, pero yo no necesitaba tiempo para adaptarme. Estaba más que lista y se lo demostré acercándome más a él. Él entró, con los ojos clavados en los míos, y yo le rodeé los hombros con los brazos, apretándole hacia mí mientras empezaba a moverse.

Había echado de menos estar así con él, sentir cómo el peso de su cuerpo me sujetaba contra el colchón. Había echado de menos su calor, su respiración cálida en mi cuello. Y, maldita sea, había echado de menos su polla, la forma perfecta en que me dilataba y me hacía sentir tan deseada. Me hacía sentir suya.

Trent pasó una mano bajo mi muslo y lo atrajo hacia su cadera para cambiar el ángulo. Con la otra mano me rodeó el cuello, puso su frente sobre la mía y me miró a los ojos sin dejar de moverse dentro de mí, de un modo que me estaba volviendo loca.

—Te deseo —susurró contra mi piel—. Nunca desearé a nadie más que a ti, jamás.

Apreté la palma de mi mano contra su mejilla. Mi nuevo anillo de compromiso brillaba en mi dedo.

—Te quiero, Natasha.

—Yo también te quiero —dije.

Él empujó más fuerte, perdiendo el control, y a mí se me nubló la vista cuando mi cuerpo empezó a rozar el límite del placer una vez

más. Trent se apoyó en un brazo y su bíceps se tensó, mientras deslizaba la otra mano entre mis piernas hasta encontrar mi clítoris. Con tan solo unos cuantos roces perfectos, volví a caer al precipicio de mi segundo orgasmo.

—¡Sí! —grité—. Sí.

—Buena chica —gimió en mi oído cuando me estremecí contra él en un arrebato de placer al rojo vivo, que me recorrió de la cabeza a los pies.

Trent se corrió justo después, sin dejar de mover las caderas hasta exprimir la última gota de su placer. Al terminar, me dejó un instante, solo el tiempo necesario para deshacerse del condón, y volvió enseguida para abrazarme una vez más.

—Es verdad —susurró en mi oído—. Te quiero, muchísimo.

—Lo sé —dije, porque creía en sus palabras.

Y sabía que podría seguir creyendo en ellas, porque había estado dispuesto a comprometerse y a hacer el esfuerzo necesario para que las cosas funcionaran conmigo. Había vuelto, y había reconstruido mi red de seguridad, para asegurarse de que el único lugar al que yo volviera a caer fueran sus brazos. El corazón me latía en el pecho a toda velocidad.

—Creo que me ha gustado eso del sexo de recién comprometidos.

—Y hablando del tema —dijo él, sonriendo contra mi mejilla—, estoy seguro de que hay algunas personas a las que tendremos que contárselo.

—¿Lo del sexo? —bromeé.

Él fingió poner los ojos en blanco y me atrajo hacia sí para besarme con ganas, hasta que le aparté con una risa.

—Me sorprende que aún no lo hayas puesto en el chat de grupo —bromeé, y él se echó a reír.

—Me vas a perdonar, es que he estado un poco ocupado —dijo, rozando mi oreja con sus labios, antes de darme un mordisco juguetón—, escuchando cómo gemías mi nombre.

Después, estiró un brazo para taparnos con la sábana.

—Te encanta que gima tu nombre.

—Ya lo creo que sí. Y vamos a tener que recuperar el tiempo perdido, pero creo que, mientras esperamos, podemos… —Se inclinó por el borde de la cama y sacó el teléfono de los vaqueros—. Extiende la mano.

Lo hice, pensando que nunca me acostumbraría a ver aquel anillo en mi dedo, o a pensar en mí misma como su prometida. Una prometida que, en algún momento, ¡sería su mujer!

Trent hizo una foto de mi mano mostrando el anillo, y la puso en el chat del grupo. *Estáis todos invitados*, escribió bajo la foto.

Los mensajes empezaron a llegar al cabo de unos quince segundos y, en cuanto empezaron, pareció que no iban a parar. Me acurruqué contra Trent mientras los leíamos juntos.

¡*No me lo creo, joder*!, escribió Vincent. *Se lo voy a enseñar a la pequeña Violet ahora mismo.*

—Seguro que le va a encantar —comenté.

¡*Me alegro por ti, tío*!, dijo Paul. *Chloe y yo nos alegramos un montón.*

Piper se ha enfadado porque se lo he enseñado a Violet antes que a ella. Vincent terminó su frase con la etiqueta *#papádeniña.*

Está claro que Trent ha hecho esa foto en la cama, justo después del sexo de «recién prometidos», escribió Aiden. ¡*Fijaos en las sábanas*!

—¡Ay, Dios! —dije, sonrojándome al máximo—. ¿Cómo has podido dejar que se vean las sábanas?

Trent se echó a reír y contestó con el emoticono que guiña un ojo. Aiden respondió con un GIF subido de tono que mostraba unos movimientos muy sugerentes.

—¡No le des alas! —grité.

Trent me besó en la mejilla.

—Acostúmbrate, porque va a pasar mucho tiempo antes de que te deje salir de esta cama.

¿*Stacy lo sabe ya*?, preguntó Dominic. ¿*Puedo enseñarle la foto?*

—Adelante —dije a Trent, que pasó el mensaje.

Me imaginé que Stacy habría ido a casa de Dominic después del trabajo. Un momento más tarde, Stacy empezó a enviar un montón de mensajes de felicitación y emoticonos a mi teléfono. Demasiados emoticonos.

—¿Qué diablos se supone que significa el cohete espacial?

—¿Que nuestro amor está más allá de este mundo? —sugirió Trent, y yo sonreí—. Y, por si no es evidente, todos se alegran mucho por nosotros.

—¿Se lo vas a contar a Dee? —pregunté.

Él se lo pensó un momento, aunque no entendía por qué querría esperar.

—¿Por qué no la llamas tú para darle la buena noticia? —propuso.

—¿Estás seguro? ¿No quieres ser tú quien se lo diga?

—Creo que le hará más ilusión si se lo cuentas tú —dijo él—. Y mientras la llamas, escribiré a Jimmy para preguntarle qué opina sobre ser el padrino.

—Seguro que eso le hará mucha ilusión —dije con una sonrisa.

—Seguramente me pondrá a parir en su discurso —dijo Trent con una risa irónica.

—No más que cualquiera de los otros —observé.

Trent soltó una carcajada, sin dejar de escribir.

—Eso es cierto.

Cogí el teléfono para llamar a Dee, y no pude evitar pensar en lo último que me había dicho: *No te rindas tampoco, cariño… También pueden ocurrir cosas extraordinarias.*

Me pregunté si, cuando lo dijo, habría sabido cuánta razón tenía. El corazón me latía a toda velocidad mientras escuchaba el tono de llamada. Nunca había estado tan emocionada por contarle algo a alguien. Bueno, al menos, no desde que había perdido a mis padres.

—¿Diga? —Dee cogió el teléfono.

—Hola, Dee —contesté.

—Natasha, ¡qué sorpresa! Me alegro mucho de oírte, cariño.

—¿Estás sentada? —pregunté.

—¿Que si estoy…?

—Es que tengo una sorpresa enorme para ti.

—Algo me dice que no tiene que ver con los muebles —dijo Dee.

—No, es mejor que eso. —¡Ja! ¿Quién lo habría creído? —¡Trent y yo nos hemos prometido!

Dee me felicitó, en voz muy alta, desde el otro lado del teléfono, y tuve que apartármelo de la oreja hasta que dejó de gritar.

—Creo que le parece bien —susurró Trent.

—Sí, se está haciendo a la idea —contesté con una sonrisa.

32

TRENT

Todos los hospitales me parecían iguales: lugares grises y tristes que olían a lejía y vómito. Incluso en la habitación privada de Dee, abarrotada de flores y tarjetas con mensajes de esperanza, no conseguía librarme de la sensación desagradable que me agobiaba. Había pasado demasiado tiempo en hospitales con mi abuelo Davis, sentado junto a una cama de sábanas blancas gastadas y máquinas que no dejaban de pitar y zumbar.

—Pareces nervioso.

Era el día de la operación de Dee, ¡cómo no iba a estar nervioso! Pero forcé una sonrisa al volverme a mi abuela.

—Y tú pareces demasiado tranquila.

—Lo estoy —dijo ella después de pensarlo un poco, y volvió a mirar la carpeta que había traído para distraerla.

La nueva línea sostenible estaba en pleno apogeo y, ahora que los diseños de los últimos muebles estaban aprobados, marketing había preparado un informe detallado para Dee.

—Estoy lista —añadió.

No quería pensar en lo que eso significaba, o lo que *podría* significar. Estaba lista para la operación, para dar el gran paso y enfrentarse a la recuperación posterior, pero… ¿estaría lista para lo que ocurriría si algo iba mal? ¿Y si no sobrevivía al procedimiento?

Ella me tendió una mano y yo la cogí. Me pareció preocupantemente frágil. Dee siempre había tenido muchísima personalidad, y yo siempre la había admirado, pero ahora, mirándola desde arriba, me pareció diminuta y muy vulnerable. Cómo habría deseado llevármela de allí, encontrar una cura que no necesitara una operación arriesgada para devolverle la salud. Había estado tan centrado en lograr que aceptara someterse a la operación, que apenas me había parado a pensar en lo que ocurriría si aquella medida, que se suponía que iba a salvarle la vida, no funcionaba. ¿Le habría hecho mi insistencia tomar una decisión equivocada?

Dee me apretó la mano.

—Solo voy a decir esto una vez y, después, no volveremos a hablar de ello nunca más. He asumido la decisión que he tomado. Quiero operarme, Trent y, pase lo que pase, estaré bien. Y tú también vas a estar bien.

La emoción se apoderó de mí y se expandió por mi pecho de una forma incómoda. Conseguí asentir débilmente, justo cuando alguien llamaba a la puerta. Al volverme, vi entrar a Natasha y Jimmy, con los hombros cubiertos con la nieve del exterior, y varios cafés en la mano.

Jimmy se acercó a Dee, y ella fingió tiritar cuando la abrazó.

—Hola, tú —dijo Natasha, poniéndose de puntillas para darme un beso en la mejilla.

Inspiré su aroma familiar y le calenté la mano helada con la mía, tratando de aplacar la preocupación que me embargaba. Me entregó una taza de café humeante.

—¿Dónde está el mío? —preguntó Dee en broma.

—No hay café para los pacientes —se disculpó Natasha, al tiempo que se inclinaba sobre Dee para darle un beso cariñoso que alivió un poco mi ansiedad—. Órdenes de la enfermera, y no conviene enfrentarse a las enfermeras.

—Así es —dijo una voz a mis espaldas—, porque nosotras sabemos cómo conseguir la comida más rica.

Rhonda, una mujer de mediana edad, lo bastante firme como para hacer estremecer a mi madre bajo su ropa de diseño, entró en la habitación con las manos metidas en los bolsillos de su pijama. Me miró e hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—No me gusta hacer excepciones —dijo, señalando con un dedo el cartel laminado colgado de la pared, que advertía: TRES VISITANTES COMO MÁXIMO, pero no lo entendí, porque Jimmy, Natasha y yo éramos tres—. Pero Dee es un encanto, así que voy a hacer la vista gorda durante los próximos diez minutos, siempre y cuando no arméis jaleo, ¿entendido?

Tras decir eso, abrió la puerta y los chicos perdidos y compañía entraron en tropel en la habitación. No pude contener la risilla incrédula que se me escapó cuando la pequeña Hailey gritó, nada más entrar:

—Abuela Dee, ¡mira mis trenzas!

Rhonda nos dedicó una mirada severa, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—En diez minutos, vendré a echaros a todos.

—¿Qué hacéis todos aquí? —preguntó Dee, sorprendida.

—No creerías que nos íbamos a perder la fiesta, ¿no? —preguntó Aiden.

Me lanzó una mirada rápida, y supe que no podía haber sido de otro modo. Al mirar a mi alrededor, vi la habitación llena de toda la gente a la que Dee quería tanto, y que eran también mis seres más queridos. Natasha me pasó un brazo por la espalda y me apretó un poco contra sí.

Vincent dejó a Violet sobre la cama junto a Dee, y ella se puso a parlotear y a jugar con la sábana. Dee la cogió en sus brazos y la niña intentó quitarle las gafas al momento, así que Piper la recogió y le dio un beso en la mejilla.

—Le encantan las gafas.

—Seguramente porque, en cuanto te despistas, Vincent la viste como si estuviera en *Top Gun* —observó Cora.

—¡Le apasionan las gafas de aviador! Y yo no tengo la culpa de que Burberry haga cazadoras de cuero para bebés —explicó Vincent.

Todos se echaron a reír, y sacaron los teléfonos para enseñar a Dee fotos de las tonterías que hacían Vincent y Violet juntos. Hailey ocupó el lugar de Violet junto a Dee y le tendió los brazos para que la abrazara. Dee la meció un poco y le besó la frente. Rhonda volvió a entrar poco después y carraspeó para avisar con discreción de que todos debíamos salir para que pudieran preparar a Dee para la operación.

Jimmy se inclinó para volver a abrazar a Dee. Yo me tragué el nudo que se me formó en la garganta al ver cómo ella apretaba a mi hermano lo más fuerte que podía y le decía que le quería. Los demás se fueron despidiendo por turnos, después de darle besos y abrazos, desearle buena suerte y prometerle que irían a visitarla después de la operación.

Después de la operación… Me costaba respirar.

Natasha y yo nos quedamos los últimos. Dee me cogió la mano y enlazó los dedos con los míos. Yo no quería despedirme, aún no

estaba listo. En lugar de eso, me incliné para darle un beso en la frente.

—Sabes, fuiste tú quien nos unió a Natasha y a mí.

—Oh, cielo, eso ya lo sé —dijo Dee cuando me aparté—. Pensé que, si considerabas necesario fingir que salías con esta mujer maravillosa para que ella formara parte de tu vida de verdad, lo menos que podía hacer era seguirte el juego.

Me enderecé y miré de Natasha a Dee, perplejo.

—Espera, ¿aquella mañana, en tu casa, sabías que no estábamos saliendo de verdad?

—Pero hombre, ¡si solo tuve que ver la cara que puso cuando dijiste que era tu novia! —dijo Dee, riendo a carcajadas—. ¡Sabía que me estabas mintiendo descaradamente!

—¿Lo has sabido todo el tiempo?

Natasha estaba muerta de risa también, sobre todo al ver mi cara de sorpresa.

—Sabía que era demasiado lista para creérselo —observó.

—¿Y por qué no dijiste nada? —pregunté a mi abuela.

No podía creer que Dee nos hubiera permitido mantener aquella farsa.

—Porque me fijé en cómo la mirabas. La forma en que os mirabais los dos —corrigió, al ver que Natasha se había acercado a mí—. Había algo entre vosotros que me recordaba a tu abuelo.

Esbocé una sonrisa involuntaria. Lo único que podía esperar de una relación era que se pareciera a la que habían tenido mis abuelos.

—Así que, ¿te limitaste a permitir que nos comportáramos como dos idiotas?

Dee levantó un hombro, con los ojos brillantes.

—Pues claro. Pero lo cierto es que tenía un buen presentimiento sobre cómo terminaría todo, y no suelo equivocarme en este tipo de cosas.

—Bueno —dijo Natasha—, yo, desde luego, sí me alegro de que tuvieras razón.

Rhonda dio unos golpecitos en la puerta y me indicó que debíamos irnos.

—Os quiero mucho a los dos —dijo Dee—. Y en cuanto me recupere un poco, iremos a buscar un vestido de novia.

—Dee, ya te dije que no le metieras prisa —le advertí con cariño.

Ella hizo un gesto despectivo con la mano, justo cuando entraron dos celadores para llevarse su cama al quirófano.

—Estas cosas llevan tiempo —dijo ella por encima del hombro—. ¡Créeme! ¡Una chica necesita tiempo para decidirse!

Miré a Natasha, que exhibía una sonrisa torcida.

—Creo que ir a comprar un vestido es una buena idea.

—¿Ya has decidido cuándo quieres que nos casemos? —Todo aquello me había pillado por sorpresa.

Natasha sonrió aún más.

—Es posible que sí.

Noté una semilla de esperanza que crecía en mi pecho.

—¿Y me lo vas a decir?

—Más tarde —respondió con suavidad—. Aún tenemos tiempo.

—Sí, lo tenemos —confirmé.

Todo el tiempo del mundo, porque Natasha y yo estábamos juntos, y no solo era yo su red de seguridad, sino que ella se había convertido en la mía. Pasara lo que pasara después, por muy difícil que fuera, lo superaríamos.

Juntos.

33

TRENT

Un año después

—Hay que ver lo guapo que estoy —comentó Aiden, acercándose mientras se ajustaba los gemelos. Yo levanté una ceja y murmuré por lo bajo mientras él me daba un codazo—. No pongas esa cara, tú tampoco estas tan mal. Para ser el *novio.*

Me quitó unas motas de polvo inexistente del hombro, y nos volvimos a mirar al grupo de gente que se había reunido en el salón de la mansión Gracie, el lugar que Natasha había elegido para la ceremonia. Se había quedado prendada de sus acogedores recubrimientos de madera, el mobiliario antiguo y el ambiente elegante y cálido del lugar.

—Quién hubiera dicho que estarías tan bien cuando te arreglas —añadió Vincent, antes de saludar con la mano a una amiga suya, que tenía a Violet sentada en el regazo y la mantenía entretenida mientras sus padres participaban en la ceremonia.

—Y tanto, tío —continuó Aiden—. Natasha va a quedarse alucinada.

Inspiré hondo y miré a la gente allí reunida. Amigos, familia y conocidos del trabajo, aunque a algunos no los conocía demasiado bien. Todos ellos habían venido a acompañarnos en el día más importante de nuestras vidas.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Dominic, dándome un codazo.

—No estoy seguro —admití. ¿Era normal que me sintiera como si me hubiera tomado siete cafés?

—Nervios pre-boda —susurró Paul—. Es totalmente normal.

Hice una mueca, porque no estaba seguro de que fuera verdad. No había estado tan nervioso en mi vida; ni cuando habíamos presentado BeautiTool a los posibles inversores, ni siquiera cuando asistí a la primera reunión del consejo de Muebles Saunders en mitad del proceso de expulsión de mis padres. Creo que, antes de aquel momento, no había comprendido lo que era estar nervioso. Me pareció tener una bandada de pájaros encerrada en el estómago, pugnando por abrirse paso para salir.

—Ahora en serio —dijo Vincent—. Cuando yo me casé con Piper, también tuve la sensación de que me iba a desmayar de los nervios antes de empezar.

—Sí, yo igual —dijo Aiden—. Pero en cuanto vi a Cora avanzar hacia mí por el pasillo, todo lo demás desapareció.

Lo que más ansiaba en ese momento era tener a Natasha entre mis brazos, sentir la caricia de su aliento en mi cuello y su pelo en mi mejilla. Cuando vi a mi hermano Jimmy entrar por una puerta lateral, mis nervios aumentaron aún más, aunque él sonreía de oreja a oreja. Nunca lo había visto tan feliz.

—Hola, padrino —dijo Aiden, dando a Jimmy una palmada en el hombro—. ¿Va todo bien?

—Sí, muy bien. Todo el mundo está ya en su sitio.

Dejé escapar una exhalación temblorosa.

—Supongo que ha llegado el momento.

Jimmy asintió y me dio un pequeño empujón, como para decir: *Ya no hay vuelta atrás.* Y yo no tenía intención de echarme atrás, solo deseaba avanzar hacia el futuro, con Natasha a mi lado.

Apelando a toda mi calma y tranquilidad, me enderecé y me dirigí al centro del pequeño estrado que habíamos erigido para la ceremonia. Jimmy y mis amigos se situaron a mi lado; los mejores amigos, los mejores hermanos, que jamás hubiera podido pedir. La música comenzó en ese momento, y todos se volvieron a mirar las puertas dobles, que se abrieron para dar paso a la comitiva nupcial.

Se oyó un coro de *ooohs* cuando Hailey avanzó por el pasillo, con un vestido blanco diseñado por Stacy, cubierto de encaje y perlas y con una falda tan amplia que no supe cómo podía caminar con ella. La niña lanzaba pétalos de flores a un lado y otro, tomándose su trabajo muy en serio; tanto, que una pequeña arruga de concentración se había formado entre sus cejas.

A continuación, salieron las damas de honor: Cora, Chloe, Piper y Bonnie, seguidas de Stacy, la primera dama de honor. Todas ellas vestían de un bonito color verde esmeralda que había elegido Natasha, diciendo en broma que hacía juego con la mirada turbulenta que yo exhibía siempre que la organizadora de la boda me consultaba alguna decisión trivial. A mí me daba igual de qué color fueran los cubiertos de la cena, o cómo se doblaran las servilletas. Lo único que me importaba era que Natasha fuera la mujer más feliz del mundo cuando avanzara hacia mí dentro de unos instantes.

De repente, la música cambió a una melodía más familiar que desató una oleada de emoción en mi pecho, y la respiración se me cortó durante un instante al ver a Natasha en el umbral de la puerta. Una luz cálida la iluminaba desde atrás, haciendo que resplandeciera con su vestido de seda y encaje. Aiden había tenido razón: en el momento en que la vi, todo lo demás desapareció. Las caras de la multitud se volvieron borrosas, y dejé de escuchar nada que no

fuera el sonido de mi propio corazón. Lo único que me importaba era su sonrisa, aquella sonrisa perfecta, gloriosa y maravillosa que estaba dispuesto a esforzarme cada día para dibujar en su cara. Bajé la mirada al delicado encaje que cubría el brazo de Natasha, enlazado con el de mi abuela. El día en que Natasha pidió a mi abuela que la llevara al altar, ella se había echado a llorar, pero ahora sonreía como si fuera la mujer más feliz del mundo.

Noté que me escocían los ojos. Me había prometido a mí mismo que no me echaría a llorar cuando me encontrara allí esperándola, y mucho menos, antes de llegar a la parte en que diríamos nuestros votos, pero no estaba seguro de poder mantener mi promesa. Hacía un año, habíamos visto cómo se llevaban a Dee a un quirófano, sin saber qué pasaría después, y ahora estábamos allí, todos juntos.

Dee puso la mano de Natasha en la mía, y yo tragué el nudo que se me había formado en la garganta. Apenas podía hablar, y me costó muchísimo entender nada de lo que dijo el oficiante, hasta que pronunció las únicas palabras que me importaban.

—Quieres a esta mujer…

Miré a Natasha a los ojos. Mi futuro.

—Sí, quiero.



—Y ahora, señoritas… —anunció el DJ desde su mesa en una esquina de la enorme sala de eventos, donde se había instalado también un bar, un fotomatón y docenas de sillas y mesas alrededor de la pista de baile—. Acercaos, porque ¡la novia está a punto de lanzar el ramo!

Me eché a reír al ver a Natasha abrirse paso entre la multitud que se apresuró a reunirse en la pista de baile, y situarse en el centro del grupo. Empezó a bailar bajo los destellos de las luces, moviéndose al

ritmo de la música y, tras hacer un par de piruetas, lanzó el ramo como si estuviera sacando para un equipo de béisbol. Las flores salieron volando por encima de las cabezas, hasta que las agarró al vuelo un brazo, largo y esbelto… que pertenecía a Stacy.

Con un grito emocionado, se volvió hacia Natasha, que también gritó, mientras mis amigos y yo nos volvimos a mirar a Dominic. Con una sonrisa enorme, él se acercó a Stacy y la atrajo para darle un beso apasionado.

Yo me acerqué a mi mujer, pensando que, con toda seguridad, nunca me cansaría de pensar en ella como mía. Mi mujer, tan increíble y maravillosa quien, además de haberme puesto las pilas, también estaba teniendo muchísimo éxito profesional, gracias a que se había asociado con diseñadores del calibre de Veronica Chase para lanzar su propia colección de mobiliario de gama alta. Natasha no había dejado de sorprenderme nunca, y esperaba poder pasarme el resto de la vida diciéndoselo.

—Parece que vamos a tener que preparar otra boda en algún momento —comenté.

Natasha se echó a reír, sin dejar de mirar a Stacy y Dom, que se habían puesto a bailar al ritmo de *Low*, de Flo Rida, de una forma muy sugerente.

—Stacy siempre ha querido una boda hortera en Las Vegas.

—¿En serio?

—Ya, quién lo diría. Pero está convencida de que será lo más.

—Bueno, se me ocurren un montón de cosas que podríamos hacer en Las Vegas —sugerí.

—Ah, ¿sí? ¿Qué clase de cosas? —preguntó, con un susurro muy provocador en mi oído.

Algunas partes de mi cuerpo estaban deseando empezar la luna de miel. *Inmediatamente*.

—Me gustaría contártelas —dije, hablando también en voz baja y con la boca muy cerca de su mejilla—, pero lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas, así que vas a tener que venir y verlo por ti misma.

—Creo que podrá convencerme, señor Saunders.

—Puedo ser *muy* convincente, señora Saunders. —Puse los labios en su cuello y noté que se le aceleraba el pulso bajo el contacto.

—Eh, vosotros dos —nos gritó Aiden—. ¡No os paséis de la raya, que hay niños presentes!

Natasha se echó a reír. En ese momento, la música cambió, y mis amigos y las damas de honor salieron a la pista a bailar. Dee apareció a mi lado, y yo la envolví en un abrazo.

—Me alegro mucho de seguir aquí para ver cómo mis chicos perdidos consiguen sus finales felices —observó.

—Me hace muy feliz que sigas aquí con nosotros —dije, dándole un beso en la mejilla, justo antes de que Aiden se la llevara para bailar con ella.

—Dee sabe cómo moverse —observó Natasha, cogiéndome del brazo.

—Es cosa de familia. ¿Te lo demuestro? —pregunté, y la atraje hacia mí.

—Ya lo creo que sí —respondió, subiendo y bajando las cejas con rapidez—, pero no en la pista de baile. Tal vez deberíamos empezar ya con eso de la luna de miel.

Mi cuerpo reaccionó encantado ante su sugerencia.

—Solo tienes que pedirlo, esposa mía, y te llevaré a la *suite* nupcial al momento.

—Pero tenemos que pasar antes por el almacén. Tenemos algo de trabajo pendiente. —Me apretó un brazo en plan juguetón.

—¿Trabajo? —La miré sorprendido—. ¿Qué clase de trabajo?

—Bueno… —Me sonrió con sorna—. Acabo de terminar un sofá muy especial que necesita ciertas pruebas de control de calidad. ¿Te interesaría participar?

Me eché a reír y entrelacé una mano con las suyas.

—Oh, ¡ya lo creo que sí!

FIN DE DISEÑADO PARA EL DESASTRE

JEFES MULTIMILLONARIOS DE MANHATTAN LIBRO 3

Una pareja (im)perfecta, Mayo 20, 2025

Hasta la Última Gota, Julio 1, 2025

Diseñado para el desastre, Agosto 12, 2025

P. D.: ¿Quieres más multimillonarios ardientes?
Entonces, lee estos fragmentos exclusivos de ***El más prepotente.***

¡GRACIAS!

Muchas gracias por comprar mi libro. Las palabras no bastan para expresar lo mucho que valoro a mis lectores. Si disfrutaste este libro, por favor, no olvides dejar una reseña. Las reseñas son una parte fundamental de mi éxito como autora, y te agradecería mucho si te tomaras el tiempo para dejar una reseña del libro. ¡Me encanta saber qué opinan mis lectores!

Puedes comunicarte conmigo a través de:



CÓMO ALEGRARLE EL DÍA A UNA AUTORA

No hay nada mejor que leer buenas reseñas de lectores como tú, y no lo digo solo porque me haga feliz. Al ser una autora independiente, no tengo el respaldo financiero de una gran editorial de Nueva York ni la influencia para aparecer en el club de lectura de Oprah. Lo que sí tengo (mi arma no tan secreta) es a ustedes, ¡mis increíbles lectores!

Si disfrutaste el libro, te agradecería muchísimo que te tomaras unos minutos para dejar una reseña. Simplemente haz clic aquí o deja una reseña cuando te lo pida Amazon al terminar el libro. También puedes ir a la página de producto del libro en Amazon y dejar una reseña allí. En ese caso, debes buscar el link que dice "ESCRIBIR MI OPINIÓN".

Sin importar el largo que tengan (¡incluso las más breves sirven!), las reseñas me ayudan a que la saga tenga la exposición que necesita para crecer y llegar a las manos de otros lectores fabulosos. Además, leer sus hermosas reseñas muchas veces es la parte más linda de mi día, así que no dudes en contarme qué es lo que más te gustó de este libro.

ACERCA DE LESLIE

¿Aún no conoces a Leslie North? Los lectores recomiendan empezar con «El más prepotente». Imagínate una niñera como Mary Poppins, pero aún más encantadora y de Minnesota, que trabaja para un multimillonario irlandés muy antipático. Su historia lo tiene todo: humor, venganza, pasión, desilusión y esperanza, además de unos diálogos muy entretenidos. En las palabras de una lectora: «¡Los momentos románticos y las escenas divertidas de esta historia me hicieron chillar!»

Leslie North es el pseudónimo de una misteriosa autora superventas del periódico USA Today que idea comedias románticas y romances contemporáneos como una campeona (¡los jefes de sus historias te robarán el corazón!). La protección del anonimato le permite dar rienda suelta a toda su creatividad, sobre todo cuando se trata de escribir unas escenas tan apasionadas y emocionantes que harán que te sonrojes.

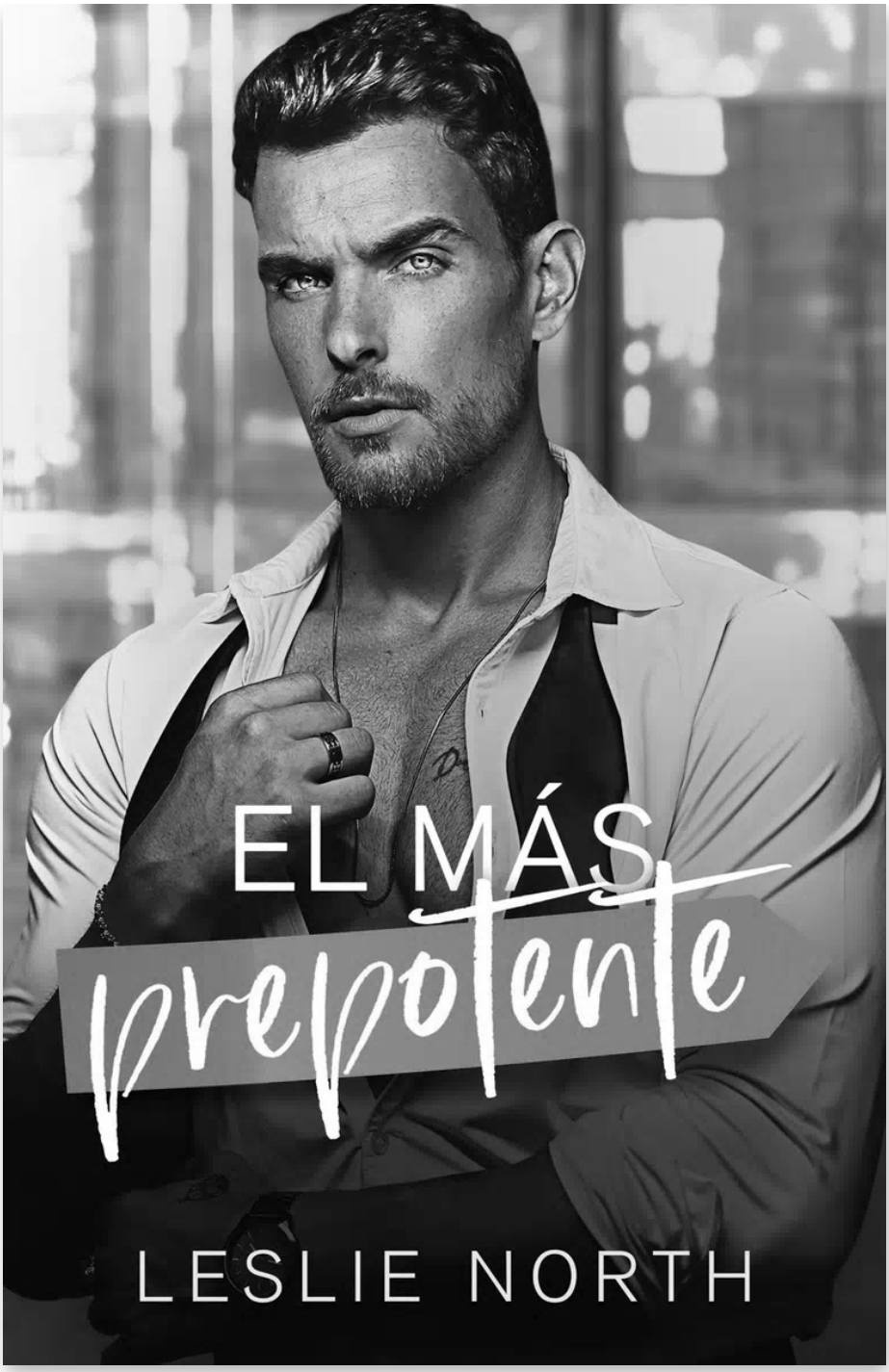
De hecho, la autora ha confesado que… ¡casi le gusta más su identidad como Leslie North, que su personalidad cotidiana! Sus novelas superventas son conocidas por el carácter fuerte de sus personajes, sobre todo sus heroínas: mujeres mordaces y atrevidas, que no tienen reparos en plantar cara a un jefe capullo y dominante. ¿Y su sentido del humor? Bueno, digamos que tal vez debas avisar a quienes te rodean de que no se sorprendan si sueltas una carcajada inesperada.

El interés de Leslie por las novelas románticas comenzó cuando encontró una muy desgastada en su biblioteca local. Poco después de leerla, ella misma se animó a escribir y, como se suele decir, el resto es historia, una de lo más divertida y conmovedora. En la actualidad, Leslie vive en un acogedor chalet en la costa británica, donde le gusta dar largos paseos relajados con sus dos dálmatas, George y Fergie, que son de lo más traviesos.

A Leslie le encanta escuchar las opiniones de sus lectores, así que, si tienes algo que decirle, no te cortes y escríbele. ¡Le alegrarás el día!

Facebook: facebook.com/leslienorthlibros

Instagram: instagram.com/leslienorthlibros



SINOPSIS

SE BUSCA: Niñera que aguante a un multimillonario irlandés muy cascarrabias

Si tirase a Declan Byrne de un avión a 10 000 metros de altura, ¿caería a plomo?
Esa es la pregunta que me hice cuando me dijo que sería «fantástico» que me callara la boca.

No puedo evitarlo, los aviones me ponen muy nerviosa.
Pero esa debería haber sido mi señal para pulsar el botón de «EYECCIÓN».
Porque esta relación de odio mutuo está condenada al fracaso.

Él no puede ser más gruñón.
Es evidente que no le caigo bien.
Es demasiado guapo como para poder concentrarme cuando está cerca.
Y ha dejado clarísimo que me pondrá de patitas en la calle en cuanto encuentre a otra niñera.

Pero esta chica de Minnesota es más dura de lo que parece. Estoy segura de que puedo soportar un verano entero con ese cascarrabias irlandés tan sexi.

O, al menos, eso pensaba yo, hasta que me resultó mucho más difícil resistirme a él.
Por desgracia, cuanto más tiempo paso con Declan, más evidente resulta la verdad: hay un auténtico corazón de oro oculto bajo esa actitud gruñona tan desagradable.
Lo veo en la forma en que trata a Catie, su encantadora sobrina, como a una princesa de cuento.
Y ese *acento*.
Ese acento irlandés suyo, tan encantador, me derrite.

La regla básica que debe seguir cualquier niñera es no liarse con la familia.
Hay que mantener la distancia profesional.
Besar a Declan sería pasarse de la raya.
Y si me acostara con él… Merecería que me encerrasen en la cárcel para niñeras y tirasen la llave.

Algunas reglas están para cumplirlas.
Otras están hechas para saltárselas.

Esta novela sobre un jefe insoportable ofrece un romance de enemigos a amantes repleto de diálogos divertidos, tensión a fuego lento, personajes secundarios encantadores y un final feliz muy merecido. Se puede leer de forma independiente, pero incluye referencias a otros personajes y algunas sorpresas como parte de la serie Glenhaven.

Obtén tu ejemplar de *El más prepotente* (Los arrogantes millonarios de Glenhaven: Libro 1) ingresando a
eBook
Paperback
www.LeslieNorthBooks.com

~

FRAGMENTO

Capítulo 1

Declan

Un irlandés entra en un aeropuerto… y daría cualquier cosa por que fuera un bar.

No era una situación agradable, sobre todo considerando que dicho irlandés era yo, pero ¿qué iba a hacer? Estaba cansado, atrapado en un maldito aeropuerto, y hasta las putas narices.

Normalmente, yo no era así. De acuerdo, tampoco era un santo, pero sabía comportarme como un miembro razonable de la sociedad. Claro, que estaba por ver si el aeropuerto de Chicago podía considerarse un lugar adecuado para la vida en sociedad, o si se trataba del nivel más profundo del infierno.

Para empezar, el avión en el que había llegado había estado parado en la pista de aterrizaje durante tanto tiempo, que era muy posible que perdiera mi siguiente vuelo; aun así, creí que tendría el tiempo justo para comprar algo de comida en una de las cafeterías del aeropuerto. Sin embargo, cuando entregué mi tarjeta de crédito al cajero, él se quedó con ella y me acusó de suplantación de identidad porque, según dijo: «Está claro que no eres Declan Byrne, él jamás volaría en turista».

Porque, por supuesto, Declan Byrne era tan rico que debía de tener un avión privado hecho de oro, o algo así. Ya me gustaría.

Así que no solo estaba muerto de hambre, sino que, *además*, iba mal de tiempo. Fuera por donde fuera, siempre se cruzaba en mi camino algún idiota despistado cargado con una maleta, que parecía no haber pisado un maldito aeropuerto en su vida. Las últimas veinticuatro horas habían sido una pesadilla, y yo solo quería subir de una vez al dichoso avión que, *por fin*, me llevaría junto a mi hermana, que me necesitaba.

Llegué a la puerta de embarque corriendo a toda velocidad y le lancé mi billete al empleado de la compañía, quien leyó mi nombre con suspicacia.

—Ja. Te llamas Declan Byrne, como el irlandés que inventó esa red social tan cutre, Snug. Todo el mundo dice que es la bomba, pero está llena de perdedores sin sentido del humor. A mí me cerraron la cuenta por hacer un par de chistes inocentes sobre la zorra esa que ganó el premio Nobel.

Apreté los dientes. Durante un segundo, me planteé comprar esa estúpida compañía aérea y «cerrar» su contrato de trabajo, igual que habían cerrado su cuenta por esos supuestos chistes inocentes. Por suerte para él, tenía otros problemas más apremiantes.

Él me dedicó una sonrisa maliciosa y siguió hablando.

—Me pregunto a qué se dedicará el viejo Declan últimamente.

¿*En serio*?

—Te diré a qué se dedica —contesté—. A esperar que le escanees el puto billete de una vez.

No hizo falta más. Me miró con los ojos muy abiertos y escaneó mi billete a una velocidad que le habría permitido trabajar en *boxes* en Fórmula 1. Ignoré sus balbuceantes disculpas, corrí por el pasillo y entré por fin en el avión. Hacía años que no volaba en turista, pero esta había sido la forma más rápida de llegar a Faribault-Northfield, en Minnesota. Mi socio estaba utilizando el avión de la empresa, y no había podido alquilar un avión privado por no sé qué problema con el papeleo.

Al contrario de lo que se suele creer, tener mucho dinero no es lo mismo que tener un genio en una lámpara. Claro, que hasta a un genio le costaría encontrar Faribault-Northfield en un mapa. Mi hermana hablaba en serio cuando dijo que quería encontrar un lugar tranquilo y sin agobios en Estados Unidos. Lo malo era que no lo había encontrado.

Cuando llegué a mi asiento, si es que a esa desvencijada silla se le podía llamar así, me dejé caer en él, aliviado.

—Les rogamos que se dirijan a sus asientos cuanto antes —dijo uno de los auxiliares de vuelo—. En breves momentos cerraremos las puertas y nos prepararemos para el despegue.

Al menos no había nadie sentado a mi lado. Tal vez eso me permitiría relajarme lo bastante como para conseguir dormir un poco. Con suerte, cuando volviera a abrir los ojos ya estaría en…

—¡Lo siento, lo siento! He corrido todo lo que he… ¡Ay, perdón!

Se había formado un atasco en la parte delantera del avión, donde una pelirroja muy guapa estaba tratando de avanzar por el pasillo arrastrando una enorme bolsa de lona y disculpándose con todo el mundo.

—¡Disculpe! ¡Lo siento mucho! Oh, no quería… Vaya, ¿le he dado en la cabeza?

Me masajeé las sienes, pues notaba el inicio de un dolor de cabeza. Solo quería llegar a donde vivían mi hermana Sinead y su hija, Catie; pero no, seguía atrapado en un maldito avión, esperando a que la Señorita Bolsa Gigantesca encontrara la forma de hacer avanzar el enorme bulto por el pasillo. Al llegar a donde estaba mi asiento, lo levantó para colocarlo en el compartimento de equipajes situado en el lado opuesto.

—No pasa nada —dijo, sonriendo con valentía a nadie en particular —. Ya casi está.

Intentó meter la gigantesca bolsa en el compartimento a base de dar unos cuantos saltos para empujarla con el hombro. No sirvió para nada. Si hubiera sido un combate de boxeo, la bolsa habría sido la clara favorita.

—Por Dios —murmuré para mis adentros. Me puse en pie e intenté coger la bolsa de sus manos—. Deja, yo me encargo.

Sin embargo, al parecer había elegido a la única mujer del mundo que era alérgica a los ofrecimientos de ayuda.

—Gracias, pero puedo hacerlo sola —dijo desde algún lugar al otro lado del enorme bulto.

Lo único que veía de ella eran sus dedos, hundidos en la lona de la bolsa, que parecía pesar como si hubiera metido en ella una losa de piedra.

—Está bastante claro que no puedes —gruñí—. Y estás bloqueando el paso.

Por fin conseguí quitarle la bolsa de las manos, con losa de piedra y todo, y la metí de un empujón en el compartimento para equipajes.

—He dicho que podía sola. —Me miró entre los revueltos mechones de pelo rojo que le caían sobre la cara—. Sé que querías ayudar, y

seguramente te estresa volar, pero…

La corté cerrando de un golpe la puerta del compartimento de equipajes, y volví a sentarme en mi asiento.

—Pues vaya —dijo ella—. Te agradezco la ayuda, pero…

—De nada —interrumpí otra vez.

Recé para que eso pusiera fin a la conversación que parecía empeñada en mantener conmigo. A menos que llevara un cadáver en la dichosa bolsa, y hoy en día uno ya no podía estar seguro de nada, lo único que me interesaba era dormir un rato.

—Por favor, pedimos a los pasajeros que ocupen sus asientos —insistió el auxiliar de vuelo, que ahora sonaba un poco desesperado.

Sin embargo, la mujer no siguió avanzando por el pasillo hacia su asiento. En lugar de eso, empezó a rebuscar algo en su bolso. Sus increíbles ojos castaños destacaban en una cara de facciones delicadas y salpicada de pecas. El brillante pelo rojo se ondulaba en rizos desordenados junto a sus sonrojadas mejillas. Si yo no tuviera tanta prisa, y ella no fuera un desastre andante… Pero no, no era mi tipo. Demasiado torpe, demasiado charlatana, demasiado… excesiva.

Ella sacó el teléfono del bolso y miró preocupada la pantalla. Al cabo de un momento, me miró con suspicacia.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Si me había reconocido y había decidido que este era el mejor momento para presentar una queja como cliente de mi empresa… Pero, en lugar de eso, me enseñó la pantalla de su teléfono, que mostraba la información de su billete.

—Creo que estás sentado en mi asiento.

Mierda, pensé, levantándome a regañadientes del asiento junto al pasillo. Por supuesto, el asiento junto al mío no solo estaba ocupado, sino que mi compañera sería esta mujer.

Me instalé con un gruñido en el asiento de la ventanilla, donde había bastante menos espacio para las piernas. Mis rodillas quedaron encajadas contra el respaldo delante de mí, y tuve la sensación de estar metido a presión en una lata de sardinas. Justo lo que necesitaba.

La mujer me golpeó con el hombro al sentarse. Olía a lavanda.

—Vaya. Menos mal que no soy alta. —Me miró con una ceja levantada y una ligera sonrisa divertida en los labios—. Estos asientos deben ser muy incómodos para alguien tan alto como tú.

No me molesté en contestar. *Dios mío, solo te pido que no sea una de esas mujeres que dicen en voz alta todo lo que se les pasa por la cabeza.*

—No es que yo sea bajita. En realidad, soy de tamaño medio. Este año se ha reducido la altura media de las mujeres americanas.

Al parecer, yo no debía caerle muy bien a Dios.

Ella inspiró hondo y se peinó el pelo con los dedos, con gesto rápido.

—Oye, ya que nos toca estar sentados juntos, será mejor que nos llevemos bien. Empecemos de nuevo. Me llamo Olivia. —Me tendió una mano, con una sonrisa de disculpa.

Como si me interesara saber cómo se llamaba. No le contesté, pero mi expresión debilitó un poco su amplia sonrisa, y eso me hizo sentir como un imbécil. Le estreché la mano a desgana.

—Declan.

—Declan. Qué nombre *más* bonito. Creo que no he conocido a ningún Declan hasta ahora. —La sonrisa volvió a ampliarse—. ¿No te parece que los viajes son más agradables cuando conoces un poco a la gente que viaja contigo?

Yo resoplé. Me interesaba tanto hacer nuevos amigos en este viaje como recibir un tiro en la cabeza.

—No —repliqué con sequedad, y retiré la mano.

Iba a ser un vuelo muy largo.

Obtén tu ejemplar de *El más prepotente* (Los arrogantes millonarios de Glenhaven: Libro 1) ingresando a
eBook
Paperback
www.LeslieNorthBooks.com